

Cuando el durmiente despierta

H.G. Wells

Capítulo primero

INSOMNIO

Cierto día, al caer la tarde, *Mr. Isbister*, joven pintor que vivía en Boscastle, iba dando un paseo hasta la pintoresca ensenada de Pentargen, con objeto de ver las cuevas que allí había. A mitad del empinado camino que descendía hacia la caleta de Pentargen, tropezó con un hombre sentado, en actitud de profundo desconsuelo, a la sombra de una gran masa de rocas. Las manos le caían inertes encima de las rodillas, tenía los ojos enrojecidos y el rostro húmedo de lágrimas.

Al oír los pasos de Isbister miró a su alrededor.

Los dos hombres quedaron desconcertados, sobre todo Isbister, y para disimular su involuntaria para, da, comentó, con un tono de profundo convencimiento, que hacía mucho calor para la época del año en que se hallaban.

—Mucho —aprobó el desconocido lacónicamente.

Titubeó un segundo, y añadió después con acento monótono:

—No puedo dormir.

Isbister se detuvo bruscamente.

—¿No? —preguntó.

—Seguramente le parecerá increíble —repuso el desconocido fijando en el rostro de Isbister sus ojos cansados y recalcando sus palabras con un lánguido ademán—, pero no he dormido ni un minuto desde hace seis noches.

—¿No se ha hecho visitar?

—Sí. Pero sólo me han recomendado drogas. Mi sistema nervioso... Las drogas están muy bien para otra clase de gente. Es difícil de explicar... No me atrevo a tomar drogas que sean lo bastante fuertes para hacerme dormir.

—Eso dificulta las cosas —dijo Isbister.

Permaneció indeciso en medio del camino, preguntándose con perplejidad qué debía hacer. Era evidente que aquel hombre deseaba hablar. Es una reacción natural. Isbister reanudó la conversación.

—Yo nunca he sufrido de insomnio —dijo amablemente—. Pero sé que en esos casos generalmente se encuentra algún remedio...

—No me atrevo a hacer experimentos.

Aquel hombre hablaba con infinito cansancio. Hizo un gesto de impotencia y durante unos instantes los dos guardaron silencio.

—¿Ejercicio? —preguntó Isbister trasladando su mirada de la cara desesperada de su interlocutor al traje de turista que llevaba.

—Lo he intentado, quizá con alguna precipitación. He seguido la costa día tras día desde New Quay, pero esto no ha hecho más que añadir la fatiga muscular a la mental. La causa de esta inquietud ha sido el exceso de trabajo. Había una cosa...

Se detuvo como vencido por la fatiga y se llevó la mano a la frente. En seguida siguió hablando como si lo hiciera consigo mismo.

—Soy un hombre solitario que vaga por un mundo del que no forma parte. No tengo esposa ni hijos. ¿Quién dijo que el hombre que no tiene hijos es como una rama muerta en el árbol de la vida...? No tengo esposa ni hijos... No tenía obligaciones ni deseos; pero un día me propuse hacer una cosa. Me dije: «Voy a hacer esto», y para hacerlo, para vencer la inercia de mi cuerpo, recurrí a las drogas. ¡Santo Dios, nunca más volveré a hacerlo! No sé si usted sentirá la molestia que constituye nuestro cuerpo y su exasperante demanda de tiempo, que hay que robar a la mente, a la vida... ¡Vivir! No vivimos más que a trozos. Tenemos que comer y después someternos al proceso de la digestión. Tenemos que tomar el aire, o de lo contrario nuestros pensamientos se desarrollan con lentitud, estúpidamente, y acaban en un callejón sin salida. Por fuera y por dentro nos atacan mil distracciones, y después sentimos pesadez y sueño. Parece que los hombres viven para dormir. ¿Qué parte del día de un hombre le pertenece? Y esos falsos amigos, los alcaloides, que ahogan la fatiga natural y matan el descanso... el café, la cocaína...

—Comprendo —dijo Isbister.

—Pero acabé mi trabajo —añadió con voz lastimera el hombre que no podía dormir.

—¿Y éste es el precio que está pagando por ello? —preguntó interesado.

—Sí.

Durante breves instantes los dos hombres permanecieron en silencio.

—No puede usted imaginarse la necesidad que siento de dormir. Es como si fuera verdadera hambre y verdadera sed. Desde hace seis días, desde que terminé mi trabajo, mi mente ha sido como un torbellino incesante que no lleva a ningún sitio, un torrente de pensamientos sin objetivo, que giran y giran sin cesar...

Hizo una pausa y luego concluyó:

—Hacia el abismo.

—Es necesario que duerma —dijo Isbister con decisión, como quien ha encontrado el remedio apropiado—. Es absolutamente necesario.

—Mis ideas están perfectamente claras, como no lo estuvieron nunca, pero sé que estoy a punto de ser víctima de una explosión. Muy pronto...

—¿Sí?

—¿Ha visto usted alguna vez como algo se hunde en un remolino? Desaparece de pronto de la luz del día y de nuestro mundo... para hundirse...

—Pero éste no es su caso —protestó Isbister.

El desconocido tendió una mano hacia él y lo miró con ojos desesperados. Al hablar lo hizo con voz más alta.

—Me mataré. Si no puedo hacerlo de otro modo, me arrojaré al fondo de aquel oscuro acantilado, donde las olas son verdes y la espuma blanca se eleva y cae, y aquel pequeño hilillo de agua tiembla sin cesar. Allí, al menos... dormiré.

—Esto es absurdo —replicó Isbister, asustado por el histerismo de aquel hombre—. Las drogas son preferibles a esto.

—Allí, al menos, dormiré —repitió el desconocido, sin hacerle caso.

Isbister lo miró, y se preguntó si no sería la Providencia quien los había reunido aquella tarde.

—La muerte no es segura —afirmó—. Hay una roca como ésa en la caleta de Lulworth, igual de alta. Una niña se cayó desde allí, y vive todavía. No le pasó nada.

—¿Y esas rocas?

—Se encontraría usted en una de ellas, toda la noche, temblando de frío, oyendo el ruido de sus huesos rotos al chocar, mientras el agua helada le caía encima. Bonita perspectiva, ¿eh?

El desconocido lo miró fijamente.

—Siento desilusionarlo —prosiguió Isbister hablando con fingida ligereza—, pero un suicidio arrojándose desde aquella roca, u otra cualquiera verdaderamente, como artista... resultaría un suicidio de aficionado.

—Pero ¿y la otra alternativa? —replicó el hombre que no podía dormir, irritado—. No se puede pasar noche tras noche en vela, sin perder del todo la razón.

—¿Ha estado usted recorriendo la costa, solo?

—Sí.

—Pues no debía haberlo hecho, y perdone que me meta en sus asuntos. ¡Solo! Como ha dicho usted muy bien, el cansancio corporal no es remedio para el cansancio mental. ¿Quién le aconsejó que se cansara? Además, ha estado usted sufriendo los rayos del sol sobre la cabeza y cansancio y soledad durante todo el día. Supongo que después se irá a la cama y se esforzará en dormir, ¿no?

Isbister se interrumpió y contempló a su interlocutor con una mirada de duda.

—¡Mire aquellas rocas! —exclamó el hombre, con un ademán violento—. ¡Contemple ese mar que ha brillado y se ha estremecido allí siempre! Contemple la blanca espuma que se hunde en las tinieblas bajo aquella gran roca. Y aquella azul que recibe los cegadores rayos de sol. Es su mundo. Usted lo acepta y se regocija en él. Le da calor, le ayuda y le encanta. En cambio, para mí...

Volvió la cabeza y mostró a Isbister un rostro espectral, con los ojos inyectados en sangre y los labios lívidos. Hablaba casi con un susurro.

—Este mismo mundo constituye mi desdicha. El mundo entero es una desdicha.

Isbister contempló la belleza de las rocas que los rodeaban, iluminadas por el sol, y volvió después la mirada a aquellos ojos desesperados. Durante unos instantes guardó silencio. Después hizo un ademán de impaciencia.

—Cuando haya dormido una noche entera —dijo—, no verá las cosas así. Créame.

Estaba ya seguro de que aquél había sido un encuentro providencial. Media hora antes se había sentido terriblemente aburrido, y, de pronto, se le presentaba una ocupación que le haría sentirse satisfecho de sí mismo. Inmediatamente se dispuso a tomar el mando de la situación. Convencido de que lo primero que aquel hombre necesitaba era compañía, se sentó en la empinada ladera junto a la inmóvil figura y se dispuso a darle conversación.

Su interlocutor parecía haber caído en la apatía. Había fijado los ojos en el mar y hablaba sólo para contestar las preguntas directas de Isbister, y no todas. Pero no opuso la menor protesta ante esta bien intencionada intrusión en sus asuntos privados.

En cierto modo parecía estar incluso agradecido, y cuando Isbister, pensando que su monólogo estaba perdiendo vigor, propuso que subieran la cuesta y volvieran a Boscastle contemplando el paisaje, se prestó a ello en silencio. A mitad de la subida se puso a hablar solo. De pronto, volvió su rostro lívido hacia su nuevo amigo.

—¿Qué es lo que me sucede? —preguntó trazando círculos con la mano—. ¿Qué puede ser? Gira, gira, gira, gira. Da vueltas y vueltas sin parar.

—¡Vamos, vamos! —dijo Isbister como si se tratara de un antiguo amigo—. No se preocupe. Confíe en mí.

El hombre dejó caer la mano y reanudó la ascensión. Subieron por la cresta, en fila india, y llegaron, por fin, a la llanura, sin que el hombre que no podía dormir dejara de gesticular y de decir frases incoherentes acerca de lo que se le estaba ocurriendo. En la cima permanecieron inmóviles unos momentos contemplando los oscuros misterios de Blackpit, y después se sentaron. Isbister había seguido hablando cada vez que el camino se ensanchaba lo suficiente para permitirles caminar al lado uno de otro. Se estaba extendiendo en un amplio comentario sobre las dificultades de hacer el muelle de Boscastle en invierno, cuando, de repente y sin venir a cuento, su compañero lo interrumpió de nuevo.

—Mi cabeza no es lo que era —dijo, supliendo con gestos las frases que no acudían a su cerebro—. No es lo que era. Siento una especie de opresión, un pesó... No, no es modorra. ¡Ojalá lo fuera! Es como una sombra, una sombra profunda que cayera de pronto y por sorpresa sobre algo. Gira, gira en la oscuridad. Un tumulto de pensamientos, una confusión, un torbellino. No puedo explicárselo. Apenas puedo pensar en ello y hallar las palabras oportunas...

Se detuvo indeciso.

—No se preocupe —repuso Isbister—. Le comprendo perfectamente. Y, además no debe esforzarse ahora en explicarme lo que le ocurre. No es necesario.

Él hombre que no podía dormir se restregó los ojos, con los nudillos. Isbister siguió hablando mientras tanto, y de pronto se le ocurrió una idea.

—Venga conmigo a mi casa —dijo—, y fúme una pipa. Le enseñaré unos cuantos bocetos que he hecho de esta zona. ¿Qué le parece?

Su compañero se levantó obedientemente y lo siguió. Isbister vio que tropezaba varias veces y que sus movimientos eran lentos e indecisos.

—Entre conmigo —propuso—, fume unos cigarrillos y acójase al bendito don del alcohol. ¿Toma usted alcohol?

El desconocido titubeó ante la puerta de hierro. No parecía ya consciente de sus actos.

—No bebo —dijo lentamente, mientras recorría el camino del jardín.

Después de una breve pausa, repitió, distraído:

—No, no bebo. Todo da vueltas. Gira, gira...

Tropezó en el umbral y entró en la habitación como si estuviera ciego.

Después se dejó caer pesadamente en la butaca, se inclinó hacia delante para sostenerse la cabeza con las manos y permaneció inmóvil.

Poco después emitió un débil sonido con la garganta. Isbister dio unos pasos por la habitación con el nerviosismo de un anfitrión inexperto e hizo unos breves comentarios que no necesitaban respuesta. Atravesó la estancia y se dirigió hacia donde estaba su carpeta, la puso encima de la mesa y echó una mirada al reloj de la chimenea.

—¿Quiere usted cenar conmigo? —preguntó, con un cigarrillo apagado en la mano, mientras tomaba la determinación de echar furtivamente una drogaren la cena—. Creo que no hay más que fiambres. ¡Ah, y una tarta...!

Al ver que no obtenía respuesta, repitió su invitación.

El desconocido no contestó. Isbister se detuvo con la cerilla en la mano y lo miró.

El hombre siguió inmóvil, la cerilla se extinguió y el cigarro permaneció sin encender. El desconocido siguió sin hacer ningún movimiento. Isbister cogió su carpeta, la abrió, la dejó encima de la mesa y se dispuso a hablar.

—Tal vez... —murmuró con aire de duda.

Contempló la puerta y volvió la vista a la figura sentada. Luego salió de puntillas de la habitación mirando a su invitado cada vez que daba un paso.

Cerró la puerta sin hacer ningún ruido. La de entrada estaba abierta. Salió al jardín y permaneció junto al macizo donde crecían los napelos. Desde allí, a través de la abierta ventana, veía perfectamente al desconocido, que se sostenía la cabeza con las manos. No se había movido.

Unos cuantos niños que aparecieron en la carretera, se detuvieron y contemplaron al artista con curiosidad. Un pescador le saludó. Isbister pensó que su circunspecta actitud y su posición debían parecer extrañas. Tal vez si se pusiera a fumar resultaría más natural.

Sacó el tabaco del bolsillo y llenó la pipa con lentitud.

—¡Qué extraño! —murmuró con un imperceptible dejo de satisfacción—. Hay que darle una oportunidad.

Encendió una cerilla y se puso a encender la pipa.

Poco después oyó los pasos de su ama de llaves, que había salido de la cocina con una bujía encendida. Se volvió, le hizo un gesto con la pipa y le indicó que no entrara en el despacho. Tuvo alguna dificultad para exponer la situación en voz baja, porque

ella ignoraba que tuviera visitas, pero por fin la mujer se retiró de nuevo con la bujía, aun asombrada a juzgar por su expresión, y él reanudó su ronda por el jardín, con menos tranquilidad.

Mucho después de haber terminado la pipa y cuando comenzaban a revolotear los primeros murciélagos, su curiosidad venció a sus complejas vacilaciones y se decidió a entrar en el estudio invadido por las sombras. Al ver que el desconocido estaba en la misma postura, recortándose el contorno de su cuerpo sobre el fondo de la ventana, se detuvo en el umbral. A no ser por las voces de irnos marineros que cantaban a bordo de uno de los barcos del puerto, el silencio hubiera sido absoluto. Fuera, los napelos y las gramíneas permanecían inmóviles en la sombra proyectada por la colina. Una idea cruzó por la imaginación de Isbister. Se sobresaltó y, apoyándose en la mesa, se puso a escuchar. La desagradable sorpresa que había invadido su mente se hizo más fuerte y acabó por convertirse en certeza. Dejó de sentir asombro y le invadió el pánico.

El hombre sentado no emitía ningún sonido.

Lentamente y sin hacer ruido, Isbister rodeó la mesa y se detuvo dos veces para escuchar. Por último puso la mano sobre el respaldo de la butaca e inclinó la cabeza hasta ponerla al nivel de la de su visitante.

Después se inclinó más para contemplarle la cara y profirió una exclamación. ¡Los ojos de aquel hombre eran dos espacios en blanco!

Los contempló de nuevo y vio que estaban abiertos, con las pupilas escondidas bajo los párpados. Tuvo una sensación de miedo. Asustado por la extraña actitud de su huésped, lo agarró por un hombro y lo sacudió.

—¿Está dormido? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Está dormido?

La convicción de que aquel hombre estaba muerto se posesionó de él. Inmediatamente se puso en acción. Atravesó la habitación tropezando con la mesa, y oprimió el timbre.

—Por favor, traiga una luz inmediatamente —dijo desde el pasillo—. Mi amigo no se encuentra bien.

Se acercó después al hombre inmóvil, lo cogió otra vez por el hombro y lo sacudió sin dejar de gritar. La estancia se llenó de un resplandor amarillo. El ama de llaves entró con la luz. Isbister estaba lívido cuando se volvió hacia ella cegado por aquella viva claridad.

—Tengo que ir a buscar un médico en seguida —dijo—. Ha muerto o ha sufrido un ataque. ¿Hay médico en el pueblo? ¿Dónde vive?

Capítulo II

EL LETARGO

El estado de rigidez cataléptica en que aquel hombre había caído duró bastante tiempo, y después pasó lentamente a un estado de flacidez, a una actitud de flojedad que hacía suponer que aquel cuerpo se hallaba sumido en un profundo reposo. Entonces pudieron cerrarle los ojos.

Del hotel fue trasladado al hospital de Boscastle, y después de unas semanas, a Londres. Pero siguió resistiendo a todos los esfuerzos que se hicieron para despertarle. Después de algún tiempo, por razones que más tarde se mencionarán, se abandonaron estos intentos. El desconocido permaneció en aquella extraña postura, inmóvil e inerte, ni muerto ni vivo, suspendido entre la nada y la existencia. Era una oscuridad no interrumpida por ningún destello de inteligencia ni ninguna sensación, una inanición sin sueño, un vasto espacio de paz. El tumulto en que se había sumido su cerebro había aumentado y había llegado a un punto culminante de silencio. ¿Dónde estaba? ¿Dónde están los hombres cuando la insensibilidad los vence?

—Parece que fue ayer —dijo Isbister—. Lo recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer, es decir, casi con más claridad.

Era el mismo Isbister del capítulo anterior, pero ya no era un hombre joven. Su cabello, que había sido castaño y cuya longitud excedía algo la que estaba en uso en aquella época, era ahora gris y estaba cortado muy corto, y la cara, que había sido tersa y blanca, era ahora curtida y rojiza. Llevaba una barba puntiaguda con tintes grises. Estaba hablando con un hombre de edad, vestido con un traje de verano. (El verano de aquel año fue excepcionalmente caluroso). Se trataba de Warming, abogado de Londres y pariente próximo de Graham, el hombre que estaba en aquel estado. Los dos hombres permanecían de pie, en una habitación de una casa londinense, contemplando el cuerpo tendido.

Era un cuerpo amarillento que descansaba sobre una cama, vestido con un amplio camisón, un cuerpo de rostro hundido y barba puntiaguda, miembros delgados y uñas largas. Estaba dentro de una especie de caja de fino cristal, que parecía separar al durmiente de la realidad de la vida que lo rodeaba. Era un objeto aparte, una anomalía extraña y aislada. Los dos hombres se acercaron al cristal y miraron al durmiente.

—Recuerdo el sobresalto que experimenté —dijo Isbister—. Aún ahora, cuando pienso en sus ojos blancos, me siento tan sorprendido como entonces. Al volver a verlo, lo recuerdo todo con más claridad.

—¿No lo había visto desde entonces? —preguntó Warming.

—He querido venir muchas veces —repuso Isbister—. Pero ahora los negocios

son una cosa demasiado seria para permitirse vacaciones. La mayor parte del tiempo he estado en América.

—Si no recuerdo mal —dijo Warming—, usted era pintor.

—Sí, lo era, y después me casé... Comprendí que no tenía nada que hacer y cambié de ocupación. Entré en una casa de publicidad. Los postes que se hallan a lo largo de las rocas de Dover los hemos hecho nosotros.

—Están muy bien —admitió el abogado—. Pero lamento que estén allí.

—Si es necesario, durarán tanto como las rocas —exclamó Isbister con satisfacción—. El mundo va cambiando. Cuando ese hombre se durmió, hace veinte años, yo estaba en Boscastle armado de una caja de pinturas y de una noble y anticuada ambición. No suponía que algún día mis pigmentos se hallarían en toda la costa de Inglaterra, desde Land's End hasta el Lizard. A veces, la suerte sale al paso del hombre cuando menos lo espera.

Warming no pareció muy seguro de la calidad de aquella clase de suerte.

—En aquella ocasión no logré verlo, por muy poco.

—Usted volvió con el coche que me llevó a mí a la estación de Camelford. Era durante el Jubileo de la Reina Victoria. Recuerdo las banderas que adornaban Westminster y que tuve un poco de jaleo con el cochero, en Chelsea.

—Sí —dijo Warming—. Ése fue el segundo.

—¡Ah, sí! En el verdadero Jubileo, el de los cincuenta años, yo era un niño, y estaba en Wookey. Me lo perdí... ¡Qué dificultades tuvieron para vencer con Graham! Mi ama de llaves no quería que se quedara en la casa porque cuando estaba rígido resultaba muy extraño. Tuvimos que llevarlo en una silla hasta el hotel y el médico de Boscastle, que no era éste de ahora, sino el anterior, se quedó mirando hasta cerca de las dos, acercándole la luz a los ojos para intentar despertarle.

—Al principio fue un ataque de catalepsia, ¿verdad?

—Estaba completamente rígido y se quedaba tal como lo doblábamos. Si le hubiéramos golpeado en la cabeza con un martillo, no hubiera pasado nada. Nunca vi rigidez semejante. Desde luego esto... esto es muy distinto. Además, aquel médico..., ¿cómo se llamaba?

—¿Smithers?

—Sí. Smithers hizo mal al intentar que se despertara demasiado pronto. ¡Las cosas que hizo! Aún ahora al recordarlo, me estremezco. Utilizó mostaza, amoníaco, agujas. Y una de esas cosas..., ¿cómo se llaman? Dínamos, no...

—Bobinas de inducción.

—Eso es. Sus músculos se estremecieron y todo él se retorció. Sólo nos alumbrábamos con dos velas amarillentas y las sombras temblaban. El médico estaba nervioso, y él, completamente desnudo, se retorcía de la manera más espantosa. Durante mucho tiempo aquello atormentó mi sueño.

Hubo una pausa.

—Se halla en un estado extraño —afirmó Warming.

—Es una ausencia completa —repuso Isbister—. Aquí tenemos su cuerpo vacío. No está muerto y, sin embargo, no está vivo. Es como un asiento vacío que tuviera el letrero: «Reservado». No siente, no digiere, no le late el corazón. Al mirarlo, no pienso que hay un hombre presente. En cierto sentido está más muerto que la muerte, porque los médicos me han dicho que hasta el pelo ha dejado de crecer. Cuando uno muere, el pelo sigue creciendo...

—Sí —asintió Warming con expresión dolorida.

De nuevo miraron a través del cristal. Graham se hallaba verdaderamente en un estado extraño, en la fase flácida de un síncope, de un síncope sin precedentes en la historia médica. Estos ataques solían durar cerca de un año, pero al final de aquel espacio de tiempo, el paciente moría o se despertaba. A veces se despertaba y moría en seguida. Isbister observó las señales que los médicos habían dejado en su cuerpo para inyectarle alimento, porque se había recurrido a ese medio para evitar el colapso. Se las hizo observar a Warming, que había estado procurando no verlas.

—Y mientras él ha estado aquí —dijo Isbister—, yo he cambiado mi plan de vida. Me he casado, he fundado una familia, mi hijo mayor (entonces no pensaba aún en tener hijos) es un ciudadano americano que pronto saldrá de la Universidad de Harvard. Mi cabello está ya canoso y este hombre sigue igual de joven y sigue ignorando lo que yo no sabía en los días de mi juventud. Es curioso pensarlo.

Warming se volvió hacia él.

—Yo me he hecho viejo. Jugaba con él al *cricket* cuando los dos éramos unos muchachos, y, sin embargo, él parece todavía un hombre joven. Un poco amarillo quizá, pero joven, de todos modos.

—Y hemos pasado la guerra —dijo Isbister.

—Sí, desde el principio hasta el fin.

—Y los marcianos...

—Tengo encendido —dijo Isbister después de una pausa— que era hombre de cierta posición.

—Efectivamente —repuso Warming con una tosecita seca—. Y yo me encargo de sus asuntos.

Isbister, después de un ligero titubeo, habló de nuevo:

—Como no creo que su manutención cueste mucho, sin duda su fortuna habrá aumentado, se habrá acumulado.

—Así es. Se despertará mucho más rico, si se despierta, que cuando se durmió.

—Como hombre de negocios —dijo Isbister—, he pensado a menudo en ello. Y hablando de un modo comercial, por supuesto, en cierto modo este sueño le viene muy bien. He pensado muchas veces que sabe lo que se hace al permanecer tanto tiempo insensible. Si hubiera seguido viviendo normalmente...

—No creo que hubiera previsto tanto —dijo Warming—. No era hombre que contemplara el porvenir con un sentido de realismo. En verdad...

—¿Qué?

—En muchas ocasiones no estábamos de acuerdo. Yo era para él algo así como un pintor. Probablemente conoce usted sus asuntos financieros y habrá observado que en algunas ocasiones se presenta una anomalía... Pero, en fin, aunque lo que usted dice fuera cierto, dudo que llegue a despertar. Este sueño fatiga. Creo que se está deslizando muy despacio por una larga pendiente inclinada. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Será una lástima perderse su despertar. Ha habido muchos cambios durante los últimos veinte años. Es Rip Van Winkle, hecho carne.

—Sí —dijo Warming—. Efectivamente, ha habido muchos cambios. Y entre tantas cosas cambiadas, yo he cambiado también. Soy un hombre viejo.

Isbister titubeó y después fingió sorpresa.

—No lo parece.

—Tenía cuarenta y tres años cuando sus banqueros..., ¿recuerda usted que cablegrafió a sus banqueros...?, me llamaron.

—Conseguí su dirección por el libro de cheques que tenía en el bolsillo —dijo Isbister.

—Pues hacer la suma es fácil —añadió Warming.

Hubo otra pausa, y por fin Isbister cedió a una invencible curiosidad.

—Puede seguir así durante muchos años... —Se interrumpió y titubeó antes de seguir hablando—. Hemos de tener eso en cuenta. Sus asuntos tendrán que caer algún día en manos de... alguna otra persona.

—Puede creerme, *Mr.* Isbister, si le digo que ése es uno de los problemas que tengo constantemente en el pensamiento. No tenemos ya ningún pariente cercano. Ésta es una situación grotesca y sin precedentes.

—Lo es —convino Isbister—. Es un caso para un depositario público, si ese personaje existiera.

—A mi juicio, es un caso para alguna organización pública, algún tutor que no pudiera morir. Algunos médicos piensan que va a seguir viviendo. Ya he hablado con una o dos personas del asunto. Pero hasta ahora no se ha hecho nada.

—No sería mala idea ponerlo en manos de una organización pública como los depositarios del Museo Británico o del Real Colegio de Médicos. La idea resulta bastante extraña, naturalmente, pero toda la situación es extraña.

—La dificultad está en inducirles a aceptar.

—Cuestión de trámite, supongo.

—En parte.

Hubo una pausa.

—No cabe duda de que es un asunto extraordinario —dijo Isbister—. Y el interés compuesto hace que las cantidades se multipliquen.

—Sí —asintió Warming—. Ahora que están bajando las reservas de oro, existe una tendencia hacia la apreciación.

—Yo he sufrido los efectos de ella —repuso Isbister haciendo una mueca. Pero a

él le va muy bien.

—Si se despierta.

—Si se despierta —repitió Isbister—. ¿Ha observado usted que su nariz se ha afilado y que tiene los párpados hundidos?

Warming contempló al hombre dormido y se puso a meditar.

—Dudo que llegue a despertar —dijo al fin.

—Nunca he comprendido del todo cuál fue la causa del ataque. Él me dijo que había tenido un exceso de trabajo. Me he preguntado muy a menudo si se debería a ello.

—Era un hombre de condiciones excepcionales, pero demasiado impresionable y emocional. Tuvo grandes dificultades domésticas y se divorció de su mujer. Creo que para huir de todo ello se dedicó a la política. Era un radical fanático, un socialista o liberal típico, como les gustaba llamarse, de la escuela avanzada. Enérgico, indisciplinado. El haber trabajado demasiado en una controversia, le produjo esto. Recuerdo el folleto que escribió, un librito muy curioso en el que incluía una o dos profecías, algunas de las cuales son ahora hechos establecidos. Pero, en su mayor parte, leer aquella tesis es comprender hasta qué punto está lleno el mundo de cosas imprevistas. Tendrá mucho que aprender y mucho que olvidar cuando despierte, si es que llega a despertar.

—Daría cualquier cosa por estar presente cuando ocurra —dijo Isbister—. Para escuchar sus comentarios, sobre todo.

—Yo también —dijo Warming—. ¡Yo también! Pero nunca lo veré despierto —añadió con la autocompasión de un hombre viejo.

Permaneció unos instantes contemplando pensativo la figura inmóvil.

—Nunca despertará —dijo por fin—. Nunca volverá a despertar.

Y exhaló un profundo suspiro.

Capítulo III

EL DESPERTAR

Pero Warming estaba equivocado. Graham despertó. ¡Qué cosa más compleja y maravillosa es esta aparente unidad, el ser! Nadie puede seguir el curso de su reintegración cuando mañana tras mañana despertamos, ni el flujo y la confluencia de los innumerables factores que se entrelazan y dan forma: los primeros movimientos nebulosos del alma, el desarrollo y la síntesis de lo inconsciente a lo subconsciente, la transformación de lo subconsciente en lo consciente, hasta que por fin nos reconocemos a nosotros mismos una vez más. Y lo mismo que nos ocurre a todos nosotros después de una noche de sueño, le ocurrió a Graham después de los años que permaneció dormido. Una vaga sensación que iba tomando forma, una somnolencia sumida en sombras... De pronto se encontró en el mundo, postrado, agotado, pero vivo.

Su peregrinaje hasta volver a convertirse en un ser viviente, debió de atravesar enormes distancias y llenar épocas. Sueños gigantescos que eran terribles realidades, le dejaron vagos recuerdos, extrañas criaturas, extrañas escenas, como si se desarrollaran en otro planeta. Retenía también la impresión clara de una conversación, de un hombre, no sabía cuál, que más tarde se repetía, de una sensación experimentada hacía mucho tiempo en sus venas y músculos, de un esfuerzo inútil, el esfuerzo de un hombre que está a punto de ahogarse en la oscuridad. Después se le representaron varias escenas confluentes e inestables.

Graham se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y que estaba contemplando algo que no le resultaba familiar.

Era algo blanco, el borde de algo, un marco de madera. Movi6 la cabeza ligeramente siguiendo con la vista el contorno del objeto, que se extendía por encima de sus ojos. Intentó averiguar d6nde se hallaba. Pero ¿tenía importancia aquel detalle sintiéndose tan mal como se encontraba? Sus pensamientos estaban oscurecidos por una negra depresión, y sintió el malestar del hombre que despierta al amanecer. Le pareció oír cuchicheos y pasos de personas que se retiraban.

Al volver la cabeza comprobó que se hallaba en un estado de extrema debilidad física. Supuso que se había acostado en el hotel de aquel pueblo junto al mar, pero no consiguió reconocer el objeto blanco. Por lo visto, se había dormido. Recordó que había deseado dormir. Recordó las rocas y la cascada y haber hablado con un desconocido...

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué significaba aquel rumor de pasos? ¿Y aquel otro ruido como de guijarros que rodaran por una pendiente? Alargó lánguidamente un brazo para coger su reloj de la silla donde tenía por costumbre colocarlo y tocó

una superficie dura y pulida como el cristal. Esto le resultó tan inesperado que se sobresaltó. Hizo girar todo su cuerpo, y con un gran esfuerzo consiguió sentarse. El hacerlo le resultó muy difícil, y después se sintió mareado, débil y atónito.

Se restregó los ojos. El enigma de cuanto le rodeaba resultaba impenetrable, pero sus ideas estaban claras. No cabía duda de que el sueño le había sentado bien. No estaba en una cama, tal como él recordaba las camas, sino que estaba desnudo sobre un colchón muy suave y blando, en una especie de artesa de cristal oscuro. El colchón era en parte transparente, lo que observó con una extraña sensación de inseguridad, y debajo de él había un espejo que reflejaba su imagen. Alrededor de su brazo —y advirtió sobresaltado que tenía la piel curiosamente reseca y amarilla—, distinguió un curioso aparato de goma, colocado con tanta maestría, que, sin molestarle, parecía atravesarle la piel. Y aquel extraño lecho estaba colocado dentro de una gran caja de cristal de un color verdoso, enmarcado por el objeto blanco que había llamado primero su atención. En un rincón de aquella caja había una estantería con varios aparatos delicados y brillantes, que en su mayoría le resultaban completamente desconocidos, aunque le pareció reconocer un termómetro.

El leve tinte verdoso de la sustancia parecida al cristal que le rodeaba por todas partes, le impedía obtener una visión clara de lo que había al otro lado, pero comprendió que se hallaba en una vasta estancia de espléndida apariencia, y que frente a él había un gran arco. Junto a las paredes había piezas de mobiliario, una mesa cubierta con un mantel plateado, como los costados de los peces, un par de sillas, y sobre la mesa, varias fuentes que contenían ciertas sustancias, una botella y dos vasos. Entonces advirtió que tenía hambre.

No vio a nadie, y después de un breve titubeo, saltó del transparente colchón e intentó ponerse de pie sobre el suelo blanco de la estancia. No había calculado bien sus fuerzas, se tambaleó y tuvo que apoyar la mano contra la pared de vidrio para recobrar el equilibrio. Por un momento aquello resistió la presión de su mano, aunque venciendo hacia atrás como una vejiga distendida se rompió y se desvaneció, igual que si se tratara de una burbuja a la que se hubiera pinchado con un alfiler. Haciendo eses y completamente aturdido, salió de su jaula. Se agarró a la mesa para no caer, tiró al suelo, al hacerlo, uno de los vasos, que hizo ruido, pero no se rompió, y se sentó en una butaca.

Cuando se hubo repuesto un poco, llenó el vaso que había sobre la mesa con el contenido de la botella y se lo bebió de un trago. Se trataba de un líquido incoloro que no era agua, con un aroma muy agradable, que le reanimó. Lo dejó sobre la mesa y miró a su alrededor.

El departamento no había perdido nada de su tamaño ni de su magnificencia ahora que la transparencia verdosa que se interponía había desaparecido.

Vio que el arco daba a unas escaleras que descendían, sin que hubiera una puerta intermedia, hasta un pasillo transversal. Este pasillo se hallaba adornado con columnas de una sustancia de color azul marino, con vetas blancas, y de allí llegaban

hasta él ecos de voces y movimientos humanos, como una especie de zumbido de una profunda monotonía. Completamente despierto ya, se sentó y se puso a escuchar, olvidándose de la comida.

Pero, de pronto, recordó que estaba desnudo, y mirando a su alrededor para ver si encontraba algo con que cubrirse, descubrió una vestidura negra sobre una de las sillas. Se la echó sobre los hombros y se sentó de nuevo, temblando.

Seguía sumido en la más absoluta perplejidad. Era evidente que se había dormido y que durante su sueño lo habían trasladado a otro sitio. Pero ¿dónde? ¿Quiénes eran las personas que hablaban en voz baja bajo los pilares azules? ¿Boscastle? Se sirvió otro vaso de aquel líquido incoloro y empezó a beber, pensativo.

¿Qué lugar era aquél, que parecía temblar como si tuviera vida? Miró a su alrededor y contempló el limpio y bello departamento, sin ningún adorno, dándose cuenta de que en el techo había un respiradero circular lleno de luz. Mientras lo miraba, una sombra movable lo hizo desaparecer de su vista, se retiró en seguida y volvió a aparecer. Aquella sombra producía una especie de sonido propio, en medio del tumulto amortiguado que llenaba el espacio.

Graham hubiera querido gritar, pero su garganta sólo consiguió emitir un sonido apenas perceptible. Al fin se puso de pie, y con indecisas pisadas de borracho, se dirigió hacia el arco. Bajó, tambaleándose, la escalera, tropezó con el manto negro en que se había envuelto, y para evitar la caída tuvo que agarrarse a una de las columnas.

El pasillo se alargaba, azul y púrpura, para terminar en una especie de balcón brillantemente iluminado, que se proyectaba en un espacio de niebla, un espacio como el interior de un edificio gigantesco.

A lo lejos, remotas, se veían vagas formas arquitectónicas. El rumor de voces llegó hasta él con más fuerza y claridad y vio que en el balcón, de espaldas a él, gesticulando y, por lo visto, en animada conversación, había tres figuras vestidas con lujo, con prendas sueltas de brillantes colores. Por encima del balcón llegaba el ruido de una gran multitud de gente. En un momento dado, le pareció que pasaba una bandera, y después, que un objeto, una gorra de color azul pálido u otra prenda arrojada al aire, revoloteaba en el espacio y caía. Le pareció que los gritos eran proferidos en inglés y que repetían la palabra: «¡Despierta!». Oyó claramente un grito agudo entre las demás voces y de pronto aquellos tres hombres se echaron a reír.

—¡Ja, ja, ja! —Hizo uno de ellos, de pelo rojo, vestido con una túnica púrpura—. ¡Cuando el Durmiente despierte...! ¡Cuando despierte...!

Volvió los ojos regocijados al pasillo y de pronto su expresión cambió. Todo él cambió y se puso rígido. Los otros dos se volvieron también al oír su exclamación, y permanecieron quietos, incapaces de hacer ningún movimiento. A sus ojos asomó la más profunda consternación, que se transformó en terror.

En aquel momento Graham sintió que se le doblaban las rodillas y que el brazo que se apoyaba en la columna cedía. Dio un traspiés y cayó con la cara contra el suelo.

Capítulo IV

EL ECO DEL TUMULTO

La última impresión que Graham retuvo antes de desmayarse fue la de haber oído un eco de campanas. Más tarde supo que durante una hora estuvo insensible, entre la vida y la muerte. Cuando recobró el sentido se hallaba de nuevo sobre su lecho transparente y sentía calor en el corazón y en la garganta. Advirtió que le habían quitado el aparato que tenía en el brazo y que éste estaba vendado. El gran marco blanco seguía rodeándolo, pero la transparente sustancia verdosa había desaparecido por completo. Un hombre vestido con una túnica color violeta, uno de los que habían estado en el balcón, lo contemplaba atentamente. Remoto, pero insistente, seguía oyendo el clamor de campanas y los confusos sonidos que le hicieron suponer que un gran número de personas gritaba sin cesar. Pero algo interrumpió por un momento el tumulto: una puerta que se cerró de pronto.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró lentamente—. ¿Dónde estoy?

Entonces distinguió al hombre pelirrojo que había sido el primero en descubrirle. Una voz preguntó qué había dicho y calló bruscamente.

El individuo vestido de color violeta contestó en voz baja, hablando en inglés, con un ligero acento extranjero, o al menos esto le pareció al hasta entonces Durmiente.

—Está usted a salvo. Fue trasladado aquí desde el lugar donde se durmió. Éste es un sitio seguro. Ha estado usted durante algún tiempo..., durmiendo..., estado comatoso.

Dijo algo más, que Graham no logró oír, y después le tendió un frasquito. Graham sintió que algo refrescante le acariciaba la frente y, satisfecho, cerró los ojos.

—¿Se siente mejor? —preguntó el individuo vestido de morado.

Era un hombre de unos treinta años, con una barba puntiaguda, que llevaba sujetos los pliegues de su vestidura con un broche de oro.

—Sí —dijo Graham.

—Ha estado dormido durante algún tiempo, en estado cataléptico. ¿Comprende? ¡Catalepsia! Es posible que al principio le resulte extraño, pero le aseguro que ahora está perfectamente.

Graham no contestó, pero estas palabras consiguieron tranquilizarlo. Su mirada se posó sucesivamente sobre los tres hombres que le rodeaban mirándose con curiosidad. Sabía que debía de estar en algún lugar de Cornualles, pero todo lo que había visto desde que despertara, le resultaba enigmático.

De pronto le volvió a la imaginación la idea que tuvo durante los últimos minutos que estuvo despierto en Boscastle. Se aclaró la garganta.

—¿Han mandado un cable a mi primo? —preguntó—. E. Warming, 27, Chancery Lane.

Los tres hombres se esforzaron por entenderlo, pero se vio obligado a repetir su pregunta.

—¡Qué acento más extraño! —murmuró el hombre pelirrojo.

—¿Ha dicho usted cable, señor? —preguntó el joven de la barba puntiaguda, intrigado.

—Eso significa un telegrama eléctrico —explicó el tercero, un muchacho de rostro agradable, de unos diecinueve o veinte años.

El de la barba profirió una exclamación.

—Puede usted estar seguro que se hará cuanto desee, señor —dijo a Graham—. Temo que resultará muy difícil mandar un... cable a su primo, porque no está en Londres ahora. Pero no se preocupe. Ha estado dormido mucho tiempo y lo importante es que tiene que reponerse, señor...

Graham dedujo que la palabra era «señor», aunque aquel individuo la pronunciara de un modo irreconocible.

—¡Oh! —exclamó.

Después guardó silencio.

Todo resultaba misterioso, aunque por lo visto aquellos hombres vestidos de modo excéntrico sabían lo que se traían entre manos. Pero eran muy raros y la habitación también. Pensó que se hallaba en un lugar moderno, y empezó a sentir desconfianza. ¡Esperaba que no estuviera sirviendo de objeto de exhibición! Si esto era así, Warming tendría que verse con él. Pero no creía que fuera así. En un sitio de exhibición no se hubiera hallado completamente desnudo.

Mientras reflexionaba, comprendió de pronto lo que había ocurrido. No hubo en su imaginación ningún amago perceptible de duda o sospecha. Su certeza no tuvo amanecer. De pronto comprendió que su síncope había durado un período de tiempo muy largo, y como si tuviera el don de leer los pensamientos, interpretó en todo su valor el temor reverente de los rostros que le contemplaban. Les devolvió la mirada con intensa emoción y le pareció que ellos leían claramente en sus ojos. Intentó obligar a sus labios a que hablaran, pero no lo consiguió. El impulso de ocultar su certidumbre invadió su mente casi en el momento en que hizo el descubrimiento. Contempló sus pies desnudos en silencio. Su impulso de hablar pasó y se dio cuenta de que estaba temblando.

Le dieron un líquido rosado con reflejos verdes y notó que sus fuerzas aumentaban.

—Ya me siento mejor —dijo con voz ronca.

Hasta él llegaron murmullos de respetuosa aprobación. Ahora sabía perfectamente qué era lo que le había ocurrido. Intentó hablar de nuevo, y de nuevo le resultó imposible.

Se llevó la mano a la garganta e hizo un esfuerzo por tercera vez.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz monótona—. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Un tiempo considerable —contestó el hombre de barba puntiaguda, dirigiendo una rápida mirada a los otros dos.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho tiempo.

—Sí, sí, pero yo quiero saberlo concretamente —repuso Graham, irritado de pronto—. ¿Han sido..., han sido... algunos años? ¿Muchos años? Había algo... Lo he olvidado. Estoy aturdido. Pero ustedes..., ustedes no tienen por qué ocultármelo. ¿Cuánto tiempo?

Se interrumpió, con la respiración alterada. Se frotó los ojos con los nudillos y permaneció sentado esperando la respuesta.

Sus interlocutores hablaron entre sí en voz baja.

—¿Cinco años? —insistió Graham con voz débil—. ¿Más?

—Mucho más.

—¿Más?

—¡Más!

Graham miró a aquellos individuos y le pareció que unas manos invisibles le estiraban los músculos de la cara.

—Muchos años —repitió el hombre de la barba roja.

Graham se esforzó de nuevo por sentarse, mientras se limpiaba una lágrima con mano temblorosa y vacilante.

—¡Muchos años! —repitió.

Cerró los ojos, los abrió y contempló todos los objetos que le rodeaban.

—¿Cuántos años? —preguntó.

—Debe prepararse para recibir una sorpresa.

—¿Eh?

—Más de una gruesa de años.

Al oír aquella palabra desconocida sintió una profunda irritación.

—¿Más de una qué?

Dos de aquellos hombres hablaron entre sí, y Graham escuchó un comentario incomprensible en el que se mencionaba la palabra «decimal».

—¿Cuánto tiempo ha dicho? —preguntó Graham—. ¿Cuánto tiempo? No me miren así... Díganmelo...

Entre las frases que los tres hombres pronunciaban en voz baja, su oído captó seis palabras:

—Más de un par de siglos.

—¿Qué? —gritó volviéndose hacia el joven que había hablado—. ¿Qué ha dicho? ¿Un par de siglos?

—Sí —repuso el hombre de la barba roja—. Doscientos años.

Graham repitió estas palabras. Había esperado oír que su sueño había durado

mucho tiempo, pero un par de siglos era algo abrumador.

—Doscientos años —dijo de nuevo, mientras en su cerebro se hacía el vacío—. ¿Es posible?

Los tres hombres guardaron silencio.

—¿Cuánto ha dicho usted? —volvió a preguntar Graham.

—Doscientos años. Dos centenares de años —repitió el hombre de la barba roja.

Hubo una pausa. Graham miró a aquellos individuos y comprendió que lo que acababa de oír era cierto.

—Pero no es posible —dijo—. Estoy soñando. Los trances catalépticos no duran mucho tiempo. No es cierto. ¡Es una broma que ustedes me quieren gastar! Díganme, ¿no estuve hace unos días paseando por el puerto de Cornualles?

La voz le falló.

El hombre de la barba puntiaguda titubeó.

—La historia no es mi especialidad, señor —dijo débilmente, mirando a sus compañeros.

—Efectivamente, señor —repuso el muchacho—. En Boscastle, en el antiguo Ducado de Cornualles. Está al Sudoeste, más allá de las praderas. Todavía hay una casa allí. Yo la he visto.

—¡Boscastle...!

Graham volvió la vista hacia el que había hablado.

—Eso es, Boscastle. El pequeño Boscastle. Al fin conseguí dormirme allí. No recuerdo exactamente dónde, no puedo recordarlo. —Se llevó la mano a la frente y exclamó—: ¡Más de doscientos años!

Entonces empezó a hablar con rapidez, sintiendo como si una mano de hierro le oprimiera el corazón.

—Si es cierto que han pasado doscientos años, todos los seres humanos a quienes vi o hablé antes de dormirme, deben de haber muerto.

No recibió respuesta.

—La reina y la familia real, sus ministros, la Iglesia y el Estado. Altos y bajos, ricos y pobres uno tras otro...

De pronto, como asaltado por una duda, se atrevió a preguntar.

—¿Existe Inglaterra todavía?

—Sí.

—¡Menos mal! ¿Existe Londres?

—Estamos en Londres.

—¿Conque esto es Londres? ¿Y usted es mi guardián? ¿Y estos señores? ¿Son guardianes también?

Permaneció un rato mirando fijamente al vacío.

—Pero ¿por qué estoy aquí...? ¡No! No digan nada. No hablen. Déjenme...

Siguió sentado en silencio cubriéndose los ojos con las manos, y al mirar de nuevo, vio que le ofrecían un segundo vaso de aquel líquido rosado. Se lo bebió sin

protestar y sintió que su vigor iba en aumento. Apenas acabó de beber se puso a llorar y las lágrimas le aliviaron.

Miró a sus interlocutores y sonrió tontamente.

—¡Dos... cientos... años! —repetía.

Hizo una mueca y se cubrió los ojos otra vez.

Pero en seguida se calmó. Estaba con las manos sobre las rodillas, casi en la misma postura en que Isbister lo encontró en el camino de Pentargen. De repente le distrajo una voz dominante y el ruido de los pasos de un individuo que se acercaba presuroso.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué no me han avisado? Alguien va a arrepentirse de esto. Hay que hacerle callar. ¿Están cerradas las puertas? ¿Todas las puertas? Que nadie se entere. No hay que decírselo. ¿Le han dicho algo?

El hombre de la barba roja pronunció unas palabras incomprensibles y mirando por encima de su hombro, Graham vio que se aproximaba un individuo muy bajo y grueso, de nariz aquilina y cuello macizo. Unas pobladas cejas negras que casi se juntaban encima de su nariz y unos ojos profundos y grises prestaban a su rostro una expresión sobrecogedora. Contempló a Graham con el ceño fruncido y después su mirada se volvió hacia el hombre de la barba puntiaguda.

—Estos otros... —dijo con extremada irritación—. Más vale que se marchen.

—¿Marchamos? —exclamó el hombre de la barba roja.

—En efecto. Y tengan la precaución de cerrar todas las puertas.

Los dos hombres se volvieron después de dirigir a Graham una mirada, y en vez de salir por el arco, como el Durmiente suponía que harían, se dirigieron en línea recta a la pared del departamento que se hallaba en el extremo opuesto. Entonces ocurrió algo extraño. Una larga tira de aquella pared que parecía sólida, se enrolló, quedó suspendida por encima de los dos hombres y cayó otra vez. Graham se encontró solo con el recién llegado y el hombre de la barba puntiaguda vestido de púrpura.

Durante unos momentos el hombre bajo y grueso no se ocupó en absoluto de Graham, sino que procedió a interrogar al otro, evidentemente subordinado suyo, sobre el tratamiento que habían dado al Durmiente. Hablaba con claridad, pero sus frases sólo resultaban en parte comprensibles para Graham. Por lo visto, el despertar de Graham no sólo constituyó para el recién llegado una sorpresa, sino un motivo de consternación y de irritación.

Era evidente que estaba terriblemente excitado.

—No hay que confundirle diciéndole muchas cosas —repitió una y otra vez—. ¡No hay que confundirle!

Cuando hubo recibido respuesta a todas sus preguntas, el individuo se volvió con rapidez y contempló atentamente al Durmiente despierto con una expresión ambigua.

—¿Se siente raro? —preguntó.

—Mucho —contestó Graham.

—¿Le parece extraño el mundo, lo que ha visto de él?

—Supongo que aunque me lo parezca, tendré que vivir en él.

—Me figuro que sí.

—En primer lugar, ¿no podría proporcionarme un poco de ropa?

—Ellos... —dijo el recién llegado, pero se interrumpió en seguida.

El individuo de la barba puntiaguda le miró y salió de la estancia.

—En seguida tendrá ropa —dijo el hombre grueso.

—¿Es cierto que he estado dormido doscientos años? —preguntó Graham.

—¿Conque se lo han dicho? Doscientos tres, para ser exacto.

Graham aceptó lo innegable, con las cejas arqueadas y los labios apretados. Permaneció en silencio durante un momento y después hizo otra pregunta.

—¿Hay una fábrica o una gran maquinaria cerca de aquí?

No esperaba recibir respuesta, pero insistió:

—Supongo que las cosas han cambiado de un modo terrible. ¿Qué son esos gritos?

—Nada —repuso el hombre grueso con impaciencia—. Es la muchedumbre. Más adelante lo comprenderá todo. Como dice usted, las cosas han cambiado.

Hablaba con un tono cortante y con el ceño fruncido y miraba a su alrededor como si estuviera tomando una decisión.

—Sea como sea, tenemos que conseguirle ropa. Mejor será que espere aquí hasta que la tenga. No vendrá nadie. Tiene usted que afeitarse.

Graham se llevó la mano a la barbilla.

El hombre de la barba puntiaguda se presentó de nuevo, giró sobre sus talones en actitud de escucha, elevó las cejas haciendo una indicación a su superior y salió precipitadamente por el arco en dirección al balcón. El tumulto de la muchedumbre se hizo más fuerte y el hombre grueso se volvió y escuchó también. Profirió un juramento en voz baja y volvió la mirada hacia Graham con una expresión nada amistosa. Hasta él llegó eco de muchas voces, que se elevaban y cesaban para volver a elevarse. Entre las voces y los gritos se produjo de repente un ruido como si estuvieran golpeando algo, irnos chillidos agudos y después un chasquido parecido al chocar de ramas secas. Graham aguzó el oído para distinguir algún ruido aislado en aquel tumulto enmarañado.

Entonces percibió, repetida una y otra vez, una frase. Durante unos instantes se preguntó si habría oído bien. Las palabras eran éstas:

—¡Queremos ver al Durmiente! ¡Queremos ver al Durmiente!

El hombre grueso echó a correr hacia el arco.

—¡Están locos! —gritó—. ¿Cómo lo saben? ¿Lo saben o lo han adivinado?

Alguien debió de responderle.

—No puedo ir —dijo entonces—. Tengo que atenderle. Pero grite desde el balcón.

De nuevo llegó una respuesta incomprensible.

—Diga que no está despierto. ¡Cualquier cosa! Lo deajo en sus manos.

Volvió corriendo al lado de Graham.

—En seguida le daremos ropa —le dije—. No puede quedarse aquí... Y será imposible...

De nuevo se alejó precipitadamente, mientras Graham le hacía unas preguntas a gritos. Un momento después estaba de vuelta.

—No puedo decirle lo que está ocurriendo porque es demasiado complicado para explicárselo ahora. Dentro de un momento tendrá usted ropa hecha a medida. Sí, dentro de un momento. Y entonces le podré sacar de aquí. En seguida comprenderá la situación en que se encuentra.

—Pero esas voces... Estaban gritando...

—Sí, mencionaban al Durmiente, que es usted. No sé qué idea se les ha ocurrido. No sé nada.

Una aguda campana resonó por entre la mezcla de sonidos, y aquel hombre se acercó de un salto al grupo de instrumentos que había en un rincón de la estancia. Durante un momento escuchó examinando una bola de cristal, afirmó con la cabeza y pronunció una serie de frases confusas. A continuación se dirigió andando hacia la pared a través de la cual los dos hombres habían desaparecido. Se envolvió de nuevo con una cortina y permaneció a la espera.

Graham levantó un brazo y se asombró de la fuerza que le había dado aquel líquido estimulante. Echó una pierna a un lado de la cama y después la otra. Ya no se le iba la cabeza. Apenas podía creer en la rapidez con que se había recobrado. Se sentó y se tocó las piernas.

El individuo de la barba puntiaguda volvió a entrar por el arco, y en aquel momento la caja de un ascensor apareció frente al hombre grueso. En el interior iba un hombre delgado de barba gris que llevaba un cilindro en una mano y vestía una túnica verde oscura.

—Ése es el sastre —dijo el hombre grueso haciendo ademán de presentárselo—. No debe usted ir vestido con esa túnica negra, que no comprendo quién la ha traído. El sastre le hará ropa con la mayor rapidez posible.

El hombre vestido de gris se inclinó y, acercándose, se sentó al lado de Graham sobre la cama. Se movía con lentitud, pero sus ojos estaban llenos de curiosidad.

—Habrás advertido que las modas han cambiado, señor —dijo dirigiendo una mirada furtiva al hombre grueso.

Abrió el rodillo con un rápido movimiento y sobre sus piernas cayó una confusión de telas de colores brillantes.

—Usted vivió, señor, en una época esencialmente cilíndrica, la época victoriana. En lo referente a sombreros había una tendencia a lo esférico. Siempre curvas circulares. Ahora...

Sacó un pequeño aparato del tamaño y la apariencia de un reloj, hizo girar un botón e inmediatamente apareció en la esfera, como si se tratara de un kinetoscopio,

una figura diminuta vestida de blanco, que se movía y daba vueltas. El sastre cogió una tela de satén blanco con reflejos azulados.

—Creo que esto es lo más adecuado.

El hombre grueso se acercó a ellos y miró por encima del hombro de Graham.

—Tenemos muy poco tiempo —advirtió.

—No se preocupe, señor —dijo el sastre—. Mi máquina es de fiar. ¿Qué opina de esto?

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre que había nacido en el siglo XIX.

—En sus tiempos los sastres solían enseñar un figurín —dijo el hombre vestido de gris—. Éste es un invento reciente. Mire...

La figurilla repitió sus evoluciones, pero con un traje distinto.

—Mire ahora esto.

Apretando de nuevo el botón, apareció otra figura vestida con una túnica de otro estilo. Los movimientos del sastre eran muy rápidos, y mientras hacía estas cosas, dirigía continuas miradas al ascensor.

Éste se detuvo de nuevo y de él salió un muchacho anémico y rubio con facciones chinas, vestido con un traje ordinario, de color azul pálido, junto a una complicada máquina que empujó silenciosamente sobre unas ruedecillas, hasta el interior de la habitación. Inmediatamente el sastre abandonó el kinetoscopio, invitó a Graham a que se pusiera de pie delante de la máquina y dio unas instrucciones al muchacho rubio, que contestó en tonos guturales y con palabras que Graham no logró comprender. Después, el chico se sumió en un monólogo incomprensible en un rincón, y el sastre sacó de la máquina una serie de brazos metálicos terminados en pequeños discos que colocó sobre el cuerpo de Graham, uno sobre cada hombro, otro en los codos, otro en el cuello, y así sucesivamente hasta sumar un total de una docena o más. Mientras tanto, otra persona entró en la habitación por el ascensor que quedaba a la espalda de Graham. El sastre accionó un mecanismo que produjo un movimiento rítmico en ciertas piezas de la máquina. En seguida hizo recobrar a los brazos metálicos su posición primitiva y devolvió a Graham su libertad de acción. El sastre volvió a ponerle la túnica negra y el hombre de la barba puntiaguda le ofreció un vaso que contenía un líquido refrescante. Por encima del borde del vaso, Graham vio que un joven muy pálido lo estaba contemplando con una fijeza singular.

El Hombre grueso había estado recorriendo la habitación, malhumorado, y entonces se volvió y, atravesando el arco, se dirigió al balcón por el que se oían aún los ecos de los ruidos producidos por la distante muchedumbre. El muchacho de pelo rubio entregó al sastre una pieza de satén azulado y los dos comenzaron a colocarla en la máquina de un modo semejante a como se colocaba el papel en una máquina impresora del siglo XIX. A continuación empujaron todo el mecanismo sobre sus ruedas silenciosas, atravesando la estancia hasta un rincón donde un cable retorcido se elevaba por la pared hasta el techo. Establecieron un contacto y la máquina se puso en movimiento con energía y rapidez.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Graham señalando los hombres sumidos en la actividad, mientras intentaba no darse por enterado de la inspección a que le sometía el recién llegado—. ¿Está movido por energía ese aparato?

—Sí —contestó el hombre de la barba puntiaguda.

—¿Quién es éste? —inquirió señalando el arco que quedaba a su espalda.

El hombre vestido de morado se acarició la barba, titubeó y repuso en voz baja:

—Ése es Howard, el jefe de sus guardianes. Resulta muy difícil de explicar, señor. El Consejo nombró un guardián y varios ayudantes. Con ciertas restricciones, este local ha estado abierto al público a fin de mantener al pueblo tranquilo. Ahora hemos cerrado las puertas por primera vez. Pero si no le importa, preferiría que lo demás se lo explicara él.

—Todo esto es muy extraño —dijo Graham—. ¿Guardián? ¿Consejo...?

Después, dando la espalda al recién llegado, preguntó:

—¿Por qué me mira ese hombre de este modo? ¿Es hipnotizador?

—¿Hipnotizador? No, es un capilotador.

—¿Capilotador?

—Sí, uno de los principales. Su sueldo anual es de sesdoz leones.

A Graham le pareció que hablaban en lenguaje cifrado y repitió la última frase medio aturdido.

—¿Sesdoz leones? —preguntó.

—¿No tenían ustedes leones? Supongo que no. En sus tiempos debían tener aún la anticuada libra. El león es nuestra unidad monetaria.

—Pero ¿qué es eso de sesdoz?

—Seis docenas, señor. Todo ha cambiado, incluso estas cosas pequeñas. Usted vivió en la época del sistema decimal, del sistema árabe... Decenas, centenas y millares. Nosotros tenemos ahora once numerales. Tenemos una sola figura para el diez y el once, dos figuras para una docena, doce docenas hacen una gruesa, una gran centena, una docena de gruesas, una dozana y una dozana de dozanas, una miriada. Es muy sencillo.

—Sí, supongo que sí —murmuró Graham—. Y ahora volvamos a ese capi... ¿cómo dijo usted?

El hombre de la barba puntiaguda miró por encima de su hombro.

—¡Aquí tiene su ropa! —dijo.

Graham se volvió y descubrió al sastre que sonreía junto a él, sosteniendo en la mano ciertas prendas que, evidentemente, eran nuevas. El muchacho rubio estaba empujando la máquina con un dedo hacia el ascensor por el que llegara un momento antes. Graham contempló estupefacto el traje recién hecho.

—No me irá usted a decir...

—Lo acabamos de hacer —dijo el sastre.

Dejó caer las ropas a los pies de Graham, se acercó a la cama donde éste había estado tendido, echó a un lado el colchón transparente y puso el espejo en posición

vertical. En aquel momento el sonido de una campana llevó al hombre grueso al rincón. El de la barba puntiaguda corrió a reunirse con él y después salió corriendo por el arco.

El sastre estaba ayudando a Graham a ponerse una prenda de color oscuro que era a la vez calcetines, camiseta y pantalones, cuando el hombre grueso volvió del rincón para reunirse con el de la barba puntiaguda que salía del balcón. Se pusieron a hablar en voz baja y Graham comprendió que les consumía una gran ansiedad. Encima de aquella pieza de color oscuro le pusieron una túnica complicada, pero elegante, de color blanco azulado. Graham estaba vestido a la moda. Se acercó al espejo y se contempló. Tenía la piel amarillenta y estaba aún sin afeitarse, pero al menos ya no estaba desnudo y en cierto modo la túnica le sentaba bien.

—Tengo que afeitarme —dijo sin apartar la vista del espejo.

—En seguida —repuso Howard.

El joven pálido dejó de mirarle fijamente. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y con la mano extendida avanzó hacia Graham. En seguida se detuvo, gesticulando, y miró a su alrededor.

—Un asiento —pidió Howard, irritado.

El hombre de la barba puntiaguda puso una silla detrás de Graham.

—Siéntese, por favor —indicó Howard.

Graham titubeó. En la otra mano del hombre que lo miraba fijamente con expresión de loco vio brillar una hoja de acero.

—¿No comprende, señor? —dijo el de la barba puntiaguda con apresurada cortesía—. Le va a cortar el pelo.

—¡Oh! —exclamó Graham—. Pero usted me ha dicho que era un...

—Un capilotador. Es uno de los mejores artistas de todo el mundo.

Graham se sentó bruscamente y el hombre de la barba puntiaguda desapareció. El capilotador avanzó hacia Graham, le examinó las orejas, le tocó la parte posterior de la cabeza y se hubiera puesto de nuevo a mirarlo de no ser por la impaciencia de Howard. Inmediatamente, con rápidos movimientos, afeitó la barbilla de Graham, le recortó el bigote y le arregló el cabello. Hizo todo esto sin pronunciar una sola palabra, como si fuera un poeta inspirado. En cuanto hubo terminado, entregaron a Graham un par de zapatos.

De pronto llegó hasta ellos un grito que parecía haber salido de una máquina que había en un rincón.

—¡En seguida...! ¡En seguida...! ¡Toda la ciudad lo sabe ya! ¡Ha cesado todo el trabajo! ¡Ha cesado todo el trabajo! ¡Todos quieren venir!

Estas voces parecieron turbar a Howard, y a juzgar por sus ademanes, a Graham le pareció que titubeaba entre dos direcciones. Por fin, se dirigió al rincón donde se hallaba el aparato junto a la bola de cristal. Mientras tanto, el rumor de voces se había convertido en un ruido potente, ensordecedor, como si estuviera muy cerca, y luego se apagó otra vez. Graham sintió que una fuerza irresistible le arrastraba hacia allá.

Miró al hombre grueso y obedeció su impulso. En dos zancadas bajó la escalera y llegó al pasillo. Con unos pasos más, salió al balcón donde habían estado los tres hombres que lo descubrieron.

Capítulo V

LAS PLATAFORMAS EN MOVIMIENTO

Graham avanzó hasta la baranda del balcón y miró hacia arriba. Hasta él llegó una unánime exclamación de sorpresa y vio que la multitud se ponía en movimiento.

Su primera impresión fue que se hallaba delante de una arquitectura abrumadora. El lugar que estaba contemplando era una nave de edificios titánicos que se curvaban espaciosamente en todas direcciones. Por encima, poderosas vigas se reunían en el centro a través de una inmensa anchura y una cubierta de materia transparente se interponía entre la gente y el cielo. Gigantescos globos de fría luz blanca hacían palidecer los rayos de sol que se filtraban a través de las vigas y de los cables. Un edificio como una roca se hallaba suspendido encima de él, y la fachada opuesta era oscura y gris y se veía interrumpida por grandes curvaturas, perforaciones circulares, balcones, contrafuertes, torrecillas, miles de ventanas y un intrincado dibujo de adornos arquitectónicos. En sentido contrario, horizontales y oblicuas, descubrió inscripciones con caracteres que le resultaban desconocidos. Aquí y allí, había columnas de gran grosor y las vigas del techo caían formando curvas y aberturas circulares hacia el lado opuesto.

Mientras Graham estaba observando todo esto, la silueta de un hombrecillo vestido de azul pálido atrajo su atención. Aquel individuo se hallaba al otro lado de la nave, al lado de unos festones que pendían de las cornisas, y sostenían unas cuerdas casi invisibles que caían de lo alto. De pronto, dando un salto que hizo que a Graham se le subiera el corazón a la boca, aquel hombre se lanzó siguiendo la curva hacia delante y desapareció por una abertura redonda que había a la izquierda. Graham había mirado hacia arriba al salir al balcón, y lo que vio por encima y frente a él le llamó al principio la atención, excluyendo todo lo demás. Pero de pronto descubrió la calzada de la calle. No era una calzada tal como Graham las recordaba, porque en el siglo XIX las calles eran caminos de tierra en los que las huellas de los vehículos enmarcaban las de los pies humanos. Esta calzada tenía unos sesenta metros de ancho y se movía, se movía toda excepto la parte central, que se hallaba a un nivel inferior. Durante irnos instantes contempló aquello completamente aturdido. Después comprendió.

Por debajo del balcón, aquella increíble calle se prolongaba a la derecha de Graham, y como una corriente sin fin una plataforma interminable formada de tablillas transversales muy estrechas y superpuestas unas a otras, que le permitían seguir las curvas, avanzaba tan de prisa como un tren expreso del siglo XIX. Sobre

aquella plataforma había algunos asientos, y aquí y allá aparecían pequeños quioscos que se movían demasiado de prisa para que él pudiera advertir lo que contenían. De la plataforma más cercana, que corría con más velocidad, descendían otras varias hacia el centro de la nave. Cada una de ellas se movía hacia la derecha y un poco más despacio que la que tenía encima, pero la diferencia de movimiento era lo suficientemente pequeña para permitir que la gente pasara de una a otra y de este modo se trasladara desde la que iba con más rapidez a la zona inmóvil del centro. Más allá de aquella parte central había otra serie de interminables plataformas que avanzaban con diferentes velocidades. A la izquierda de Graham, y sentados formando grupo en las dos plataformas más veloces, o pasando de una a otra, o reunidos en la parte central, había una infinidad de seres humanos.

—¡No debe permanecer aquí! —gritó Howard apareciendo de repente a su lado—. ¡Tiene que retirarse en seguida!

Graham no contestó. Había escuchado aquellas palabras sin entenderlas. Las plataformas avanzaban produciendo un fuerte ruido y la gente seguía gritando. Veíanse mujeres y muchachas jóvenes con el cabello suelto, maravillosamente vestidas, con bandas de tela atravesadas por el pecho. Eso fue lo primero que distinguió en la confusión. Después vio que el color dominante entre aquella multitud de colores que se veían como a través de un calidoscopio, era el azul pálido que había vestido el ayudante del sastre. Entonces logró descifrar lo que aquella gente gritaba:

—¡El Durmiente! ¿Qué le ha pasado al Durmiente?

Le pareció que las plataformas se cubrían de rostros humanos que miraban hacia arriba y seguían gritando con más fuerza. Vio que le señalaban con el dedo y que la zona central de aquella inmensa arcada situada frente al balcón estaba llena de hombres y mujeres vestidos de azul que se apiñaban y agitaban sin cesar. Vio que se producía una lucha y que aquellos seres eran conducidos de una plataforma a otra contra su voluntad. Pero apenas se les dejaba sueltos fuera del centro de la confusión, volvían de nuevo hacia él.

—¡Es el Durmiente! ¡Seguro que es el Durmiente! —gritaron algunas voces.

—¡Ése no es el Durmiente! —replicaron otras.

Más y más voces se volvieron hacia él. En aquella zona central, Graham distinguió aberturas, pozos y tramos de escalera por los que continuamente aparecían nuevas personas. Por lo visto la lucha se desarrollaba en la escalera más próxima a él. La gente corría por las plataformas en movimiento, en aquella dirección, saltando agitadamente de una a otra. Los hombres y las mujeres que se hallaban en las plataformas superiores parecían dividir su interés entre aquel punto y el balcón. Algunos individuos vestidos con un uniforme de un rojo brillante, que actuaban juntos de un modo metódico, estaban dedicados a impedir el acceso a aquella escalera. El grupo de personas que le rodeaba iba aumentando con rapidez. El color brillante de sus uniformes contrastaba con el blanco azulado de sus contrarios, ya que ahora estaba claro que se trataba de una lucha.

Contempló aquel espectáculo mientras Howard le gritaba al oído y lo sacudía por un brazo. Pero poco después desapareció, y él quedó solo.

Oyó que los gritos de «¡El Durmiente!» aumentaban de volumen y vio que las personas que se hallaban en la plataforma más cercana se ponían de pie. La plataforma que se movía con mayor rapidez a su derecha estaba desierta, y al otro lado de la nave, la que iba en dirección opuesta, venía atestada y volvía vacía. Con increíble rapidez se había congregado una multitud en el espacio central que se hallaba junto a él, una densa masa de gente que se agitaba. De un monótono rumor los gritos se transformaron en clamor incesante y atronador: «¡El Durmiente! ¡El Durmiente!». Todos gritaban y lanzaban aclamaciones, saludaban con sus sombreros y algunos gritaban: «¡Que paren las plataformas!». También repetían otro nombre desconocido para Graham y que le pareció algo como «Ostrog». Las plataformas más lentas estaban llenas de gente que corría en sentido contrario al de ellas para mantenerse frente a él.

—¡Que paren las plataformas! —repetieron.

Ágiles figuras se trasladaron velozmente desde el centro hasta la plataforma que se hallaba más cerca de él y fueron arrastradas con rapidez mientras gritaban frases extrañas e incomprensibles, y en seguida volvieron a la zona central. Entre todas aquellas frases distinguió claramente una, repetida cien veces:

—¡Es verdad que es el Durmiente! ¡Es verdad que es el Durmiente!

Durante un breve espacio de tiempo Graham permaneció inmóvil, y después comprendió que toda aquella agitación era motivada por él. Satisfecho de aquella popularidad, saludó a la multitud inclinándose, y después hizo un ademán con el brazo derecho, quedando atónito ante el violento rugido que aquel sencillo gesto provocó. El tumulto que reinaba en la escalera descendente alcanzó su punto culminante. Graham distinguió por todas partes balcones abarrotados, individuos que se deslizaban por cuerdas y hombres sentados en una especie de trapecio, que atravesaban el espacio. Oyó voces a su espalda y vio que un gran número de personas descendía por la escalera que partía del arco. De pronto se dio cuenta de que su guardián Howard había vuelto y le cogía por el brazo gritándole algo que él no lograba entender.

Se volvió y vio que el rostro de Howard estaba lívido.

—¡No se quede ahí! —Oyó que decía—. ¡Detendrán las plataformas y sumirán a la ciudad entera en la confusión!

Graham vio que por el pasillo de las columnas azules, detrás de Howard, avanzaban unos hombres, el del pelo rojo, el de la barba puntiaguda, otro muy alto vestido de rojo brillante y muchos más que corrían con expresión de ansiedad.

—¡Sáquenle de aquí! —gritó Howard.

—Pero ¿por qué? —preguntó Graham—. No veo...

—¡Tiene que venir! —dijo el hombre vestido de rojo con acento decidido.

También su rostro y sus ojos expresaban decisión y firmeza. Graham paseó la

vista de uno a otro, y de pronto se dio cuenta de que habían puesto en práctica contra él lo más desagradable con que puede uno enfrentarse en la vida: la coacción. Alguien le cogió por un brazo y le obligó a retirarse. Era como si el tumulto se hubiera dividido en dos, como si la mitad de los gritos que se elevaban desde aquella fantástica calle se hubieran trasladado a los pasillos del gran edificio en el que él se hallaba. Maravillado y confuso, sintiendo un impotente deseo de resistirse, Graham fue conducido y medio empujado por el pasillo de las columnas azules, y de repente se encontró solo con Howard dentro de un ascensor que ascendía con rapidez.

Capítulo VI

LA SALA DEL ATLAS

Desde el momento en que el sastre se despidió hasta el momento en que Graham se encontró en el ascensor, solamente transcurrieron cinco minutos. Aún le duraba el aturdimiento producido por su vasto intervalo de sueño, y la extrañeza inicial de hallarse vivo en aquélla era remota daba a todo un tinte asombroso, irracional y le hacía pensar que se hallaba sumido en un sueño real. Se sentía un poco apartado de todo, como si fuera un atónito espectador, pero mezclado, a pesar de ello, con la vida que le rodeaba. Todo cuanto había visto, y de un modo especial aquella apiñada muchedumbre enmarcada por el balcón, tenía mucho de espectacular, como una función vista desde el palco de un teatro.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? El cerebro me da vueltas. ¿Por qué gritaban? ¿En qué consiste el peligro?

—Tenemos muchas preocupaciones —dijo Howard, cuyos ojos evitaron los de Graham—. Vivimos una época de intranquilidad y su despertar en este momento se halla en cierto modo ligado...

Hablaba atropelladamente, como si le faltara el aliento.

—No comprendo —dijo Graham.

—Lo comprenderá más adelante —repuso entonces Howard.

Miró hacia arriba con nerviosismo como si le pareciera que la ascensión era demasiado lenta.

—No cabe duda que lo comprenderé mejor cuando haya visto algo más —dijo Graham, intrigado—. Todo esto, naturalmente, me resulta un poco extraño. Cualquier cosa es posible. Cualquier cosa, hasta los detalles más pequeños, me resultan asombrosos. Tengo entendido que su sistema numeral es muy distinto.

El ascensor se detuvo, y salieron a un pasillo muy largo y estrecho, entre dos muros altísimos, junto a los cuales había una cantidad extraordinaria de tuberías y gruesos cables.

—Este lugar es inmenso —dijo Graham—. ¿Se trata de un solo edificio? ¿Qué es?

—Éste es uno de los edificios que tenemos para algunos servicios públicos, como la luz, etcétera.

—¿Qué ocurría ahí fuera? ¿Era una revolución social? ¿Qué clase de Gobierno tienen? ¿Tienen todavía policía?

—Varias —contestó Howard.

—¿Varias?

—Unas catorce.

—No lo entiendo.

—Es natural. Nuestro orden social debe parecerle muy complejo. A decir verdad, yo tampoco lo comprendo con mucha claridad. Nadie lo comprende. Es posible que usted consiga descifrarlo algún día. Ahora tenemos que ir al Consejo.

La atención de Graham se dividía entre la urgente necesidad de hacer preguntas y la presencia de las personas con quienes tropezaban en los pasillos y las estancias que iban atravesando. De vez en cuando, mientras su mente estaba concentrada en Howard y sus respuestas vacilantes, perdía el hilo debido a una impresión momentánea producida por algo que se presentaba ante él. Por los pasillos y en los vestíbulos, la mayoría de los hombres iban vestidos con el uniforme rojo que él ya conocía. El color azul pálido que había visto repetido tantas veces en la calle, no se veía por ninguna parte. Aquellos hombres le miraban y les saludaban a él y a Howard cuando pasaban por su lado.

Entraron en un corredor de techo bajo, donde había un gran número de muchachas jóvenes, sentadas como si estuvieran en una clase. No vio a ningún maestro, pero distinguió un aparato del que supuso salía la voz que llegó a sus oídos. Le pareció que aquellas jóvenes lo miraban a él y a su guía con estupefacción. Pero le hicieron seguir adelante sin darle tiempo a formarse una idea clara de lo que aquello significaba. Supuso que conocerían a Howard y se preguntarían quién era él. Por lo visto aquel Howard era un personaje importante, aunque, por otro lado, no era más que su guardián. Aquello resultaba un tanto extraño.

Llegaron después a un pasillo sumido en una suave penumbra, que tenía a ambos lados unas aceras a gran altura, por las que Graham vio los pies y los tobillos de unas personas que avanzaban. A continuación tuvo la vaga impresión de que cruzaban galerías y más galerías y de que las personas con quienes tropezaban se volvían atónitas a mirarlos cuando ellos avanzaban, seguidos por dos guardias vestidos de rojo.

El efecto de los estimulantes fue sólo temporal, y pronto sintió una gran fatiga debida a aquella excesiva prisa, por lo que rogó a Howard que redujera un poco el paso. Después se halló en un ascensor que tenía una ventana que daba a la calle que ya conocía, pero era de cristal y no se podía abrir. Por otra parte, estaban demasiado altos para que pudieran ver lo que ocurría en las plataformas en movimiento, sin sacar la cabeza. Pero sí pudo ver a varias personas trasladándose de un lado a otro por medio de cables y puentes muy curiosos y de frágil aspecto.

A continuación cruzaron la calle a una gran altura por un puente muy estrecho con paredes de cristal, un cristal tan fino que todavía sintió vértigo después cuando se acordó de él. El suelo era también de cristal. A juzgar por sus recuerdos de las rocas que se elevaban entre New Quay y Boscastle, tan remotas en el tiempo y tan recientes en sus recuerdos, calculó que debían hallarse a unos cuatrocientos pies por encima de las movibles calles. Se detuvo y contempló por entre sus piernas la apiñada multitud azul y roja, diminuta y escorzada, luchando y gesticulando todavía a los pies del

pequeño balcón que se veía allá abajo, como un balcón de juguete donde él había estado hacía tan poco tiempo. Una ligera bruma y el resplandor de los poderosos globos de luz le impedían una visión clara. Un hombre sentado en una plataforma colgante, impelida desde algún punto más alto aún que el estrecho puente que él atravesaba, pasó por su lado por un cable con tanta velocidad como si se tratara de una caída. Graham se detuvo instintivamente para contemplar aquel pasajero mientras desaparecía por una gran abertura circular. Después, sus ojos volvieron a fijarse una vez más en la tumultuosa lucha que tenía lugar en la calle.

Por una de las plataformas más rápidas se acercaron muchísimos puntos rojos que se separaron al acercarse él al balcón y fueron trasladándose por las plataformas más lentas hacia la parte central, que era el núcleo de la lucha. Aquellos individuos vestidos de rojo iban armados con palos y porras, y a Graham le pareció que golpeaban en todas direcciones. Hasta él, débiles y lejanos, llegaron gritos de dolor y de cólera.

—¡Siga! —ordenó Howard poniéndole la mano en el brazo.

Otro individuo bajó por un cable. Graham levantó la vista para ver de dónde procedía, y a través del techo de cristal y de la red de cables y vigas descubrió algo que se movía rítmicamente como las aspas de un molino de viento. Entre cada una de aquellas aspas tuvo una visión fugaz de un firmamento pálido y remoto. Howard le obligó a seguir avanzando por el puente y de pronto se encontró en un estrecho pasillo decorado con dibujos geométricos.

—Quiero ver eso otra vez —exclamó Graham resistiéndose.

—No, no —contestó Howard agarrándole todavía por el brazo—. ¡Por aquí! Tiene que venir por aquí.

Los hombres vestidos de rojo que les seguían, parecían dispuestos a obligarle a obedecer.

Unos negros vestidos con un uniforme a rayas negro y amarillo, que les hacía parecer avispas, aparecieron por el pasillo y uno se apresuró a levantar una especie de persiana que a Graham le había parecido una puerta, y abrió la marcha. Graham se encontró en una galería que pendía del extremo de una gran estancia. El servidor, vestido de negro y amarillo, la atravesó, levantó una segunda persiana y permaneció de pie esperando.

Aquello debía ser una antesala. Graham vio un gran número de personas en el espacio central, y en el extremo opuesto una puerta enorme e imponente en lo alto de una escalera, que, aunque estaba medio cubierta por una cortina, permitía la visión de un vestíbulo aún más grande. Por todas partes distinguió hombres blancos vestidos de rojo y hombres negros que llevaban el uniforme negro y amarillo.

Mientras cruzaba la galería oyó un cuchicheo: «¡El Durmiente!». Vio que todo el mundo lo miraba y lo seguía con la vista. Entraron por otro pasillo contiguo a aquella antesala y después Graham se encontró en una galería de metal que rodeaba el gran vestíbulo que había visto por entre las cortinas. Entraron en aquel lugar por una

esquina y, por lo tanto, pudo comprobar perfectamente sus enormes proporciones. El negro vestido con uniforme de avispa permaneció a un lado como un criado deferente y cerró la válvula tras sí.

Comparado con cuanto Graham había visto hasta entonces, este segundo vestíbulo estaba decorado con extrema riqueza. Sobre un pedestal, en el extremo más remoto, y más brillantemente iluminada que ningún otro objeto, había una gigantesca estatua blanca de Atlas, fuerte y musculoso, sosteniendo el globo terráqueo sobre sus hombros inclinados. Como era tan grande, tan paciente y tan dolorosamente real, tan blanca y sencilla, aquella estatua fue lo primero que le llamó la atención. Aparte de esta figura y de un estrado que había en el centro, aquel lugar constituía un vacío brillante. El estrado se veía alejado por la grandeza de la estancia, y hubiera parecido un simple trozo de metal a no ser por un grupo de siete hombres que se hallaban sentados alrededor de una mesa que había en él y que daban idea de sus proporciones. Todos estaban vestidos con túnicas blancas, parecían haberse levantado en aquel momento de sus asientos y contemplaban fijamente a Graham.

Éste advirtió que sobre la mesa brillaban unos aparatos mecánicos.

Howard lo condujo a través de la galería hasta que se hallaron frente a la figura de Atlas. Entonces se detuvo. Los dos individuos vestidos de rojo que les habían seguido se situaron inmediatamente a ambos lados de Graham.

—Tiene usted que quedarse aquí... —murmuró Howard—. Será sólo un momento.

Y sin esperar respuesta se alejó por la galería.

—Pero ¿por qué? —comenzó a decir Graham.

Hizo un movimiento como para seguirle, pero uno de los guardias le cerró el paso.

—Tiene que esperar aquí, señor —dijo.

—¿Por qué?

—Órdenes son órdenes, señor.

—¿Órdenes de quién?

—Son nuestras órdenes, señor.

Graham expresó con los ojos toda la exasperación que sentía.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Son los miembros del Consejo, señor.

—¿De qué Consejo?

—Del único Consejo.

—¡Ah! —exclamó Graham.

Después de intentar, también sin resultado, hacer hablar al otro individuo, Graham se acercó a la barandilla y contempló los lejanos hombres vestidos de blanco que no cesaban de mirarlo mientras cuchicheaban entre sí.

¿El Consejo? Notó que ahora los consejeros eran ocho, aunque no había visto llegar el último. No hicieron ningún gesto de saludo, sino que se pusieron a mirarlo

como en el siglo XIX un grupo de hombres hubiera contemplado desde la calle un globo distante que de pronto hubiese aparecido ante su vista. ¿Qué Consejo podía ser aquel que se reunía allí, aquel pequeño grupo de hombres bajo el significativo Atlas, reunidos en secreto en medio de aquella impresionante grandeza? ¿Y por qué había sido él conducido a su presencia? ¿Por Qué le miraban de aquel modo tan extraño y hablaban de él en voz baja? Howard apareció debajo de él y atravesó rápidamente el suelo brillante hasta reunirse con ellos. Al acercarse se inclinó e hizo una serie de movimientos ceremoniosos. Después subió los escalones del estrado y permaneció entonces de pie junto a los aparatos que había sobre la mesa.

Graham contempló aquella visible pero ininteligible conversación. De vez en cuando uno de los hombres vestidos de blanco lo miraba a él. Aguzó el oído en vano. Los ademanes de dos de aquellos hombres fueron animándose gradualmente. Contempló después los rostros impasibles de los dos guardias que le escoltaban. Cuando volvió de nuevo la vista al Consejo advirtió que Howard estaba extendiendo las manos y moviendo la cabeza en un gesto de protesta. Pero uno de los hombres vestidos de blanco le interrumpió golpeando la mesa con los nudillos.

A Graham le pareció que la conversación duraba un espacio de tiempo interminable. Levantó los ojos hacia el gigante inmóvil a cuyos pies se hallaba reunido el Consejo y desde allí paseó su mirada por las paredes del vestíbulo. Aquellas paredes estaban decoradas con grandes paneles cubiertos por pinturas de estilo parecido al japonés, muchos de ellos de gran belleza. Aquellos paneles se hallaban enmarcados por bastidores de metal oscuro y se extendían hasta las cariátides metálicas de las galerías y las grandes líneas de construcción del interior. La belleza de aquellos paneles realizaba el gesto poderoso de la figura blanca que dominaba la escena. Los ojos de Graham volvieron a fijarse en el Consejo y vio que Howard bajaba las gradas del estrado. A medida que iba acercándose pudo distinguir sus facciones y Graham vio que había enrojecido y que jadeaba. No había conseguido dominarse del todo cuando apareció en la galería.

—Por aquí —fue todo lo que dijo.

En silencio se acercaron a una puerta que se abrió por sí sola. Los dos hombres vestidos de rojo se detuvieron a ambos lados, y Howard y Graham salieron por ella.

Echando una mirada hacia atrás, Graham vio que los consejeros vestidos de blanco seguían de pie formando grupo sin dejar de contemplarle. Después la puerta se cerró pesadamente tras él y por primera vez desde su despertar le rodeó el silencio. Ni siquiera sus pisadas hacían ruido.

Howard abrió otra puerta y los dos se encontraron en la primera de dos cámaras contiguas, decoradas de blanco y verde.

—¿Qué Consejo era ése? —preguntó Graham—. ¿De qué estaban hablando? ¿Tiene todo eso que ver conmigo?

Howard cerró la puerta con grandes precauciones, exhaló un profundo suspiro y dijo algo en voz baja. Atravesó la habitación diagonalmente y volvió jadeando de

nuevo hacia donde estaba Graham.

—¡Uf! —gruñó como si le hubieran quitado un peso de encima.

Graham lo miró en silencio.

—Debe usted comprender —comenzó Howard bruscamente evitando la mirada de su interlocutor— que nuestro orden social es muy complejo. Una explicación incompleta, una frase imprudente le haría formarse una impresión falsa. Lo cierto es que, en virtud del interés compuesto, su pequeña fortuna y la fortuna que le dejó su primo Warming, junto con otras pequeñas cantidades que se han ido sumando, se han hecho bastante considerables. Y por otras circunstancias que le será difícil comprender, se ha convertido usted en un personaje de importancia, de gran importancia, en los asuntos mundiales.

Se interrumpió.

—¿Y bien? —preguntó Graham.

—Tenemos graves perturbaciones sociales.

—¿Y bien?

—Las cosas han llegado a tal estado, que es conveniente que usted sea recluido en este lugar.

—¡Quieren hacerme prisionero! —exclamó Graham.

—¡Ejem...! Le ruegan que permanezca recluido.

Graham se volvió hacia su interlocutor.

—¡Es muy extraño todo esto! —murmuró.

—No se le hará ningún daño.

—¡Ningún daño!

—Pero debe permanecer aquí...

—Supongo que hasta que conozca mi situación...

—Exactamente.

—Muy bien. Empiece, pues. ¿Por qué habla de daño?

—No hablemos de eso ahora.

—¿Por qué no?

—Porque es una historia demasiado larga, señor.

—Razón de más para que la conozca cuanto antes. Dice usted que soy un personaje de importancia. ¿Qué eran aquellos gritos? ¿Por qué aquella muchedumbre gritaba y se arremolinaba al enterarse de mi despertar y quiénes son esos individuos vestidos de blanco que se hallaban en esa enorme estancia?

—Cada cosa a su tiempo, señor —repuso Howard—. No hay que precipitarse. Vivimos en una época de intranquilidad. Su despertar... Nadie esperaba su despertar, y el Consejo se ha reunido...

—¿Qué Consejo?

—El que usted ha visto.

Graham hizo un gesto de irritación.

—Esto no es posible —protestó—. Debe decirme lo qué está ocurriendo.

—Tiene que esperar. Es necesario que espere.

Graham se sentó bruscamente.

—Por lo visto, puesto que he esperado tanto para volver a la vida —dijo—, tendré que esperar un poco más.

—Esta actitud es más razonable —dijo Howard—. Sí, mucho más razonable. Y ahora debo dejarle solo unos instantes mientras vuelvo a reunirme con el Consejo... Lo siento.

Se dirigió a la puerta silenciosa, titubeó y desapareció.

Graham se acercó también a la puerta, intentó abrirla, descubrió que estaba asegurada por algún misterioso mecanismo que no logró comprender, giró sobre sus talones, recorrió la estancia con nerviosismo y volvió a sentarse. Permaneció sentado un buen rato con los brazos cruzados y el ceño fruncido, mordiéndose las uñas e intentando poner en orden las calidoscópicas impresiones de aquella primera hora de su reanudada vida: los vastos espacios mecánicos, la interminable serie de cámaras y pasillos, la gran lucha que tenía lugar en aquellas extrañas plataformas, el reducido grupo de hombres que hablaban debajo del Atlas gigantesco, el misterioso comportamiento de Howard. Por su imaginación cruzó la sospecha de que tenía que hacer algo, algo de importancia, sin precedentes. ¿Qué tenía que hacer? Mientras tanto, el silencio de aquella habitación le daba a entender claramente que estaba prisionero.

Sintió la irresistible convicción de que aquella serie de impresiones formaban parte de un sueño. Cerró los ojos, pero no logró despertar a otra realidad.

A continuación comenzó a examinar y a tocar todo cuanto contenían las dos pequeñas habitaciones en que se encontraba.

Se contempló en un largo espejo ovalado y se detuvo estupefacto. Estaba vestido con una airosa túnica de tonos rojo y blanco azulado, tenía una barba canosa cortada en punta y su cabello, con innumerables hilos blancos, estaba arreglado sobre su frente de un modo extraño, pero de cierta belleza. Parecía un hombre de cuarenta y cinco años. Por un momento pensó que la imagen que contemplaba no era la suya.

Al reconocerse se echó a reír.

—¡Me gustaría hacer una visita a Warming vestido así! —exclamó—. Y hacer que me invitara a almorzar.

Después pensó en otros conocidos de su juventud, y en medio de su alegría comprendió que todos los seres humanos con quienes podría bromear debían de haber muerto hacía muchas decenas de años. Aquella idea lo dejó aplanado. Cesó bruscamente de reír y sus ojos expresaron la más profunda consternación.

Recordó una vez más las movibles plataformas y la enorme fachada que había contemplado desde el balcón. Volvió a ver claramente la vociferante muchedumbre y sus antagónicos consejeros vestidos de blanco, alejados e impenetrables, y se sintió muy pequeño e impotente y lastimosamente desorientado. A su alrededor, el mundo resultaba realmente extraño.

Capítulo VII

EN LAS HABITACIONES SILENCIOSAS

Transcurridos unos instantes, Graham reanudó el examen de sus habitaciones, porque la curiosidad le impelía a moverse a pesar de su fatiga. Observó que la habitación interior era muy alta y que tenía el techo en forma de cúpula con una abertura ovalada en el centro, que daba a una especie de gigantesco embudo en el que parecía dar vueltas una rueda de anchos radios que, por lo visto, removía el aire por aquel tubo. El ligero rumor causado por aquel movimiento continuo era el único sonido que percibían sus oídos en aquel tranquilo lugar. Por entre aquellas aspas que iban sucediéndose rápidamente unas tras otras, Graham podía ver el cielo, y le sorprendió ver una estrella.

Esto condujo su atención al hecho de que la brillante iluminación de aquellas habitaciones se debía a una gran cantidad de lámparas que despedían una luz viva, desde las comisas. No había ventanas. Entonces recordó que en todas las cámaras y pasillos que había atravesado con Howard, no había visto ninguna ventana. ¿Se le habrían pasado inadvertidas? Había visto unas ventanas en la calle, pero ¿servirían para dejar entrar la luz? ¿O acaso estaba la ciudad encendida permanentemente, de modo que en ella no existía la noche?

En aquel momento se dio cuenta de otra cosa. En ninguna de las dos habitaciones había chimenea. ¿Acaso era verano, o sería que toda la ciudad se calentaba y se enfriaba mecánicamente? Comenzó a dar vueltas a todo esto en su imaginación y examinó la suave contextura de las paredes, la sencilla cama y los ingeniosos artilugios mediante los cuales se hacían innecesarios otros muebles. Lo que más le llamaba la atención era la ausencia de todo adorno, una desnuda elegancia de forma y color que resultaba muy agradable a la vista. Había varias sillas muy cómodas, una mesa muy esbelta con ruedas silenciosas sobre la que había botellas y vasos y dos platos con una sustancia parecida a la jalea. Después notó que no había libros, ni periódicos, ni materiales de escritorio.

—Efectivamente, el mundo ha cambiado —murmuró.

Observó que un lado entero de la habitación exterior estaba cubierto de dobles cilindros en fila, con inscripciones verdes sobre fondo blanco, que armonizaban con la decoración de la estancia. En el centro de aquella pared se veía un pequeño aparato que mediría aproximadamente un metro cuadrado y que parecía corresponder a una pantalla que había en la habitación. Frente a él había una silla. Graham pensó que aquellos cilindros debían de ser libros o modernos sustitutos de libros, pero aquella idea no le pareció posible.

Las inscripciones que exhibían aquellos tubos le intrigaron. A primera vista

parecían escritos en ruso, pero fijándose más, le pareció distinguir en algunas palabras una mutilación del idioma inglés.

«Di Man huwdbi Kin».

Aquello debía querer decir: «The Man who Would Be King».

—Escritura fonética —dijo en voz alta.

Recordó haber leído una novela con aquel título, y, poniéndose a pensar, el argumento le vino a la memoria. Se trataba de una de las mejores novelas del mundo. Pero lo que él tenía delante no era un libro, según la idea que él tenía de los libros. Logró descifrar los títulos de otros dos cilindros, El corazón de las tinieblas, que nunca había oído nombrar, lo mismo que La Madona del futuro. No cabía duda de que se trataba de novelas de autores postvictorianos.

Durante un buen rato estuvo contemplando el curioso cilindro que tenía en la mano y después volvió a colocarlo en su sitio. Después se acercó al aparato cuadrado y lo examinó. Abrió una especie de tapa y descubrió dentro uno de los dobles cilindros, que tenía en un extremo una especie de tornillo semejante a un timbre eléctrico. Hizo presión sobre él e inmediatamente oyó unos cuantos golpes secos seguidos de voces y música y vio que sobre la pantalla aparecía una masa de color. Comprendió de pronto lo que aquello era y dio un paso atrás para contemplarlo.

Sobre la superficie plana se veía claramente una escena con colores vivos, y en aquella escena había figuras que se movían. No sólo se movían, sino que hablaban con perfecta claridad. Era exactamente una escena real vista a través de unos prismáticos puestos al revés y escuchada por un tubo. Se sintió profundamente interesado y contempló las fotografías que representaban un hombre andando de un lado a otro y vociferando furioso a una mujer muy bonita, que parecía terriblemente enojada. Los dos vestían la pintoresca túnica que a Graham le resultaba tan extraña.

—Yo he trabajado —decía el hombre—. Pero ¿qué has hecho tú?

Graham se olvidó de todo y se sentó en la silla. Cinco minutos después oyó que le mencionaban. Escuchó las palabras: «Cuando el Durmiente despierte», pronunciadas en broma como una frase hecha, como indicando algo que nunca ocurriría, algo remoto e increíble. Pero poco después tuvo la sensación de que aquellos dos seres eran íntimos amigos suyos.

Al fin, el pequeño drama llegó a su término y la pantalla cuadrada del aparato quedó vacía.

Era un extraño mundo el que se le había permitido contemplar, un mundo sin escrúpulos, ansioso de placeres, enérgico, sutil, un mundo de luchas económicas. Había alusiones que le resultaban incomprensibles, indicios de que los ideales de moralidad habían cambiado, relámpagos que ocasionalmente arrojaban un poco de luz sobre su cerebro aturdido. El color azul que le llamó de tal modo la atención en la primera y fugaz visión que tuvo de la ciudad, reapareció de nuevo, como el color del

pueblo. No le cupo ya duda alguna de que la historia era contemporánea y su intenso realismo le resultó innegable. El final fue una tragedia que le oprimió el corazón y permaneció sentado mirando sin ver la pantalla vacía.

De pronto experimentó un vivo sobresalto y se frotó los ojos. Había estado tan absorto en aquel moderno sustitutivo de una novela, que contempló la pequeña habitación verde y blanca con una sorpresa parecida a la que había experimentado al despertar de su largo sueño.

Se puso en pie y sintió que volvía a rodearle el mundo irreal al que acababa de nacer. Olvidó el drama que había contemplado y a su imaginación volvió el recuerdo de la lucha en la calle, del ambiguo Consejo y de las diferentes fases de su despertar. Las personas que le rodeaban habían mencionado al Consejo, habían hablado de su poderío universal. Y habían hablado también del Durmiente. Al escucharles, no había relacionado aquello con él, y ahora tenía que esforzarse por recordar lo que habían dicho.

Dirigióse al dormitorio y escudriñó el espacio por los intervalos del abanico giratorio. A medida que iba dando vueltas, el eco vago de un ruido sordo parecido al producido por una máquina, llegó hasta él con un ritmo monótono. Por lo demás, todo estaba en silencio. Aunque sus habitaciones se hallaban sumidas también en el día perpetuo, notó que la pequeña faja de firmamento que veía se había oscurecido. Era casi negra y estaba espolvoreada de estrellas.

Reanudó su examen de las habitaciones, pero no logró encontrar el medio de que la puerta se abriera, ni ningún timbre para llamar en caso de necesidad. Había dejado ya de asombrarse, pero seguía lleno de curiosidad y ansioso de información. Deseaba conocer exactamente su situación con relación a todas aquellas cosas nuevas. Se esforzó por tranquilizarse hasta que acudiera alguien, pero le resultó imposible y volvió a sentir con más fuerza que nunca un ansia de distracción, de sensaciones inéditas.

Volvió a acercarse al aparato que había en la otra estancia y pronto descubrió el sistema de remplazar el cilindro por otro. Al hacerlo pensó que se debía a aquellos aparatos que el idioma fuera aún comprensible después de doscientos años. Los cilindros que utilizó al azar le hicieron oír una fantasía musical. Al principio le pareció hermosa y después sensual, y pronto reconoció en ella una alterada versión de Tannhäuser. La música no le resultaba familiar, pero el argumento era real y sólo había sido retocado ligeramente. Tannhäuser no iba a Venusberg, sino a una Ciudad de Placer. ¿Qué era una Ciudad de Placer? Seguramente un sueño, la creación de un escritor fantástico y voluptuoso.

Aquello le interesó y le hizo sentir curiosidad. La historia se desarrollaba con un fondo de sentimentalismo enfocado de un modo extraño. Desde luego, le desagradó, y a medida que iba avanzando, fue gustándole menos.

No se trataba de cuadros ni de fantasías, sino de realidades fotografiadas. No deseaba saber nada más del Venusberg del siglo XXII. Se olvidó del papel

desempeñado por el protagonista en el siglo XIX y se libró a una indignación arcaica. Se puso en pie, indignado. Y medio avergonzado de sí mismo por haber admitido aquella mixtificación aun en la soledad, acercó el aparato y buscó con violencia el medio de detener su funcionamiento. Se oyó un chasquido, sintió un ramalazo de corriente eléctrica y el aparato quedó en silencio. Cuando intentó remplazar aquellos cilindros de Tannhäuser por otros dos, descubrió que el aparato no funcionaba.

Atravesó la habitación diagonalmente y se puso a recorrerla en todas direcciones, luchando con sensaciones contrarias. Lo que había escuchado y había visto en los cilindros le confundía y afligía. Consideró asombroso que en sus treinta años de vida no hubiera intentado nunca imaginarse cómo serían los tiempos venideros.

—Estábamos haciendo el futuro —dijo—. Y casi ninguno de nosotros pensaba en el futuro que preparábamos. ¡Y es éste! ¿Qué han conseguido? ¿Qué han hecho? ¿Qué papel me toca desempeñar en estas circunstancias?

Le había parecido natural la extensión de las calles y el tamaño de los edificios y la multiplicación de sus habitantes. Pero el cambio absoluto de costumbres y la sensualidad sistematizada de los hombres ricos...

Pensó en Bellamy y en el protagonista de su Utopía Socialista, que había previsto con tanta anticipación estos sucesos. Pero esto no era ninguna utopía, no era ningún Estado socialista. Graham había visto lo suficiente para comprender que seguía existiendo el antiguo contraste entre el lujo, el derroche y la sensualidad por un lado, y la pobreza abyecta por el otro. Conocía lo bastante los factores esenciales de la vida para comprender esta correlación. No solamente eran gigantescos los edificios de la ciudad y era gigantesca la muchedumbre que él había visto, sino que las voces que habían llegado a sus oídos, la intranquilidad de Howard y la atmósfera misma hablaban de un descontento gigantesco. ¿En qué país se encontraba? Debía de ser Inglaterra, y, sin embargo, nada de lo que había visto parecía inglés. Contempló con la imaginación el resto del mundo y no logró representarse más que un enigmático velo.

Siguió recorriendo la estancia y examinándolo todo como un animal enjaulado. Estaba muy cansado y sentíase febril. Se detuvo muchas veces debajo del ventilador esforzándose por escuchar el eco distante del tumulto que seguramente seguía desarrollándose en la ciudad.

De pronto se puso a hablar solo.

—¡Doscientos tres años! —se repitió una y otra vez echándose a reír—. ¡Esto quiere decir que tengo doscientos treinta y tres años! Soy el habitante más viejo del mundo. No creo que hayan invertido las tendencias de mis tiempos y hayan vuelto al Gobierno del más viejo. Mis derechos son indiscutibles en este caso. Recuerdo las atrocidades de los búlgaros como si hubieran ocurrido ayer.

Le sorprendió oír el sonido de su risa y después se echó a reír más alto, deliberadamente, hasta que comprendió que se estaba comportando como un necio.

«Calma —se dijo—. ¡Calma!».

Sus paseos se hicieron más regulares, y prosiguió.

—Este nuevo mundo... no lo comprendo. ¿Por qué...? Todo es un inmenso por qué... Supongo que pueden volar y hacer toda clase de cosas. Vamos a ver si puedo recordar cómo empezó esto.

Al principio le sorprendió descubrir hasta qué punto eran vagos los recuerdos, momentos en su mayor parte triviales, cosas sin importancia que había observado. Su infancia fue lo que le vino a la memoria con más rapidez, y recordó los libros de texto y ciertas lecciones de geometría. Después revivió las circunstancias más salientes de su vida, pensó en su mujer muerta hacía muchísimo tiempo y en su mágica influencia desaparecida para siempre; pensó en sus rivales, en sus amigos y en sus enemigos, en algunas rápidas decisiones y, por fin, en sus últimos años desgraciados entre ideas fluctuantes y estudios agotadores. En seguida lo recordó todo, un poco oscuramente tal vez, enmohecido como un metal arrinconado durante mucho tiempo, pero de ningún modo alterado o defectuoso. Y el matiz principal de todo era el gris del dolor. ¿Valía la pena cambiarlo? Por milagro había sido sacado de una vida que se le había hecho intolerable...

Sus ideas volvieron a fijarse en su situación actual y luchó en vano con los hechos, que se habían convertido en una inextricable maraña. A través del ventilador vio que el firmamento había adquirido el tinte rosado del amanecer, y de los rincones recónditos de su mente surgió una idea que se fue repitiendo al transcurrir el tiempo.

—Tengo que dormir —dijo.

El sueño se le representó como un maravilloso alivio de su angustia mental y del dolor y de la pesadez de sus miembros. Se dirigió al extraño lecho que le estaba destinado, se tendió sobre él y pronto se quedó dormido...

Acabó por conocer perfectamente aquellas dos habitaciones antes de abandonarlas, porque permaneció allí encerrado durante tres días. En todo aquel tiempo nadie, excepto Howard, entró en su prisión. El asombro que le producía este encarcelamiento se mezclaba, y en cierto modo lo disminuía, con el que le produjo haber sobrevivido a su largo sueño. Al despertar se había enfrentado con la humanidad, pero inmediatamente había sido reducido a aquella soledad inesperada. Howard acudía con regularidad llevándole líquidos nutritivos y vigorizantes y alimentos ligeros y agradables que Graham no conocía. Siempre cerraba la puerta con precaución al entrar. En las cuestiones de poca importancia se mostraba muy complaciente, pero se negaba en redondo a contestar a las preguntas de Graham relacionadas con los acontecimientos que evidentemente se desarrollaban al otro lado de los muros a prueba de ruidos que le rodeaban. Evitaba con toda la cortesía posible cualquier pregunta sobre la situación del mundo exterior.

Durante aquellos tres días los pensamientos incesantes de Graham giraron en todas direcciones. Todo cuanto había visto, todas aquellas precauciones para evitar que sus ojos se abrieran del todo a la realidad, daban vueltas continuamente en su imaginación. Dio todas las interpretaciones posibles a la situación en que se

encontraba, y probablemente una de ellas coincidió con la realidad. Todo cuanto le había ocurrido acabó por parecerle lógico, contemplado desde su reclusión, y cuando, por fin, llegó el momento de su liberación, se hallaba preparado...

La conducta de Howard sirvió para confirmar la impresión que tenía Graham de la extraordinaria importancia de aquel personaje. Cada vez que abría y cerraba la puerta, parecía llevar consigo una parte de los sucesos exteriores. Sus preguntas se hicieron más concretas, y Howard se retiraba entre protestas y exclamaciones. Repetía que no habían contado con su despertar y que éste se había producido en un momento de desorden social.

—Para explicárselo necesito contarle la historia de una gruesa y media de años —afirmó Howard en una ocasión.

—Lo cierto es —dijo Graham— que tiene usted miedo de algo que yo puedo hacer. En cierto modo soy poderoso.

—No es eso. Pero tiene usted... Lo cierto es que el aumento automático de su fortuna pone en sus manos grandes posibilidades de interferencia. Además, con sus conocimientos del siglo XVIII tiene usted influencias en otros sentidos.

—Del siglo XIX —corrigió Graham.

—Sea como sea, con sus conocimientos de otros tiempos, ignorante como está de las características de nuestro Estado...

—¿Me considera usted estúpido?

—Desde luego, no.

—¿Le parezco capaz de comportarme de un modo insensato?

—Nunca se contó con la posibilidad de que actuara de ningún modo. Nadie esperaba que despertara. Nadie pensó que pudiera despertar algún día. El Consejo lo había rodeado de precauciones antisépticas. La verdad es que creíamos que estaba muerto y... Pero la cosa es demasiado compleja. No nos atrevemos... de repente..., mientras no haya despertado del todo...

—Eso no puede ser —dijo Graham—. Supongamos que es como usted dice. ¿Por qué no se me exponen los hechos y se me inculcan conocimientos que me hagan capaz de aceptar mis responsabilidades? No sé más ahora que hace dos días, si es que hace dos días que me desperté.

Howard se mordió el labio inferior.

—Empiezo a experimentar cada vez con mayor claridad la sensación de que se me oculta algo y que usted desempeña el papel principal en todo esto. ¿Acaso este Consejo o Comité, o lo que sea, está poniendo en claro la contabilidad de mi fortuna? ¿Es de esto de lo que se trata?

—Esa desconfianza... —protestó Howard.

—Escuche —interrumpió Graham—. Los que me han encerrado aquí van a pasarlo mal, muy mal. Estoy vivo, no le quepa duda, estoy vivo. Cada día mi pulso está más fuerte y mis ideas más claras y vigorosas. ¡Se acabó mi sumisión! Soy un hombre que ha vuelto a la vida y quiero vivir. ¡Vivir!

Los ojos de Howard se iluminaron con una idea repentina. Se acercó a Graham y le habló en tono confidencial.

—El Consejo lo tiene recluido aquí por su propio bien. Pero usted está intranquilo e inquieto. Es natural, porque es un hombre de gran energía y se aburre aquí dentro. Nosotros deseamos proporcionarle cualquier cosa que desee... cualquier capricho, ¿comprende? Quizá haya algo... ¿Es compañía lo que quiere?

Hizo un guiño significativo.

—Sí —repuso Graham, pensativo—. Esto es.

—¡Ah! ¡Me lo había figurado! Le hemos tratado con negligencia.

—Deseo la compañía de la multitud que he visto en la calle.

—Me temo que eso...

Graham se puso de nuevo a recorrer la habitación, mientras Howard, de pie al lado de la puerta, le contemplaba. Graham comprendió claramente lo que significaban las vagas palabras de Howard. ¿Compañía? ¿Aceptaría la propuesta? ¿Pediría que viniera alguien? ¿Habría alguna posibilidad de obtener por la conversación con otra persona una vaga idea de los motivos de la lucha que se había iniciado en el momento de su despertar? Reflexionó un rato y aquella posibilidad adquirió mayores proporciones. Bruscamente se volvió hacia Howard.

—¿A qué compañía se refiere?

Howard levantó la vista y se encogió de hombros.

—Seres humanos —dijo con una extraña sonrisa.

Nuestras ideas sociales han adquirido una liberalidad que no existía en su época. Si un hombre desea aliviar su tedio con la compañía femenina, por ejemplo, no nos escandalizamos. Nosotros no tenemos ideas preconcebidas. En nuestra ciudad existe una clase, una clase necesaria, discreta, que no es objeto de desprecio...

Graham cesó bruscamente en sus paseos.

—Le ayudaría a pasar el tiempo... —prosiguió Howard—. Debía haber pensado en ello antes, pero con tantas cosas como han ocurrido...

Indicó con un gesto el mundo exterior.

Graham vaciló. Durante unos momentos la figura de una mujer que su imaginación había creado de pronto, prevaleció en su mente con inmensa atracción. Pero después sintió que la cólera le dominaba.

—¡No! —gritó.

Se puso a andar otra vez con pasos rápidos de un extremo a otro de la habitación.

—Cada cosa que usted dice y cada cosa que usted hace me va convenciendo más y más de que están ocurriendo sucesos muy importantes que me conciernen. Yo no deseo pasar el rato, como usted cree. Sí, ya lo sé. El deseo y el placer, en cierto sentido, son la vida... pero son también la muerte, la extinción. En mi vida, antes de dormirme, me hice esta misma pregunta, y no quiero empezar de nuevo. Hay una ciudad, en ella viven millares de seres humanos... Y, mientras tanto, aquí estoy yo como un conejo acorralado.

Sintió que la cólera lo ahogaba y apretó con fuerza los puños. Se dejó llevar por un ataque de ira y profirió una serie de maldiciones anticuadas y arcaicas. Sus ademanes expresaron vagas amenazas.

—Ignoro para quién trabaja usted y por qué me mantiene deliberadamente en esta ignorancia. Pero lo que sí sé es que no estoy aquí en virtud de un plan que haya de resultarme beneficioso. Y le advierto que deben atenerse a las consecuencias. Una vez tenga en mis manos el poder...

Comprendió entonces que amenazar de este modo podría poner en peligro su vida, y se interrumpió, mientras Howard le miraba con una curiosa expresión.

—Supongo que sus palabras han sido un mensaje para el Consejo —dijo por fin.

Graham sintió el impulso momentáneo de echarse sobre aquel hombre, de arrojarlo al suelo y golpearlo. Su intención debió retratarse en su rostro, pues Howard se alejó rápidamente. Un segundo después la puerta silenciosa había vuelto a cerrarse y el hombre del siglo XIX se hallaba otra vez solo.

Durante un momento permaneció erguido, con los puños apretados y medio levantados, y por fin los dejó caer a lo largo del cuerpo.

—¡Qué idiota he sido! —exclamó dejándose llevar de nuevo por la cólera, dando grandes zancadas y profiriendo juramentos a gritos.

Durante un buen rato permaneció dominado por una especie de frenesí, lanzando invectivas contra su insensatez y contra los hombres que le habían encerrado. Procedió de aquel modo porque no quería contemplar con calma su situación. Se aferraba a su ira porque le asustaba el miedo.

Por fin empezó a razonar. Aquel encarcelamiento era inexplicable, pero, sin duda, las formas legales —las nuevas formas legales— de la época, lo permitían. Debía de ser legal. Aquella gente tenía doscientos años de adelanto en la marcha de la civilización que la generación victoriana. No era probable que fueran menos humanos. Sin embargo, habían dejado a un lado todas las fórmulas. ¿Sería la humanidad una fórmula, del mismo modo que lo era la castidad?

Su imaginación se puso en movimiento para imaginarse lo que los miembros del Consejo harían con él, y todos los intentos de su razón para ridiculizar estas ideas, a pesar de que estaban basados en una perfecta lógica, resultaron completamente inútiles.

—¿Por qué habrían de hacerme daño? Si sucede lo peor, puedo cederles lo que quieren. Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Y por qué no me lo piden, en vez de encerrarme?

Volvió entonces a sus primeras preocupaciones sobre las posibles intenciones del Consejo y comenzó a considerar los detalles del comportamiento de Howard, sus miradas siniestras y sus titubeos inexplicables. Después se puso a dar vueltas a la idea de huir de aquellas habitaciones, pero ¿adónde iría en aquel mundo vasto y abarrotado de gente? Encontraría aún más dificultades que aquel campesino sajón que se halló de pronto en el Londres del siglo XIX. Y, además, ¿cómo iba a conseguir

encontrar luego un lugar donde esconderse?

—¿De qué modo puede beneficiar a alguien que me ocurra algún daño?

Recordó el tumulto y los desórdenes de los cuales, sin duda alguna, él era la causa. Una frase, fuera de lugar, y no obstante insistente, surgió de la profundidad de sus recuerdos. Un consejero había dicho:

—Nosotros necesitamos que un hombre muera por el pueblo.

Capítulo VIII

LOS TEJADOS

Mientras los ventiladores de la abertura circular de la habitación interior seguían funcionando y le permitían fugaces visiones del cielo nocturno, a través de ellos iban penetrando ruidos sordos desde el exterior. Y Graham, debatiéndose inútilmente contra las fuerzas desconocidas que le tenían prisionero y a las que había desafiado osadamente, se sobresaltó al oír una voz.

Levantó la vista y en uno de los intervalos de la rotación vio el rostro oscuro y borroso y los hombros de un individuo que le miraba. El desconocido extendió una mano, pero el aspa giratoria la golpeó y algo comenzó a caer al suelo silenciosamente.

Graham vio unas manchas de sangre a sus pies y miró otra vez hacia arriba lleno de excitación. Pero el hombre había desaparecido.

Permaneció inmóvil con todos sus sentidos despiertos mientras contemplaba aquel espacio oscuro, porque en el exterior era noche cerrada, y pronto notó que en el exterior flotaban unos pequeños copos remotos, débiles y oscuros. Llegaron hasta él oblicuamente y cayeron a un lado, lejos del remolino producido por el ventilador. Un rayo de luz apareció de pronto, las motas se hicieron blancas y en seguida volvió la oscuridad. Aunque él estaba caliente y rodeado de luz, comprendió que, a unos cuantos metros del lugar donde se hallaba, estaba nevando.

Graham atravesó la habitación y se acercó otra vez al ventilador. Vio pasar la cabeza de un hombre, y oyó un murmullo de palabras pronunciadas en voz baja. Después se produjo un golpe que sonó metálicamente y se oyeron jadeos y voces, y las aspas cesaron en su movimiento. Una oleada de copos de nieve cayó en la habitación y se desvaneció antes de llegar al suelo.

—No tenga miedo —dijo una voz.

Graham permaneció donde se hallaba, debajo del ventilador.

Durante un minuto Graham no vio más que el balanceo de las aspas y después distinguió la cabeza de un hombre que apareció cautelosamente por la abertura. La cabeza se veía casi invertida y el cabello negro estaba cubierto de copos de nieve que empezaban a disolverse. El brazo de aquel hombre se elevaba hacia la oscuridad sosteniendo un objeto invisible. Se trataba de un joven de ojos brillantes, que tenía hinchadas las venas de la frente. Parecía hacer un gran esfuerzo para mantenerse en aquella postura.

Durante unos segundos ni él ni Graham hablaron.

—¿Es usted el Durmiente? —preguntó el desconocido por fin.

—Sí —repuso Graham—. ¿Qué quiere de mí?

—Ostrog me envía, señor.

—¿Ostrog?

El hombre del ventilador volvió la cabeza de modo que su perfil fue perfectamente visible para Graham. Parecía estar escuchando algo. De pronto, Graham oyó una exclamación y el intruso se echó hacia atrás con el tiempo justo para evitar las aspas nuevamente en movimiento. Y cuando Graham levantó la vista no vio otra cosa que los copos de nieve que seguían cayendo en silencio.

Transcurrió casi un cuarto de hora antes de que ocurriera algo de particular. Después Graham oyó la misma interferencia metálica de antes. Las aspas se detuvieron y la cabeza reapareció. Graham había permanecido todo aquel tiempo alerta en el mismo sitio, terriblemente nervioso.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Queremos hablar con usted —contestó el intruso—. Queremos... No podré sujetar esto mucho tiempo... Llevamos tres días intentando llegar hasta usted sin conseguirlo.

—¿Se trata de mi rescate? —susurró Graham—. ¿Podré escapar?

—Sí, señor... Si usted lo desea...

—¿Son ustedes mis hombres? ¿Los hombres del Durmiente?

—Sí, señor.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Graham.

Se oyó un forcejeo. El brazo del desconocido reapareció, y Graham vio que su mano estaba sangrando. En seguida surgieron sus rodillas al borde de la abertura.

—Por favor, ¿quiere apartarse? —dijo.

Se dejó caer pesadamente a los pies de Graham y el ventilador comenzó a girar con fuerza. El desconocido se levantó con agilidad y permaneció en pie mirando a Graham, jadeante y con una mano sobre un hombro que se había golpeado al caer.

—Usted es, efectivamente, el Durmiente —dijo—. Yo lo vi dormido cuando, según la Ley, todos los hombres teníamos derecho a verle.

—Yo soy el hombre que sufrió un ataque —dijo Graham—. Me han encerrado aquí. He estado aquí desde que desperté... Al menos hace tres días.

El intruso pareció dispuesto a hablar, pero oyó algo, lanzó una rápida mirada a la puerta y de pronto abandonó a Graham y echó a correr hacia allí, gritando palabras incoherentes. Una brillante hoja de acero refulgió en su mano y comenzó a dar repetidos golpes sobre las bisagras.

—¡Cuidado! —gritó una voz desde arriba.

Graham levantó la cabeza, vio las suelas de dos zapatos, sintió que una de ellas le golpeaba en un hombro y un bulto pesado le hizo caer a tierra. Cayó de rodillas y sintió que el bulto saltaba por encima de su cabeza. Se irguió y vio un segundo desconocido sentado delante de él.

—No le había visto, señor —jadeó.

Se puso en pie y ayudó a Graham a hacer lo mismo.

—¿Está herido, señor?

Graham oyó que comenzaba una sucesión de golpes sobre el ventilador y algo cayó rozándole la cara. Un minúsculo pedazo de metal revoloteó por el aire y cayó por fin al suelo.

—¿Qué es esto? —exclamó Graham mirando confuso al ventilador—. ¿Quién es usted? ¿Qué va a hacer? No comprendo nada.

—Apártese —dijo el desconocido, ayudándole a salir de debajo del ventilador mientras un pedazo de metal más grande que el anterior caía pesadamente al suelo.

—Deseamos que venga con nosotros, señor —jadeó el recién llegado.

Graham, mirándole de nuevo a la cara, vio que tenía un corte en la frente del que salían unas gotas de sangre.

—Su pueblo le reclama.

—¿Adónde quieren que vaya?

—A la plaza que rodea los mercados. Aquí su vida peligra. Tenemos espías que nos han puesto al corriente con el tiempo justo. El Consejo ha decidido hoy mismo que debe morir. Todo está preparado. El pueblo le espera. La policía, los ingenieros y la mitad de los mecánicos están de nuestra parte. Todas las plazas están abarrotadas de gente que grita contra el Consejo. Tenemos armas... Su vida aquí...

—Pero ¿por qué armas?

—El pueblo se ha levantado para protegerle, señor... ¿Eh...? ¿Qué es eso...?

Se volvió rápidamente al oír que el hombre que había bajado con él emitía un silbido. Graham lo vio echarse para atrás, indicarle con un ademán que se ocultara y correr a esconderse detrás de la puerta que se abría.

En aquel momento Howard apareció llevando una bandeja en una mano y sin levantar la vista. De pronto se sobresaltó, miró a su alrededor, la puerta se cerró de golpe a su espalda, la bandeja cayó al suelo y la hoja de acero le golpeó detrás de la oreja. Cayó como un árbol cortado por un leñador y quedó tendido en el suelo de la primera habitación. El hombre que lo había agredido se inclinó, observó su rostro un instante, se levantó y prosiguió su obra de golpear la puerta.

—¡Su veneno! —dijo una voz al oído de Graham.

De pronto se hallaron en la oscuridad. Las innumerables luces ocultas en las comisas habían sido apagadas. Graham vio la abertura del ventilador, mientras fantasmales copos de nieve danzaban en el espacio, y vislumbró unas siluetas oscuras que se movían con rapidez. Tres de ellas se arrodillaron en el borde e hicieron pasar por la abertura algo que él no logró ver con claridad, pero que cuando apareció una mano sosteniendo una vacilante luz amarilla, descubrió que era una escalera.

Durante unos segundos titubeó. Pero el comportamiento de aquellos hombres, su rapidez de movimientos y sus palabras estaban de acuerdo con sus propios temores y con su esperanza de un rescate, por lo que su titubeo no llegó a durar un minuto. ¡Su pueblo le esperaba!

—No comprendo —dijo—, pero confío en ustedes. Díganme lo que quieren que

haga.

El hombre de la herida en la frente le cogió por el brazo.

—Suba por la escalera —susurró—. De prisa. Habrán oído...

Graham tanteó en el espacio con las manos extendidas para descubrir la escalera, puso el pie en el peldaño inferior y, volviendo la cabeza, vio por encima del hombro del que tenía más cerca, y a la débil luz amarilla, que el primer llegado, sentado a horcajadas sobre Howard, seguía intentando abrir la puerta. Graham volvió de nuevo a la escalera y sintió que el hombre más próximo le empujaba y que los que estaban encima tiraban de él. En seguida se encontró de pie sobre algo duro, frío y resbaladizo, en la parte exterior del ventilador.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. La diferencia de temperatura era muy grande. Le rodeaban media docena de hombres y unos leves copos de nieve le caían en la cara y las manos. En un instante se halló sumido en la oscuridad y después relampagueó una luz color violeta, que desapareció en seguida, dejándolo todo de nuevo en tinieblas.

Vio que había salido al tejado de la vasta estructura que remplazaba las casas, las calles y los espacios abiertos del Londres Victoriano. El lugar en que se hallaba estaba poblado de cables enormes que iban en todas direcciones. Las ruedas circulares de gran número de aparatos, que parecían molinos de viento, se perfilaban borrosamente, gigantescas, a través de la cortina de oscuridad y de nieve que lo cubría todo y rugían con un rumor que se elevaba alternativamente, según el caprichoso viento iba o venía. En la lejanía, una intermitente luz blanca surgía desde abajo, rozaba los copos de nieve dándoles un brillo fugaz y desaparecía como un espectro en la oscuridad, y aquí y allá desconocidos mecanismos movidos por el viento se perfilaban vagamente y refulgían con chispas lívidas.

Graham apreció todo esto de un modo fragmentario mientras sus salvadores le rodeaban. Uno de ellos le echó sobre los hombros una capa de una especie de piel y se la aseguró en la cintura y en los hombros con unas correas con grandes hebillas. Hablaban con rapidez y alguien le indicó que siguiera andando.

Sin darle tiempo a poner en orden sus ideas, un tipo sombrío le agarró por el brazo.

—Por aquí —dijo, señalando a través del tejado en dirección a un haz de luz que se distinguía difuso y semicircular.

Graham obedeció.

—¡Cuidado! —exclamó una voz cuando Graham tropezó con un cable—. Hay que andar entre ellos y no atravesarlos. Tenemos que damos prisa.

—¿Dónde está el pueblo? —preguntó Graham—. ¿Dónde está el pueblo que me esperaba?

El desconocido no contestó. Soltó el brazo de Graham, pues el camino iba haciéndose más estrecho, y marchó delante, avanzando con pasos rápidos. Graham lo siguió sin ver nada, y poco después comenzaron a correr.

—¿Vienen los otros también? —jadeó.

Pero tampoco esta vez recibió ninguna respuesta.

Su compañero miró hacia atrás y siguió corriendo. Llegaron a un camino de metal, que corría transversalmente hacia la dirección en que venían, y dieron media vuelta para seguirlo. Graham volvió la cabeza, pero la tormenta de nieve había ocultado a los demás.

—¡Vamos! —exclamó el guía.

Corriendo tanto como sus piernas se lo permitían, se acercaron a un pequeño molino que giraba sin cesar.

—¡Agáchese!

Graham obedeció y así se evitaron ser golpeados por las aspas que se movían de un modo incesante.

—¡Por aquí!

Graham se encontró en una especie de zanja cubierta por la nieve, que le llegaba hasta los tobillos. Los muros eran de metal y la nieve pronto alcanzó medio metro de altura.

—Yo iré primero —dijo el guía.

Graham se envolvió bien en la capa y siguió a su acompañante. De pronto llegaron a un abismo a través del cual aquella especie de cuneta pasaba a la oscuridad nevada del otro lado. Graham miró hacia abajo y vio que todo estaba sumido en la más espantosa negrura. Durante unos segundos lamentó haberse escapado. No se atrevió a mirar de nuevo y sintió que la cabeza le daba vueltas mientras chapoteaba por la nieve medio líquida.

Por fin llegaron al otro lado, a un espacio abierto y plano cubierto de nieve, que iba derritiéndose, y transparente hasta la mitad, permitiendo ver, por debajo, una serie de luces que se apagaban y se encendían. Graham vaciló antes de seguir avanzando por encima de aquellas sustancias de aspecto tan poco seguro, pero su guía seguía corriendo sin cesar, y de este modo llegaron a unos escalones resbaladizos por los que subieron hasta el borde de una gran cúpula de cristal. Graham siguió a su guía, que la rodeó. Debajo de ellos, una gran masa de gente parecía bailar, y a través de la cúpula se filtraban unas notas de música...

Graham creyó oír gritos a través de la nevada, y su guía le hizo apresurar el paso de nuevo. Treparon jadeando a un lugar lleno de enormes molinos de viento, uno de los cuales era tan grande que sólo se veía la parte inferior de sus aspas, que se elevaban perdiéndose en la noche. Corrieron a través de la colosal tracería metálica de sus soportes, y al fin llegaron a un lugar que les permitía ver debajo de ellos una plaza de plataformas movibles como la que Graham había visto desde el balcón. Avanzaron por la enlodada «transparencia que cubría aquella calle de plataformas, avanzando de rodillas por temor a resbalar».

El cristal estaba en su mayor parte empañado, y Graham vio solamente formas borrosas, pero cerca del extremo del tejado el cristal estaba claro y pudo contemplar

perfectamente la escena. Unos instantes, a pesar de la prisa del guía, sintió vértigo y permaneció con los brazos y las piernas abiertos sobre el cristal, completamente paralizado. Allá abajo, como puntos diminutos, se movían los habitantes de la ciudad eternamente despierta, sumida en su perpetua luz, y las plataformas proseguían su movimiento incesante. Mensajeros y hombres de oficios ignorados descendían por cables verticales, y los frágiles puentes estaban abarrotados. Era como contemplar una gigantesca colmena de cristal, que se hallaba a sus pies, y lo único que le impedía caer sobre ella era un cristal de resistencia desconocida. La calle estaba caliente e iluminada y Graham sentía frío hasta la medula de los huesos y apenas podía mover los pies. Durante unos minutos permaneció sin poder moverse.

—¡Vamos! —gritó su guía con acento de terror—. ¡Vamos!

Graham llegó al extremo del tejado haciendo un gran esfuerzo.

Dio la vuelta por encima del caballete del tejado, siguiendo el ejemplo de su guía, y echó a andar por la vertiente opuesta, con mucha rapidez, en medio de una avalancha de nieve. Mientras avanzaba pensó en lo que ocurriría si apareciera una brecha en su camino. Al llegar al final tropezó y cayó, cubriéndose de nieve medio derretida y rogando a Dios que llegara a pisar terreno firme alguna vez. Su guía había comenzado a trepar por un tabique de metal hasta alcanzar una extensión horizontal.

A través de los leves copos, pudo ver otra línea de enormes molinos, y de pronto el tumulto amorfo de las ruedas rotativas fue taladrado por un ruido ensordecedor. Se trataba de un ruido mecánico de extraordinaria intensidad, que parecía surgir simultáneamente de los cuatro puntos cardinales.

—Ya nos han echado de menos —gritó el guía con acento de terror.

Y de pronto, con un brillo cegador, la noche se hizo día.

Por encima de la nieve, desde lo alto de las ruedas de los molinos, surgieron grandes mástiles que conducían globos de luz. En un minuto se esparcieron en todas direcciones. Y toda la extensión que nudo abarcar su vista quedó iluminada.

—Suba encima de esto —exclamó el guía, empujándole hacia una barra de metal que no tenía nieve y que se prolongaba entre dos grandes extensiones blancas.

Estaba muy caliente, y Graham apoyó contra ella sus pies helados, notando que despedía un ligero vapor.

—¡Vamos! —gritó su guía, a diez metros de distancia.

Y sin esperar respuesta echó a correr a través del resplandor incandescente hacia los soportes de hierro de la siguiente fila de ruedas de molino. Graham, recobrándose de su asombro, le siguió, corriendo también, convencido de la inminencia de su captura.

Segundos después se encontraba dentro de una tracería de sombras negras atravesadas por barras que giraban debajo de las monstruosas ruedas. El guía siguió corriendo durante algún tiempo, y de pronto cambió de dirección y se perdió en una negra sombra que se extendía al pie de un inmenso soporte. Un instante después, Graham estaba a su lado.

Se agacharon jadeando y miraron a su alrededor.

La escena que se ofreció a los ojos de Graham era muy extraña. La nieve había dejado de caer y sólo alguno que otro copo flotaba de vez en cuando delante de ellos. Pero la extensión que tenían delante estaba completamente blanca, y únicamente se veía interrumpida por masas gigantescas, formas en movimiento y franjas de impenetrable neblina, como desgarrados titanes de las sombras. A su alrededor, enormes estructuras metálicas, vigas de hierro que a Graham le parecieron de colosal tamaño, formaban una maraña, y los bordes de las ruedas de molino, que apenas se movían en aquel momento de calma, pasaban trazando grandes curvas brillantes y haces luminosos. Allá donde la luz se fijaba, corrían vigas y cables y bandas incesantes con indomable resolución, y pasaban hacia arriba y hacia abajo en la oscuridad. Pero, a pesar de aquella enorme actividad, a pesar de una sensación siempre presente de motivos y de fines, aquella nevada desolación de mecanismos parecía desierta de toda humana presencia, excepto la de ellos dos. Parecía tan vacía y abandonada de los hombres como cualquier inaccesible meseta alpina.

—¡Deben de venir detrás de nosotros! —exclamó el guía—. Estamos aún a medio camino. A pesar del frío, tendremos que escondernos aquí durante un rato..., por lo menos hasta que nieve con más intensidad otra vez.

Graham oyó que los dientes de su compañero castañeteaban.

—¿Dónde están los mercados? —preguntó—. ¿Dónde está la gente?

Su compañero no contestó.

—¡Mire! —susurró Graham, que se inclinó más aún y permaneció inmóvil.

La nevada se había hecho más intensa de nuevo, y por la bóveda negra del espacio apareció una forma vaga de gran tamaño. Dibujó rápidamente una curva cerrada con dos alas extendidas, y dejando detrás un reguero de vapor, se elevó con rapidez, ascendió por entre los copos de nieve. A través del cuerpo de aquel aparato, Graham vio dos hombrecillos que escudriñaban las zonas nevadas valiéndose de un objeto que le parecieron unos gemelos de campo. Durante unos segundos los vio con toda claridad, después borrosos a través de la nieve incesante, más tarde empequeñecidos por la distancia y por último desaparecieron.

—¡Ahora! —exclamó su compañero—. ¡Vamos!

Tiró a Graham de la manga e inmediatamente los dos echaron a correr por la arcada de hierro que se hallaba debajo de las ruedas del molino. Graham, que corría sin ver nada, tropezó con su guía que se había vuelto de pronto, y mirando a su alrededor vio que a una docena de metros se abría un negro abismo, extendiéndose a derecha e izquierda. Aquello iba a entorpecer su avance definitivamente.

—Haga lo mismo que yo —aconsejó el guía.

Se tiró al suelo y se acercó al borde, volvió la cabeza e hizo girar el cuerpo hasta que una pierna quedó colgando.

Le pareció tocar algo con el pie, lo encontró y se dejó deslizar por el borde hasta desaparecer. Pero en seguida su cabeza surgió de nuevo.

—Puede bajar —susurró—. Todo está oscuro. Haga lo mismo que yo.

Graham titubeó, se inclinó por fin, se acercó al borde y contempló la negrura más absoluta. Durante un momento angustioso no tuvo valor ni para avanzar ni para volver atrás. Por fin se sentó y dejó caer la pierna, sintió las manos de su guía que tiraban de él, tuvo la horrible sensación de deslizarse hasta lo desconocido, pataleó y se encontró en un túnel sumido en una impenetrable oscuridad.

—Por aquí —murmuró la voz.

Obedeciéndola, Graham comenzó a avanzar por el túnel, lo más cerca posible del muro. Siguieron andando unos minutos y a Graham le pareció que atravesaba todos los grados de la desesperación, que iba pasando por cien etapas de frío, humedad y agotamiento. Poco después dejó de sentir sus manos y sus pies.

La cuneta estaba inclinada, y Graham observó que se hallaban a muchos pies por debajo del borde de los edificios. Por encima de ellos se elevaban filas de espectrales siluetas blancas, como fantasmas. Llegaron al extremo de un cable sujeto a una ventana, que se distinguía confusamente y que caía en medio de las sombras impenetrables. De pronto su mano tropezó con la del guía.

—¡Quieto! —susurró éste con voz apenas perceptible.

Graham levantó la vista sobresaltado y vio las enormes alas de la máquina volante que avanzaba lenta y silenciosamente por encima de ellos, atravesando la ancha banda del firmamento gris azulado cubierto de copos de nieve. Un momento después se había ocultado otra vez.

—No se mueva. Están dando la vuelta.

Durante unos minutos permanecieron inmóviles, y después el compañero de Graham se puso en pie y, acercándose a los nudos del cable, comenzó a maniobrar con varios instrumentos que se veían borrosamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Graham.

Por toda respuesta oyó un débil grito. Su compañero seguía sin moverse y Graham distinguió su rostro con dificultad. Estaba mirando la delgada franja de cielo, y siguiendo la dirección de su vista, Graham vio a lo lejos la máquina volante y pudo observar que las alas se abrían por ambos lados, que se dirigía hacia ellos, que a cada momento se hacía mayor. Estaba siguiendo el borde del abismo, en dirección hacia el lugar donde ellos se encontraban.

Los movimientos de su guía se hicieron convulsos. Puso dos barras de hierro en las manos de Graham. Éste no podía verlas, y comprendió por el tacto lo que eran. Estaban sujetas al cable por unas cuerdas muy finas, y en ellas había dos anillas de una sustancia suave y elástica.

—Ponga el travesado entre sus piernas —indicó el guía con nerviosismo—. Y agárrese a las anillas. ¡Agárrese fuerte!

Graham hizo lo que le ordenaban.

—¡Salte...! ¡Por el amor de Dios, salte...!

Durante unos segundos a Graham le fue imposible articular palabra, y al

recordarlo más tarde, se alegró de que la oscuridad le ocultara el semblante. No dijo nada, y se puso a temblar violentamente mientras contemplaba la sombra veloz que iba tragándose el firmamento al echarse encima de él.

—¡Salte! ¡Salte, por el amor de Dios! ¡De lo contrario estamos perdidos! —gritó el guía, que impulsivamente, y por la violencia de su terror, le empujó.

Graham se tambaleó, profirió un grito lastimero, un grito contra su voluntad, y mientras la máquina volante pasaba por encima de ellos, cayó hacia el abismo de las tinieblas, sentado sobre la barra y agarrándose a las cuerdas desesperadamente. Oyó un chasquido y algo golpeó contra un muro. Oyó el crujido de la polea. Oyó los gritos de los aeronautas. Sintió unas rodillas que se incrustaban en su espalda. Caía velozmente a través del espacio..., caía sin cesar. Toda su fuerza estaba en sus manos. Hubiera querido gritar, pero no le quedaban fuerzas.

De pronto se encontró rodeado de luz y se agarró con más fuerza a las cuerdas. Reconoció el gran local de las plataformas móviles, las luces suspendidas y las vigas enmarañadas que surgían hacia arriba, causándole la momentánea impresión de que aquella gigantesca abertura circular bostezaba para tragárselo en sus inmensas fauces.

Segundos después se hallaba de nuevo en la oscuridad, cayendo sin cesar, agarrándose con manos doloridas a las cuerdas. Y de pronto oyó un rumor sordo, un nuevo resplandor le envolvió y se encontró en la plaza brillantemente iluminada, con una gran muchedumbre a sus pies. ¡El pueblo! ¡Su pueblo! Un proscenio, un escenario, apareció ante su vista y su cable bajó hasta una abertura que quedaba a la derecha. Notó que bajaba despacio, después mucho más despacio, y al fin percibió gritos que repetían:

—¡Salvado! ¡Nuestro señor está a salvo!

El proscenio siguió avanzando hacia él con velocidad que iba disminuyendo rápidamente. Entonces... Oyó gritar al hombre que bajaba detrás de él, como si de pronto le invadiera el terror, y aquel grito fue seguido por el eco de un grito unánime que surgía de mil gargantas. Advirtió que ya no se deslizaba por el cable, sino que caía con él, y oyó un estrépito ensordecedor. Algo suave tropezó con su mano extendida y después rebotó en su brazo...

Cerró los ojos, y de pronto sintió que la gente le levantaba en vilo. Más tarde pensó que debió de ser conducido al escenario donde le dieron de beber, pero no podía asegurarlo. Nunca supo lo que fue de su guía. Cuando logró poner en orden sus ideas estaba en pie y mil manos ansiosas lo ayudaban a no caer. Se hallaba en una gran estancia, en el lugar que antes le había parecido que ocupaban los palcos inferiores si es que se trataba, en realidad, de un teatro.

Hasta sus oídos llegó el eco de un gran tumulto, un rumor unánime, los gritos de una incontable multitud.

—¡Es el Durmiente! ¡El Durmiente está con nosotros!

—¡El Durmiente está con nosotros...! ¡El Amo...! ¡El Señor...! ¡Nuestro Dueño está con nosotros...! ¡Se ha salvado!

Graham contempló aquel lugar abarrotado de gente. No distinguió a nadie por separado y vio sólo una espuma de caras rosadas, de brazos y prendas que le saludaban. Sintió la oculta influencia de las masas que le envolvía, que le sostenía. Había balcones, galerías, grandes arcos que ofrecían a su vista perspectivas remotas y por todas partes gente, una infinita cantidad de gente apiñada que le aclamaba jubilosamente. Cerca de él se hallaba el cable roto, retorcido como una inmensa serpiente. Había sido cortado por la parte superior por los hombres de la máquina volante y había caído sobre la muchedumbre. Le pareció que se lo llevaban, pero no logró comprender nada con claridad, porque hasta los edificios latían al unísono con la muchedumbre.

Sintió que sus piernas temblaban y miró a las personas que tenía al lado.

Alguien le sostuvo por el brazo.

—Llévenme a un sitio pequeño —dijo sollozando—. A un sitio pequeño.

No pudo seguir hablando. Un hombre vestido de blanco le cogió por el otro brazo. Dos individuos abrieron solícitamente una puerta que se hallaba a poca distancia. Alguien le acercó una silla y él se sentó pesadamente, cubriéndose la cara con las manos. Estaba temblando intensamente y había perdido el control de sus nervios. Le habían quitado la capa y vio que su túnica estaba empapada. La gente le rodeaba por todas partes. Estaban ocurriendo muchas cosas, pero durante algún tiempo Graham no pudo pensar en nada.

Había huido. Millares de voces se lo decían así. Estaba a salvo. Toda aquella multitud estaba de su parte. Durante unos minutos sollozó, con la cara entre las manos. En el aire resonaban los gritos de la población en masa.

Capítulo IX

EL PUEBLO EN MARCHA

Alguien le ofreció un vaso que contenía un líquido transparente, y, levantando la mirada, Graham vio delante de él un hombre joven, vestido de amarillo. Apuró el contenido del vaso y un momento después se sintió reanimado. Un individuo alto, vestido de negro, se hallaba de pie a su lado y señalaba la puerta medio abierta que daba al inmenso vestíbulo. Le decía algo a gritos, pero Graham no podía comprenderlo a causa del terrible vocerío que surgía del otro lado de la puerta. Detrás de aquel hombre había una joven vestida con una túnica gris plateada, que a Graham, a pesar de hallarse sumido en una terrible confusión, le pareció maravillosa. Sus ojos, oscuros, llenos de asombro y curiosidad, estaban fijos en él, y sus labios, entreabiertos, temblaban. A través de la abertura de la puerta pudo ver el vestíbulo lleno de gente y oír el sonido ensordecedor que subía en oleadas, se extinguía y volvía a crecer. Miró los labios del individuo vestido de negro y supuso que estaba intentando explicarle algo.

Durante unos momentos permaneció mirando estúpidamente a su alrededor, y de pronto se puso en pie y agarró a aquel hombre por el brazo.

—¡Dígame! —gritó—. ¿Quién soy? ¿Quién soy?

Los otros se acercaron más para oír sus palabras. Los ojos de Graham se fijaron en aquellas personas una por una.

—¡No le han dicho nada! —exclamó el joven.

—¡Contesten! —gritó Graham.

—Usted es el Dueño de la Tierra. Usted es el Señor de medio mundo.

Graham pensó que sus oídos le engañaban y se negó a dejarse convencer.

Fingió no haber oído lo que le decían y levantó de nuevo la voz:

—Llevo tres días despierto, y me han tenido prisionero. ¿Es que ocurre algo grave? ¿Estamos en Londres?

—Sí —contestó el hombre que le había ofrecido el vaso.

—Y ¿qué tengo yo que ver con la reunión de aquellos hombres en la sala del Atlas? ¿Quiénes son? En cierto modo sé que se ocupan de mí, aunque no comprendo la razón. Me parece que durante el tiempo que he estado dormido, el mundo se ha vuelto loco. O me he vuelto loco yo. ¿Quiénes son los consejeros que se reúnen en la sala del Atlas? ¿Por qué intentaron darme una droga?

—Para mantenerle insensible —respondió el hombre vestido de amarillo—. Para evitar que pueda entrometerse en los asuntos del país.

—Pero ¿por qué?

—Porque usted es Atlas, señor —dijo el hombre vestido de amarillo—. El mundo

está sobre sus hombros. Ellos le gobiernan en nombre suyo.

Los sonidos que llegaban del vestíbulo se habían desvanecido y todo estaba sumido en un silencio sólo truncado por aquella voz monótona. Pero, de pronto, interrumpiendo aquellas últimas palabras, llegó hasta ellos un tumulto ensordecedor, como un enorme trueno acompañado de gritos, voces enronquecidas, golpes y risas, que mientras duraron impidieron que los que se hallaban en la pequeña habitación percibieran las palabras pronunciadas por la persona que tenían al lado.

Graham permaneció en pie mientras su imaginación se repetía incesantemente una y otra vez cuanto acababa de oír.

—¡El Consejo! —murmuró débilmente.

Después repitió un nombre que se le había quedado grabado:

—Pero ¿quién es Ostrog?

—Es el organizador de la revuelta. Es nuestro Jefe..., el que nos dirige en nombre de usted.

—¿En mi nombre? ¿Y ustedes, quiénes son? ¿Por qué no está aquí él?

—Ha delegado su representación en nosotros. Yo soy su hermano, su hermanastro, Lincoln. Desea que se deje usted ver por la gente y vaya después donde está él. Por eso nos ha enviado a nosotros. Él está en las oficinas, dirigiéndolo todo. El pueblo va a desfilar.

—¡En su nombre! —gritó el joven vestido de amarillo—. En su nombre han gobernado, dominado y tiranizado. Y hasta...

—¡En mi nombre! ¡En mi nombre! ¿Soy el dueño del mundo?

Las palabras del joven se oyeron perfectamente de pronto, en medio de una pausa en el griterío exterior. Hablaba indignado, con una voz penetrante que surgía por debajo de una nariz aquilina y un poblado bigote.

—Nadie esperaba que despertara. ¡Nadie! Eran muy astutos. ¡Malditos tiranos! Pero su despertar les cogió de sorpresa y no supieron si darle una droga, hipnotizarle o matarle.

De nuevo el ruido del vestíbulo volvió a dominarlo todo.

—Ostrog está preparado. Ya se oye el rumor de la lucha que empieza.

El hombre que había dicho llamarse Lincoln se acercó más a Graham.

—Ostrog lo tiene todo planeado. Confíe en él. Tenemos nuestras organizaciones dispuestas. Cogemos las máquinas volantes... Es posible que lo esté haciendo en este momento. Después...

—Todo ese gentío —gritó el hombre vestido de amarillo— no es más que una parte de nuestros contingentes. Tenemos cinco millones de hombres aleccionados...

—Tenemos armas —gritó Lincoln—. Tenemos planes y tenemos un jefe. Su policía ha huido de las calles y está reunida en el... —Esto no se oyó bien—. Ha de ser ahora o nunca. El Consejo se tambalea y ya no puede confiar ni en sus propios hombres.

—¡Escuche los gritos del pueblo!

El cerebro de Graham era como una noche de luna y nubes, tan pronto oscura y sin esperanza como invadida de claridad. Tan pronto era el Dueño de la Tierra como un hombre calado hasta los huesos con nieve derretida.

De todas sus fluctuantes impresiones, las principales resultaban antagónicas. Por un lado estaba el Consejo Blanco, poderoso, disciplinado y reducido, el Consejo Blanco de cuyas garras acababa de escapar, y por el otro, muchedumbres monstruosas, masas de personas que repetían su nombre proclamándole su Señor. Los primeros le habían encarcelado y habían decretado su muerte. Esta multitud vociferante le había rescatado. No comprendía la razón de ninguna de estas cosas.

La puerta se abrió, se ahogó la voz de Lincoln y aparecieron algunas personas que se dirigieron gesticulando hacia donde estaban Lincoln y él. Las voces que se oían en el exterior explicaban lo que querían decir los movimientos de sus labios:

—¡Queremos ver al Durmiente! ¡Queremos ver al Durmiente!

Esta frase se repetía constantemente, y de vez en cuando se oían gritos de:

—¡Orden! ¡Silencio!

Graham dirigió una mirada a la puerta abierta y tuvo una visión rectangular del vestíbulo que había al otro lado, una incesante confusión de rostros congestionados, de hombres y mujeres mezclados, de prendas ondeantes de color azul pálido y de manos extendidas. Muchos estaban de pie, y un hombre desgarrado, vestido con parduscos harapos, agitaba una tela negra. Graham volvió a contemplar la expectación reflejada en los ojos de la joven que se hallaba a su lado. ¿Qué esperaba aquella gente de él? Advirtió que el tumulto exterior había cambiado en cierto modo y que parecía marcar un compás. También sus ideas habían cambiado, y durante un momento no logró reconocer la influencia que le estaba transformando. Pero la sensación que experimentó, casi de pánico, pasó en seguida, y preguntó gritando qué esperaban de él.

Lincoln le gritó al oído, pero Graham no oyó sus palabras. Todos los demás, menos la joven, le indicaban con gestos el vestíbulo. Entonces se dio cuenta del cambio que había sufrido el griterío. Toda aquella masa de gente estaba cantando al unísono. No era un canto sencillo, sino que las voces estaban reunidas por un torrente de música instrumental, de música parecida a la música de un órgano, una trama de sonidos, de trompetas, de banderas y del entusiasmo que señalan los comienzos de las guerras. Y los pies de todos marcaban el compás.

Graham sintió que le empujaban hacia la puerta y obedeció mecánicamente. La fuerza de aquel canto le envolvió, hizo nacer algo en su interior y le inspiró valor. El vestíbulo se abrió al llegar y distinguió un oleaje de color que se movía al compás de la música.

—¡Salúdeles con el brazo! —dijo Lincoln—. ¡Salúdeles con el brazo!

—¡Esto! —gritó una voz al otro lado—. Tiene que ponerse esto.

Sintió que le detenían en la puerta y le colocaban sobre los hombros un manto hecho con una materia muy ligera. Graham levantó un brazo y siguió a Lincoln. Notó

que la joven estaba a su lado, con el rostro iluminado. En aquel instante la muchacha se convirtió para él en la canción hecha carne. Apareció de nuevo en la plataforma e inmediatamente las oleadas de la canción cesaron y se convirtieron en una mezcla de toda clase de gritos. Conducido de la mano por Lincoln, atravesó la plataforma y se enfrentó con el pueblo.

El vestíbulo era un espacio enorme e intrincado, lleno de galerías, palcos, anfiteatros y grandes arcos. Allá lejos, en las alturas, distinguió lo que le pareció la boca de un enorme túnel, llena de una humanidad en continuo movimiento. Toda la multitud se movía como una masa. De vez en cuando una figura aislada surgía del tumulto, le impresionaba momentáneamente y se perdía de nuevo en el anonimato. Cerca de la plataforma había una mujer rubia muy hermosa, conducida por tres hombres. El cabello le enmarcaba la cara, y agitaba con la mano una tela de color verde. Junto a este grupo había un hombre muy viejo vestido de azul, que se mantenía de pie con dificultad, y detrás de él gritaba una cabeza sin pelo, una gran cavidad de boca desdentada. Una voz repitió la enigmática palabra «Ostrog». Todas las impresiones de Graham eran vagas, excepto la emoción producida por aquella canción. La multitud marcaba el compás con los pies: Trap, trap, trap, trap... Las banderas se agitaban y brillaban. Después Graham vio que los que estaban más cerca de él se dirigían a una gran arcada sin dejar de gritar: «¡Al Consejo!»... Trap, trap, trap... Levantó el brazo, y el tumulto se multiplicó en intensidad. Recordó que tenía que gritar: «¡Marchen!», y pronunció unas palabras que no se oyeron. Saludó con el brazo otra vez y señaló el arco gritando:

—¡Adelante...!

Los manifestantes no marcaban ya el compás, sino que desfilaban, trap, trap, trap, trap... En aquella multitud había hombres con barba, viejos, jóvenes, mujeres con los brazos desnudos y túnicas ondulantes, muchachas, niños... ¡Hombres y mujeres de la nueva era! Ricas vestiduras y pobres harapos se removían juntos entre el dominante color azul. Una monstruosa bandera negra ondulaba a la derecha. Graham vio un negro vestido de azul, una vieja llena de arrugas con un traje amarillo, y después muchos hombres altos, rubios y pálidos pasaron junto a él. Distinguió también los rostros de dos chinos. Un joven de gran estatura, cabello negro y ojos brillantes, vestido de blanco desde la cabeza hasta los pies, se dirigió gritando hacia la plataforma, saltó de nuevo y retrocedió mirando para atrás. Cabezas, hombros, manos que empuñaban toda clase de armas. Y todo esto marcando sin cesar el compás de aquella marcha triunfal.

Mientras permanecía de pie en la plataforma, de entre toda aquella confusión surgieron millares de rostros con claridad, millares de ojos se cruzaron con los suyos, pasaron y se desvanecieron. Millares de hombres le saludaban con ademanes expresivos y le gritaban cosas que él no entendía. La mayoría de las caras estaban congestionadas, pero muchas parecían lívidas. Había también enfermos, y muchas manos de las que le saludaban se veían descarnadas y esqueléticas. ¡Hombres y

mujeres de la nueva era! Aquella aglomeración era verdaderamente extraña e increíble. Mientras la corriente humana pasaba por su lado hacia la derecha, de la parte superior de la inmensa nave descendían incesantes refuerzos. Trap, trap, trap, trap... La canción cantada al unísono se veía enriquecida y complicada por los ecos que llegaban de arcadas y galerías que la multiplicaban en todas direcciones. Hombres y mujeres se mezclaban en todas direcciones. Hombres y mujeres se mezclaban en indescriptible confusión. Trap, trap, trap, trap... El mundo entero parecía seguir el compás de la marcha. Trap, trap, trap, trap... También el cerebro de Graham marcaba el compás. Las prendas de ropa siguieron agitándose y los rostros desconocidos continuaron desfilando por delante de él.

Trap, trap, trap, trap... Por indicación de Lincoln, se dirigió a la arcada de mayores proporciones, y mientras andaba, marcó inconscientemente el compás de la música, sin darse cuenta, como hechizado por la melodía. La multitud, sus andanzas y sus canciones, todo se movía en aquella dirección. La corriente se dirigía hacia abajo hasta que las caras vueltas hacia él se hallaron más abajo del nivel de sus pies. Entonces Graham vio un camino ante él, una estancia a su alrededor, guardias y dignidades, y a Lincoln a su derecha. De vez en cuando se le acercaban servidores que le impedían ver claramente la multitud que quedaba a su izquierda. Ante él avanzaban los guardias vestidos de negro, de tres en tres. Fue conducido por un camino con raíles y cruzó por encima del arco mientras el torrente humano avanzaba debajo de él y elevaba sus voces hacia arriba. No sabía a dónde iba ni deseaba saberlo. Miró hacia atrás a través del espacio llameante del inmenso vestíbulo. Trap, trap, trap, trap...

Capítulo X

EL COMBATE EN LAS TINIEBLAS

Graham ya no estaba en el vestíbulo. Hallábase avanzando por una galería situada encima de una de las grandes calles de plataformas movibles que atravesaban la ciudad. Delante y detrás de él iba su escolta. Toda la concavidad que quedaba a sus pies era una congestionada masa de gente que avanzaba hacia la izquierda gritando, agitando los brazos y las manos, gritando al surgir ante él, gritando al pasar, gritando al perderse de vista hasta que los globos de luz eléctrica que había en la lejanía parecían caer y ocultar aquella confusión de cabezas. Trap, trap, trap...

La canción llegaba hasta Graham sin acompañamiento de música, desagradable y estridente, y el ritmo acompasado de todos aquellos millares de pies se mezclaba con la atronadora irregularidad de las pisadas que llegaban hasta él desde las plataformas más elevadas.

De pronto, notó que algo había ocurrido. Los edificios del lado opuesto parecían desiertos. Los cables y los puentes que cruzaban la nave de un lado a otro estaban desiertos y sumidos en la sombra. Graham pensó que aquello era muy extraño.

Experimentó entonces una curiosa sensación como de un latido muy fuerte y se detuvo de nuevo. Los guardias que iban delante de él siguieron avanzando, pero los que le rodeaban se detuvieron también. Vio entonces que sus rostros estaban vueltos en una dirección. Aquel espantoso latir no estaba en algún modo relacionado con la iluminación. También él levantó la vista.

Al principio le pareció que aquello afectaba únicamente a las luces, como un fenómeno aislado que no tuviera nada que ver con los sucesos que se desarrollaban a ras del suelo. Cada uno de los inmensos globos de cegadora blancura parecía haber sido cogido por unas manos invisibles, impulsado a un sístole seguido de un diástole transitorio, y de nuevo un sístole como un puño; oscuridad, luz, oscuridad, luz, en rápidas alternativas.

Graham comprendió que aquel extraño movimiento de las luces estaban relacionado en cierto modo con la muchedumbre que se apiñaba a sus pies. La apariencia de las cosas y calles, la apariencia de las masas, cambiaron y se convirtieron en una confusión de luces brillantes y de sombras que se agitaban. Vio que una infinidad de sombras habían surgido agresivas por todos lados y que parecían hacerse cada vez más grandes, ensancharse y crecer con seguridad y rapidez... para dar de pronto un salto atrás y retornar con más fuerza. La canción y el ruido acompasado de pies habían cesado. Vio que la marcha unánime se había detenido, que por todas partes la gente se arremolinaba, corriendo desconcertada de un lado a

otro, y hasta él llegaron voces que gritaban:

—¡Las luces!

Millares de voces gritaron al mismo tiempo:

—¡Las luces! ¡Las luces!

Graham miró hacia abajo. En medio de aquella muerte danzante de las luces, toda la calle se había convertido de pronto en un monstruoso campo de batalla. Los enormes globos blancos se hicieron rosados, después púrpura, parpadearon cada vez más de prisa, entre la luz y la extinción, y cesaron por fin en sus parpadeos convirtiéndose en simples puntos rojos que se desvanecían para sumirse en vastas tinieblas. Diez segundos después se habían extinguido por completo y Graham no tuvo delante de él más que las densas tinieblas, una especie de negro monstruo que sin previo aviso se había tragado a todos aquellos millares de hombres.

Sintió que a su derecha y a su izquierda se movían unas figuras invisibles y que le agarraban por los brazos. Alguien le golpeó con fuerza la barbilla y una voz le dijo al oído:

—No se preocupe. Todo va bien.

Graham se sacudió la parálisis de estupefacción que le había dominado, su cabeza chocó con la de Lincoln y preguntó a gritos:

—¿Qué significa esta oscuridad?

—El Consejo ha cortado las corrientes que alumbran la ciudad. Tenemos que esperar, que detenernos. El pueblo seguirá adelante. Ellos...

Graham no logró entender nada más porque el resto de la frase se perdió entre otras muchas voces que gritaban:

—¡Hay que salvar al Durmiente! ¡Hay que salvar al Durmiente!

Un guardia tropezó con Graham y le hirió en la mano al golpearle involuntariamente con su arma. Un tumulto atronador lo rodeaba por todas partes y le pareció que a cada momento se hacía más fuerte, más denso y más furioso. Hasta él llegaron ruidos que le parecía reconocer, pero se alejaban antes de que su mente tuviera tiempo de analizarlos. Algunas voces daban órdenes contradictorias y otras contestaban. De pronto, oyó muy cerca de él una sucesión de gritos penetrantes.

Una voz vociferó a su oído:

—¡La Policía roja!

Antes de que Graham tuviera tiempo de pedirle una explicación, se alejó convirtiéndose en una sombra más.

Entonces oyó claramente por encima de los demás ruidos un fuerte chasquido seguido de un leve resplandor al borde de las plataformas más lejanas. Gracias a aquello, Graham logró distinguir las cabezas y los cuerpos de un gran número de hombres con armas parecidas a las que llevaban sus guardias. Toda la inmensa nave crujió y se iluminó con repentinos rayos de luz y la oscuridad se levantó como una cortina.

Un vivo reflejo le deslumbró y una vasta e hirviente extensión de hombres que

luchaban, se ofreció ante su vista. Hasta él llegó un grito por encima de las plataformas. Levantó la vista para descubrir el origen de la luz y vio que un hombre estaba colgado de la parte superior de un cable y sostenía, valiéndose de una cuerda, la resplandeciente estrella que había puesto fin a la oscuridad. Aquel hombre llevaba un uniforme rojo.

Los ojos de Graham se posaron de nuevo en la calle y una franja de color rojo le llamó la atención. Advirtió entonces que se trataba de una densa masa de hombres vestidos de rojo en la plataforma más elevada y lejana, que daban la espalda a los edificios y se veían rodeados por un cerco de enemigos. Estaban luchando. Las armas brillaban, se elevaban y caían. Centenares de cabezas se desvanecían y otras aparecían en su lugar y los leves reflejos despedidos por las armas de color verde parecían pequeñas sombras grises mientras duró la luz.

De pronto, el resplandor se extinguió y las plataformas se sumieron una vez más en una oscuridad completa, en un tumultuoso misterio.

Graham sintió que alguien tropezaba con él y que le empujaban por la galería. Un hombre gritaba a su lado, pero él estaba demasiado aturdido para distinguir sus palabras. Le arrojaron contra una pared y sintió que una masa de gente pasaba por su lado. Dedujo que los guardias debían estar luchando entre sí.

De repente el sostenedor de la estrella apareció de nuevo colgado del cable y toda la escena se sumió en la blancura y la luz. La franja de chaquetas rojas le pareció a Graham más ancha y más cercana y vio que el punto donde se hacía más intensa se hallaba cerca de la nave central. Levantando los ojos, Graham notó que un gran número de estos hombres habían aparecido también en las galerías interiores sumidas en la sombra del edificio que se hallaba frente a él y disparaban por encima de las cabezas de sus compañeros que estaban debajo, sobre la hirviente confusión de gente apiñada en la calle. De pronto, comprendió el significado de todos aquellos acontecimientos. El pueblo había caído en una emboscada al intentar salir, y sumido en la confusión por la extinción de las luces, era atacada por sorpresa por la policía roja. Entonces advirtió que estaba solo y que sus guardias y Lincoln se hallaban en la galería y avanzaban por la dirección que él había seguido antes de que se apagaran las luces. Vio que le hacían señas frenéticas y que corrían hacia donde él se hallaba. De las plataformas llegaban gritos estridentes y le pareció que toda la fachada del edificio que se elevaba delante de él estaba moteada de uniformes rojos que le señalaban. Mientras tanto, de una multitud de gargantas salía un solo grito:

—¡El Durmiente! ¡Hay que salvar al Durmiente!

Un objeto pequeño golpeó la pared por encima de su cabeza. Levantó la vista y distinguió un trozo de metal plateado con forma de estrella. Vio a Lincoln a su lado y sintió que le agarraba por el brazo. Después oyó un nuevo disparo. Por dos veces sus enemigos habían fallado el blanco.

No comprendió cómo podían disparar. La calle estaba oculta, todo estaba oculto. La luz se había extinguido una vez más.

Lincoln le había cogido por el brazo y le conducía por la galería.

—¡Antes de que enciendan otra luz! —gritó.

Su prisa era contagiosa y el instinto de conservación de Graham triunfó sobre la torpeza en que le había sumido su incrédulo asombro. Durante unos instantes fue únicamente una criatura dominada por el miedo a la muerte. Corrió todo lo que sus fuerzas le permitieron, tropezando a causa de la oscuridad contra sus guardias cuando éstos dieron la vuelta para correr con él. Su único deseo era apresurarse y escapar de la peligrosa galería en la que se hallaba expuesto al ataque de sus enemigos. Una tercera estrella luminosa apareció inmediatamente y con ella surgió un poderoso grito unánime desde abajo a que respondió un tumulto desde las plataformas. Graham vio que las chaquetas rojas habían llegado ya casi hasta el pasaje central. Las caras de aquellos individuos estaban vueltas hacia él y no cesaban de gritar. La blanca fachada de enfrente se había convertido ya en una mancha roja. Todos estos sucesos tenían lugar por causa suya; él era el eje central que los hacía girar.

Aquellos hombres eran los guardias del Consejo que intentaban capturarle de nuevo.

Tuvo suerte de que aquellos disparos fueran los primeros hechos en ciento cincuenta años. Oyó cómo silbaban las balas por encima de su cabeza, sintió un agudo dolor en el oído al alcanzarle un impacto de metal derretido y advirtió, sin mirar, que toda la fachada opuesta estaba llena de individuos de la policía roja que sin ningún disimulo disparaban sobre él sin cesar de lanzar gritos furiosos.

Uno de los guardias que avanzaban delante de él, cayó al suelo al alcanzarle un proyectil, y Graham, incapaz de detenerse, saltó por encima del cuerpo que se retorció.

Un segundo después se encontraba ileso, en un pasillo sumido en la oscuridad más profunda, y una persona que venía en dirección opuesta tropezó violentamente con él. Bajó a toda velocidad por una escalera, sin lograr distinguir absolutamente nada. Se tambaleó al ser golpeado de nuevo y fue a dar con las manos extendidas contra una pared. Un grupo de individuos que luchaban entre sí, cayó sobre él, pero en seguida se alejó hacia la derecha. No consiguió librarse, sin embargo, porque de nuevo un inmenso ahogo dificultó su respiración y le pareció que sus costillas se rompían. Pero segundos después la avalancha humana le condujo nuevamente hacia el gran teatro del que había conseguido salir, y hubo momentos en que sus pies ni siquiera tocaban el suelo. No logró recuperar el equilibrio y oyó gritos que se repetían sin cesar, siempre con las mismas palabras:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!...

Oyó un gemido a su lado y su pie tropezó con algo blando. Oyó que la multitud repetía:

—¡El Durmiente!

Graham estaba demasiado confuso para poder hablar. Escuchó los chasquidos de las armas y durante irnos instantes perdió su individualidad y se convirtió en un ser

presa de un gran pánico ciego, impersonal, mecánico. También él golpeó, y empujó, y se retorció. Tropezó con un escalón y ascendió con la multitud. Y, de pronto, todas las caras que le rodeaban surgieron visibles, espectrales y atónitas, de la oscuridad, llenas de miedo y sudor, iluminadas por un lívido resplandor. Una cara, la de un hombre joven, estaba muy cerca de la suya, inmóvil, a menos de medio metro de distancia. Aquello le pareció un incidente más, sin valor emocional, pero más tarde lo recordó en sus sueños, porque aquel joven que avanzaba comprimido por la muchedumbre estaba muerto.

El hombre colgado del cable debió de encender una cuarta estrella blanca, porque su luz llegó a través de grandes ventanales y arcos, y Graham comprobó que formaba parte de una densa masa de figuras negras situada al fondo de la zona más baja del gran teatro. Aquella vez la visión se le presentó lívida y fragmentaria, atravesada por sombras oscuras. Vio que muy cerca de él, los guardias rojos se abrían paso por entre la multitud, pero no supo si le habían visto. Buscó con la mirada a Lincoln y a sus guardias y distinguió al primero junto al escenario del teatro, rodeado por un grupo de revolucionarios vestidos de negro que le levantaban en vilo mientras el jefe paseaba la vista de un lado a otro, como si le estuviera buscando. Graham vio que se hallaba cerca del extremo opuesto de la masa humana y que detrás de él, separados por una barrera, se hallaban los asientos del teatro, vacíos ahora. Se le ocurrió una idea repentina y comenzó a abrirse camino hacia ellos. Pero entonces la luz volvió a extinguirse.

Graham se despojó de la túnica que no sólo le impedía una completa libertad de movimientos, sino que le hacía demasiado visible, y la dejó caer al suelo. Oyó que alguien tropezaba con sus pliegues, pero, sin detenerse, saltó el obstáculo que le separaba de los asientos y cayó en las sombras que había al otro lado. Después, tanteando en la oscuridad, llegó al extremo inferior de un portalón ascendente. En las tinieblas cesó de pronto el eco de los disparos y se apagó el rumor de pisadas y voces.

De repente, Graham tropezó con un escalón inesperado y cayó al suelo. En aquel momento unos puntos que él distinguía confusamente en las tinieblas que le rodeaban se iluminaron de nuevo, el rumor se hizo más fuerte y el resplandor de una quinta estrella brilló a través de las ventanas del teatro.

Graham rodó por entre los asientos, oyó gritos y chocar de armas, intentó ponerse en pie y fue golpeado de nuevo y cayó una vez más. Vio que numerosos hombres vestidos de negro le rodeaban disparando sin cesar contra los de rojo que se distinguían al fondo y que saltaban de asiento en asiento y se escondían detrás de los respaldos para volver a cargar sus armas de fuego. Instintivamente, Graham se escondió entre la fila de asientos, mientras algunos disparos perdidos atravesaban los cojines de caucho y alcanzaban la armazón de metal. Sin razón alguna aparente, pensó que el portalón era el mejor medio de escape para él tan pronto como se hiciera de nuevo la oscuridad.

Un joven vestido de azul llegó hasta él saltando por encima de los asientos.

—¡Hola! —exclamó dejando caer los pies a unos veinte centímetros de la cara inclinada del Durmiente.

Lo miró sin reconocerle, disparó contra los de rojo y gritando: «¡Al demonio el Consejo!», se dispuso a disparar de nuevo. Pero entonces le pareció a Graham que aquel hombre se desvanecía y sintió que una gota de algo líquido caía en su mejilla. El arma de color verde se detuvo sin ser levantada del todo. Durante unos momentos el individuo permaneció inmóvil mientras su cara quedaba convertida en una máscara sin expresión, pero en seguida comenzó a inclinarse hacia delante. Sus rodillas se doblaron. El hombre y la oscuridad cayeron al mismo tiempo. Al oír el ruido de su caída, Graham se puso en pie y echó a correr con todas sus fuerzas hasta que tropezó con un escalón invisible. Se levantó inmediatamente con un gran esfuerzo, alcanzó el portalón y siguió corriendo.

Cuando brilló la sexta estrella, Graham se hallaba ya cerca de la boca de un pasaje abierta en un eterno bostezo. Aumentó la velocidad de su carrera, penetró en aquel pasaje y dobló una esquina para encontrarse de nuevo sumido en las más densas tinieblas. Sintió que le golpeaban, cayó al suelo y logró ponerse otra vez en pie inmediatamente. Habíase convertido en una diminuta parte integrante de una multitud de figuras que avanzaban en una dirección. Su único pensamiento era el mismo que dominaba a todos cuantos le rodeaban: escapar de aquel combate. Golpeó y dio empujones a derecha y a izquierda, se tambaleó, corrió, fue empujando a su vez, perdió terreno y avanzó de nuevo.

Durante unos minutos siguió corriendo, a través de la oscuridad, por un pasillo tortuoso, atravesó después un espacio abierto, descendió por una pendiente muy inclinada y, al fin, bajando unos cuantos escalones, se encontró en un lugar llano. Mucha gente gritaba:

—¡Ya vienen! ¡Viene la policía! ¡Están disparando! ¡Hay que salir de aquí! ¡Los guardias están disparando! ¡Estaremos a salvo en la calle Siete! ¡Vamos a la calle Siete!

Entre la muchedumbre había también mujeres y niños. Mucha gente le dirigió la palabra, pero él no contestó a nadie. La riada humana convergió en un arco, atravesó un estrecho pasadizo y salió a un espacio más amplio, débilmente iluminado. Las negras figuras que le rodeaban se desparramaron y ascendieron por lo que en aquella media luz le pareció a Graham una gigantesca escalera. Sin titubear las siguió. La muchedumbre se dispersó a la derecha y a la izquierda y Graham notó que él ya no formaba parte de aquella masa de gente. Se detuvo en el peldaño más elevado. Ante él, al mismo nivel, había grupos de sillas y un pequeño kiosco. Se acercó al kiosco y, deteniéndose a su sombra, miró jadeante a su alrededor.

Todo le pareció vago y gris, pero notó que los escalones en que se encontraba eran las plataformas, que habían sido inmovilizadas. Los edificios se elevaban en la lejanía como grandes espectros oscuros que dejaban ver sus anuncios y sus inscripciones, y a través de la maraña de vigas y cables, se veía una cinta

interrumpida de pálido cielo. Un gran número de personas pasó precipitadamente por su lado y de sus gritos y voces dedujo que se disponían a tomar parte en la lucha. Otros tipos menos escandalosos se movían tímidamente entre las sombras. Desde el otro extremo de la calle llegó hasta él el rumor de la lucha, pero comprendió claramente que no era aquélla la calle en la que estaba situado el teatro. El combate principal no se oía ya. Graham sonrió ante el grotesco pensamiento de que toda aquella lucha tenía lugar a causa de él.

Durante unos minutos fue como el hombre que se detiene en la lectura de un libro fascinador y de pronto pone en duda lo que hasta entonces ha considerado como absolutamente real. Mientras se desarrollaban aquellos acontecimientos, Graham no se daba cuenta de los detalles, no sentía más que una inmensa estupefacción. ¡Cosa extraña! La huida de su encierro, la gran muchedumbre que llenaba el vestíbulo, el ataque de la policía roja contra la apiñada multitud, se hallaban representados con absoluta claridad en su cerebro, pero le costaba un gran esfuerzo revivir su despertar y el intervalo de meditación de los tres días que había pasado en las habitaciones silenciosas. Al principio, su memoria dio un salto por encima de estos sucesos y le condujo a la cascada de Pentargen, que temblaba bajo la caricia del viento, y al esplendor de la soleada costa de Cornualles. El contraste daba a todo un tinte de irrealidad. Después se llenó el vacío y comenzó a darse cuenta de su situación.

Desde luego, no era un completo enigma, como le había parecido en las habitaciones silenciosas. Por lo menos, le habían sido explicados los detalles principales. De algún modo se había convertido en el dueño de medio mundo y dos poderosos partidos políticos se hallaban en guerra por su causa. Por un lado estaba el Consejo Blanco, con su policía roja, absolutamente decidido a usurpar sus propiedades y a darle muerte, y por el otro, la revolución que le había liberado y cuyo jefe era el invisible «Ostrog». La gigantesca ciudad vibraba a causa de la gran batalla que tenía lugar en ella. ¡El mundo se había vuelto loco!

—No lo comprendo —exclamó—. ¡No lo comprendo!

Había conseguido escapar de los dos bandos contendientes y se consideraba en libertad provisional. ¿Qué sucedería después? ¿Qué estaba ocurriendo? Se imaginó a los hombres vestidos de rojo buscándole por todas partes, acorralando a los revolucionarios uniformados de negro.

Sea como fuere, la casualidad le brindó un momento de respiro. Podía mezclarse sin miedo con la gente y observar el curso que seguían los acontecimientos. Siguió con la vista la intrincada inmensidad de los edificios envueltos en sombras y le pareció infinitamente asombroso que por encima de todo aquello brillara el sol y el mundo estuviera iluminado y brillara con la luz del día que tan familiar le era.

Poco después había recuperado completamente el aliento. Su ropa estaba completamente seca, sin huella alguna de la nieve que había caído sobre ella.

Recorrió millas y millas de calles desconocidas, vagando sin rumbo, sin hablar con nadie, sin que nadie le dirigiera la palabra... Era el hombre que todos buscaban,

salido del pasado, el inestimable e involuntario dueño del mundo. Donde había luces o grupos de gente temía ser reconocido, observaba lo que ocurría sin acercarse demasiado, retrocedía o recorría de arriba a abajo los escalones hasta encontrar un sistema transversal de plataformas en un nivel superior o inferior. Y aunque no volvió a presenciar ninguna lucha, en toda la ciudad había ambiente de batalla. En una ocasión tuvo que echar a correr para evitar ser pisoteado por una muchedumbre que avanzaba por la calle. En su mayoría eran hombres que llevaban en las manos unos objetos que él supuso que eran armas de fuego. Por lo visto, la lucha se concentraba principalmente en la parte de la ciudad de donde él procedía. De vez en cuando, un rugido distante, el eco remoto del conflicto, llegaba a sus oídos. Entonces su cautela luchaba con su curiosidad, pero la primera prevalecía siempre y seguía alejándose del campo de batalla... o al menos suponía que se apartaba. Sin inspirar sospechas ni ser molestado, avanzó sin rumbo por la oscuridad. Un rato después dejó de oír hasta el eco remoto del combate y tropezó con menos gente hasta que al fin se vio en unas calles desiertas. Las fachadas de los edificios se elevaban impasibles y grises. Por lo visto se hallaba en un barrio en el que sólo había grandes almacenes. Su soledad le hizo sentirse agobiado y aminoró el paso.

Sintióse invadido por una creciente fatiga. Algunas veces se echó a un lado y se sentó en uno de los numerosos asientos de las plataformas superiores. Pero una inquietud febril, la consciencia de la importancia de su personalidad en aquella lucha, no le permitía descansar en un mismo sitio mucho tiempo. ¿Se debía únicamente a él aquel cruel derramamiento de sangre?

En un momento dado, hallándose en un lugar completamente solitario, llegó hasta él un gran estruendo como un terremoto, sintió que un viento huracanado y frío barría la ciudad, oyó un chasquido de cristales rotos y el derrumbamiento de muros enteros..., toda una serie de golpes gigantescos. Una gran masa de cristales y de trozos de metal cayeron desde los tejados remotos sobre la galería central a unos cien metros de donde él se hallaba, y oyó en la lejanía gritos y carreras. También él se sintió impulsado a una actividad sin objeto ni fin y echó a correr en una dirección para avanzar después en la contraria. Un hombre jadeante pasó por su lado y Graham recuperó el dominio de sus nervios.

—¿Qué es lo que han volado? —preguntó el hombre, sin aliento—. Eso ha sido una explosión.

Antes de que Graham pudiera contestar, había desaparecido de su lado.

Los grandes edificios se elevaban medio borrosos, velados por un extraño crepúsculo, aunque el arroyo del firmamento que se veía a través de los cables brillaba con el resplandor del sol. Graham notó muchas cosas que no logró comprender. Descifró algunos letreros escritos fonéticamente. Pero ¿qué ganaba con descifrar una confusión de letras de extraña forma que no decían otra cosa que: «Eadhamite», u «Oficina Laboral», o «Calle Lateral»? Le pareció grotesca la idea de que probablemente algunas de aquellas casas o tal vez todas le pertenecían.

Pensó en lo irracional de todo cuanto le estaba ocurriendo. Había dado un salto de siglos, tal como los novelistas se lo han imaginado desde el principio de los tiempos. Cuando se dio cuenta por primera vez de este hecho se había sentado, como quien dice, para contemplar un espectáculo entretenido. Pero en lugar de aquello, se cernía sobre él un vago peligro, toda clase de sombras enemigas y velos de negrura. En algún lugar de aquella laberíntica oscuridad, la muerte le estaba buscando. ¿Sería posible que muriera antes de comprenderlo todo? ¿Era posible que en la siguiente esquina estuviera solapadamente oculta su destrucción? Un ansia imperiosa de ver, de saber, se apoderó de él.

Empezó a temer las esquinas y pensó que su salvación estaba en permanecer escondido. ¿Dónde podría esconderse cuando volviera la luz? Por fin se sentó en un asiento que encontró en una de las vueltas de la plataforma superior y supuso que allí se encontraba solo.

Con los nudillos se frotó los ojos cansados. ¿Y si al levantar la vista de nuevo descubriera que el oscuro pasaje de plataformas paralelas y los edificios intolerablemente altos habían desaparecido? ¿Y si descubriera que todo cuanto había ocurrido durante los últimos días, desde su despertar, la rugiente multitud, la oscuridad y la lucha, no había sido más que una ilusión, un sueño nuevo y vivido? Tenía que ser un sueño. Era demasiado inconsecuente, demasiado irrazonable. ¿Por qué se había desencadenado una guerra por su causa? ¿Por qué le consideraba el mundo como su Dueño y Señor?

Así siguió reflexionando mientras permanecía sentado con los ojos cerrados y después elevó la vista de nuevo con la esperanza, a pesar de los ruidos que llegaban hasta él, de ver algún aspecto familiar de la vida del siglo XIX, de ver quizá frente a él el pequeño puerto de Boscastle, los acantilados de Pentargen o el dormitorio de su casa. Pero la realidad suele hacer caso omiso de las esperanzas humanas. Un grupo de individuos que llevaban una bandera negra avanzó atravesando las sombras más cercanas y profiriendo gritos apasionados. Más allá seguían elevándose las fachadas gigantescas y oscuras, que lucían letreros incomprensibles para él.

—No se trata de un sueño —dijo—. No es ningún sueño.

Cerró los ojos y volvió a ocultar la cara entre las manos.

Capítulo XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO

Graham se sobresaltó al oír una tos seca junto a él. Volvió bruscamente la cabeza y escudriñando la oscuridad distinguió una figura pequeña y encogida a unos dos metros de distancia de donde él se hallaba, sentada a la sombra de una tapia.

—¿Tiene usted noticia? —preguntó la voz atiplada y temblorosa de un hombre muy viejo.

—Ninguna —repuso Graham.

—Yo me quedo aquí hasta que vuelvan a encenderse las luces —dijo el viejo—. Esos canallas azules están por todas partes..., por todas partes.

La respuesta de Graham fue un murmullo de asentimiento. Intentó ver a su interlocutor, pero las tinieblas le ocultaban la cara. Deseaba intensamente responder, hablar, pero no sabía cómo empezar.

—Todo está oscuro —dijo el viejo de pronto—. Está condenadamente oscuro. Me he visto obligado a salir de mi casa, y ahora me encuentro en medio de todos estos peligros.

—Es una pena —se aventuró a decir Graham—. Es lamentable para usted.

—¡Tinieblas! Un hombre viejo perdido en las tinieblas. Y el mundo entero que se ha vuelto loco. Guerra y batallas. La policía derrotada y los bandidos en libertad. ¿Por qué no traen negros para protegernos...? No pienso volver a entrar en una calle oscura. He tropezado con un muerto y he caído encima de él. Se está mejor en compañía... Desde luego, si se trata de una compañía adecuada.

Observó a Graham sin ningún disimulo y de pronto se levantó acercándose a él.

Por lo visto, el examen dio un resultado satisfactorio, y el viejo volvió a sentarse, contento de no estar ya solo.

—Estos tiempos son terribles —dijo—. Guerras y batallas, muertos por todas partes, hombres fuertes caídos en la oscuridad... Yo tengo tres hijos. ¡Sabe Dios dónde estarán esta noche!

Aquel hombre se interrumpió y después repitió, tembloroso:

—¡Sabe Dios dónde estarán esta noche!

Graham se esforzó por hallar en su imaginación una pregunta adecuada que no delatara su extrema ignorancia y otra vez la voz del viejo puso fin al silencio que reinaba.

—Ostrog ganará —dijo—. Es seguro que ganará. Y no sé lo que será del mundo si está gobernado por él. Mis tres hijos trabajan en las oficinas de los ventiladores. Una de mis nueras fue su amante durante algún tiempo. ¡Su amante! No somos gente

vulgar. Aunque me han aconsejado que vague esta noche por ahí, yo sé lo que está ocurriendo y lo sabía antes que otros muchos. ¡Pero esta oscuridad! ¡Y tropezar así con un cadáver!

Dejó de hablar y durante unos instantes no se oyó más que su asmática respiración.

—¡Ostrog! —dijo Graham.

—El jefe más grande que el mundo ha visto —repuso la voz.

Graham se devanó los sesos para buscar una frase adecuada.

—El Consejo tiene pocos amigos entre el pueblo —se aventuró a decir.

—Muy pocos. Y lo que es peor, malos. Sus días de esplendor han pasado. Debían de haber mantenido a los más inteligentes en el poder, pero tuvieron elecciones dos veces. Y Ostrog... Ahora ha estallado la protesta y no se puede calmar, no se puede calmar. Dos veces rechazaron a Ostrog, a Ostrog, el jefe. Yo he oído hablar de su cólera en aquellas ocasiones. ¡Qué el cielo los ampare! Porque ningún poder de la tierra puede ayudarles ahora que ha levantado a la Compañía Laboral contra ellos. Ningún otro hombre se hubiera atrevido a hacerlo. ¡Todos los uniformes azules en marcha! Ostrog seguirá adelante con ellos, seguirá adelante.

Se detuvo y guardó silencio irnos minutos.

—En cuanto al Durmiente... —comenzó a decir, y se interrumpió.

—¿Qué? —dijo Graham—. Continúe...

La voz senil se convirtió en un murmullo confidencial y la cara del viejo, pálida y confusa, se acercó más a Graham.

—El verdadero Durmiente...

—¿Qué?

—Murió hace años.

—¿Cómo? —exclamó Graham bruscamente.

—Hace años. Murió hace años.

—¡No me diga!

—Sí, lo digo. Murió. Ese Durmiente que se ha despertado es uno que pusieron en su puesto, una pobre criatura insensible a la que narcotizaron. Pero no debo decir todo lo que sé. No debo decir todo lo que sé.

Durante un rato estuvo gruñendo frases incomprensibles, pero su secreto pesaba demasiado en su mente y de nuevo empezó a hablar de él.

—No conozco a los que lo durmieron, porque eso ocurrió antes de mis tiempos, pero conozco al hombre que le inyectó los estimulantes para hacerle despertar. Las probabilidades eran diez contra una. Despertarlo o matarlo. ¡Despertarlo o matarlo! ¡Ordenes de Ostrog!

Graham se sintió tan sorprendido ante estas revelaciones que tuvo que interrumpir a aquel hombre y obligarle a repetir sus palabras. Tuvo que hacerle algunas preguntas antes de estar seguro de lo que había oído. ¡Su despertar no había sido natural! ¿Sería aquello la senil superstición de un viejo o había en ello algo de verdad? Rebuscando

en los oscuros rincones de su memoria, tropezó de pronto con algo que podría ser el vago recuerdo de un efecto estimulante. Pensó entonces que había tenido un encuentro afortunado y que al fin podría obtener información sobre la nueva época. El viejo siguió resoplando, escupió y en seguida, con su atiplada voz reminiscente, prosiguió:

—La primera vez lo rechazaron. Yo he seguido el curso de todo...

—¿A quién rechazaron? ¿Al Durmiente?

—¿Al Durmiente? No, a Ostrog. ¡Su cólera fue terrible! Le prometieron que le darían el poder más adelante, se lo aseguraron para la próxima elección. Fueron unos necios al no tener más miedo de él. Ahora toda la ciudad se ha convertido en su rueda de molino, y nosotros en meros instrumentos suyos. Hasta que él se puso en acción, los trabajadores se asesinaban unos a otros, y, a veces, mataban a un chino o a un policía, pero a los demás nos dejaban en paz. ¡Cadáveres! ¡Robos! ¡Oscuridad! No he visto estas cosas desde hace una gruesa de años. Los hombres de abajo sufren cuando los de arriba pierden el control.

—¿Qué es lo que ha dicho que no ha ocurrido durante una gruesa de años?

—¿Eh? —murmuró el viejo.

No entendía bien las palabras de Graham y le hizo repetir la pregunta dos veces más.

—Batallas y muertes, hombres armados e idiotas que vociferan cosas acerca de la libertad —explicó al fin—. No he visto nada semejante en todos los años que llevo de vida. Esto es como antiguamente, cuando el pueblo de París se sublevó hace tres gruesas de años. Eso es lo que yo no había visto antes. Pero el mundo es así. Todo se repite. Yo lo sé, yo lo sé. Durante estos cinco años, Ostrog no ha estado inactivo y ha habido descontento, hambre, amenazas y repartos de armas. Uniformes azules y murmuraciones. Nadie estaba libre de peligro. Todo era resbaladizo. ¡Y por fin hemos llegado al punto culminante de todo! La sublevación, la guerra y el Consejo desposeído de su poder.

—Está usted muy bien informado de estas cosas —comentó Graham.

—Yo sé lo que sé. A mí no me engañan las máquinas parlantes.

—No —dijo Graham preguntándose interiormente qué podría ser una máquina parlante—. ¿Está usted seguro de que ese Ostrog..., está usted seguro de que Ostrog organizó esta rebelión y consiguió despertar al Durmiente? ¿Sabe de cierto que lo hizo porque no había sido elegido por el Consejo?

—Todo el mundo debe saberlo —dijo el viejo—, excepto los ingenuos y los inocentes. Él quería lograr el mando como fuera, dentro del Consejo o fuera de él. Todo el mundo lo sabe. ¡Y aquí estamos, en una oscuridad sembrada de cadáveres! ¿Dónde ha estado usted si no ha oído hablar de las diferencias entre Ostrog y Vemeys? ¿Por qué cree que luchan? ¿Por el Durmiente? ¡Bah...! ¿Cree usted que el Durmiente existe de verdad y que se despertó por sí mismo?

—Soy un hombre torpe, más viejo de lo que parezco y distraído —repuso

Graham—. Muchas de las cosas que han ocurrido, especialmente en los últimos años... A decir verdad, si yo fuera el Durmiente no sabría menos de lo que sé.

—¿Eh? —replicó el hombre—. ¿Dice usted que es viejo? Pues no lo parece. Pero, en fin, no todo el mundo conserva la memoria como la conservo yo para la edad que tengo. Sin embargo, no comprendo cómo ha olvidado cosas tan importantes. No es usted tan viejo como yo. Pero supongo que no debo juzgar a los demás por mí. Yo soy joven para ser tan viejo. ¿Es posible que usted sea viejo siendo tan joven?

—Así es —dijo Graham—. Y mi historia es muy extraña. Tengo muy pocos conocimientos. El Durmiente y Julio César son lo mismo para mí. Resulta interesante oírle hablar de estas cosas.

—Sí, yo sé una cosa o dos —aprobó el viejo, satisfecho—. Pero..., ¿qué es eso?

Los dos hombres guardaron silencio y escucharon. Se oyó un ruido atronador y de pronto sus asientos temblaron. Los que pasaban por la calle se detuvieron llamándose unos a otro. El viejo se puso a hacer preguntas a gritos a un hombre que pasó muy cerca y Graham, siguiendo su ejemplo, interrogó a varias personas. Nadie sabía lo que había ocurrido.

Graham volvió a su asiento y descubrió al viejo murmurando vagas preguntas en voz baja. Durante un buen rato permanecieron los dos en silencio.

Aquella lucha gigantesca, tan cercana y, sin embargo, tan remota, torturaba la imaginación de Graham. ¿Tendría razón aquel viejo? ¿Serían ciertos los informes de la gente que aseguraba que los revolucionarios estaban venciendo a las fuerzas del Consejo? ¿O estaban todos en un error y los guardias rojos eran los dueños de la situación? En cualquier momento la batalla podría extenderse a aquella zona de la ciudad y aprisionarle de nuevo. Tenía que enterarse de cuantas cosas pudiera antes de que fuera demasiado tarde. Se volvió de pronto hacia el viejo con intención de hacerle una pregunta, pero no tuvo necesidad de formularla, porque al oírle el otro empezó a hablar otra vez.

—¡Qué bien han logrado engañar al pueblo! —exclamó—. Me refiero a ese Durmiente en quien todos confían. Yo conozco la historia desde el principio... Siempre me gustaron las historias. Cuando yo era niño solía leer libros impresos, aunque tal vez no me crea, porque probablemente usted no habrá visto ninguno. Se estropean y se llenan de polvo y la Compañía Sanitaria los quema para hacer aslarita. Pero, en cierto modo, eran bastante útiles, porque gracias a ellos se aprendían muchas cosas. Estas modernas máquinas parlantes seguramente a usted no le parecerán modernas, pues se oyen con facilidad y se olvidan con facilidad. Pero yo conozco bien la historia del Durmiente desde el principio.

—Probablemente le costará trabajo creerme —dijo Graham lentamente—. Pero yo he estado tan preocupado con mis asuntos, las circunstancias de mi vida han sido tan extrañas, que no sé nada acerca del Durmiente. ¿Quién era?

—¿Eh? —dijo el viejo—. Era un pobre hombre insignificante, engañado por una mala mujer. ¡Pobrecillo! Sufrió un ataque. Todavía existen algunas de esas cosas que

llamaban retratos en los que aparece tal como estaba hace una gruesa y media de años... ¡Una gruesa y media de años!

—Engañado por una mala mujer. ¡Pobre hombre! —repitió Graham en voz baja, sin que el otro pudiera oírle—. Siga, siga...

—Debe usted saber que tenía un primo llamado Warming, un hombre solitario, sin hijos, que hizo una gran fortuna especulando con las carreteras, las primeras carreteras de Eadhamite. Pero seguramente habrá oído hablar de él. ¿No? ¡Qué extraño! Compró todos los derechos de patentes y formó una gran Compañía. En aquellos tiempos había gruesas y gruesas de negocios distintos y de Compañías particulares. ¡Gruesas y gruesas! Sus carreteras acabaron con los ferrocarriles en dos docenas de años. Los compró todos y puso Eadhamite en los raíles. Y como no quería dividir sus propiedades ni dejarlas al Estado, se lo dejó todo al Durmiente y se lo confió a unos albaceas que él había nombrado. Estaba convencido de que el Durmiente no se despertaría nunca, que seguiría durmiendo hasta su muerte. Lo sabía perfectamente.

Después, un individuo que vivía en los Estados Unidos y que había perdido a sus hijos en un accidente de barco, le dejó otro gran legado. Los albaceas se encontraron con una docena de miríadas de leones, o más, para empezar.

—¿Cómo se llamaba?

—Graham.

—No, me refiero al americano.

—Isbister.

—¡Isbister! —exclamó Graham—. Ni siquiera conozco su nombre.

—Claro que no —dijo el viejo—. ¡Claro que no! Hoy en los colegios no se aprende nada. Pero yo le diré todo lo que desee saber. Era un americano muy rico procedente de Inglaterra, que dejó al Durmiente en el testamento una suma mayor aún que la que le había dejado Warming. ¿Que cómo había amasado Isbister esa fortuna? Esto no lo sé. Creo que inventó una especie de máquina para pintar. El caso es que hizo una fortuna, se la dejó al Durmiente y el Consejo se la encontró entre las manos. Al principio no era más que un consejo de albaceas.

—¿Y cómo adquirió tanta importancia?

—Verdaderamente está usted atrasado de noticias. El dinero atrae al dinero y doce cerebros valen más que uno. Manejaron el dinero con inteligencia. Hicieron el juego de la política con dinero y siguieron aumentando el capital valiéndose de toda clase de medios. El capital aumentó sin cesar y durante muchos años los doce albaceas pusieron la fortuna del Durmiente bajo nombres falsos y títulos de compañías. El Consejo se hacía más poderoso por cada acción, cada hipoteca, cada empresa, cada partido político y cada periódico que compraba. Si algún día escucha las historias antiguas, verá cómo el Consejo fue aumentado sin cesar. Al fin llegaron a poseer billones y billones de leones, todo propiedad del Durmiente y resultado de un capricho, del testamento de Warming y del accidente ocurrido a los hijos de Isbister.

Los hombres son muy extraños. No consigo comprender cómo el Consejo se ha mantenido unido durante tanto tiempo. Son doce, pero siempre han trabajado juntos y se han sostenido unos a otros. En mis tiempos hablábamos del Consejo como hablábamos de Dios. No sabíamos que los consejeros podían equivocarse, ignorábamos todo lo relacionado con sus mujeres y lo demás. De haberlo sabido, hubiéramos opinado de forma muy distinta. Los hombres son extraños. Por ejemplo, usted es joven pero ignorante, y yo que tengo setenta años y debía haber olvidado casi todas estas cosas, se lo estoy explicando todo con claridad. ¡Setenta años! Y oigo y veo sin dificultad..., es decir, oigo mejor que veo. Razono claramente y estoy al corriente de cuanto ocurre. ¡Setenta años! La vida está llena de contrastes. Yo tenía veinte cuando Ostrog era un niño. Le recuerdo mucho antes de que se hubiera abierto camino hasta lograr la dirección del Control de los Ventiladores. He visto muchos cambios y he vestido el uniforme azul. Por último, he visto esa oscuridad y ese tumulto y he visto muchos hombres muertos, amontonados en las calles. ¡Todo por culpa de él! ¡Todo por él!

Su voz adquirió un tono más dulce musitando alabanzas a Ostrog.

Graham reflexionó.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo.

Extendió una mano y afirmó con los dedos:

—El Durmiente ha estado dormido...

—Ha sido sustituido —dijo el viejo.

—Quizá... Y mientras tanto, la fortuna del Durmiente aumentó en manos de los doce albaceas hasta que llegó a poseer casi medio mundo. Los doce depositarios, en virtud de esa fortuna, se han convertido en los dueños virtuales del mundo. Porque son el poder efectivo, como lo era el antiguo Parlamento británico...

—¡Vaya! —exclamó el viejo—. ¡Exacto! Es una buena comparación. No es usted tan...

—Y ahora ese Ostrog ha revolucionado de pronto al mundo despertando al Durmiente, que nadie, excepto el pueblo supersticioso, había pensado que volvería a despertar. Ha despertado al Durmiente para que reclame lo que es suyo y despoje al Consejo de su poder después de todos estos años.

El viejo reforzó su afirmación con una ligera tosecilla.

—¡Es extraño encontrar un hombre que se entera de estas cosas ahora! —murmuró.

—Sí —asintió Graham—. Es extraño.

—¿Ha estado usted en una Ciudad de Placer? —preguntó el viejo—. Toda mi vida he deseado estar en una de esas ciudades... Aún ahora podría disfrutar... Podría ver cómo disfrutaban los otros al menos.

Murmuró una frase que Graham no logró comprender.

—¿Cuándo despertó el Durmiente? —preguntó Graham de pronto.

—Hace tres días.

—¿Dónde está?

—Está con Ostrog. Se escapó del Consejo no hace aún cuatro horas. Mi querido amigo, ¿dónde estaba usted que no se ha enterado? El Durmiente estaba en el vestíbulo de los mercados, donde ha tenido lugar la batalla. La ciudad entera hablaba de él a gritos. Lo mismo hacían las máquinas parlantes. Incluso los partidarios del Consejo lo admitían. Todos corrían para verlo, todo el mundo se proveyó de armas. ¿Estaba usted dormido o borracho? Y aun así... Pero bromea usted. Debe de estar fingiendo. Fue para cortar los discursos de las máquinas parlantes y evitar la concentración de la muchedumbre por lo que nos despojaron de la luz y nos dejaron envueltos en esta maldita oscuridad. ¿Va usted a decirme que no se ha enterado de nada?

—Oí decir que habían rescatado al Durmiente —dijo Graham—. Pero, volviendo a lo de antes, ¿está usted seguro de que está con Ostrog...?

—Ostrog no lo dejará marchar —dijo el viejo.

—¿Y está usted seguro de que el Durmiente no es el auténtico? Yo nunca había oído decir...

—Eso piensan los ingenuos. Como si no hubiera mil cosas de las que uno nunca ha oído hablar. Yo conozco a Ostrog demasiado bien. Creo que ya le he dicho antes que en cierto modo somos casi familia, pues él está emparentado con mi nuera.

—Supongo que...

—¿Qué?

—Supongo que no hay ninguna probabilidad de que el Durmiente haga valer sus derechos. Seguramente será un muñeco en manos de Ostrog o de los consejeros cuando la lucha haya terminado.

—En manos de Ostrog, ciertamente. ¿Por qué no habría de serlo? Piense en su situación. Le concederán todo cuanto desee, pondrán a su alcance los mayores placeres. ¿Por qué habría de rebelarse?

—¿Qué son en realidad las Ciudades del Placer? —preguntó Graham.

El viejo le hizo repetir la pregunta, y cuando al fin se convenció del sentido de las palabras de Graham, lo sacudió con violencia por el codo.

—Eso es demasiado —dijo—. Está usted burlándose de un pobre viejo. Sospecho que sabe más de lo que aparenta.

—Es posible —dijo Graham—. Pero ¿por qué había de fingir? No, no sé lo que es una Ciudad de Placer.

El viejo se echó a reír con picardía.

—Y lo que es más, no sé descifrar sus letreros, no conozco el dinero que usan, ignoro qué países existen en el extranjero, no sé dónde estoy. No sé contar. No sé dónde obtener alimentos y bebidas y asilo.

—Vamos, vamos —contestó el viejo—. Si ahora le dieran un vaso de agua, ¿se lo llevaría usted a una oreja o a un ojo?

—Deseo que usted me hable de todas estas cosas.

—¡Ja, ja, ja! Bien. Hay que complacer a los caballeros que visten de seda.

Una mano arrugada acarició durante unos instantes el brazo de Graham.

—¡Seda! ¡Vaya, vaya! Pero, de todas maneras, me gustaría ser el hombre a quien eligieron para sustituir al Durmiente. Su vida será muy agradable y lo rodearán de lujo y de placeres. Tiene una cara poco vulgar. Cuando dejaban entrar a todo el mundo a verlo, yo fui y pude contemplarlo a mi sabor. El sustituto es la viva imagen del auténtico, a juzgar por las fotografías. Está un poco lívido, pero ya cambiará de color. ¡Qué extraño mundo es éste! ¡Qué suerte tiene ese hombre! Supongo que lo mandarán a Capri, que es el sitio mejor para vivir.

Un golpe de tos le impidió proseguir y después se puso a murmurar mencionando toda clase de placeres y extrañas delicias.

—¡Qué suerte ha tenido! En cambio, yo me he pasado la vida en Londres esperando que se me presentara una oportunidad.

—Pero usted no puede saber que el Durmiente ha muerto —dijo Graham de pronto.

El viejo le hizo repetir sus palabras.

—Ningún hombre vive más de diez docenas de años. No está en el orden de las cosas —dijo el viejo—. Yo no soy tonto. Quizá los tontos lo crean, pero yo no.

Graham sintió que la seguridad del viejo comenzaba a enfurecerle.

—Sea usted tonto o no lo sea —dijo—, se equivoca con respecto al Durmiente.

—¿Eh?

—Se equivoca con respecto al Durmiente. No se lo he dicho antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Cómo lo sabe usted? Me ha dicho que lo ignoraba todo..., hasta lo que son Ciudades de Placer.

Graham tardó unos momentos en contestar.

—No lo sabe —dijo el viejo—. ¿Cómo va a saberlo? Muy pocos hombres lo saben.

—Yo soy el Durmiente.

Tuvo que repetir sus palabras y a continuación hubo una breve pausa.

—Debo decirle, señor, que es tonto hacer una afirmación de esa clase. Especialmente en momentos como éste, puede usted verse metido en un lío si se le ocurre repetir tal cosa.

Graham repitió su afirmación.

—Le digo que yo era el Durmiente. Hace muchos muchos años, me dormí en un pueblecito hecho de piedra, en los días en que existían pueblos, posadas, setos vivos y la campiña estaba dividida en pedacitos de campo, como una sábana zurcida. ¿No ha oído nunca hablar de aquellos años? Y soy yo, el que está hablando con usted, quien despertó de nuevo hace cuatro días.

—¡Hace cuatro días! ¡El Durmiente! ¡No es posible! El Durmiente está con ellos. No lo dejarán marchar. ¡Tonterías! Ha estado usted hablando con sensatez hasta

ahora. Veo la escena como si me hallara presente. Allí estará Lincoln, como un guardián, junto a él y no lo dejarán moverse en ningún momento. Es usted un hombre muy extraño. Un bromista. Comprendo ahora por qué une las palabras de un modo tan poco corriente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham vio que hacía un ademán.

—¡Como si Ostrog fuera a permitir que el Durmiente vagara solo por la ciudad! No, a mí no podrá usted hacerme creer sus palabras. ¿Qué juegos se trae entre manos? Y, además, hemos estado hablando del Durmiente.

Graham se puso en pie.

—Escúcheme —dijo—. Yo soy el Durmiente.

—Es usted un hombre muy extraño —repuso el viejo—. Se sienta a mi lado en la oscuridad, habla de un modo difícil de entender y acaba por decirme una mentira. Pero...

La exasperación de Graham le impulsó a reír amargamente.

—¡Es absurdo! —exclamó—. ¡Absurdo! El sueño tiene que terminar. Se hace cada vez más incomprensible. Aquí estoy sumido en una semipenumbra. Nunca tuve ningún sueño que ocurriera en una semipenumbra. Soy un anacronismo de doscientos años y me esfuerzo por persuadir a un viejo estúpido de que yo soy yo. Y mientras tanto... ¡Uf...!

Hizo un gesto de irritación y se alejó de aquel lugar. Pero el viejo echó a correr detrás de él.

—¡Eh...! ¡No se vaya! Reconozco que soy un viejo estúpido. No se vaya. No me deje en esta oscuridad.

Graham titubeó, se detuvo y de pronto comprendió la insensatez que había cometido al descubrir su secreto.

—No deseaba ofenderle —dijo el viejo acercándose a él—. No hace usted daño a nadie. Llámese Durmiente, si eso le agrada. Es un juego un poco tonto.

Graham vaciló, dio media vuelta bruscamente y siguió su camino.

Durante algún tiempo oyó los pasos del viejo que le seguía y sus gritos penetrantes. Pero, por fin, la oscuridad se lo tragó y Graham no volvió a verlo.

Capítulo XII

OSTROG

Graham tenía ya una idea más clara de su situación.

Durante mucho tiempo vagó de un lado para otro, pero después de haber oído las palabras del viejo decidió que la única solución era encontrarse con Ostrog. Una cosa resultaba evidente: que los dirigentes de la revolución habían logrado guardar en el secreto el hecho de su desaparición. Pero a cada momento esperaba escuchar el informe de su muerte o de su captura por el Consejo.

Poco después un individuo se detuvo a su lado y le dirigió la palabra.

—¿Se ha enterado? —le preguntó.

—No —repuso Graham sobresaltándose.

—Cerca de una dozana —dijo el desconocido—. ¡Una dozana de hombres!

Sin esperar respuesta, prosiguió su carrera.

Un grupo de individuos y una joven pasaron corriendo junto a él gesticulando y gritando:

—¡Han capitulado! ¡Se han entregado! ¡Una dozana de hombres! ¡Dos dozanas de hombres! ¡Ostrog! ¡Viva Ostrog! ¡Ostrog!

Al fin, los gritos se desvanecieron y acabaron por hacerse ininteligibles.

Un nuevo grupo de hombres que gritaban siguió a los primeros y durante un rato la atención de Graham quedó absorbida por los fragmentos de conversación que llegaban hasta él. Dudaba de que todos hablaran en inglés. Hasta él llegaban frases sueltas, frases de inglés de los barrios bajos, como dialecto «negro», borroso y desfigurado. No se atrevió a acercarse a nadie para hacer preguntas. La impresión que aquellos hombres le causaban se hallaba en oposición con sus ideas preconcebidas acerca de la lucha y confirmaban la fe que el viejo tenía en Ostrog. Con gran trabajo intentó convencerse a sí mismo de que aquella gente se regocijaba por la derrota sufrida por el Consejo y que el Consejo, que le había perseguido con tanta fuerza y vigor, era al fin y al cabo el más débil de los dos bandos contendientes. Y si aquello era así, ¿de qué modo le afectaba a él? Más de una vez titubeó al plantearse estas preguntas fundamentales. En una ocasión dio media vuelta y anduvo bastante tiempo detrás de un hombrecillo de atrayente apariencia, pero no logró acumular la suficiente decisión para dirigirle la palabra.

Por fin se le ocurrió que podía preguntar por las Oficinas de los Ventiladores, aunque no tenía idea de lo que aquello pudiera significar. A su primera pregunta le contestaron que se dirigiera a Westminster. La segunda le llevó a una callejuela en la que no tardó en encontrarse perdido. Le indicaron que abandonara las plataformas por las que había vagado hasta entonces y descendiera por una de las escaleras que

surgían en la oscuridad de un pasadizo. Entonces le ocurrieron varias aventuras triviales. La principal fue un encuentro con una invisible criatura de voz ronca que hablaba en un extraño dialecto que al principio le pareció un idioma desconocido, una forma de lenguaje en la que se reconocían fantasmas de palabras inglesas, el idioma de la clase baja del futuro. Después otra voz llegó hasta él, la voz de una mujer que cantaba «tra la la, tra la la». Dirigió la palabra a Graham en un inglés semejante al del individuo con quien había tropezado primero. Le dijo que había perdido a su hermana, presionó con el cuerpo sin necesidad contra él, le agarró por el brazo y se echó a reír. Pero una palabra indiferente la obligó a desaparecer de nuevo en la oscuridad.

Los ruidos que le rodeaban aumentaron otra vez de volumen y una muchedumbre pasó por su lado hablando con excitación.

—¡Se han rendido!

—¿El Consejo? ¡No es posible que se haya rendido el Consejo!

—Eso dicen en las plataformas.

La calle le pareció más ancha, y, de pronto, uno de los muros desapareció. Se hallaba en un gran espacio abierto y la gente no cesaba de moverse. Preguntó el camino a una figura borrosa.

—Atraviese la plaza por el centro —contestó una voz de mujer.

Abandonó el otro muro y un momento después había tropezado contra una mesita encima de la cual había varios utensilios de cristal. Los ojos de Graham, acostumbrados ya a la oscuridad, descubrieron un espacio alargado con mesas a ambos lados. Lo recorrió de un extremo a otro y en una o dos de las mesas oyó resonar el cristal y le pareció ver que la gente comía. Había, pues, personas con suficiente serenidad para comer o con suficiente osadía para robar una comida aprovechándose de la revolución social y de las tinieblas.

En la lejanía y a gran altura, vio Graham una pálida luz de forma semicircular, y, al acercarse, una sombra negra apareció y la ocultó de su vista. Tropezó con un escalón y se encontró en una galería. Oyó un eco de sollozos y descubrió a dos niñas asustadas, encogidas junto a la barandilla. Las dos guardaron silencio al oír ruido de pasos. Graham intentó consolarlas, pero no logró que pronunciaran una sola palabra y, al alejarse, las oyó llorar de nuevo.

Poco después, se encontró al pie de una escalera y junto a una amplia abertura. Distinguió en lo alto una luz débil y ascendió de la oscuridad hasta una calle compuesta de plataformas movibles, por la que marchaba gritando una avalancha de gente. Cantaban fragmentos de la canción de los rebeldes y la mayoría de los cantores desentonaban horriblemente. Aquí y allá brillaban las antorchas creando breves sombras históricas. Graham preguntó a algunas personas qué camino le convenía y volvió a escuchar aquella extraña mezcla de dialectos. Su tercera pregunta recibió una respuesta que logró comprender. Se hallaba a dos millas de distancia de las Oficinas de los Ventiladores, que estaban en Westminster, pero el camino era muy fácil de

seguir.

Cuando, al fin, se aproximó al distrito de las Oficinas de los Ventiladores supuso, a juzgar por las alegres procesiones que avanzaban por las calles, por el tumulto de regocijos y festejos y, finalmente, por la restauración de la luz en la ciudad, que el Consejo debía de estar derrotado definitivamente. Y siguió sin oír rumor alguno relativo a su desaparición.

Volvieron a encenderse las luces de la ciudad. Graham se detuvo y cerró los ojos. A su alrededor todos hicieron lo mismo, cegados por el resplandor. La ciudad parecía incandescente. La luz sorprendió a Graham ya fuera de la avalancha humana que se apiñaba en las calles cercanas a las Oficinas de los Ventiladores, y la sensación de visibilidad y de peligro que le dominó, convirtió su vaga intención de reunirse con Ostrog en una gran ansiedad.

Durante algún tiempo fue empujado y golpeado y vio su vida en peligro por irnos individuos cuyas voces habían enronquecido por gritar su nombre y por otros que estaban heridos y ensangrentados por su causa. La fachada de las Oficinas de los Ventiladores estaba iluminada por una escena en movimiento, pero Graham no logró saber de qué se trataba, porque a pesar de sus esfuerzos, la densidad de la multitud dificultaba sus intentos de aproximación. De los fragmentos de conversación que llegaron a sus oídos dedujo que aquellas personas daban noticias de la lucha que tenía lugar junto al edificio del Consejo. La ignorancia y la indecisión convirtieron sus movimientos en lentos e ineficaces. Durante algún tiempo no pudo concebir de qué modo se las arreglaría para entrar en las Oficinas. Se abrió camino con lentitud por entre aquella masa de gente, hasta que comprendió que la escalera descendente de la plataforma central conducía al interior de los edificios. Ya tenía un objetivo definido, pero el grupo apiñado en la plataforma central era tan denso que tardó mucho tiempo en alcanzarla. Y aun cuando la hubo alcanzado encontró gran resistencia para avanzar y durante una hora estuvo discutiendo primero en una habitación y después en otra, sin conseguir que enviaran una nota al hombre que mayor ansiedad debía de sentir por verle. Al contar su historia, se rieron de él y con esta experiencia, cuando al fin alcanzó la segunda escalera, dijo simplemente que era portador de noticias de importancia extraordinaria para Ostrog. Se negó a decir de qué se trataba y enviaron su recado al Jefe de mala gana. Durante un buen rato esperó en una pequeña estancia al pie del ascensor y al fin vio llegar a Lincoln corriendo, ansioso, asombrado y pronunciando unas palabras de excusa. Se detuvo en el umbral mirando a Graham y después se aproximó a él con efusión.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Es usted! ¡Y está vivo!

Graham le dio una breve explicación.

—Mi hermano le está esperando —explicó Lincoln—. Está solo en la Oficina de los Ventiladores. Teníamos miedo de que hubiera usted muerto en el teatro. Cuando nos trajeron la noticia, dudó que se tratara en realidad de usted, y no ha venido conmigo porque la situación es muy seria, a pesar de lo que decimos al pueblo.

Ascendieron juntos en un ascensor, atravesaron un estrecho pasillo, cruzaron una gran estancia vacía en la que sólo había dos mensajeros y entraron en una habitación relativamente pequeña, cuyo único mobiliario consistía en un largo canapé y un disco ovalado de color gris que pendía de unos cables, de la pared. Allí dejó Lincoln a Graham durante unos segundos, y él permaneció solo sin comprender las sombras nebulosas y humeantes que cruzaban lentamente por el disco.

De pronto, le llamó la atención un ruido que se inició bruscamente. Se trataba de gritos de regocijo y de júbilo, de una grande pero remota muchedumbre que profería vítores y aclamaciones. Aquello terminó tan bruscamente como había empezado, como un trueno escuchado en un intervalo, entre el abrir y cerrar de una puerta. En la habitación exterior se oyó un rumor de pasos apresurados y un tañido melodioso de metales como si una cadena suelta fuera arrastrada por encima de los dientes de una rueda.

Entonces oyó la voz de una mujer y un roce de ropas invisibles.

—¡Ostrog! —oyó decir.

Sonó una campana y todo quedó otra vez en silencio.

Pero en seguida volvieron a llegar hasta él ecos de voces, pisadas y movimiento. Los pasos de una persona se oyeron después por encima de todos los demás ruidos, y se acercaron con firmeza. La cortina se levantó lentamente y un hombre alto, de cabello blanco, vestido con una túnica de seda, apareció mirando a Graham por debajo de su brazo extendido. Durante unos momentos, la figura blanca permaneció inmóvil sosteniendo la cortina. Después la dejó caer detrás de él. La primera impresión de Graham fue que aquel individuo tenía una frente muy ancha, unos ojos de un azul muy pálido hundidos bajo unas pobladas cejas blancas, una nariz aquilina y una boca que expresaba firmeza y decisión. Los párpados, y las arrugas que enmarcaban su boca, contradecían su figura erguida y decían a las claras que aquel hombre era viejo.

Graham se puso en pie instintivamente, y los dos se miraron unos segundos en silencio.

—¿Es usted Ostrog? —preguntó Graham.

—Yo soy Ostrog.

—¿El Jefe?

—Así me llaman.

Graham sintió que el silencio pesaba sobre él como si fuera una sustancia sólida.

—Tengo entendido que debo agradecerle a usted, principalmente, el hallarme en libertad —dijo al cabo de unos instantes.

—Temíamos que hubiera muerto —repuso Ostrog—. O que le hubieran dormido de nuevo... esta vez para siempre. Hemos hecho todo lo posible por guardar el secreto, el secreto de su desaparición. ¿Dónde ha estado usted? ¿Cómo ha llegado aquí?

Graham se lo explicó con brevedad.

Ostrog le escuchó en silencio y después sonrió:

—¿Sabe lo que estaba haciendo cuando vinieron a decirme que había llegado usted?

—¿Cómo puedo adivinarlo?

—Preparando un doble suyo.

—¿Mi doble?

—El hombre más parecido a usted que me fue posible encontrar íbamos a hipnotizarlo para evitarle la molestia de tener que fingir. Era imperativo. Toda esta revolución gira alrededor de la idea de que usted está despierto, vivo y a nuestro lado. En este mismo momento una gran multitud se ha reunido en el teatro y desea verle. No confían... Supongo que conocerá usted su situación.

—Muy vagamente —dijo Graham.

—Yo se la expondré en dos palabras.

Ostrog recorrió la habitación de un lado para otro y se puso a hablar.

—Usted es dueño absoluto de más de medio mundo y por lo tanto es, en realidad, rey. Sus poderes son limitados por causas que más adelante le explicaré, pero es usted la figura central, el símbolo popular del Gobierno. El Consejo Blanco, el Consejo de Depositarios...

—Me han explicado ya todo esto.

—¿Quién?

—Tropecé con un hombre muy viejo y charlatán.

—Comprendo. Nuestras masas... (esta palabra nos llega de sus tiempos) lo consideran como un gobernante del mismo modo que en sus tiempos la gente consideraba al rey como su gobernante. Las masas del mundo entero están descontentas con el Gobierno de sus Depositarios. En su mayoría se trata del descontento de siempre, de la lucha del hombre vulgar con su vulgaridad, de la rebelión contra el trabajo, la disciplina y la eficiencia. Pero los depositarios han gobernado mal. En algunos asuntos, en la administración de la Compañía Laboral por ejemplo, han sido imprudentes, les han concedido libertades sin fin. Nosotros, los del Partido Popular, estábamos planeando la reforma cuando despertó usted. ¡Usted despertó! Si su despertar hubiera sido provocado, no habría resultado más oportuno. El pueblo, sin tener en cuenta los años que había usted pasado sumido en el sueño, había decidido despertarle y plantearle sus problemas...

Hizo un gesto significativo y Graham movió la cabeza para indicarle que comprendía.

—El Consejo discutió sin lograr ponerse de acuerdo. Siempre lo hacen. No pudieron decidir qué debían hacer con usted. Por esto lo tuvieron prisionero.

—Comprendo, comprendo. Y ahora, dígame, ¿ganamos nosotros?

—Ganamos. Sí, ganamos. Esta noche, en un combate de cinco horas. De pronto, atacamos por todas partes. Los oficiales de los Ventiladores, la Compañía Laboral y sus millones, rompieron sus ligaduras. Conseguimos el dominio de los aeropilos.

—Sí —dijo Graham, suponiendo que aeropilo debía significar máquina volante.

—Eso era, por supuesto, esencial, o de lo contrario hubieran conseguido huir. Toda la ciudad se alzó en rebelión. De cada tres hombres, uno estuvo luchando. Todas las fuerzas azules, todos los servicios públicos, excepto unos cuantos aeronautas y la mitad de la policía roja. Usted fue rescatado y la policía de las plataformas, porque dentro del edificio del Consejo no cabía más que la mitad, ha sido desarmada o liquidada. Todo Londres es nuestro ahora. Sólo queda el edificio del Consejo. La mitad de los oficiales de la policía roja que quedaron se perdieron en aquel valeroso intento de volver a capturarlo. Cuando lo perdieron a usted, perdieron la cabeza y enviaron todas sus fuerzas al teatro. Allí los dejamos incomunicados con el edificio del Consejo. Esta noche ha sido en verdad una noche de victoria y por todas partes ha brillado su estrella. Ayer el Consejo Blanco gobernaba como ha gobernado durante una gruesa de años, durante siglo y medio, y de pronto, debido a unas cuantas frases murmuradas en voz baja y a varias armas repartidas a escondidas...

—Soy muy ignorante —dijo Graham—. Supongo... No comprendo claramente las condiciones de la lucha y le agradecería que me las explicara. ¿Dónde está el Consejo? ¿Dónde tiene lugar la batalla?

Ostrog atravesó la habitación, se oyó un chasquido y de pronto se hallaron sumidos en la oscuridad interrumpida únicamente por un disco ovalado de luz. Graham lo miró intrigado.

Entonces vio que el disco grisáceo había adquirido profundidad y color. Parecía una ventana ovalada que dejara ver una escena extraña.

A la primera mirada no logró comprender de lo que se trataba. Era una escena que tenía lugar a la luz del día, a la luz de un día brillante y claro. En medio de la escena y entre él y lo que se veía al fondo, un grueso cable de blanco alambre retorcido se elevaba verticalmente. Entonces advirtió que las filas de grandes ruedas de molino que veía, los espacios desiertos, los ocasionales abismos de tinieblas, eran iguales a aquéllos por los que había huido del edificio del Consejo. Distinguió una fila de figuras rojas que atravesaban un espacio abierto escoltadas por hombres vestidos de negro y comprendió, antes de que Ostrog hablara, que estaba contemplando la superficie superior del Londres moderno. La nieve había desaparecido. Supuso que el espejo era un moderno sustituto de la cámara oscura, pero Ostrog no se lo explicó. Vio que aunque la fila de figuras rojas avanzaban de izquierda a derecha, salían de la pantalla por la izquierda... Quedó momentáneamente asombrado y después vio que la escena pasaba lentamente por el disco.

—Dentro de un momento contemplará la batalla —dijo Ostrog a su lado—. Esos hombres vestidos de rojo son prisioneros. Éste es el tejado de Londres, porque ahora los edificios son continuos. Las calles y las plazas están cubiertas y las irregularidades y los vacíos de la época victoriana han desaparecido.

Un objeto desenfocado ocultó la mitad de la escena. Y por su forma, Graham supuso que se trataba de un hombre. Se vio el brillo del metal, algo barrió el disco

con mucha ligereza y la escena volvió a verse una vez más con claridad. Entonces Graham vio muchos hombres que corrían entre las ruedas de molino, apuntando con armas de las que salían pequeñas nubes de humo. Estas nubes fueron haciéndose más y más espesas hacia la derecha y los hombres gesticulaban y parecían gritar, aunque del disco no salió ningún sonido. Los hombres y las ruedas de molino pasaron lenta y firmemente por el espejo.

—Ahora veremos el edificio del Consejo —dijo Ostrog.

Muy despacio apareció una sombra negra que atrajo la atención de Graham. Pronto dejó de ser una sombra para convertirse en una cavidad, en un inmenso espacio negro que interrumpía los edificios y del que salían leves columnas de humo en dirección al pálido cielo invernal. Masas ruinosas del edificio, columnas y vigas truncadas, se veían confusamente en aquella cavernosa oscuridad. Y sobre aquellos vestigios de un local grandioso, se esparcían unos individuos diminutos que trepaban por entre los montones de ruinas.

—Éste es el edificio del Consejo —dijo Ostrog—, su último baluarte. Los muy locos gastaron municiones que les hubieran permitido resistir durante un mes, en volar los edificios que les rodeaban para detener nuestro ataque. ¿No oyó la explosión? Rompió casi todos los cristales de la ciudad.

Mientras hablaba, Graham vio que más allá de aquella zona de ruinas, elevándose a gran altura, había una masa blanca. Aquella masa había quedado aislada por la despiadada destrucción de todo lo que había a su alrededor. Negras manchas señalaban las partes que el desastre había deshecho. Enormes locales habían sido abiertos y la decoración de sus interiores se veía tristemente a la luz del amanecer invernal. Junto a los muros dentados caían cables rotos y retorcidos y cilindros metálicos. Y entre todos aquellos detalles se movían pequeños puntos rojos: los defensores del Consejo. De vez en cuando un débil resplandor iluminaba las desiertas sombras. A primera vista le pareció a Graham que se producía un ataque sobre aquel aislado edificio blanco, pero después descubrió que los rebeldes no avanzaban, sino que se hallaban refugiados entre las colosales ruinas que rodeaban aquel último baluarte de los luchadores vestidos de rojo. No cesaban de disparar.

¡Pensar que no hacía aún diez horas que él estaba debajo del ventilador de una pequeña habitación en el interior de aquel lejano edificio preguntándose lo que estaría ocurriendo en el mundo!

Contemplando la escena con más atención, mientras aquel episodio seguía desarrollándose en el centro del espejo, Graham vio que el edificio blanco estaba rodeado por todos lados de montones de ruinas, y Ostrog procedió a describirle con frases concisas de qué modo sus defensores habían querido, valiéndose de aquella destrucción, aislarse de los atacantes. Habló con tono indiferente de la pérdida de hombres que la rebelión había ocasionado. Señaló un depósito de cadáveres improvisado entre las minas y le mostró unas cuantas ambulancias que avanzaban rápidamente por la miñosa ranura que había sido una calle de plataformas móviles.

Pero demostraba más interés en señalar el edificio del Consejo y la situación de los sitiadores. A los pocos minutos, la batalla civil que había hecho temblar a Londres, dejaba de ser un misterio para Graham. Aquella noche no había tenido lugar una tumultuosa revuelta, sino un golpe de Estado espléndidamente organizado. Los conocimientos de Ostrog eran asombrosos. Parecía saber con plena certeza el fin de los movimientos del más diminuto de los uniformes rojos o negros que se movían en la escena.

Alargó un brazo hacia la pantalla luminosa y señaló la estancia de la que Graham había huido, y a través de las ruinas el curso que había seguido. Graham reconoció la cuneta y las ruedas de molino junto a las que se había ocultado para pasar inadvertido a la máquina volante. El resto del camino que entonces siguiera se había derrumbado en la explosión. Contempló de nuevo el edificio del Consejo que ya estaba medio escondido y vio que aparecía por la derecha una colina con un grupo de cúpulas y pináculos, brumosa, confusa y distante.

—¿Ha sido, pues, completamente derribado el Consejo? —preguntó.

—Completamente.

—¿Y yo... es verdad que yo...?

—Usted es el dueño del mundo.

—Pero esa bandera blanca...

—Ésa es la bandera del Consejo, la bandera del Gobierno del mundo, que caerá de un momento a otro. La lucha ha terminado. Su ataque al teatro fue su última oportunidad. Sólo tienen unos mil hombres y algunos de ellos les traicionarán. Tienen pocas municiones. Y nosotros estamos reviviendo las artes antiguas. Hemos vuelto a las fundiciones.

—Pero... ¿acaso es esta ciudad el mundo?

—Es casi lo único que les queda de su Imperio. En el extranjero las ciudades o se han alzado con nosotros o esperan el desarrollo de los acontecimientos. El despertar de usted los ha paralizado.

—¿No tienen los hombres del Consejo máquinas volantes? ¿Por qué no luchan con ellas?

—Tenían. Pero la mayor parte de los aeronautas estaban a nuestro lado en la revuelta. No quisieron correr el riesgo de luchar con nosotros, pero se negaron a hacerlo en contra. Tuvimos que ganamos a los aeronautas. La mitad de ellos estaban con nosotros y los demás lo sabían. En cuanto supieron que usted había conseguido escapar, los que le perseguían aterrizaron. Hace una hora matamos al que disparó contra usted. Hemos ocupado las pistas de vuelo en todas las ciudades que nos han sido posible y de este modo hemos logrado detener y capturar a los aeroplanos, y en cuanto a las pocas máquinas volantes que salieron, las mantuvimos bajo un tiroteo demasiado constante para que pudieran acercarse al edificio del Consejo. Además, si descendían no podrían volver a volar, por falta de espacio para despegar. Hemos destrozado algunas, otras se han rendido y el resto ha huido al continente en busca de

una ciudad donde cobijarse, si es que consiguen llegar antes de que se les acabe el combustible. La mayoría de estos hombres se alegraron de ser hechos prisioneros, porque de este modo se hallaban fuera de peligro. Ser derribado en una máquina volante no es una perspectiva muy agradable. El Consejo no recibirá ninguna ayuda por esa parte. Sus días de gloria han terminado.

Se echó a reír y se volvió de nuevo hacia el reflejo ovalado para aclarar a Graham lo que significaba pista de vuelo. Hasta las cuatro más próximas se veían lejanas y oscurecidas por una ligera niebla mañanera. Pero Graham pudo notar que eran espacios muy grandes, a juzgar por cuanto les rodeaba.

Y después, cuando aquellas vagas sombras pasaron a la izquierda, apareció de nuevo la extensión por la cual los hombres desarmados y vestidos de rojo habían avanzado. Después surgieron las ruinas negras y después la blancura bloqueada del Consejo. No parecía ya una sombra fantasmal, sino que brillaba a la luz del sol, porque la sombra de las nubes había pasado. A su alrededor, la lucha de pigmeos seguía en suspenso, pero los defensores rojos habían dejado de disparar.

De este modo, el hombre del siglo XIX contempló la escena final de la gran revolución, la forzada implantación de su Gobierno. De pronto pensó sobresaltado que aquél era su mundo y no el otro que había dejado atrás, que éste no era un espectáculo para contemplar, que en este mundo estaba ya lo que la vida le tenía preparado, que en este mundo estaban todos sus deberes, sus peligros y sus responsabilidades.

Hizo nuevas preguntas a Ostrog que éste comenzó a contestar. Pero en seguida se interrumpió bruscamente.

—Más adelante le explicaré todas estas cosas con detalles. De momento tenemos deberes que cumplir. La gente viene hacia aquí por las plataformas movibles desde todos los rincones de la ciudad. Los mercados y los teatros están abarrotados. Ha llegado usted en el momento oportuno. Todos reclaman su presencia y en el extranjero también quieren verle. París, Nueva York, Chicago, Denver, Capri, miles de ciudades se han levantado en armas, están indecisas y reclaman su presencia. Han deseado su despertar durante muchos años y ahora que se ha producido apenas pueden creerlo...

—Pero... Yo no puedo ir...

Ostrog contestó desde el otro lado de la habitación y la escena del disco ovalado palideció y se desvaneció cuando la luz invadió de nuevo la estancia.

—Hay fotografías cinetotéticas —dijo—. Cuando usted salude desde aquí al pueblo, miríadas y miríadas de personas de todo el mundo le verán también. En blanco y negro, naturalmente, no así. Y usted oirá sus gritos como fondo a los gritos de las gentes que le vean en realidad. También haremos uso de un instrumento óptico utilizado por algunas bailarinas y recitadoras. Es posible que usted no lo conozca. Se colocará debajo de una luz muy brillante, y por todo el mundo se verá una imagen aumentada de usted en una pantalla, de modo que el hombre que se halle en el rincón

más alejado de la zona más remota podrá, si quiere, contar sus pestañas.

Graham se agarró desesperadamente a una de las preguntas que le bailaban en el cerebro.

—¿Cuál es la población de Londres?

—Veintiocho miríadas.

—¿Veintiocho qué?

—Más de treinta y tres millones.

Estas cifras eran tan enormes que a Graham le resultó imposible creer que fueran ciertas.

—Tendrá usted que decir algo —dijo Ostrog—. No lo que ustedes llamaban un discurso, sino lo que llamamos nosotros una «palabra». Una frase de seis o siete palabras, algo así como: «He despertado y mi corazón está con vosotros». Esto es lo que les gusta oír.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Graham.

—«He despertado y mi corazón está con vosotros». Acompañe esta frase de una inclinación de cabeza. Pero antes tenemos que conseguirle una túnica negra, porque el negro es su color. ¿Tiene algún inconveniente en hacerlo? Después se dispersarán a sus hogares.

—Estoy en sus manos —dijo Graham, titubeando.

Evidentemente Ostrog era de la misma opinión. Reflexionó un momento, se dirigió a la cortina y dio unas breves instrucciones a algunos criados invisibles. Casi inmediatamente trajeron una túnica negra, copia exacta de la que Graham había usado en el teatro. Mientras se la colocaba sobre los hombros, desde la habitación llegó hasta ellos el sonido de una campana. Ostrog se volvió hacia los criados con mirada interrogante, después pareció cambiar de opinión, echó una cortina a un lado y desapareció.

Por un momento Graham permaneció junto al deferente criado escuchando las pisadas de Ostrog. Se oyó una rápida pregunta que era contestada y rumor de hombres que corrían. La cortina volvió a abrirse y Ostrog reapareció visiblemente agitado. Cruzó la habitación a grandes pasos, apagó la luz, agarró a Graham por el brazo y señaló al espejo.

—Mire usted lo que ha ocurrido desde que dejamos de mirar —dijo.

Graham vio su dedo índice, negro y enorme, por encima del edificio del Consejo. Por un momento permaneció mirando sin comprender y al fin se dio cuenta de que el asta que había sostenido la bandera blanca estaba vacía.

—¿Eso quiere decir...? —comenzó.

—El Consejo se ha rendido. Su gobierno ha terminado para siempre. ¡Mire! —Ostrog señaló un objeto negro que subía a pequeños saltos por el palo, desplegándose según iba ascendiendo.

La escena ovalada palideció cuando Lincoln apartó las cortinas y entró en la habitación.

—La multitud está impaciente —dijo.

Ostrog siguió agarrando el brazo de Graham.

—Hemos alzado al pueblo —dijo—. Les hemos dado armas. Hoy, al menos, tenemos que cumplir sus deseos.

Lincoln mantuvo abierta la cortina para que Ostrog y Graham salieran...

Camino de los mercados Graham tuvo la transitoria visión de una larga y estrecha habitación pintada de blanco en la que unos individuos vestidos de azul pálido trasladaban de un lado a otro objetos que parecían ataúdes y parihuelas y que a su alrededor se movían otros que debían ser médicos. De aquella habitación salían sonidos y gritos. Vio una camilla vacía manchada de sangre y otras con unos individuos vendados y pálidos. Aquello no duró más que unos segundos mientras avanzaban y después desapareció esta escena, y siguieron avanzando hacia los mercados.

El rumor de la muchedumbre estaba ya muy cerca y se convirtió en un ruido atronador. Prendiendo su atención, apareció ante él un revoloteo de banderas negras, una masa vestida de azul oscuro, todo dentro de la enorme extensión del teatro que se hallaba junto a los mercados públicos. Comprobó que entraba en el teatro donde hizo su primera aparición, en el teatro del que había huido y que había estado sumido en la oscuridad y en el desorden, cuando escapó de la policía roja. Esta vez entró en él por una galería que se hallaba por encima del escenario. El local estaba brillantemente iluminado. Buscó con la vista el portalón por el que había huido, pero no logró distinguirlo entre tantos como había iguales. Tampoco pudo ver los asientos destrozados, los almohadones deshechos ni otros restos de la batalla, a causa de la densidad de la muchedumbre. El escenario, todo el local, estaba abarrotado. Mirando para abajo aquello parecía una enorme extensión de puntos rosados, cada uno de los cuales era una cara vuelta hacia él. Cuando hizo su aparición con Ostrog, el rumor de gritos cesó. Cesaron las canciones y un interés común unificó el desorden.

Capítulo XIII

EL FINAL DEL VIEJO ORDEN

Según los cálculos de Graham, debía de ser casi mediodía cuando se arrió la bandera del Consejo. Pero tenían que pasar algunas horas antes de que se efectuara la rendición oficial y, por lo tanto, después de haber pronunciado la «palabra» se retiró a sus habitaciones en las Oficinas de los Ventiladores. La continua tensión de las últimas doce horas le habían dejado horriblemente fatigado y hasta su curiosidad se había extinguido. Durante un rato permaneció sentado, inerte y pasivo, con los ojos abiertos y después se durmió. Le despertaron dos médicos que traían estimulantes para que le sostuvieran durante las ceremonias siguientes.

Cuando hubo tomado aquellos líquidos y, siguiendo su consejo, se hubo bañado con agua fría, sintió que había recuperado la energía y el interés, y pronto estuvo en condiciones de acompañar a Ostrog a través de lo que a él le parecían millas de pasillos, ascensores y rampas hasta llegar a la escena final del gobierno del Consejo Blanco.

El camino zigzagueaba a través de una maraña de edificios. Al fin llegaron a un pasaje que mostraba al final una abertura rectangular, nubes iluminadas por los rayos del sol y los irregulares contornos del edificio del Consejo. Un tumulto de gritos llegó hasta sus oídos. Un momento después llegaron al borde de un alto edificio que dominaba toda la escena. El enorme lugar se presentó a los ojos de Graham no menos extraño y grandioso por haberlo visto ya desde el disco ovalado.

Aquel espacio del anfiteatro tenía la extensión de una milla. Estaba iluminado por el sol a la izquierda, y por abajo y la derecha sumido en sombras. Por encima del oscuro edificio del Consejo, que se alzaba en el centro de aquella nave, la gran bandera negra de la rendición seguía ondeando y se recortaba contra el horizonte. Estancias austeras, vestíbulos y pasillos estaban a la intemperie, se veían cristales rotos por todas partes, centenares de cables retorcidos caían entremezclándose como algas marinas, y desde la base de todo aquello llegaba hasta donde él se encontraba el tumulto de innumerables voces, golpes violentos y sonido de trompetas. Alrededor de aquella blanca pila, todo estaba desolado. Veíanse moles ennegrecidas y destrozadas, los cimientos y la armazón de la fábrica que había sido destruida por orden del Consejo, millares de vigas, muros enormes, bosques de columnas. Por entre las ruinas relucía el agua corriente y allá lejos, al otro lado del espacio, fuera de aquella masa de edificios, surgía el extremo de una boca de agua a una altura de doscientos metros formando una cascada que se desplomaba con un ruido ensordecedor. Y por todas partes una inmensa multitud de gente.

Allá donde hubiera espacio y lugar para poner los pies hormigueaba la gente,

diminuta pero perfectamente clara, excepto en las zonas donde los rayos del sol le prestaban un tono dorado. Todos aquellos seres trepaban por los muros tambaleantes, se reunían formando corros y grupos a los pies de las colinas, movíanse por entre el círculo de ruinas. El aire estaba lleno de sus gritos y todos se esforzaban por alcanzar el espacio central.

Los pisos superiores del edificio del Consejo aparecían desiertos. No se veía un solo ser humano. Solamente la bandera de la rendición ondeaba recortándose contra la luz. Los muertos debían de estar dentro del edificio, o escondidos por la multitud. Tal vez hubieran sido trasladados a otro lugar. Graham vio solamente unos cuerpos abandonados en los rincones de las ruinas o dentro del agua.

—Permita que le vean, señor —dijo Ostrog—. El pueblo desea verle.

Graham titubeó. Después se acercó al punto donde el borde de la pared caía vertical y permaneció allí mirando para abajo, como una solitaria figura negra que se recortaba contra el firmamento.

Poco a poco, entre las ruinas, se empezó a advertir su presencia. Entonces aparecieron grupos de hombres uniformados de negro, que empujaban a la multitud hacia el edificio del Consejo. Graham vio como las cabezas negras se convertían en puntos de color rosa al volver la cara hacia él y aquello le hizo comprender que había sido reconocido. Supuso que debía hacer alguna señal de que también él los reconocía. Levantó el brazo, señaló el edificio del Consejo y se inmovilizó de nuevo. Los gritos entonces se hicieron unánimes, aumentaron de volumen y llegaron hasta él en oleadas de clamor.

El firmamento tenía un color verde azulado muy pálido y Júpiter brillaba al Sur cuando se efectuó la rendición. En lo alto del edificio se produjo un lento cambio y avanzó la noche, serena y maravillosa. Abajo, en la ciudad, todo era excitación, prisas, órdenes contradictorias, organizaciones espasmódicas y un clamor y una confusión ascendentes. Antes de que apareciera el Consejo, unos hombres jadeantes, dirigidos a gritos por la muchedumbre, transportaban a costas centenares de cadáveres de ciudadanos que habían perecido en la lucha cuerpo a cuerpo que había tenido lugar en aquellos pasillos y estancias.

Guardias vestidos de negro enmarcaban el camino que tenían que seguir los consejeros y hasta donde abarcaba la mirada por el azul crepúsculo de ruinas, en todos los rincones del ya capturado edificio del Consejo y en los edificios que lo rodeaban había una innumerable cantidad de gente, y sus voces recordaban el murmullo del mar sobre una playa de guijarros. Ostrog había elegido una enorme pila de ladrillos, y sobre ella se construía precipitadamente un estrado hecho de maderas y vigas metálicas. Sus partes esenciales estaban completas, pero aún se oían martillazos y golpes en las sombras que quedaban debajo de aquel edificio provisional.

Aquel estrado tenía una especie de tribuna pequeña en un nivel más elevado y en ella se hallaba Graham, entre Ostrog y Lincoln, delante de un grupo de oficiales de menos categoría. La tribuna estaba rodeada por una galería inferior mucho más

ancha, en la que se hallaban alineados los guardias uniformados de negro de la revolución, con las pequeñas armas verdes cuyo nombre Graham ignoraba aún. Los que se hallaban junto a él advirtieron que sus ojos se movían continuamente desde la hirviente multitud que se agitaba en las ruinas, hasta la masa oscura del edificio del Consejo Blanco, de donde iban a salir los depositarios, para volver después a fijarse de nuevo en el pueblo. Las voces de la muchedumbre habían aumentado de volumen hasta convertirse en un tumulto ensordecedor.

Graham vio a los consejeros primero en la lejanía, iluminados por una de las luces que señalaban el camino que debían seguir. Era un reducido grupo de figuras blancas que entornaban los ojos deslumbrados por el resplandor. En el edificio del Consejo habían estado sumidos en las tinieblas. Graham contempló cómo se aproximaban, cómo se iban acercando, dejando atrás primero una estrella eléctrica y después otra. El amenazador rugido del pueblo sobre el que habían ejercido su poder durante ciento cincuenta años se cernía sobre ellos. Cuando ya estaban cerca vio sus rostros cansados, pálidos y llenos de ansiedad y les vio parpadear a causa del resplandor que rodeaba a él y a Ostrog. Comparó entonces aquel parpadeo con las miradas llenas de frialdad que le habían dirigido en el vestíbulo del Atlas... Poco después pudo reconocer algunos de ellos: el hombre que había golpeado la mesa cuando habló Howard, un individuo corpulento de barba roja, y otro muy bajo, de facciones delicadas, con el cráneo de una forma curiosamente alargada. Se fijó en que dos estaban hablando en voz baja mientras contemplaban a Ostrog. Les seguía un hombre alto, moreno y atractivo, que avanzaba con la mirada fija en el suelo. Bruscamente levantó los ojos y miró a Graham un instante y luego a Ostrog. El camino que había sido trazado para ellos era tan irregular que tuvieron que dar una serie de vueltas antes de llegar a la improvisada escalera de madera que ascendía al estrado, donde habían de rendirse de un modo oficial.

—¡Nuestro Dueño y Señor! ¡Nuestro Dueño! ¡Dios y nuestro Dueño! —gritaba el pueblo—. ¡Al demonio el Consejo!

Graham contempló la multitud que se extendía por todas partes y volvió después la vista a Ostrog que permanecía a su lado, pálido, impasible e inmóvil. Su mirada se fijó después en el reducido grupo de los consejeros. A continuación contempló las estrellas del firmamento y su maravilloso destino se le representó con una claridad meridiana. ¿Era posible que aquella pequeña vida que había vivido doscientos años atrás fuera la suya y lo fuera ésta también?

Capítulo XIV

DESDE UN NIDO DE CUERVOS

De este modo, después de grandes retrasos y por una avenida de luchas y de dudas, un hombre del siglo XIX ocupó su puesto a la cabeza de aquel complejo mundo.

Cuando despertó del profundo y largo sueño que siguió a su rescate y a la rendición del Consejo, no reconoció nada de cuanto le rodeaba, pero haciendo un esfuerzo recordó todo lo que había ocurrido, al principio como si se tratara de una historia que había leído, como si fuera el tema de una novela. Y aun antes de que sus ideas se hicieran del todo claras, volvió a invadirle el gozo y el asombro por haber podido escapar y por lo que el destino le ofrecía. Era dueño de medio mundo, Señor de la Tierra. Esta nueva y grandiosa época le pertenecía. No deseaba ya que todas sus experiencias fueran un sueño. Por el contrario, quería convencerse a sí mismo de que eran completamente reales.

Un criado obsequioso le ayudó a vestirse, instruido por un servidor lleno de dignidad, un hombrecillo cuyas facciones delataban su origen japonés, aunque habla el inglés como si hubiera nacido en Londres. Este individuo le habló de la situación en que se hallaban los asuntos. La revolución era ya un hecho aceptado. En la ciudad había vuelto a reinar el orden. En el extranjero, la caída del Consejo había sido recibida con alegría. En ninguna parte el Consejo era visto con agrado, y las mil ciudades de la América occidental, que después de doscientos años seguían celosas de Nueva York, Londres y el Oriente, se habían alzado unánimemente dos días antes al conocer la noticia del encarcelamiento de Graham. En París proseguía la lucha. El resto del mundo se hallaba a la expectativa.

Mientras Graham desayunaba, el timbre de un teléfono sonó en un rincón de la estancia y su servidor le comunicó que la voz de Ostrog preguntaba cortésmente por su salud. Graham interrumpió su colación para contestar. Poco después llegó Lincoln, y Graham expresó inmediatamente su deseo de hablar con todos y conocer la vida que le esperaba. Lincoln le informó de que tres horas después se celebraría una reunión de oficiales y sus esposas en los departamentos del Jefe de las Oficinas de Ventiladores. El deseo de Graham de atravesar las calles de la ciudad era imposible de realizar por el momento a causa del estado de excitación en que se hallaba el pueblo. Sin embargo, era posible que contemplara la ciudad a vista de pájaro desde el nido de cuervo del guardián de los Ventiladores. Por lo tanto, Graham fue conducido allí por su criado. Lincoln se excusó de acompañarle con frases corteses, por tener que atender asuntos administrativos de interés inmediato.

Sobre las ruedas de molino más gigantescas, se elevaba aquel nido de cuervo, a

unos mil pies por encima de los tejados. Era un puntito redondo que se hallaba sobre una filigrana metálica sostenida por cables. Graham fue llevado hasta allí en una plataforma colgante, conducida asimismo por cables. En medio del tronco de frágil apariencia, había una pequeña galería de la que pendía un racimo de tubos, que vistos desde arriba parecían diminutos, rodando lentamente por el círculo de su raíl exterior. Se trataba de los espéculos que hacían funcionar los espejos de los ventiladores, en uno de los cuales Ostrog le había mostrado las primeras escenas de su Gobierno. Su servidor japonés subió delante de él y transcurrió para ellos casi una hora entre preguntas y respuestas.

Era un día primaveral lleno de promesas y el viento era muy cálido. El cielo tenía un color azul intenso y la enorme extensión de Londres refulgía bajo los rayos del sol. La atmósfera estaba libre de humo y de niebla y el aire era dulce como una caricia.

Exceptuando el óvalo irregular de ruinas que rodeaba el edificio del Consejo y la bandera negra de la revolución que allí ondeaba, la poderosa ciudad, vista desde arriba, mostraba pocos vestigios de la revuelta que había cambiado en una noche y un día los destinos del mundo. Una multitud de gente seguía burbujeando por encima de aquellas ruinas, y las inmensas pistas de vuelo de las que en tiempo de paz salía el servicio de aeroplanos hacia las grandes ciudades de Europa y América, estaban paralizadas y ocupadas por los vencedores. En un andamiaje sujeto por armaduras de hierro que atravesaba las ruinas, un grupo de obreros se ocupaban en restaurar las conexiones de los cables que unían el edificio del Consejo con el resto de la ciudad a fin de transferir allí la residencia de Ostrog desde la Oficina de los Ventiladores.

Por lo demás, el espacio luminoso permanecía ininterrumpido. Tan grande era su serenidad en comparación con las zonas de los disturbios, que Graham, contemplándolo, pudo llegar a olvidarse de los millares de hombres que permanecían sumidos en aquel resplandor artificial entre el laberinto casi subterráneo, muertos, o moribundos por las heridas sufridas; pudo olvidar los hospitales improvisados, llenos de cirujanos, enfermeras y sanitarios; pudo olvidar todo el dolor y la consternación que tenían lugar a tantos pies de distancia. Allá abajo, en los ocultos pasillos del hormiguero humano, la revolución había triunfado y el color negro estaba a la orden del día, uniformes negros, banderas negras, guirnaldas negras por las calles. Y aquí, bajo la luz del sol, más allá del cráter de la lucha, como si nada hubiera ocurrido en la tierra, el bosque de ventiladores que se había multiplicado durante el gobierno del Consejo crujía pacíficamente mientras cumplía su incesante deber.

Allá lejos, claveteadas, melladas y dentadas por los ventiladores, las colinas de Surrey se elevaban azules y brumosas; hacia el Norte, más cerca, los duros contornos de Highgate y Muswell Hill estaban dentados igualmente. Y por toda la campiña, así lo comprendió Graham, en todos los montes y colinas, donde antes había habido cercados, casitas, iglesias, posadas y granjas entre sus árboles, ruedas de molino parecidas a las que ahora veía y que como ellas exhibían anuncios y símbolos

distintos de la nueva era, arrojaban sus sombras giratorias y almacenaban incesantemente la energía que corría por las arterias de la ciudad. Por debajo, se movían los incontables rebaños del Trust de Alimentación Británico, con sus solitarios guardianes.

Ningún perfil conocido rompía la masa de edificios gigantescos que se extendía a sus pies. Graham sabía que la Catedral de San Pablo había sobrevivido y que muchos de los antiguos edificios de Westminster se hallaban cubiertos por los brotes gigantescos de la nueva era. Tampoco el Támesis emitía ningún reflejo plateado para romper la aridez de la ciudad. Los sedientos canales absorbían sus aguas antes de que llegaran a los muros de la ciudad. Su cauce y su estuario, dragado y hundido, era ahora un canal de agua de mar, y millares de barqueros transportaban las mercancías hasta los mismos pies de los obreros. Vagos y brumosos hacia el Este, entre la tierra y el cielo, se elevaban los centenares de mástiles de las colosales naves que poblaban el Pool. Porque todo el tráfico pesado que no había prisa en recibir, llegaba allí en enormes barcos desde todos los rincones de la tierra, y las mercancías cuya llegada se esperaba con urgencia, eran traídas en naves mecánicas más rápidas y ágiles.

Y hacia el Sur, sobre las colinas, había grandes acueductos que conducían el agua de las alcantarillas. En tres direcciones distintas corrían líneas paralelas: las carreteras, punteadas de motas grises. Graham decidió salir a ver aquellas carreteras en la primera ocasión que se le presentara. Esto sería después de haber visitado el barco volante en el que iba a subir. El criado les describió las carreteras como un par de superficies ligeramente curvadas de cien metros de ancho, cada una para el tráfico que iba en una dirección y le dijo que estaban hechas de una sustancia llamada eadhamite, una sustancia artificial parecida a un cristal muy fuerte. Por ellas avanzaba un curioso tráfico de vehículos muy estrechos forrados de caucho con grandes ruedas individuales, vehículos de dos o cuatro ruedas, a una velocidad de una a seis millas por minuto. Los ferrocarriles habían desaparecido. Algunas presas veíanse aquí y allá en el centro de las carreteras de eadhamite.

Una de las primeras cosas que le llamaron la atención fueron los globos y las cometas de publicidad que se movían hacia el Norte y hacia el Sur por las rutas aéreas. No se veía ningún aeroplano. Su servicio había cesado, y solamente un pequeño aeropilo se elevaba sobre las colinas de Surrey, como un puntito insignificante.

Graham sabía ya, aunque le resultaba difícil de imaginar, que todas las aldeas y pueblos habían desaparecido. Solamente aquí y allá algún edificio semejante a un hotel se elevaba aislado y conservaba el nombre de una pequeña ciudad, como Bournemouth, Wareham o Swanage. El japonés le convenció rápidamente de que aquel cambio había sido inevitable. El viejo orden había llenado el campo de granjas. A cada dos o tres millas se alzaban las propiedades del terrateniente y el lugar donde habían estado la posada, la zapatería, la tienda de ultramarinos, la iglesia, el pueblo, en una palabra. A cada ocho millas había una pequeña ciudad donde vivían el

abogado, el mercader, el clasificador de lanas, el sillero, el cirujano, el veterinario, el médico, el pañero, el sombrerero, etcétera. A cada ocho millas simplemente porque un viaje de ocho millas, cuatro de ida y cuatro de vuelta, eran lo más que podía hacer el granjero. Pero cuando aparecieron los ferrocarriles, cuando aparecieron después los vehículos eléctricos y los rápidos automóviles que remplazaron a los coches y caballos, cuando las carreteras comenzaron a hacerse de madera, de caucho, de eadhamite y de toda clase de sustancias elásticas y duraderas, desapareció la necesidad de aquellos pequeños pueblos y crecieron las grandes ciudades. Éstas atrajeron al obrero con la fuerza de gravitación de un trabajo sin fin y al patrono con la promesa de un infinito océano laboral.

Y según fue haciéndose más elevado el nivel de vida y aumentando la complejidad del mecanismo del vivir, la existencia en el campo fue haciéndose más y más costosa, reducida e imposible. La desaparición del vicario y del juez de paz, la inutilidad del médico de pueblo debida a la aparición del especialista en la ciudad, robaron a los pueblos su último vestigio de cultura. Cuando el teléfono, el cinematógrafo y el gramófono remplazaron al periódico, al libro, al maestro de escuela y a la correspondencia, vivir fuera del alcance de los cables eléctricos era vivir como un salvaje aislado. En el campo no había medios de vestir ni de comer de acuerdo con las refinadas ideas de los tiempos, no había médicos para un caso de necesidad, no había empresas de negocios, ni objetivos en ningún campo social o comercial.

Además, los aparatos mecánicos en la agricultura hacían de un ingeniero el equivalente de treinta labradores. Por lo tanto, invirtiendo la situación del oficinista de ciudad en los días en que Londres era apenas habitable debido a lo malsano de su atmósfera, los granjeros y los labradores se precipitaban por carretera o por el aire a la ciudad, a su vida y a sus delicias nocturnas, para abandonarla de nuevo por la mañana. La ciudad se había tragado a la humanidad. El hombre había entrado en una nueva fase de su desarrollo. Primero apareció el nómada, el cazador, que fue seguido por el trabajador de las zonas agrícolas, cuyos pueblos, ciudades y puertos no eran más que la residencia y mercado de la campiña. Como consecuencia lógica de una época de inventos, se produjo esta acumulación de hombres. Además de Londres, no había más que cuatro ciudades en Inglaterra: Edimburgo, Portsmouth, Manchester y Shrewsbury. Estas cosas, simples hechos normales para los hombres contemporáneos, convirtieron el cerebro de Graham en un torbellino. Y cuando intentó abarcar lo que ocurría en el continente, descubrió que aquello estaba más allá de sus fuerzas.

Tuvo una visión de ciudad tras ciudad, ciudades en grandes llanuras, ciudades junto a grandes ríos, ciudades a la orilla del mar, ciudades enmarcadas por montañas, entre nieve. En una gran parte del mundo se hablaba inglés, que, mezclado con los dialectos hispanoamericanos, hindú y africano, era el idioma de dos terceras partes de la tierra. En el continente, exceptuando en algunos lugares remotos, sólo se hablaban otros tres idiomas: el alemán, que llegaba hasta Antioquía y Génova y se unía con el

español-inglés en Cádiz, un ruso afrancesado que se unía en Persia y Kurdistán con el inglés-indio y el inglés chapurreado que se hablaba en Pekín. El tercer idioma era el francés, todavía claro y brillante, el idioma de la lucidez, que compartía el Mediterráneo con el inglés-indio y el alemán y que llegaba al Congo por medio de un dialecto africano.

Y por todas partes, a través del mundo poblado de ciudades, excepto en los territorios administrados del «Cinturón Negro» en los trópicos, prevalecía la misma organización social cosmopolita, y en todas partes, desde el Polo al Ecuador, se extendían sus propiedades y responsabilidades. El mundo entero estaba civilizado y vivía en ciudades, el mundo entero era suyo.

En el Imperio Británico y a través de América apenas se disimulaba su poderío. El Congreso y el Parlamento se consideraban organizaciones arcaicas y anticuadas. Incluso en los dos Imperios de Rusia y Alemania, la influencia de su poderío era enorme. Había, por supuesto, problemas y posibilidades, pero en la posición que ocupaban Rusia y Alemania, le parecían suficientemente remotas. En cuanto a la administración del «Cinturón Negro» y lo que aquello podía significar para él, no le concedió ni un pensamiento, como solía hacer en su vida del siglo XIX siempre que algo no era de su agrado. Ni siquiera se le ocurrió pensar que podían alzarse como una gran amenaza para su porvenir. Su imaginación saltó del espectáculo que contemplaba hasta el recuerdo de un temor desvanecido.

—¿Dónde quedó el peligro amarillo? —preguntó.

Asano le rogó que se explicara. El espectro chino había desaparecido. Chinos y europeos estaban en paz. El siglo XX había descubierto con certeza que el chino medio era tan civilizado, más moral y mucho más inteligente que el siervo europeo medio y había repetido, a una escala infinitamente mayor, la fraternización de ingleses y escoceses que tuvo efecto en el siglo XVIII.

—Lo pensaron mejor —explicó Asano—. Descubrieron que, al fin y al cabo, éramos hombres blancos.

Graham se volvió de nuevo a contemplar el paisaje y sus pensamientos tomaron una nueva dirección.

Al Sudoeste, envueltas en brumas, voluptuosas y horribles en cierto sentido, se alzaban las Ciudades de Placer, de las que tenía algunas referencias por el cinematógrafo-gramófono y por el viejo con quien se había tropezado en la calle y que le había hablado de ellas. Extraños lugares reminiscentes de la legendaria Síbaris, ciudades de arte y belleza, arte mercenario y belleza mercenaria, ciudades estériles y maravillosas, de ritmo y de música, a las que acudían todos cuantos se beneficiaban de la fiera e ignominiosa guerra económica que tenía lugar en el refulgente laberinto que se hallaba a sus pies.

Graham deducía que la lucha era fiera porque los hombres modernos pensaban en la Inglaterra del siglo XIX como el mejor símbolo de una vida fácil e idílica. Volvió de nuevo la vista a la escena que tenía ante él intentando distinguir en aquella intrincada

maraña algunas de aquellas grandes fábricas...

Sabía que al Norte estaban los alfareros, que no solamente hacían loza y porcelana, sino varias pastas y compuestos inventados por la química mineralógica más sutil. Fabricaban estatuillas y adornos y complicados mobiliarios. Allí estaban también los edificios donde unos autores, en febril competencia, hacían sus discursos y sus publicidades gramofónicas y trazaban los argumentos de sus siempre modernas y dramáticas obras cinematográficas. De allí salían también mensajes para todos los rincones del mundo, de allí salían las falsedades de los noticiarios, las noticias de las máquinas telefónicas que habían remplazado a los periódicos del pasado.

Hacia el Oeste, más allá del destrozado edificio del Consejo se elevaban las vastas oficinas del Gobierno y Control Municipal, y hacia el Este, hacia el puerto, se hallaban las zonas comerciales, los inmensos mercados públicos, los teatros, los lugares de reunión, palacios de apuestas, los billares y los campos de pelota-base y de fútbol, los parques zoológicos e innumerables templos de las sectas cristianas y semicristianas, los mahometanos, los budistas, los gnósticos, los adoradores de fantasmas, los adoradores de íncubos, los adoradores de muebles y así sucesivamente. Hacia el Sur se alzaba una vasta manufactura de textiles, picantes, vinos y condimentos. De extremo a extremo se movía la incontable multitud por las rugientes plataformas metálicas. Una gigantesca columna de la cual los vientos eran siervos incansables, y las incesantes ruedas de molino, símbolo apropiado.

Pensó en la población sin precedentes que había sido absorbida por aquella esponja de estancias y galerías, en los treinta y tres millones de seres, cada uno de los cuales representaba su propio drama, y la satisfacción que la belleza del día y el esplendor del paisaje, y, sobre todo, la consciencia de su propia importancia, habían creado, acabó por desaparecer. Al mirar hacia abajo desde aquella altura, le resultó posible al fin imaginarse aquella abrumadora multitud de treinta y tres millones, la realidad de la responsabilidad que había caído sobre sus hombros, la profundidad del remolino humano sobre el que pendía su sutil soberanía.

Intentó entonces imaginarse la vida individual de aquellos seres y le asombró comprobar lo poco que había cambiado el hombre a pesar del visible cambio de las condiciones que le rodeaban. La vida y la propiedad estaban aseguradas contra la violencia en casi todo el mundo, las enfermedades cimóticas y bacteriales de todas clases habían desaparecido por completo, todo el mundo tenía suficiente comida y vestidos, la temperatura estaba graduada en las calles... Todo esto había sido conseguido mediante el progreso mecánico de la ciencia y la organización física de la sociedad. Pero Graham empezaba a descubrir que las masas seguían siendo masas, indefensas en las manos del demagogo y el organizador, individualmente cobardes y dominadas por sus apetitos colectivamente incalculables. Recordó entonces las infinitas figuras vestidas de color azul pálido. Millones de aquellos hombres y mujeres no había salido nunca de la ciudad, no habían visto nada más allá del pequeño grupo que los rodeaba, nada de lo que constituía los negocios del mundo y

no tomaban más que una parte ininteligente e insatisfecha en sus placeres más vulgares. Recordó las esperanzas de sus desaparecidos contemporáneos y por un momento se le representó el Londres que Morris había soñado en su libro *News from Nowhere* y la tierra perfecta descrita en la magnífica obra de Hudson, *Crystal Age*, apareció ante él en un ambiente de pérdida infinita. Recordó también sus propias esperanzas.

Porque en los últimos días de aquella apasionada vida que ya se hallaba tan lejos, la concepción de una humanidad libre e igual había estado grabada en su mente. Graham había esperado, como había esperado su época, dándolo temerariamente por hecho, que el sacrificio de muchos por unos pocos cesaría algún día, que estaba cercano el día en que todo hombre nacido de mujer tendría derecho a ser feliz. Y aquí, después de doscientos años, la misma esperanza, todavía incumplida, latía apasionadamente en la ciudad. Graham comprendió que después de doscientos años la pobreza y todos los dolores de sus tiempos se habían hecho más grandes que nunca y habían aumentado con la ciudad hasta adquirir sus mismas proporciones gigantescas.

Sabía ya algo de la historia de los años intermedios. Se había enterado de la decadencia moral que había seguido al colapso de la religión sobrenatural en las mentes de hombres innobles, de la decadencia del honor público y la creciente preponderancia de la riqueza. Porque los hombres que habían perdido su fe en Dios, habían conservado la fe en la propiedad, y la riqueza gobernaba un mundo banal.

Su criado japonés, Asano, comparó la historia política de los dos siglos intermedios con una semilla devorada por insectos parásitos. Al principio, la semilla madura con fuerza, pero después un insecto pone un huevo bajo su piel y al poco tiempo la simiente no es más que una forma exterior hueca cuya sustancia ha sido devorada por una larva activa. Después acude un parásito secundario, alguna mosca icneumon que pone un huevo dentro de la larva, hasta que también ella se convierte en un cuerpo vacío y el nuevo ser viviente vive dentro de la piel de su predecesor y al fin ocupa todo el interior de la semilla. Pero la piel de ésta sigue conservando su forma, la mayoría de la gente cree que se trata de una semilla y ella misma es posible que esté convencida de que es una simiente, vigorosa y llena de vida.

—El reinado de la época victoriana —dijo Asano— era como esta semilla... Una monarquía con el corazón devorado.

Los terratenientes, los ricos y los aristócratas, empezaron a devorarlo con el rey Juan. Hubo intervalos, pero decapitaron al rey Carlos y acabaron prácticamente con el rey Jorge, que no era más que la sombra de un rey... ya que el verdadero poder estaba en manos del Parlamento. Pero el Parlamento, el órgano de los poderosos, no mantuvo su fuerza durante mucho tiempo. El cambio se produjo en el siglo XIX. Los privilegios se habían desarrollado hasta incluir masas de hombres ignorantes, «miríadas urbanas», que votaban juntos a millares, sin fisonomía ni facciones características. Y la consecuencia natural de un grupo demasiado numeroso es el

gobierno de los organismos de partidos. Ya en la época victoriana el poder había pasado a la maquinaria de partidos, secreta, compleja y corrompida. Rápidamente el poder pasó a manos de los hombres de negocios que manejaban las máquinas y hubo un tiempo en que el verdadero poder y los intereses del Imperio se hallaban en los Consejos del partido, que gobernaban por medio de la Prensa y los organismos electorales. Eran dos pequeños grupos de hombres ricos y poderosos que al principio se oponían el uno al otro y que acabaron actuando al unísono.

Hubo en una ocasión una reacción de carácter completamente ineficaz. Existían aún innumerables libros, según el relato de Asano, que así lo demostraban. La publicación de algunos de ellos había tenido efecto durante los primeros años del sueño de Graham. Tratábase de una literatura completamente reaccionaria. El partido de la reacción se había encerrado en sus estudios y se había revelado con firme decisión... sobre el papel. La urgente necesidad de capturar a los Consejos del partido o privarles de su poderío es la idea común que predomina en todos los libros serios escritos en los primeros años del siglo xx, tanto en América como en Inglaterra. En algunos de estos aspectos, América estaba más adelantada que Inglaterra, aunque los dos países tenían el mismo objetivo.

Pero la contrarrevolución no llegó a efectuarse. Nunca logró mantenerse pura. A los hombres les quedaba muy poco del antiguo sentimentalismo y de la antigua fe en la rectitud. Cualquier organización que se hacía suficientemente importante para tener influencia en las elecciones era tan compleja, que podía ser socavada, dividida o comprada por los poseedores de grandes riquezas. Los partidos socialista y popular, reaccionario y puro, demostraron que no eran otra cosa que lonjas de acciones que vendían sus principios al mejor postor. La preocupación de los ricos era, naturalmente, mantener intactas las propiedades para poder hacer el juego del comercio, del mismo modo que la preocupación feudal había sido la caza y la guerra. El mundo entero fue explotado y convertido en el campo de batalla de los negocios y las convulsiones financieras. El azote de las divisas y las guerras de tarifas hicieron más daño durante el siglo xx (porque la desdicha consiste en una vida triste y árida más que en una muerte rápida) que la guerra, las pestes y el hambre habían hecho en las horas más negras de los siglos anteriores.

Graham sabía ya el papel que había desempeñado en el desarrollo de ésta era. Mientras tenían efecto las fases sucesivas del surgir de esta civilización mecánica, había nacido una nueva fuerza: el Consejo y los depositarios, que apoyaron el desarrollo de esta civilización, para acabar dirigiéndolo. Al principio se había tratado únicamente de la unión casual de los millones de Isbister y de Warming, de una simple empresa legataria de una propiedad, de la formalización de los caprichos de dos testadores sin hijos, pero el talento colectivo de su primera constitución le había hecho adquirir rápidamente una gran influencia, hasta que por medio de emisiones y préstamos, bajo cien disfraces y seudónimos, se había ramificado por los estados inglés y americano.

Esgrimiendo su enorme influencia y poderío, el Consejo adquirió rápidamente una fisonomía política y durante su desarrollo había hecho continuo uso de su riqueza para dirigir el timón de las decisiones políticas y de sus ventajas políticas para adquirir más riquezas. Por último, las organizaciones de partidos de los dos hemisferios se hallaron en sus manos y se convirtió en un Consejo interno de control político. Libró su última lucha contra la tácita alianza de las grandes familias judías. Pero aquellas familias estaban unidas únicamente por un débil sentimiento. En cualquier momento su patrimonio podía poner una gran parte de los recursos en manos de un niño, de una mujer o de un retrasado mental. Matrimonios y legados hacían desaparecer centenares de millares en un instante. El Consejo estaba libre de estas alteraciones de continuidad.

El Consejo original no se componía únicamente de doce individuos de habilidad excepcional. Aquellos hombres se fundieron, formando un Consejo de genios. Sus objetivos eran la riqueza y la influencia política y estas dos cosas se ayudaban mutuamente. Con asombrosa previsión, el Consejo gastó enormes sumas de dinero en el arte de volar, reservándose aquel invento para el momento indicado. Utilizaba las leyes patentadas y mil métodos semilegales para poner impedimentos a todos los investigadores que rehusaban trabajar con él. En los primeros años de su existencia se sirvió de cuantos hombres inteligentes existían porque pagaba el precio que le era exigido. En aquellos días su política era vigorosa, infalible y no tenía en contra, mientras crecía de un modo incesante y firme, más que el Gobierno caótico y egoísta. Al cabo de cien años, Graham, el Durmiente, era dueño casi absoluto de África, América del Sur, Francia, Londres e Inglaterra y la influencia del Consejo se utilizaba en fines prácticos. Era una fuerza en América del Norte, que era entonces la potencia más importante del Nuevo Continente. El Consejo compró y organizó en China, se filtró en Asia, mutiló los imperios del Viejo Mundo, los socavó financieramente, luchó contra ellos y los derrotó.

Y esta creciente usurpación del mundo se llevó a cabo de un modo tan hábil, a modo de un pulpo —centenares de blancos, compañías y sindicatos eran las pantallas tras las cuales se ocultaban las operaciones del Consejo—, que ya estaba muy avanzada antes de que el hombre de la calle se diera cuenta de la tiranía que se le había impuesto. El Consejo nunca dudaba, nunca vacilaba. Los medios de comunicación, la tierra, los edificios, los gobiernos, los municipios, las compañías territoriales de los trópicos, toda empresa humana fueron absorbidos golosamente por el Consejo. Al mismo tiempo, instruía y ejercitaba a sus hombres, a su policía ferroviaria, a su policía de carreteras, a sus guardas urbanos y de edificios, a sus guardas de alcantarillas y cables y a sus legiones de trabajadores de la tierra. El Consejo no combatió a los sindicatos, sino que los minó, engañó y acabó por comprarlos. Finalmente, compró el mundo; y el broche de oro con que cerró su obra fue la introducción del vuelo humano.

Cuando el Consejo chocaba con sus obreros en alguno de sus inmensos

monopolios y hacía algo que era abiertamente ilegal, sin recurrir siquiera a la cortesía del soborno, el antiguo orden, alarmado por los beneficios que obtenía el Consejo, trataba de buscar sus armas. Pero ya no existían ejércitos ni marinas de combate. Había llegado la era de la paz. Los únicos buques capaces de ser utilizados como buques de guerra eran las grandes naves del Trust de Navegación del Consejo. Éste controlaba las fuerzas de policía, la policía de los ferrocarriles, de los buques, de sus inmensas explotaciones agrícolas, etcétera. En resumen, los encargados del Consejo, de cuidar del tiempo y de cuidar del orden, estaban en proporción de diez a uno con las abandonadas fuerzas de los organismos municipales de las naciones. Y vinieron las máquinas volantes. Todavía vivían hombres que recordaban el último gran debate que hubo en la Cámara de los Comunes de Londres. El partido de la legalidad, contra el cual estaba en minoría el Consejo, sostuvo una encarnizada lucha. Se recordaba también que los diputados subieron a la terraza del Parlamento para contemplar aquellas grandes aeronaves que desconocían, en su vuelo sereno y majestuoso por encima del Parlamento. El Consejo había llegado a la cima de su poder. El último rastro de democracia que había permitido la propiedad privada, ilimitada e irresponsable, había sido borrado.

A los ciento cincuenta años de dormirse Graham, los componentes del Consejo habían arrojado sus caretas y gobernaban abiertamente en su nombre. Las elecciones se habían convertido en una alegre formalidad más, en una costumbre antigua y sin significado, en una locura senil. Existía un Parlamento social, totalmente ineficaz, que se reunía de vez en cuando, y existía un rey legítimo de Inglaterra que, desheredado, alcoholizado e idiota, trabajaba en un *cabaret* de segunda categoría. De este modo, el maravilloso sueño del siglo XIX, el noble proyecto de la libertad individual y de la felicidad universal, desacreditado por la superstición de la propiedad absoluta y por los feudos religiosos que habían arrebatado a los hombres normales la posibilidad de la educación, robándoles las normas de conducta y haciéndoles despreciar las leyes morales, se había convertido poco a poco en una plutocracia combatiente y por último en el Gobierno de un plutócrata supremo. Finalmente, el Consejo había renunciado incluso a molestarse en hacer que sus decretos fueran promulgados por las autoridades constitucionales, y Graham, una figura inmóvil, hundida y amarillenta, que no estaba ni muerta ni viva, se había convertido en una gran figura corpórea, en la personificación del Dueño de la Tierra. Y así fue que al despertar se encontró dueño de aquella herencia. Abrió los ojos y pudo verse de pie bajo un cielo claro y sin nubes, contemplando la grandeza de su dominio.

¿Para qué había despertado? ¿Era aquella ciudad, aquella colmena de trabajadores sin esperanza, la refutación definitiva de sus antiguas ilusiones? ¿O acaso todavía estaban vivos los rescoldos del fuego de la libertad, aquel fuego que tanto calor y llamas diera en su vida pasada? Pensó en la emoción y en el impulso vivo que contenía el himno de la revolución. ¿Era acaso aquel himno una mera añagaza de la

demagogia, que había que olvidar una vez cumplido su cometido? ¿Era la esperanza que todavía sobrevivía en él, sólo el recuerdo de cosas ya abandonadas, o el vestigio de un credo ya gastado? ¿O, por el contrario, tenía un significado más amplio, un destino entrelazado con el de la humanidad? ¿Con qué objeto había despertado? ¿Cuál era su misión? El mundo se hallaba desplegado bajo sus pies como en un mapa. Pensó en los millones y millones de seres humanos que, unos tras otros, y siguiéndose de un modo incesante, habían salido de las tinieblas del no ser para entrar en las tinieblas de la muerte. Y todo esto, ¿con qué objetivo? Evidentemente, este objetivo debía de existir, pero sobrepasaba los límites de su imaginación. Por primera vez comprendió con claridad su infinita pequeñez, vio crudamente el trágico contraste entre la fuerza humana y los deseos del humano corazón. En aquellos breves instantes se vio como un accidente insignificante de la vida y comprendió la grandeza de sus deseos. De pronto, su insignificancia le resultó intolerable, le resultaron intolerables sus aspiraciones y sintió el irresistible impulso de rezar. Y rezó. Rezó oraciones vagas, incoherentes, contradictorias. Su alma se ensanchó y atravesó el tiempo y el espacio por entre una múltiple confusión de cosas y seres, buscando algo, alguien que pudiera comprender sus anhelos y apoyarle.

Allá abajo, hacia el Sur, un hombre y una mujer, en una terraza, estaban respirando el aire de la mañana. El hombre elevaba una especie de antejo para poder espiar el edificio del Consejo y estaba enseñando a la mujer cómo debía utilizarlo. Al poco rato su curiosidad quedó satisfecha. Desde donde estaban no podían ver señales de derramamiento de sangre y empezaron a mirar por el antejo, escudriñando el cielo. En su campo de visión entró el nido de cuervo y allí vieron dos diminutas figuras negras, tan minúsculas, que se hacía difícil creer que fueran seres humanos. De las dos figuras, una estaba mirando en todas direcciones y la otra parecía gesticular con las manos extendidas hacia la silenciosa vaciedad del cielo. Ella pasó al hombre el antejo, y él miró y exclamó:

—¡Es el Señor! —exclamó—. ¡Creo que es el Señor...! ¡Sí, estoy seguro, es el Señor!

Dejó de mirar por el antejo y dijo a la mujer:

—Está agitando las manos como si rezara. Me gustaría saber qué es lo que intenta. ¿Estará adorando al sol? En su época no había aquí parsis, ¿verdad?

Volvió a mirar.

—Ahora está quieto... Supongo que aquella actitud se debía a la casualidad.

Bajó el antejo y permaneció pensativo.

—No tendrá otra cosa que hacer más que divertirse. ¡Sólo divertirse...! Ostrog será el que llevará la batuta. No le quedará otro remedio, si quiere mantener sujetos a esos necios trabajadores. ¡Y pensar que lo consiguió sólo con dormir! ¡Qué mundo más maravilloso!

Capítulo XV

GENTE PROMINENTE

Los lujosos departamentos del Guardián de los Ventiladores le hubieran parecido asombrosamente complicados a Graham de haber entrado en ellos directamente después de su vida en el siglo XIX, pero ya iba acostumbrándose a las cosas de la nueva era. Aquellos departamentos no pueden describirse utilizando las palabras vestíbulo y habitación, ya que un complicado sistema de arcos, puentes, pasajes y galerías dividía y unía cada una de las partes del gran espacio principal. Graham llegó a ellos atravesando uno de los paneles corredizos que ya le iban resultando familiares y que había en el descansillo de un tramo de escalera muy ancha y de escalones de poca altura. En esta escalera había visto hombres y mujeres vestidos con mucha más riqueza de lo que hasta entonces había observado. Desde aquel punto podía ver todo un intrincado sistema de ornamentación en blanco mate, morado y púrpura, atravesado por puentes que parecían hechos de porcelana y filigrana y que iban a perderse en un misterio brumoso de papeles corredizos. Mirando hacia arriba vio los pisos de galerías ascendentes llenos de personas que le contemplaban. El aire estaba lleno del murmullo de innumerables voces y de una música alegre que provenía de lo alto y cuyo origen nunca logró descubrir.

La nave central estaba llena de gente, pero no puede decirse que estuviera abarrotada. El número de personas presentes debía ascender a muchos millares. Estaban brillantemente, o por mejor decir, fantásticamente vestidas. Los hombres iban vestidos de un modo tan caprichoso como las mujeres, ya que hacía mucho tiempo que había desaparecido la sobria influencia del concepto puritano sobre el traje masculino. Aunque algunos llevaban el cabello largo, la mayoría lo llevaba ondulado de una manera que indicaba la mano del peluquero. La calvicie había desaparecido de la tierra. Abundaban los peinados compuestos de masas de pelo rizadas que hubieran fascinado a Rossetti, y un caballero que fue señalado a Graham con el misterioso título de un «amador», llevaba el pelo arreglado en dos bandas «a la Marguerite». Había muchas coletas, lo que daba la impresión de que los ciudadanos de origen chino no se sentían avergonzados de su raza. No existía uniformidad en la moda del vestido. Los hombres mejor formados exhibían sus simétricas líneas bajo una especie de traje de baño. Por un lado se veían trajes abullonados y llenos de cortes, mientras por otro aparecían mantos y túnicas. Quizá la influencia que prevalecía fuera la moda de la época de León X, pero también se hacía observar el concepto estético del lejano Oriente. La obesidad masculina, que en la época victoriana se hubiera visto sujeta a las torturas de unos botones muy apretados y a la despiadada exageración de unos trajes de etiqueta demasiado estrechos, ahora

constituía la base de la dignidad y de los pliegues colgantes. También abundaba la airosa esbeltez. A Graham, que era un hombre típicamente rígido, procedente de un período austero, estos hombres no sólo le parecieron excesivamente garbosos, sino también demasiado expresivos en sus gestos y modales. Gesticulaban, expresaban sorpresa, interés, diversión y sobre todo, con asombrosa franqueza, las emociones que en sus mentes producían las mujeres que había a su alrededor. A primera vista, era evidente que había una gran mayoría femenina.

Las damas que andaban en compañía de estos caballeros despleaban menos énfasis y más picardía en sus vestidos, en su comportamiento y en su actitud. Algunas adoptaban en su modo de vestir una sencillez clásica y una hábil sutileza en los pliegues, siguiendo la moda del primer Imperio francés y mostrando unos brazos y unos hombros seductores al paso de Graham. Otras llevaban trajes muy ajustados, sin costuras ni nada que los sujetara por el talle, o con grandes pliegues que caían desde los hombros. Las deliciosas confidencias de los vestidos de noche no se habían visto disminuidas por el paso de dos siglos.

Los movimientos de todos eran graciosos. Graham dijo a Lincoln que los hombres le parecían dibujos de Rafael, y Lincoln le contestó que el saber hacer una serie de gestos apropiados era una parte de la educación de toda persona rica. La entrada del Señor fue recibida con sonrisas y aplausos, pero aquella gente demostró la distinción de sus modales al no precipitarse sobre él ni molestarle con una persistente curiosidad a medida que descendía la escalera en dirección al salón.

Graham sabía ya por conducto de Lincoln que aquéllos eran los dirigentes de la sociedad londinense. Casi todas las personas que estaban allí reunidas aquella noche eran o altos funcionarios o parientes inmediatos de altos funcionarios. Muchos habían vuelto de las Ciudades de Placer europeas, expresamente para darle la bienvenida. Las autoridades aeronáuticas, cuya deserción había jugado un papel tan importante en la derrota del Consejo que podía decirse que era sólo inferior al desempeñado por Graham, destacaban entre los demás, como también destacaban las personalidades del Control de los Ventiladores. Entre otros, había allí algunos de los funcionarios más preeminentes del Trust de la Alimentación. El jefe de las Tocinerías Europeas tenía una apariencia melancólica, un aire interesante y unos modales delicadamente cínicos. Un obispo vestido con todo su traje talar pasó por delante de Graham charlando con un caballero vestido exactamente igual que el tradicional Chaucer, sin olvidar la corona de laurel.

—¿Quién es ése? —preguntó Graham.

—El obispo de Londres —dijo Lincoln.

—No me refiero a ése, sino al otro.

—Un poeta laureado.

—¿Todavía...?

—Claro está que no hace poseía. Es un primo de Wotton uno de los consejeros, pero es uno de los monárquicos de la Rosa Roja, un club delicioso que sigue

manteniendo estas tradiciones.

—Asano me dijo que existe un rey.

—El rey no pertenece al club. Tuvieron que expulsarlo. Supongo que se debe a la sangre de los Estuardo, pero...

—¿Acaso era excesivo?

—Más que excesivo.

Graham no lograba darse cuenta perfecta de la situación, pero le pareció que aquello era una parte de la inversión general producida por la nueva época. Incluyó la cabeza con condescendencia a la primera persona que le presentaron. Era evidente que aún en esta reunión prevalecían las sutiles diferencias de clase y que sólo había una pequeña parte de los reunidos a quienes Lincoln consideraba de categoría suficiente para presentárselos a Graham. El primero a quien presentó fue al Jefe de la Aeronáutica, un individuo cuyo rostro quemado por el sol contrastaba de forma extraña con los delicados cutis de todos los que le rodeaban. De momento, el hecho de haber desertado del Consejo en un instante crítico, le convertía en una persona muy importante.

A juicio de Graham, sus modales eran mucho más finos que los de los demás. Hizo unas cuantas observaciones corrientes, afirmó su lealtad y preguntó abiertamente por la salud del Señor. Sus ademanes eran vivaces y en su modo de hablar no se notaba el acento que tanto llamaba la atención a Graham. Dijo de una manera clara que él era un hombre rudo, un viejo «lobo del aire» —utilizó estas palabras—, que no se andaba con tonterías, que era un hombre viril, cortado a la moda antigua y que no presumía de saber mucho, pero que lo que él no supiera no valía la pena de ser conocido. Hizo una inclinación varonil ostentosamente libre de servilismo y se retiró.

—Me alegro de que esta clase de tipos se conserve —dijo Graham.

—Fonógrafos y cinematógrafos —dijo Lincoln, con cierto despecho—. Ha aprendido de la vida.

Graham volvió a contemplar la maciza figura que le resultaba vagamente reminiscente de tiempos pasados.

—La verdad es que lo compramos —añadió Lincoln—. En parte... Y en parte temía a Ostrog. Pero todo dependía de él.

Se volvió entonces bruscamente y le presentó al Inspector General del Trust de Educación Pública. Era un individuo apuesto vestido con el manto azulgris de los académicos. A través de sus lentes de tipo Victoriano, dirigió a Graham una mirada rebosante de cordialidad e ilustró sus palabras con gestos de sus manos cuidadosamente manicuradas. Graham se interesó inmediatamente por las funciones de aquel hombre y le preguntó una serie de cosas muy interesantes. El Inspector General pareció divertido ante la brusquedad de aquellas preguntas. Fue algo vago refiriéndose al monopolio de la educación que su compañía poseía. Se hacía mediante un contrato con el Sindicato que regía los numerosos municipios londinenses, pero se

expresó entusiásticamente sobre los progresos pedagógicos llevados a cabo desde la época victoriana.

—Hemos conquistado la memoria —dijo—. La hemos conquistado completamente. Ya no se celebra en el mundo un solo examen. ¿No le alegra?

—¿Cómo consiguen hacer aprender a la gente? —preguntó Graham.

—Hacemos atractivo el estudio, todo lo atractivo posible. Al que no le atrae, lo dejamos... Abarcamos un campo inmenso.

Pasó entonces a explicar detalles y ambos sostuvieron una extensa conversación. El inspector General mencionó a Pestalozzi y a Froebel con profundo respeto, aunque demostró no tener un conocimiento íntimo de sus obras que marcaron un hito en la pedagogía. Graham supo que todavía subsistían los estudios universitarios, pero de otra manera.

—Tenemos un cierto tipo de joven, por ejemplo —dijo el Inspector General, pavoneándose ante la idea de su utilidad—, que siente una verdadera pasión por los estudios superiores, siempre que no sean demasiado difíciles. Jóvenes así los tenemos a millares. En este momento, casi quinientos gramófonos están dando conferencias en distintas partes de Londres sobre la influencia ejercida por Platón y Swift en los conflictos amorosos de Shelley, Hazlitt y Burns. Después, los alumnos escriben ensayos sobre las conferencias escuchadas, y sus nombres, por orden de mérito, son expuestos en lugares visibles. ¿Se da usted cuenta de cómo ha crecido la semilla de la cultura? Hoy ha desaparecido por completo la inculta clase media de sus tiempos.

—¿Y cómo funcionan los colegios de enseñanza media? —preguntó Graham—. ¿Están también bajo su control?

—Por completo —repuso el Inspector General.

En sus primeros y democráticos días, Graham había sentido un gran interés en los Institutos y sus preguntas se hicieron más frecuentes. Se acordó de ciertas frases casuales que había oído al viejo con quien habló en la oscuridad y el Inspector General se las aclaró.

«Hemos suprimido la memoria», era una frase que Graham estaba empezando a interpretar en el sentido de que se había suprimido todo trabajo continuo. El Inspector General empezó a ponerse sentimental.

—Hemos tratado de hacer que las escuelas elementales sean agradables para los niños. ¡Tendrán que ponerse a trabajar tan jóvenes! Les inculcamos unos cuantos principios muy sencillos a base de obediencia y actividad.

—¡Ustedes les enseñan muy poco!

—¿Para qué más? El saber proporciona dificultades y disgustos. Los entretenemos y aun así surgen molestias y agitaciones. De dónde sacan los trabajadores sus ideas, es una cosa que no me explico. Se las transmiten de uno a otro. Hay sueños socialistas y hasta anarquistas. Los agitadores siempre se meten entre ellos, y creo, y siempre he creído, que mi principal obligación consiste en luchar contra el descontento popular. ¿Por qué hacer a la gente desgraciada?

—No lo sé —repuso Graham, pensativo—. Hay muchas cosas que me gustaría saber.

Lincoln, que no había apartado la vista de Graham durante esta conversación, intervino.

—Quedan otros —dijo en voz baja.

El Inspector General de Educación se alejó gesticulando.

—Quizá —prosiguió Lincoln— le guste conocer alguna de estas damas.

Había observado que Graham las miraba casualmente.

La hija del gerente de las tocinerías del Trust Europeo de la Alimentación era una personilla especialmente encantadora, con pelo rojo y ojos azules muy vivos. Lincoln le dejó un rato para que hablara con ella, que se mostró una entusiasta de los «buenos tiempos pasados», como los llamaba. Mientras hablaba, no dejaba de sonreír y sus ojos brillaban de una manera que exigía la sonrisa recíproca.

—He intentado muchas veces —dijo— imaginarme los tiempos románticos. ¡Y pensar que para usted son recuerdos! ¡Qué extraño debe parecerle ahora el mundo! He visto fotografías y cuadros de los viejos tiempos, con aquellas casas aisladas, pequeñas, de ladrillos, construidas con barro quemado y todas negras por el hollín de sus hogares, los puentes de ferrocarril, los sencillos anuncios, aquellos hombres solemnes, puritanos, vestidos con curiosas chaquetas lar gas y negras y aquellos sombreros altos, los trenes de hierro sobre puentes elevados, caballos, ganado y hasta perros corriendo medio salvajes por las calles... Y, de repente, se ve usted en medio de esto...

—¿Esto? —repitió Graham.

—Fuera de su vida, de todo lo que le era familiar.

—Mi vida antigua no era una vida feliz —dijo Graham—. No la echo de menos.

Ella le miró rápidamente. Hubo una breve pausa.

—¿No? —murmuró con un suspiro.

—No. Era una vida sin significado. Pero esto... Creíamos que el mundo ya era bastante complejo y civilizado y, sin embargo, me doy cuenta, aunque no llevo en este mundo más que cuatro días, de que mi época anterior era una época curiosa y bárbara, el mero principio de este nuevo orden. Usted no puede darse cuenta de lo poco que yo sé.

—Puede preguntarnos lo que desee —ofreció ella.

—Dígame entonces quiénes son aquellos señores. Todavía no sé nada de ellos y me intrigan. ¿Son generales?

—¿Los que llevan esos sombreros y esas plumas?

—No, ya supongo que no lo son. Deben de ser los que controlan los grandes negocios públicos. ¿Quién es aquél de aspecto distinguido?

—¿Aquél? Es un funcionario muy importante. Se llama Morden. Es el Director General de la Compañía de Píldoras Antibiliosas. Tengo entendido que sus obreros llegan a fabricar en las veinticuatro horas del día una miríada de miríadas de píldoras.

¡Imagínese! ¡Una miriada de miriadas!

—¡Una miriada de miriadas! No me extraña que parezca tan orgulloso —dijo Graham—. ¡Píldoras! ¡Qué época más prodigiosa! ¿Y aquel individuo vestido de morado?

—No es exactamente miembro del círculo más selecto, pero nos resulta agradable... Es listo y muy divertido. Es uno de los jefes de la Facultad de Medicina de la Universidad de Londres. Todos los médicos son accionistas de la Compañía de la Facultad de Medicina y visten ese morado especial. Hay que estar doctorado, pero son señores a los que se paga unos honorarios por hacer algo.

Graham sonrió ante las pretensiones sociales de aquella gente.

—¿Hay aquí alguno de vuestros grandes artistas o escritores?

—Escritores, ninguno. Generalmente, se trata de gente muy rara. ¡Se preocupan tanto de sí mismos! Discuten y riñen de una forma insoportable. Algunos de ellos hasta se pelean por quien debe tener la preferencia en una escalera. ¿No es horroroso? Pero creo que está aquí Wraysbury, el capilotomista de moda. Viene de Capri.

—¿Capilotomista? —repitió Graham—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Un artista!

—Tenemos que cultivarlo —explicó ella con aire de excusa—. Nuestras cabezas están en sus manos.

Graham vaciló antes de expresar las frases galantes que se esperaban de él, pero su mirada fue suficientemente expresiva.

—¿Han aumentado las artes al ritmo de las demás cosas? —preguntó—. ¿Quiénes son vuestros grandes pintores?

Ella lo miró con un gesto de duda y luego se echó a reír.

—Por un momento —dijo riendo— creí que se refería a... Usted se refiere, claro está, a aquellos buenos hombres a quienes tanto consideraban porque eran capaces de cubrir grandes superficies de tela con pintura al óleo, que luego otra gente metía en marcos dorados y colgaba en hilera en sus habitaciones. Ya no tenemos nada de eso. La gente se cansó de aquello.

—Pero ¿qué creía usted que yo quería decir?

La joven se puso un dedo significativo sobre la mejilla, cuyo color estaba por encima de toda sospecha, sonrió y le miró de forma incitante y atractiva.

—Y aquí —murmuró señalando uno de sus párpados.

Graham tuvo un pensamiento audaz, pero el grotesco recuerdo de un cuadro que había visto en alguna parte, de un viejo y una viuda, le vino repentinamente a la memoria. Le sobrevino una vergüenza arcaica y se dio cuenta de que le contemplaban muchas personas que se interesaban por él.

—Ya veo —dijo sintiéndose molesto.

Miró a su alrededor y su mirada tropezó con innumerables ojos que inmediatamente fijaron la vista en otra parte. Hasta llegó a ruborizarse.

—¿Quién es aquel hombre que está hablando con una señora vestida de color azafrán? —preguntó evitando la mirada de ella.

Supo que el individuo en cuestión era uno de los grandes organizadores de espectáculos teatrales americanos, que acababa de llegar de una gigantesca representación en México. Su rostro recordó a Graham un busto de Calígula. Otro sujeto de extraña apariencia era el jefe de los Trabajadores Negros. Por el momento el título no le impresionó, pero más tarde le volvió a la memoria. La damita con quien se hallaba le señaló, sin embarazo ninguno, una de las esposas subsidiarias del obispo anglicano de Londres e hizo un elogio del valor del prelado. Hasta entonces había existido la norma de la monogamia en el clero, lo que, según ella, era una situación antinatural y artificiosa.

—¿Por qué restringir el desarrollo natural de los sentimientos solamente porque el hombre sea un sacerdote...? Y a propósito, ¿es usted anglicano?

Graham iba a preguntar algo acerca de la situación legal de la «esposa subsidiaria», que al parecer era un eufemismo, pero el regreso de Lincoln cortó esta conversación tan interesante y llena de sugerencias. Cruzaron la nave hacia un lugar donde un individuo de alta estatura vestido de carmín y dos encantadoras jóvenes con trajes birmanos, o al menos se lo pareció a Graham, le estaban esperando respetuosamente. Después de cambiar unas cuantas frases de cortesía, fue presentado a otras personas.

Al cabo de un rato, sus múltiples impresiones empezaron a organizarse y a formar un cuadro general. Al principio, la brillantez de la reunión había irritado los sentimientos democráticos de Graham, y le había hecho sentirse hostil y satírico. Pero no está en la humana naturaleza resistir una atmósfera de deferente admiración, y pronto la música, la luz, el juego de colores y los desnudos brazos y hombros que le rodeaban, los apretones de manos, el interés pasajero en los rostros sonrientes y el murmullo de voces bien moduladas, junto con la atmósfera de cortesía, interés y respeto se habían entrelazado hasta lograr un tejido de indudable placer. Graham olvidó por un momento sus antiguas decisiones. Cedió insensiblemente ante la intoxicación de su posición, sus modales se hicieron más naturales y adoptó un aire de superioridad más convincente. Andaba ya con firmeza, su manto negro caía con atrevidos pliegues y el orgullo ennoblecía su voz. «Después de todo —pensó— es un mundo interesante».

Su mirada vagó aprobatoria por el móvil colorido de la gente, descansando aquí y allá en una amable crítica de las caras. Al cabo de un rato se le ocurrió que debía una especie de excusa a aquella encantadora jovencita de cabello rojo y ojos azules y se sintió culpable de haberle hecho un desaire. No era correcto ignorar sus avances, a pesar de que su política le obligara a rechazarlos. Se preguntó si la volvería a ver y de pronto hubo algo que transformó el brillo de la reunión y que cambió su significado.

Levantó la vista y vio, pasando por un puente de porcelana y mirándolo a él, una cara que se ocultó inmediatamente. La cara de la joven que había visto la noche anterior en la pequeña estancia detrás del teatro, después de escapar del Consejo. Le estaba mirando con la misma expresión de curiosidad con que le había mirado cuando

lo viera por primera vez. De momento, Graham no recordó dónde había sido y luego, al recordarlo, volvió a sentir algunas de las emociones que experimentó en su primer encuentro. Pero la música de baile que lo rodeaba, alejó de su memoria las notas de aquel himno que escuchara en la revolución.

La señora con quien estaba hablando volvió a repetir su observación anterior y Graham se enfrascó de nuevo en la conversación en que estaba sumido.

Pero desde aquel momento, una vaga intranquilidad, un sentimiento que creció hasta convertirse en descontento, invadió su mente. Sintió cierto remordimiento por un deber medio olvidado, por una sensación de que, entre todas aquellas luces y brillantez, algo muy importante se le estaba escapando. Cesó la atracción que hacia él ejercían las mujeres fascinadoras que le rodeaban. Dejó de dar respuestas vagas y torpes a los sutiles avances amorosos que estaba seguro de que le hacían y sus ojos vagaron de cara en cara buscando nuevamente aquella que de tal modo había satisfecho su sentido de la belleza. Pero no volvió a verla hasta un momento en que estaba esperando el regreso de Lincoln para abandonar la reunión. En contestación a una pregunta, Lincoln le prometió que se haría un intento para volar aquella misma tarde si el tiempo lo permitía, y se marchó para arreglar unos detalles.

Graham se hallaba en una de las galerías superiores conversando con la dama de ojos brillantes sobre el tema de la eadhamite. El tema había sido elegido por ella. Había interrumpido sus cálidas afirmaciones de devoción personal con una pregunta concreta, y descubrió como ya le había ocurrido con otras damas aquella noche, que era más encantadora que culta. De repente, y luchando por imponerse a la fácil melodía que resonaba en el local, el himno de la revolución, aquella canción, áspera y de masas que había oído en el teatro, llegó hasta él desde arriba.

Miró hacia allí sobresaltado y percibió encima de él un ojo de buey a través del cual había llegado la canción. Por él vio los cables superiores, el resplandor azul y la red de la que pendían las luces de las vías públicas. Oyó cómo la canción era repetida por un tumulto de voces y cómo cesaba. Después escuchó con mucha claridad el rumor de las plataformas móviles y el de la muchedumbre. Tuvo la vaga sensación, cuyos orígenes no logró explicarse, de que, fuera, en las calles, debía de haber una enorme multitud mirando el local en donde su Señor se estaba divirtiendo e intentó imaginarse sus pensamientos.

Aunque la canción había cesado bruscamente y a pesar de que la música del salón volvió a imponerse, el tema del himno quedó en su mente.

La dama de ojos brillantes todavía seguía luchando con los misterios de la eadhamite, cuando Graham se dio cuenta de la presencia de la joven que viera en el teatro. Venía a lo largo de la galería y se dirigía hacia él. Fue Graham quien la vio primero. Iba vestida con un traje gris ligeramente luminoso. Su cabello oscuro, encima de las cejas, era como una nube, y cuando él la vio, la fría luz procedente de la abertura circular caía sobre sus ojos llenos de tristeza.

La mujer que continuaba aún debatiéndose con la eadhamite, observó el cambio

en su expresión y aprovechó la ocasión.

—¿Le gustaría conocer a aquella joven, señor? —preguntó osadamente—. Es Helen Wotton, sobrina de Ostrog. Sabe muchas cosas y es una de las personas más serias del mundo. Estoy seguro de que le gustará.

Instantes después, Graham estaba hablando con ella y la dama de ojos brillantes se había alejado.

—La recuerdo a usted muy bien —dijo Graham—. Estaba en aquel cuarto pequeño cuando todo el mundo cantaba y llevaba el compás con los pies, antes de que yo atravesara el teatro.

La turbación momentánea que había poseído a la joven desapareció. Fijó gravemente la mirada en él.

—Fue maravilloso —dijo. Titubeó y volvió a hablar con un súbito esfuerzo.

—Toda aquella gente hubiera muerto por usted; señor. Aquella noche fueron incontables los que murieron.

Su rostro brillaba a causa de la excitación. Miró rápidamente hacia todos lados para comprobar que nadie podía escuchar sus palabras.

Lincoln apareció a lo lejos en la galería abriéndose paso hacia ellos a través de la multitud. Ella lo vio y se volvió hacia Graham con ansiedad e hizo un cambio brusco hacia la confianza y la intimidad.

—Señor —dijo rápidamente—, ahora no puedo hablar, pero el pueblo es muy desgraciado. Está oprimido y mal gobernado. No se olvide del pueblo que se enfrentó con la muerte para que usted pudiera vivir.

—Yo no sé... —comenzó Graham.

—No puedo hablar ahora.

La cara de Lincoln apareció ya muy cerca de ella. Hizo una inclinación hacia la joven, como excusándose.

—¿Le agrada el nuevo mundo, señor? —preguntó con sonrisa deferente e indicando el espacio y esplendor de la reunión con un gesto amplio—. Por lo menos lo encontrará cambiado.

—Sí —repuso Graham—, cambiado... Y, sin embargo, no tan cambiado.

—Espere a encontrarse en el aire —dijo Lincoln—. Ya ha cesado el viento. Tiene un aeropilo esperándole.

La actitud de la joven indicó que esperaba ser despedida. Graham la miró, estuvo a punto de hacerle una pregunta, advirtió cierta expresión en sus ojos, y haciendo una inclinación se volvió para acompañar a Lincoln.

Capítulo XVI

EL AEROPILO

Durante algún tiempo, Graham se sintió preocupado mientras recorría los pasajes de la Oficina de los Ventiladores en compañía de Lincoln, pero haciendo un gran esfuerzo se dispuso a escuchar lo que le decía su guía. Pronto sus preocupaciones se desvanecieron. Lincoln estaba hablando del vuelo. Graham sentía un gran deseo de adquirir un conocimiento más profundo de aquella invención humana y comenzó a acosar a Lincoln con preguntas. Había seguido con gran interés los comienzos de la navegación aérea durante su vida anterior, y le alegró descubrir que los nombres de Maxim y Pilcher, Langley y Chanute y, sobre todo, del protomártir aéreo Lilienthal, eran aún honrados por los hombres.

Ya en los años que había vivido en su existencia previa, la investigación había señalado dos tipos de aparatos completamente distintos. Y ambos habían sido conseguidos.

Por un lado estaba el gran aeroplano movido por un motor, una fila doble de planos horizontales con una hélice en la parte posterior. Y por otro, existía el aeropilo, mucho más rápido. Los aeroplanos solamente volaban seguros con una atmósfera en calma o con un viento moderado, y las tormentas repentinas, que ahora podían ser localizadas con toda precisión, los inutilizaban para todo fin práctico. Eran de un tamaño enorme. La longitud de las alas solía ser de seiscientos pies o más, y la del cuerpo central, de mil pies. Se hacía uso de ellos únicamente para el tráfico de pasajeros. El ligero vagón que transportaban, tenía de cien a ciento cincuenta pies de longitud. Estaba colgado de un modo especial, a fin de reducir en todo lo posible la compleja vibración que producía incluso el viento más moderado, y por la misma razón los pequeños asientos del interior (cada pasajero debía permanecer sentado durante el viaje) se balanceaban con gran libertad de movimientos. La puesta en marcha del mecanismo solamente era posible desde una cabina gigantesca, en los raíles de una plataforma especialmente construida para ello. Graham había visto con toda claridad estas pistas, de vuelo, desde el nido de cuervo. Eran seis inmensas plataformas, cada una de las cuales contenía un vagón gigantesco.

La elección del punto de descenso era igualmente circunscrito, ya que era necesaria una superficie plana para tomar tierra con seguridad. Aparte de la destrucción que se causaría por el descenso de este inmenso aparato de madera y metal y de la imposibilidad de elevarse de nuevo, el choque con una superficie irregular, una ladera cubierta de árboles, por ejemplo, o un terraplén, bastaría para destrozar o causar sensibles daños a la armadura de la nave, para quebrar la armazón y quizá producir la muerte de todos los pasajeros.

Al principio, Graham sintió una gran decepción ante aquellos incómodos artefactos, pero pronto comprendió que las máquinas de menor tamaño serían menos remunerativas por la sencilla razón de que su capacidad de transporte quedaría disminuida proporcionalmente a la disminución del tamaño. Además, las gigantescas proporciones de aquellos aparatos les permitía, y esto era de la mayor importancia, atravesar el aire a enormes velocidades y de este modo no corrían el riesgo de tropezar con unas condiciones atmosféricas desfavorables, ya previstas. El viaje más corto, de Londres a París, duraba unos tres cuartos de hora, el salto a Nueva York se hacía en dos horas y, regulando el tiempo en las estaciones intermedias, era posible, en días buenos, dar la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

Los pequeños aeropilos, como eran llamados sin que Graham supiera la razón, eran de un tipo completamente distinto. Varios de ellos iban de un lado para otro por el aire. Estaban hechos para llevar solamente uno o dos pasajeros y su mantenimiento era tan costoso que solamente podían ser utilizados por la gente rica. Eran de colores brillantes y consistían en dos pares de planchas laterales en el mismo plano, con una hélice detrás. Su pequeño tamaño hacía que el descenso en cualquier espacio abierto no fuera difícil ni desagradable y además era posible añadirles ruedas de caucho o incluso los motores corrientes de tráfico terrestre, para conducirlos al lugar más conveniente. Requerían un vagón especial muy ligero para ascender, pero éste podía funcionar en cualquier espacio abierto desprovisto de edificios o árboles. Graham advirtió que la aeronáutica humana estaba todavía muy por debajo del don instintivo del albatros o el muscícapa. Los progresos se habían visto detenidos por la falta de algo que podría haber dado al aeropilo una mayor perfección. Estos aparatos no se habían utilizado nunca para la guerra. La última guerra internacional se había producido antes de la usurpación del Consejo.

Las pistas de vuelo londinense estaban juntas en una zona irregular de la ribera sur del río. Formaban tres grupos de dos y retenían los nombres de antiguas colinas suburbanas o pueblos. Se llamaban respectivamente Roehampton, Wimbledon Park, Streatham, Norwood, Blackheath y Shooter's Hill. Eran estructuras uniformes que se elevaban por encima de los tejados generales de la ciudad. Cada una de ellas tenía unos cinco mil metros de longitud por unos mil de anchura y estaban construidas de un compuesto de aluminio y de hierro, que había sustituido al hierro en la arquitectura. Sus planchas superiores formaban un calado de vigas por el que ascendían escaleras y ascensores. La superficie más alta era una extensión plana con porciones, los vagones de puesta en marcha, que podían ser elevados y avanzar sobre unos raíles ligeramente inclinados hasta el borde de la superficie. Con la excepción de cualquier aeropilo o aeroplano que estuvieran en la base, estas superficies abiertas se mantenían desiertas para recibir a los aparatos que tomaban tierra.

Mientras tenía lugar el ajuste de los aeroplanos, los pasajeros tenían por costumbre esperar en los teatros, restaurantes, salas de proyección y lugares de placer y de deportes que se entremezclaban con las prósperas tiendas de la zona inferior.

Esta porción de Londres era, por lo tanto, la más alegre de todas, con algo de la alegría meretriz de los puertos de mar o de las ciudades de hoteles. Para aquellos que tenían una concepción más elevada de la aeronáutica existía una atractiva colonia de capillas devocionales, mientras una serie de brillantes establecimientos médicos competían para suministrar toda clase de remedios para el viaje. A diferentes niveles por entre la red de cámaras y pasajes corría, además de las principales vías movibles de la ciudad que se mezclaban y juntaban allí, un complejo sistema de pasillos especiales, ascensores y declives para el paso de pasajeros y equipajes, de una plataforma a otra. La principal característica de la arquitectura de esta sección era la ostentosa solidez de los pilares y de las vigas de metal que por todas partes rompían el paisaje y llenaban las naves y pasillos, entrelazándose para sostener el peso de las pistas y el impacto de los aeroplanos.

Graham se dirigió a las pistas de vuelo por las vías públicas. Le acompañaba Asano, su criado japonés, pues Lincoln había sido reclamado por Ostrog para tratar de asuntos administrativos. La guardia de la policía de los Ventiladores esperaba al Señor a la salida, para abrirle paso en la plataforma movable superior. Su visita a las pistas de vuelo había sido improvisada, pero, a pesar de todo, una multitud considerable se reunió a su alrededor y lo siguió hasta su punto de destino. A medida que avanzaba oyó que la gente repetía su nombre a gritos y vio innumerables hombres, mujeres y niños vestidos de azul, bajar por las escaleras del pasillo central gesticulando y gritando. No logró distinguir lo que gritaban y de nuevo le asombró la existencia evidente de un dialecto vulgar entre la clase inferior. Cuando al fin descendió, los guardias se vieron rodeados por una muchedumbre en el colmo de la excitación. Más tarde Graham pensó que algunos debieron intentar acercársele para hacerle peticiones. Su guardia logró al fin abrirle paso con grandes dificultades.

Un aeropilo con un aeronauta le estaba esperando en la pista occidental. Visto de cerca, el aparato no resultaba tan pequeño. Inmóvil sobre el vagón de impulso en la gran extensión de la pista de vuelo, su esqueleto de aluminio era tan grande como el casco de un yate de veinte toneladas. Sus alas laterales, atravesadas por unos nervios de metal semejantes a los nervios de las alas de las abejas y hechas de una membrana artificial transparente, proyectaban su sombra por encima de muchos metros cuadrados. Los asientos del ingeniero y de su pasajero colgaban en libertad por medio de un complejo sistema de ganchos entre los costados protectores de la armadura del aparato, en la parte central. El asiento del pasajero estaba protegido por un parabrisas y contenía varios cilindros metálicos en cuyo interior había almohadones de aire. Si se deseaba, podía cerrarse por completo, pero Graham, ansioso de sensaciones nuevas, ordenó que lo dejaran abierto. El pasajero podía asegurarse firmemente al asiento, esto era casi inevitable al aterrizar, o podía trasladarse por medio de un pequeño raíl y un cilindro hasta un cajón colocado en el vástago de la máquina donde se hallaba su equipaje, y que con los asientos servía de contrapeso para las piezas del motor central que proyectaban la hélice de popa.

El motor era de apariencia muy sencilla. Asano, señalándole las diferentes piezas del aparato, le dijo que a semejanza del motor de gas de la época victoriana, era de tipo explosivo y consumía a cada giro una gota de una sustancia llamada «fomila». Consistía únicamente en una cubeta y un pistón que rodeaban la alargada y acanalada manivela del eje de la hélice. Esto fue todo lo que Graham vio de la máquina voladora.

En la pista de vuelo no había nadie más que Asano y su cuerpo de servidores. Siguiendo las instrucciones del aeronauta, Graham se colocó en el asiento y bebió a continuación un líquido que contenía extracto de centeno, bebida que, según le explicaron, era administrada invariablemente a los que se disponían a volar para contrarrestar el posible efecto de la disminución de la presión del aire sobre el cuerpo humano. Una vez así preparado, se mostró dispuesto a emprender el viaje. Asano le quitó de la mano el vaso vacío, saltó al suelo y permaneció en pie sobre la pista saludándole con la mano. De pronto, pareció deslizarse rápidamente por la pista y desaparecer.

El motor rugía, la hélice giraba y durante unos segundos la pista y los edificios que se elevaban en la lejanía se movieron horizontalmente ante la mirada de Graham y después parecieron inclinarse con brusquedad. Graham se agarró instintivamente a los pequeños rodillos que tenía a ambos lados. Sintió que se elevaba y oyó el silbido del viento por encima del parabrisas. La hélice giraba con poderosos movimientos rítmicos: uno, dos, tres, pausa; uno, dos, tres, pausa; que el ingeniero controlaba con maestría. El motor empezó a producir una vibración que duró todo el viaje y los tejados de la ciudad se movieron con rapidez hacia estribor haciéndose cada vez más pequeños. Graham separó la vista de la cara del ingeniero y miró hacia delante. No había nada extraordinario en lo que vio. Un funicular muy rápido le hubiera producido una sensación semejante. Reconoció el Edificio del Consejo y el Highgate Ridge. Y entonces miró por entre sus pies.

Unos instantes se apoderó de él un profundo terror y una pavorosa sensación de inseguridad. Se agarró convulsivamente a los cilindros y permaneció un segundo con los ojos cerrados. A unos cien pies por debajo de él se hallaba uno de los grandes ventiladores del sudoeste de Londres, y más allá se distinguía la más alejada de las pistas de vuelo, cubierta de pequeños puntos negros. Todas estas cosas se alejaban de él a gran velocidad y sintió el impulso momentáneo de perseguir la tierra. Apretó los dientes, levantó los ojos haciendo un esfuerzo muscular, y el momento de pánico pasó.

Conservó los dientes apretados durante un minuto y los ojos fijos en el cielo. Top, top, top, hacía el motor; top, top, top... Asió con fuerza los cilindros, miró al aeronauta y sorprendió una sonrisa en su rostro curtido por el sol. Sonrió a su vez, de un modo un poco forzado, y gritó, prescindiendo de su dignidad:

—¡Resulta un poco extraño al principio!

Pero no se atrevió a mirar abajo por segunda vez, y mantuvo la vista fija, por

encima de la cabeza del aeronauta, en el punto donde una vaga línea del horizonte se juntaba con el cielo. No lograba arrojar de su mente la idea de los accidentes que podían producirse. Top, top, top... ¿Qué ocurriría si fallaba uno de los tornillos de la máquina? ¿Qué ocurriría si...? Hizo un esfuerzo para echar a un lado aquellas preocupaciones, y por fin logró despejar su imaginación. Mientras tanto, seguía subiendo siempre, elevándose más y más en el espacio...

Cuando la sacudida mental de moverse sin soporte por el espacio hubo pasado, sus sensaciones dejaron de ser desagradables y se convirtieron en placenteras. Le habían prevenido contra el mareo, pero pensó que el movimiento pulsativo del aeroplano, mientras avanzaba por entre la suave brisa del sudoeste, era semejante al de un bote mecido por las olas y balanceado por un viento suave. Él había sido siempre buen marino. La sutileza del aire más rarificado en que se hallaban suspendidos, le producía una sensación de alborozo y de agilidad mental. Levantó la vista y distinguió el cielo lleno de nubecillas blancas. Miró con grandes precauciones hacia abajo, y vio una nube de pájaros blancos que volaban a gran altura y, durante unos instantes, permaneció con la vista fija en ellos. Después, con menos aprensión, prosiguió su examen y vio el nido de cuervo del guardián de los Ventiladores, que iba haciéndose más pequeño a cada momento. A medida que fue recobrando su confianza, distinguió una hilera de colinas azules, y después, la ciudad de Londres, ya muy lejana. Sólo se veía un intrincado espacio de tejados. Su límite barrió todas sus aprensiones al producirle una profunda sorpresa. Porque lo que separaba a Londres del campo era como un muro, como una roca, una pared de trescientos o cuatrocientos pies, una fachada compleja y decorativa, interrumpida aquí y allá por una especie de terraza.

El paso gradual de la ciudad al campo por una extensa esponja de suburbios, característica en las grandes ciudades del siglo XIX, había desaparecido. No quedaba de ello más que unas cuantas ruinas veteadas con las malezas de las plantas heterogéneas, que en un tiempo habían adornado los jardines del cinturón, esparcidas por manchas parduzcas de terreno sembrado y fajas verdosas de vegetación invernal, que se internaban incluso por entre los vestigios de casas. Pero en su mayoría, los escollos y arrecifes de ruinas y los restos de villas suburbanas se alzaban entre sus calles y caminos, como unas extrañas islas en medio de extensiones de color verde y pardo, abandonadas muchos años antes por sus habitantes, pero por lo visto demasiado sustanciales para ser barridas por completo de los mecanismos agrícolas al por mayor de los nuevos tiempos.

Esta vegetación se ondulaba entre las innumerables células de muros ruinosos y se esparcía al pie del borde de la ciudad, en una marejada de zarzas, acebo, hiedra, cardencha y toda clase de hierbas de gran tamaño. Aquí y allá, algún palacio de placer se alzaba entre los mezquinos restos de los tiempos Victorianos y vías cubiertas de cables lo unían con la ciudad. Aquel día de invierno parecían desiertos, y desiertos también se veían los jardines artificiales situados entre las ruinas. Los

límites de la ciudad estaban tan agudamente definidos como en los tiempos antiguos, cuando se cerraban las puertas al anochecer y los ladrones y criminales se acercaban inútilmente a las murallas. Una gigantesca garganta semicircular escupía un vigoroso tráfico sobre la Carretera de Eadhamite. De este modo, la primera perspectiva del mundo se presentó a los ojos de Graham. Cuando miró de nuevo hacia abajo en vertical, contempló la verde campiña del valle del Támesis e innumerables y diminutas extensiones de tierra parda intercaladas de hilos brillantes, que constituían el sistema de alcantarillado de la ciudad.

Su júbilo aumentó rápidamente hasta convertirse en una especie de borrachera, y se sorprendió aspirando con fuerza, riendo y deseando prorrumpir en gritos. Poco después este deseo se hizo tan intenso, que cedió en él y comenzó a gritar.

El aparato se había elevado ya hasta la altura que los aeropilos tenían por costumbre alcanzar, y comenzó a trazar una curva en dirección sur. Graham notó que el manejo de la máquina se efectuaba abriendo o cerrando una o dos delgadas tiras de membrana en una de las alas, que eran completamente rígidas, y por el movimiento hacia delante y hacia atrás de todo el aparato, encima de sus soportes. El aeronauta puso el motor lentamente en movimiento hacia adelante y abrió la válvula del ala izquierda hasta que la popa del aeropilo estuvo horizontal y señaló al sur. En aquella dirección avanzaron con una leve alternación de movimientos; primero, una rápida y corta ascensión, y después, un deslizamiento hacia abajo, que resultaba muy agradable. Durante estos leves descensos, la hélice permanecía totalmente inmóvil. Las subidas daban a Graham una maravillosa sensación de haber coronado con éxito un esfuerzo, y las bajadas por entre el aire rarificado constituían una experiencia magnífica. Deseó no abandonar nunca más el espacio.

Durante algún tiempo contempló con interés los minúsculos detalles del paisaje que corría hacia el norte, debajo de él. Aquello le produjo un gran placer y quedó impresionado por las ruinas de las casas que en un tiempo poblaron los campos y por los vastos espacios de los que habían desaparecido también granjas y pueblos. Sabía ya que esto era así, pero verlo por sus propios ojos era algo muy distinto. Intentó descubrir lugares familiares para él en la desierta superficie que se extendía a sus pies, pero desde que habían dejado atrás el valle del Támesis, no logró encontrar un punto de partida. Sin embargo, pronto volaban por encima de una altura que Graham reconoció como Guildford Hog's Back, por el familiar perfil de la cañada de su borde oriental y por las ruinas de la ciudad que se elevaban a ambos lados de aquella cañada. A partir de entonces le fue fácil distinguir Leith Hill, las zonas arenosas de Aldershot y así sucesivamente. La escarpa de los Downs estaba cubierta de gigantescas ruedas de molino, que se movían majestuosamente, y excepto donde la Carretera de Eadhamite de Portsmouth, punteada de bultos que se movían a gran velocidad, seguía la dirección del antiguo ferrocarril, todo estaba cubierto de matorrales.

Las ruedas de molino que se multiplicaban por toda la región en lo que su vista

pudo alcanzar y la niebla lo permitió, eran tan grandes, que la mayor de cuantas había visto en la ciudad resultaba enana en comparación. Se movían con un ritmo majestuoso, empujadas por el viento del sudoeste. Aquí y allá se veían los rebaños del Trust Británico de Alimentación y un pastor se distinguía como un lejano punto negro. Después se vieron, bajo la armazón del aeropilo, los Wealden Heights, la línea de Hindhead, Pitch Hill y Leith Hill, con una segunda serie de ruedas de molino que parecían intentar robar a las de más abajo la parte de brisa que les correspondía. Los brezos purpúreos estaban moteados de argomón amarillo, y por la zona más alejada, un rebaño de bueyes negros corría delante de dos hombres a caballo. Rápidamente todo esto quedó atrás, perdió color y quedó reducido a unos cuantos puntos que acabaron por desaparecer.

Cuando éstos se hubieron desvanecido a lo lejos, Graham escuchó el canto de un pájaro muy cerca de él. Vio que se hallaba sobre los South Downs, y mirando por encima de su hombro, vio las murallas de la Pista de Aterrizaje de Portsmouth que se elevaban sobre la colina de Portsdown. Un momento después vio una serie de embarcaciones como si fueran ciudades flotantes, los pequeños puntos blancos de los Needles, empequeñecidos por la distancia e iluminados por el sol, y las aguas grises y brillantes del estrecho mar. A Graham le pareció que lo saltaban en un momento, pues unos segundos después surgió la isla de Wight, Debajo de él se extendía el mar, en algunos puntos oscurecido por la sombra de alguna nube, en otros manchado de color gris, en otros brillante como un espejo bruñido y en otros de color esmeralda. La isla de Wight fue haciéndose cada vez más pequeña, y pocos minutos después una franja de niebla gris se separó de las nubes, descendió del cielo y se convirtió en la línea de la costa soleada y clara del norte de Francia. Se elevó, adquirió color, se hizo detallada y precisa y los límites de Inglaterra fueron alejándose velozmente.

Después de unos minutos, París surgió en el horizonte, permaneció allí algún tiempo y desapareció de pronto cuando el aeropilo enfiló la dirección norte. Graham tuvo tiempo de ver que la torre Eiffel seguía en pie y que junto a ella se elevaba una inmensa cúpula en cuya punta se hallaba la estatua de un Coloso, y notó también, aunque entonces no logró comprender de dónde procedía, una columna de humo. Él aeronauta dijo algo que sonó como «disturbios en las vías subterráneas», pero Graham no le hizo caso. Contempló los minaretes, las torres y los esbeltos edificios que surgían por encima de los ventiladores, y pensó que París, en cuestión de encanto y belleza, seguía aún por encima de su mayor rival, Londres. Mientras lo estaba mirando, un cuerpo azul pálido ascendió velozmente por encima de la ciudad, como una hoja muerta arrastrada por el huracán. Dibujó una curva y avanzó en dirección a ellos aumentando rápidamente de tamaño. El aeronauta le estaba gritando algo que Graham no logró comprender:

—¿Qué? —preguntó Graham sin decidirse a apartar la vista de aquel objeto.

—Aeroplano, señor —gritó el aeronauta señalando el aparato con el dedo.

Se elevaron y dibujaron una curva hacia el norte mientras el inmenso artefacto

seguía acercándose y haciéndose más y más grande. El ruido producido por el motor del aeropilo, que le había parecido tan potente y rápido, se convirtió de pronto en un sonido lento y monótono comparado con la prisa vertiginosa del monstruo que se acercaba. ¡Qué grande parecía, qué veloz y seguro! Pasó muy cerca de ellos exhibiendo unas grandes alas transparentes cubiertas de cables que parecían tener vida propia. Graham tuvo una momentánea visión de filas y filas de pasajeros bien abrigados, acomodados en sus cabinas protegidas del viento por parabrisas, de un ingeniero vestido de blanco que avanzaba luchando contra el viento por la vía que unía aquellas cabinas, de varios motores poderosos que latían al unísono, de una enorme hélice y un gran trozo de ala. La visión de aquello le produjo una gran emoción, pero un instante después había pasado.

Se elevó ligeramente y las alas del aeropilo temblaron por el aire que removía a su paso. Descendió después y comenzó a disminuir de tamaño. Ellos apenas se habían movido, cuando el otro aparato se convirtió de nuevo en un pequeño objeto azul que avanzaba en el espacio. Aquél era el aeroplano que hacía el viaje de Londres a París. Con buena temperatura y en tiempos de paz, iba y venía cuatro veces al día.

Atravesaron el canal, muy despacio a juicio de Graham, cuyas ideas se habían ampliado, y Beachy Head surgió tímidamente a su izquierda.

—Tierra —dijo el aeronauta con una voz que apenas se podía oír a causa del silbido del viento por encima del parabrisas.

—Todavía no —gritó Graham riendo—. Todavía no. Quiero aprender más cosas referentes a esta máquina.

—Quise decir... —dijo el aeronauta.

—Quiero conocer mejor esta máquina —repitió Graham—. Voy con usted.

Saltó de su silla y avanzó por el protegido raíl que le separaba. Se detuvo un segundo y cambió de color, mientras sus manos se agarraban con fuerza a los soportes. Un paso más y se halló al lado del aeronauta. Sintió la presión del aire sobre sus hombros como un peso y su sombrero salió volando por el aire. El viento huracanado le removi6 el pelo en todas direcciones. El aeronauta manipul6 entonces precipitadamente para reajustar los centros de gravedad y presión.

—Deseo que me explique estas cosas... —dijo Graham—. ¿Cómo mueve el motor hacia delante?

El aeronauta titubeó antes de contestar.

—Es muy complejo, señor.

—No importa —gritó Graham—. No importa.

—Hubo una breve pausa.

—La aeronáutica es el secreto... el privilegio...

—Ya lo sé. Pero yo soy el Señor y deseo que conteste a mis preguntas.

Se echó a reír al comprender que en este punto podía servirse de su poderío.

El aeropilo dibujó una curva, el aire frío cortó la cara de Graham y su túnica se ciñó a su cuerpo cuando el aparato se dirigió al Oeste. Los dos hombres se miraron.

—Señor, hay ciertas leyes...

—No existen leyes en lo que a mí se refiere —dijo Graham—. No lo olvide.

El aeronauta lo miró fijamente.

—No lo olvido, Señor. Pero en toda la tierra ningún hombre que no sea un aeronauta conoce nuestros misterios. Vuelan como pasajeros...

—Sí, ya me han explicado todo eso y no voy a discutirlo con usted. ¿Sabe por qué he dormido durante doscientos años? ¡Para volar!

—¡Señor! —insistió el aeronauta—. Las leyes... Si desobedezco las leyes...

Graham hizo un ademán de indiferencia con la mano.

—En ese caso, si desea contemplar lo que hago...

—No —dijo Graham balanceándose y agarrándose con fuerza mientras la máquina se elevaba de nuevo—. No es ése mi propósito. Quiero hacerlo yo. Quiero hacerlo yo, aunque para ello tenga que estrellarme. ¡No! Lo haré. Voy a subir aquí para compartir el asiento con usted. ¡Quieto! Voy a volar por mi propia cuenta, aunque, como ya le he dicho, me estrelle al final. Éste es el premio a mi sueño. Todas las otras cosas... En mi vida pasada no tenía más ilusión que volar, y ahora... ¡Conserve el equilibrio!

—¡Una docena de espías me están observando, Señor!

Graham sintió que se le terminaba la paciencia y no hizo nada por reprimir la cólera. Profirió un juramento, avanzó con decisión por la masa de cables y cilindros que se interponían entre ellos, y el aeropilo se balanceó.

—¿Quién es el Dueño de la Tierra? —preguntó—. ¿Yo o, por el contrario la sociedad a que usted pertenece? Vamos, quite las manos de esas palancas y sujéteme las muñecas. Sí... así. Y ahora, ¿qué le parece? ¿Planeamos?

—Señor... —balbució el aeronauta.

—¿Qué le ocurre?

—¿Me protegerá?

—¡Santo cielo! ¡Sí...! ¡Le protegeré, aunque para ello tenga que quemar Londres...! ¡Ahora, vamos!

Y, con esta promesa, Graham compró su primera lección de navegación aérea.

—Este viaje es una gran ventaja para usted —dijo riendo alegremente, porque el aire le causaba los mismos efectos que un vino muy fuerte—. Y le conviene enseñarme de prisa y bien. ¿Tengo que tirar de aquí? ¡Ah! ¡Así! ¡Ya está!

—¡Atrás, Señor! ¡Atrás!

—Atrás, está bien. Uno, dos, tres... ¡Ah! ¡Arriba! ¡Esto es maravilloso!

La máquina comenzó entonces a danzar en el aire de la manera más extraña. De repente trazaba una espiral de cien metros de diámetro, después se elevaba sin previo aviso y descendía de nuevo con rapidez para dar un gran salto que la hacía ascender una vez más. En uno de estos descensos parecía que se iba a arrojar temerariamente sobre el bosque de globos que se divisaba al sudoeste, pero se limitó a trazar una curva casi rozándolos y a recuperar en seguida el equilibrio. La extraordinaria

ligereza y suavidad de sus movimientos, el vivificante efecto del aire en su organismo, sumieron a Graham en una especie de frenesí, en una especie de borrachera.

Un incidente le devolvió la razón para enviarlo hacia abajo una vez más, hacia la vida que se desarrollaba en aquella ciudad familiar y desconocida, hacia aquella vida llena de misterios insolubles. Oyó un ruido seco, luego pasó junto a él y cayó una gota de una sustancia líquida. Siguió bajando y observó algo como un lienzo blanco agitado por el viento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. No he podido verlo bien.

El aeronauta miró a su vez, y después se asió con fuerza a la palanca porque descendían a gran velocidad. Cuando el aeroplano se elevó una vez más, aspiró profundamente y replicó:

—Eso era un cisne —dijo indicando el objeto blanco que se veía ya más lejano y diminuto.

—No lo vi —repuso Graham.

El aeronauta no contestó y Graham vio que tenía la frente perlada de sudor.

Avanzaron horizontalmente mientras Graham volvía al asiento del pasajero, protegido contra el azote del viento. Comenzó entonces el descenso final. La hélice seguía girando sin cesar y la pista de vuelo fue haciéndose más ancha y oscura a sus pies. El sol, ocultándose detrás de las montañas hacia el occidente, descendió con ellos y el cielo se tiñó de oro.

Pronto comenzaron a divisar hombres como puntos diminutos. Graham oyó un rumor parecido al causado por las olas al acariciar una playa de guijarros, y vio que los tejados de la pista de vuelo estaban abarrotados de gente que se regocijaba por su vuelta. Una masa oscura se hallaba apiñada bajo la pista, una masa punteada de innumerables caras que se movía con una oscilación de pañuelos blancos y de brazos alzados en un saludo de bienvenida.

Capítulo XVII

TRES DÍAS

Lincoln estaba esperando a Graham en un pequeño departamento debajo de las pistas de vuelo, ansioso de saber qué había ocurrido, y se mostró muy satisfecho al oír de labios de Graham el extraordinario interés que sentía por la Aeronáutica. Graham estaba entusiasmado.

—¡Tengo que aprender a volar! —exclamó—. Tengo que dominar la ciencia del vuelo. Compadezco a la pobre gente que ha muerto sin tener esta oportunidad. El aire de allá arriba es maravilloso, y creo que volar es lo mejor del mundo.

—Poco a poco descubrirá usted que en nuestros tiempos hay muchas cosas maravillosas —repuso Lincoln—. No sé qué le agradaría hacer ahora. Tenemos música que le resultará muy agradable.

—De momento —dijo Graham—, volar es lo único que me atrae. Quiero seguir aprendiendo. El aeronauta me dijo que había ciertas leves opuestas a que sean conocidos los misterios de la navegación aérea.

—Creo que así es, en efecto —afirmó Lincoln—. Pero para usted... Si desea ocuparse de eso, podrá convertirse inmediatamente en el primero de los aeronautas.

Graham insistió en la expresión de su deseo y habló durante algún tiempo de sus sensaciones.

—Y en cuanto a nuestros asuntos —preguntó de pronto—, ¿cómo van las cosas?

Lincoln hizo un gesto tranquilizador.

—Ostrog hablará mañana con usted —dijo—. Todo va normalizándose. La revolución se ha llevado a cabo con éxito en todas partes del mundo, aunque, desde luego, es inevitable que haya algún rozamiento, como siempre que se produce un motín. Mientras las cosas estén en manos de Ostrog, puede usted estar tranquilo. Su gobierno está asegurado.

—¿Sería posible que se me diera el título de aeronauta inmediatamente, antes de que llegue la noche? —preguntó Graham andando de un lado para otro—. Entonces podría volver a volar mañana por la mañana.

—¡Claro que es posible! —repuso Lincoln, pensativo—. Perfectamente, así se hará... Yo venía preparado para sugerirle varios métodos de diversión, pero usted ya ha encontrado uno. Telefonaré a la Oficina de Aeronáutica y volveremos a sus departamentos en el Edificio de Control de los Ventiladores. Cuando haya cenado, los aeronautas irán a verle. ¿No cree que después de cenar debía...?

—¿Qué? —preguntó Graham.

—Habíamos preparado unas bailarinas que vienen directamente del teatro de Capri.

—Odio el *ballet* —dijo Graham bruscamente—. Siempre lo he odiado. Y lo otro... No es eso lo que quiero ver. En los tiempos pasados también teníamos bailarinas e incluso existían en los gloriosos días de Egipto... Pero volar...

—Es cierto —asintió Lincoln—. Pero, de todos modos, nuestras bailarinas...

—Que esperen —dijo Graham—. Tendrán que esperar. Yo sé que esperarán. Tengo que hacer algunas preguntas a los expertos en aeronáutica y no deseo que se me distraiga.

—Tendrá cuanto desee —repuso Lincoln—. El mundo entero está a sus pies.

En aquel momento apareció Asano, y, escoltados por una guardia muy numerosa, volvieron por las calles de la ciudad hasta las habitaciones de Graham. Para ser testigos de su retorno se había reunido una multitud mucho más densa que la que presencié su partida. Las aclamaciones de aquella masa humana ahogaban a veces las respuestas de Lincoln a las innumerables preguntas de Graham sobre asuntos aéreos.

Al principio, Graham había agradecido las aclamaciones y el griterío inclinándose y haciendo ademanes de salutación, pero Lincoln le advirtió que aquella actitud sería considerada poco digna, y Graham, un poco cansado ya de tantas atenciones, no volvió a prestar atención a sus súbditos durante el resto de su camino.

Una vez llegados a los departamentos, Asano partió en busca de unas películas cinematográficas en las que pudiera apreciarse la maquinaria en movimiento, y Lincoln mandó a buscar modelos de máquinas, según deseo expreso de Graham, para ilustrar los varios adelantos mecánicos llevados a cabo en los dos últimos siglos. Los aparatos para comunicación telegráfica atrajeron con tal fuerza la atención del Señor, que la comida, deliciosamente preparada y servida por un número de muchachas encantadoras, tuvo que esperar durante largo rato. La costumbre de fumar había desaparecido casi de la tierra, pero cuando él manifestó su deseo de hacerlo, se descubrieron algunos excelentes cigarrillos en Florida que le fueron enviados por correo neumático mientras cenaba. Después llegaron los aeronautas y tuvo muchas ocasiones de maravillarse ante las palabras del ingeniero más antiguo. De momento, al menos, la inmensa variedad de máquinas contables, de máquinas creadoras, de motores de rotación, de motores explosivos, de elevadores de grano y de agua, de máquinas y de instrumentos agrícolas, resultaban a Graham más fascinadores que ninguna bayadera.

—Nosotros éramos salvajes... —repetía una y otra vez—. Éramos salvajes. Comparado con esto, estábamos en la Edad de Piedra... ¿Qué más pueden enseñarme?

Acudieron también a sus habitaciones los más famosos psicólogos, que le enseñaron los adelantos llevados a cabo en el arte del hipnotismo. Graham descubrió que los nombres de Milne Bramwell, Fechner, Liebhaf, William James, Myers y Gurney, tenían ahora un significado que hubiera llenado de asombro a sus contemporáneos. Estaban en uso varias aplicaciones prácticas de la psicología, se servían de toda clase de drogas, antisépticos y anestésicos, empleados por casi todos

aquellos que tenían necesidad de una concentración mental. En esta dirección, parecía haber tenido lugar un gran desarrollo de las capacidades humanas. Las hazañas de los hipnotizadores de antaño, las maravillas, como Graham las consideraba, de los magnetizadores, estaban ahora al alcance de cualquiera que pudiera pagarse los servicios de un hipnotizador experto. Años atrás, los métodos de examen en la educación habían sido destruidos por estos expedientes. En vez de años de estudio, los candidatos permanecían unas cuantas semanas en estado hipnótico, y durante aquel tiempo los preceptores no tenían más que repetir los puntos necesarios para dar una respuesta adecuada añadiendo una indicación para el recuerdo posthipnótico de estos puntos. Especialmente en las matemáticas, este sistema había prestado servicios incalculables y era utilizado por jugadores de ajedrez y por todos aquéllos cuya ocupación requería una extrema agilidad mental. En resumen, todas las operaciones llevadas a cabo bajo leyes definidas de aspecto casi mecánico, eran ahora sistemáticamente desprovistas de todas las distracciones de la imaginación o las emociones personales, y habían alcanzado un grado de precisión nunca soñado. De este modo, los niños de las clases trabajadoras, cuando llegaban a la edad necesaria para ser hipnotizados, se convertían por este sistema en cerebros maquinales, perfectamente puntuales y precisos, y eran liberados de todas las ideas de la juventud. Los alumnos de aeronáutica que sufrían de vértigo, se veían libres de sus errores imaginarios. En todas las calles había hipnotizadores dispuestos a imprimir en la mente ideas eternas. Si alguien deseaba recordar un nombre, una serie de números, una canción o un discurso, se le grababa en la memoria por este método, y los recuerdos desagradables podían ser borrados, las costumbres perniciosas curadas y los deseos arrancados. En una palabra, se llevaba a cabo una especie de cirugía psíquica como la cosa más corriente. De este modo se olvidaban indignidades y escenas humillantes, las viudas perdían el recuerdo de sus esposos y los amantes burlados se veían libres de su esclavitud. Sin embargo, injertar deseos en otra persona resultaba todavía imposible, y lo relativo a la transmisión del pensamiento quedaba aún en el misterio. Los psicólogos ilustraron sus explicaciones con algunos asombrosos experimentos mnemotécnicos sirviéndose de unos cuantos chiquillos pálidos vestidos de azul.

Graham, como la mayoría de la gente de su época, desconfiaba del hipnotismo, o de lo contrario hubiera liberado en aquel momento su mente de gran número de preocupaciones. Pero a pesar de las afirmaciones de Lincoln, se aferró a la anticuada teoría de que ser hipnotizado era en cierto modo hacer entrega de la propia personalidad, una abdicación de la voluntad. Y en el banquete de maravillosas experiencias que acababa de comenzar, deseaba intensamente ser dueño de sí mismo.

El día siguiente y otro día y un tercer día pasaron, ocupado Graham en estos temas. Cada día Graham pasó muchas horas entregado al vuelo y el tercer día voló por el sur de Francia y alcanzó los Alpes cubiertos de nieve. Estos vigorosos ejercicios le procuraban un sueño tranquilo y cada día su salud ganaba un punto a la

terrible anemia en que se había visto sumido al ocurrir su despertar. Cuando no estaba en el aire, Lincoln se mostraba asiduo para entretenerle, y le fueron mostradas todas las invenciones contemporáneas, todas las novedades y todo cuanto pudiera interesarle, hasta que al fin su apetito de saber quedó satisfecho. Se podrían llenar doce volúmenes con la enumeración de cuanto le fue expuesto. Cada tarde recibía en audiencia durante una hora o más, y pronto el interés que sentía por sus contemporáneos se hizo más íntimo y personal. Al principio había observado principalmente los detalles que le resultaban desconocidos y peculiares. Cualquier afectación en el vestido, cualquier discrepancia con sus ideas preconcebidas de elegancia y distinción en su comportamiento y modales, le había irritado.

Le asombró comprobar cuán pronto la débil hostilidad que sentía hacia ellos desaparecía y con qué rapidez comenzaba a apreciar la verdadera perspectiva de su situación y a ver los días de su vida victoriana, lejanos y empequeñecidos. Se sintió interesado de un modo especial por la hija pelirroja del Encargado de las Tocinerías Europeas. El segundo día, después de la cena, conoció a una bailarina y comprobó que era una gran artista. Después le fueron enseñadas nuevas maravillas del hipnotismo.

El tercer día, Lincoln sugirió que el Señor fuera conducido a una Ciudad de Placer, pero Graham se negó a ello y tampoco quiso aceptar los servicios de los hipnotizadores en sus experimentos aeronáuticos. Un lazo con el pasado le retenía en Londres. Era para él una experiencia asombrosa e interesante que no hubiera podido disfrutar en el extranjero, hacer evocaciones de tiempos pasados.

—Aquí, a cien pies por debajo —decía—, yo solía comer una chuleta en mis tiempos de Universidad. En este punto estaba Waterloo donde había siempre una gran confusión para coger el tren. Muchas veces he estado esperando aquí con mi maletín en la mano y he mirado al cielo. ¡Qué lejos estaba de pensar entonces que algún día avanzaría por el aire a cien metros de altura! Y ahora, en esta misma atmósfera que era entonces un dosel de humo gris, vuelo conduciendo un aeroplano.

Durante aquellos tres días, Graham estuvo tan ocupado con estas distracciones, que los movimientos políticos que tenían lugar en el exterior atrajeron poco sus pensamientos y los hombres que le rodeaban no hablaban de ellos. Todos los días acudía Ostrog, el Jefe, su Gran Visir, su Mayordomo de Palacio, para informarle en términos vagos de la firme estabilización de su Gobierno, y de que habían sido sofocados «ligeros disturbios» aquí y allá. La canción de la Revolución social no volvió a llegar a sus oídos y no se enteró de que había sido prohibido por las leyes municipales. Todas las grandes emociones dormían aletargadas en un rincón de su imaginación.

Pero en el segundo y en el tercero de los tres días, y a pesar de su interés por la hija del Encargado de las Tocinerías, se sorprendió acordándose de la joven Helen Wotton, que le había hablado de una manera tan extraña en la fiesta del Guardián de los Ventiladores. La impresión que le había producido era muy profunda, aunque las

incesantes sorpresas producidas por cuanto le rodeaba habían impedido que sus pensamientos se concentraran a menudo en ella. Ahora su recuerdo volvía a imponerse. Se preguntó lo que habría querido decir con aquellas frases medio olvidadas, y la pasión que retrataba a su cara se hizo más viva a medida que su interés por las cosas mecánicas se iba desvaneciendo. Su belleza se interpuso entre él y ciertas tentaciones inmediatas de innoble pasión. Pero no volvió a verla hasta que hubieron pasado tres días completos.

Capítulo XVIII

GRAHAM RECUERDA

Tropezó con ella al fin en una pequeña galería que unía las Oficinas de los Ventiladores con sus departamentos. La galería era larga y estrecha, con una serie de recodos, cada uno de los cuales tenía una ventana en arco que daba a un jardín de palmeras, y, de pronto, en uno de aquellos recodos, la encontró. La joven estaba sentada. Volvió la cabeza al oír sus pisadas y se sobresaltó al verle. De su rostro desapareció toda sombra de color. Se puso en pie instantáneamente, dio un paso hacia él como si se dispusiera a hablarle, y titubeó. Graham se detuvo y permaneció inmóvil, expectante. Entonces advirtió que una agitación nerviosa impedía hablar a la joven, y comprendió que, puesto que estaba esperando en aquél, lugar, debía desear hablar con él. Sintió el impulso de acudir en su ayuda.

—Deseaba verla —dijo—. Hace unos días usted quiso decirme algo, quiso hablarme de mi pueblo. ¿Qué era lo que tenía que decirme?

Ella lo contempló en silencio, llena de turbación.

—Me dijo que el pueblo era desgraciado.

Durante unos segundos la joven permaneció muda, y al fin dijo bruscamente:

—Mis palabras debieron de parecerle extrañas.

—Sí... Y sin embargo...

—Hablé siguiendo un impulso.

—¿Y qué?

—Eso es todo.

Lo miró titubeando, y, haciendo un visible esfuerzo, prosiguió:

—Se ha olvidado usted —dijo exhalando un profundo suspiro.

—¿De qué?

—Del pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha olvidado usted del pueblo.

Graham la miró interrogante.

—Sí. Ya sé que mis palabras le sorprenden, porque usted no comprende su situación... Usted ignora lo que está ocurriendo.

—¿Qué?

—Usted no lo comprende.

—Es posible que no lo comprenda. Pero... explíquemelo usted.

La joven se volvió a él con repentina decisión.

—Es muy difícil de explicar. Tenía la intención de hacerlo, y ahora me resulta imposible. No sé explicarlo. Una aureola de irrealidad rodeaba la figura de usted. Su

sueño y su despertar son milagros, al menos para mí y para la gente del pueblo. Usted, que vivió, sufrió y murió; usted, que era un simple ciudadano como los demás, despertó de nuevo, vivió de nuevo y se encontró con que se había convertido en el Dueño de la Tierra.

—¡Dueño de la Tierra! —repitió Graham—. Eso me dicen. Y, sin embargo, no puede usted imaginarse lo poco que sé.

—Ciudades... Trusts... la Compañía Laboral...

—Soberanías, potencias, dominios... poder y gloria. Sí, les he oído gritar. Lo sé. Soy el Señor, el Rey. Y Ostrog es el Jefe...

Hizo una pausa y ella se volvió hacia él con una mirada escudriñadora.

—¿Ostrog...?

Graham sonrió.

—Ostrog asume la responsabilidad.

—Eso es lo que hemos comenzado a temer...

Durante unos instantes guardó silencio y después prosiguió lentamente:

—No. Usted se enfrentará con la responsabilidad. Usted lo hará. El pueblo tiene confianza en usted... ¡Escúcheme! Durante la mitad del tiempo que duró su sueño, multitud de gente, en cada generación una multitud más numerosa, ha pedido en sus oraciones que usted despertara. Todos han rezado con fervor para que así sucediera.

Graham se dispuso a hablar, pero guardó silencio.

La joven vaciló y sus mejillas se tiñeron con un leve rubor.

—¿Sabe que miríadas de personas le han considerado como su héroe, como el Rey Arturo, como Barba Roja, como el Rey que aparecería en el momento preciso y pondría el mundo en orden?

—Supongo que la imaginación del pueblo...

—¿Acaso no ha escuchado usted nuestro proverbio: «Cuando el Durmiente despierte»? Mientras usted permanecía insensible e inmóvil, la gente acudía a verle en peregrinación. El primer día de cada mes le cubrían a usted con una túnica blanca y el pueblo desfilaba por delante de usted. Cuando yo era una niña, le vi así, con una expresión de gran calma y de dignidad en el semblante.

Apartó la mirada y la fijó en el pintado muro que se alzaba ante ella. Cuando volvió a hablar lo hizo con voz entrecortada.

—Cuando yo era niña solía contemplar su cara, que me parecía serena, como la paciencia de Dios. De este modo pensábamos en usted. Esta impresión nos producía. Volvió hacia él sus ojos brillantes y su voz recuperó una vez más su claridad.

—En la ciudad y en el campo una miríada de miríadas de hombres y mujeres están a la expectativa de sus movimientos y en sus corazones han nacido toda clase de emociones.

—Continúe, por favor.

—Ni Ostrog ni nadie puede asumir esa responsabilidad.

Graham la miró sorprendido y contempló su rostro iluminado por la emoción. Al

principio, la joven parecía haber hablado haciendo un gran esfuerzo, pero sus palabras habían conseguido encender el fuego en su interior.

—¿Cree usted que ha vivido aquella vida mezquina y limitada en el pasado; que ha caído y salido en ese milagro del sueño, que la reverencia, el respeto y la esperanza de medio mundo ha rodeado su persona solamente para que pueda vivir otra vida mezquina? ¿Cree usted que puede hacer recaer la responsabilidad sobre los hombros de otra persona?

—Conozco la grandeza de mi soberanía —contestó Graham con vacilación—. Sé lo grande que parece. Pero ¿es, acaso, real? Es increíble, es parte de un sueño. ¿Es real, o es solamente un gran engaño?

—Sería real —dijo ella— si usted se atreviera.

—Después de todo, como todos los reinados, mi reinado no es sino Fe. Es una ilusión creada por la imaginación de los hombres.

—¡Si usted se atreviera...!

—Pero...

—Muchos hombres, mientras la ilusión viva en ellos, le obedecerán.

—Pero yo lo ignoro todo. Eso es lo que deseaba decirle. Lo ignoro todo, mientras que los demás, los consejeros y el propio Ostrog, son mucho más prudentes, más razonables y conocen esta vida. Y en realidad, ¿qué miserias son las que usted menciona? ¿Qué debo saber? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Soy poco más que una niña —repuso ella—. Pero para mí el mundo está lleno de desdichas. El mundo ha cambiado desde sus tiempos, ha cambiado de un modo muy extraño. Yo he rogado a Dios muy a menudo que me concediera la oportunidad de verle para poder hablarle de estas cosas. El mundo ha cambiado. Como si la gangrena hubiera tomado posesión de él y hubiera robado a la vida todo lo que vale la pena de poseerse.

Bruscamente volvió hacia él su rostro encendido y lo miró antes de proseguir.

—Sus tiempos eran tiempos de libertad. He pensado en ello a menudo. He tenido que pensar, porque mi vida no ha sido feliz. Los hombres ya no son libres; no son más grandes ni mejores que los hombres de sus tiempos. Y eso no es todo. Esta ciudad es una prisión. Cada una de las ciudades es una prisión y el espíritu de la codicia es quien tiene la llave en la mano. Miríadas, incontables miríadas de hombres, trabajan desde que nacen hasta que mueren. ¿Es eso justo? ¿Ha de seguir así para siempre? Sí, peor aún que en sus tiempos, alrededor de nosotros, por debajo y por encima, no hay más que dolor y desgracias. Todas las delicias superficiales de que usted disfruta están separadas por un hilo muy delgado de una vida de sufrimientos que no puedo describir con palabras. Sí, los pobres lo saben. Ellos saben que sufren. Lo saben las incontables multitudes que por usted se enfrentaron con la muerte hace unas noches. Usted les debe la vida.

—Sí —aprobó Graham lentamente—. Sí, les debo la vida.

—Usted proviene —prosiguió la joven— de los días en que la nueva tiranía de las

ciudades estaba naciendo. Es una tiranía. En sus tiempos, los señores feudales habían desaparecido y el nuevo dominio de las riquezas estaba aún por venir. La mitad de los hombres del mundo vivían aún en el campo. Las ciudades no habían comenzado a devorarlos. He leído historias en los libros y sé que existía la nobleza. Entonces los hombres podían vivir vidas de amor y fidelidad y llevar a cabo mil hazañas. Y usted... usted proviene de esos tiempos.

—Entonces, no... Pero eso no importa. ¿Cómo es la vida de ahora?

—Riquezas y las Ciudades de Placeres por un lado, y la esclavitud por otro... Esclavitud sin agradecimiento y sin honor.

—¿Esclavitud?

—Esclavitud.

—¿No iré a decirme que los seres humanos son considerados como objetos?

—Peor aún. Esto es lo que quiero que sepa, lo que quiero que vea. Sé que lo ignora. Ellos procurarán que siga en la ignorancia y pronto le llevarán a una Ciudad de Placer. Pero ¿ha observado usted hombres, mujeres y niños vestidos de color azul pálido, con caras famélicas y ojos sin brillo?

—Sí, por todas partes.

—¿Ha oído usted un horrible dialecto, basto y vulgar?

—Sí, lo he oído.

—Son los esclavos, sus esclavos. Los esclavos de la Compañía Laboral, que le pertenece.

—¡La Compañía Laboral! Eso me resulta en cierto modo familiar. ¡Ah! Ya recuerdo, lo vi cuando vagaba por la ciudad una vez que hubieron vuelto a encenderse las luces. Filas de edificios pintados de azul pálido. ¿Quiere usted decir realmente...?

—Sí. ¿Cómo podría explicárselo? Naturalmente, el uniforme azul le llamó la atención. Casi la tercera parte de nuestra población lo usa y cada día su número va aumentando. Esta Compañía Laboral ha crecido con firmeza y se ha ido extendiendo.

—¿Qué es la Compañía Laboral? —preguntó Graham.

—¿Cómo se las arreglaban en sus tiempos para solucionar el problema del hambre?

—Había instituciones de caridad a cargo de las Parroquias.

—¡Instituciones de caridad! Sí, recuerdo haber estudiado algo sobre ello en nuestras lecciones de Historia. La Compañía Laboral las sustituyó. Esta Compañía surgió de algo que es posible que usted recuerde, una organización religiosa y emocional llamada Ejército de Salvación, que se convirtió en una compañía de negocios. En sus primeros tiempos se dedicaba a la caridad y a salvar al pueblo de las instituciones benéficas, hospicios, etcétera. Ahora que lo pienso, fue una de las propiedades que primero adquirieron sus administradores. Compraron el Ejército de Salvación y lo reconstruyeron tal como es ahora. En un principio la idea era dar trabajo a los ciudadanos sin hogar y hambrientos...

—Continúe.

—Hoy no existen instituciones de caridad, no hay refugios ni casas de misericordia. No hay más que la Compañía Laboral. Sus oficinas están por todas partes y el azul es su color. Todo hombre, mujer o niño que esté hambriento y cansado, sin hogar, amigos o recursos, se ve forzado a recurrir a la Compañía o a la muerte. La eutanasia está por encima de sus medios. Para los pobres no hay muerte fácil. A cualquier hora del día o de la noche hay comida, techo y un uniforme azul para todos los que llegan, pues ésta es la primera condición impuesta por la Compañía, y a cambio del asilo por un día, la Compañía exige un día de trabajo y después devuelve al visitante su ropa y le pone en la calle de nuevo.

—¿Y bien?

—Es posible que esto MÍO le parezca a usted muy terrible. En sus tiempos los hombres se morían de hambre en las calles. Desde luego, era horrible, pero morían como hombres. Esta pobre gente vestida de azul... Ya dice el proverbio: «Azul una vez, azul siempre». La Compañía comercia con su trabajo y se ha cuidado de asegurarse que no le falte el suministro. La gente llega hambrienta e indefensa, come y duerme durante una noche y un día, trabaja durante un día y al final es libre de nuevo. Si han trabajado bien, cada uno recibe un penique para poder ir a un teatro, a un baile barato, a un cine o a una casa de comidas o de apuestas. Cuando lo han gastado, vagan por la calle de un lado a otro. La policía cuida de que nadie mendigue, y además, aunque pudieran hacerlo, nadie les daría nada. Por lo tanto, el día siguiente o al otro tienen que volver, empujados por la misma incapacidad que les llevó allí la primera vez. Por fin su ropa acaba por gastarse o sus harapos les avergüenzan. Entonces tienen que trabajar durante meses y meses para comprar un traje nuevo, si es que lo desean. Un gran número de niños nacen al cuidado de la Compañía, y por la ayuda prestada la madre debe trabajar durante un mes. Los niños son cuidados y educados hasta que cumplen catorce años, y entonces deben hacer dos años de servicio. Estos niños son educados para llevar el uniforme azul. De este modo trabaja la Compañía.

—¿Y no hay parados en la ciudad?

—Ninguno. O llevan el uniforme azul o están en la cárcel.

—¿Y si no quieren trabajar?

—La mayoría de ellos se avienen a trabajar en estos términos, y, por otra parte, la Compañía tiene medios para obligarles. A veces se les reduce el alimento o se les quita del todo, y a un hombre o una mujer que se ha negado a trabajar una vez, se le conoce siempre por una señal en el pulgar marcada por las sucursales de la Compañía en todo el mundo. Además, ¿quién puede abandonar la ciudad sin dinero? Ir a París cuesta dos leones. Para castigar la insubordinación hay, además, cárceles oscuras y miserables en los subterráneos de las ciudades. Hay cárceles ahora para castigar muchas cosas.

—¿Y una tercera parte de la humanidad lleva el uniforme azul?

—Más de la tercera parte. Miríadas de trabajadores que viven sin orgullo ni esperanza mientras resuenan en sus oídos las descripciones de las Ciudades de Placer, en las que se hace mofa de sus vidas vergonzantes, de sus privaciones y de sus penalidades. Demasiado pobres para poner en práctica la eutanasia, el refugio del hombre rico contra la vida. Miríadas idiotizadas y tullidas, miríadas incontables en todo el mundo, ignorantes de todo, excepto de limitaciones y deseos insatisfechos. Nacen, viven una vida frustrada y mueren. Éste es el estado a que ha llegado el mundo.

Graham permaneció unos instantes con la mirada fija en el suelo.

—Pero ha habido una revolución —dijo—. Todas estas cosas cambiarán, Ostrog...

—Esto es lo que todos esperábamos. Ésta era la esperanza del mundo. Pero Ostrog no lo hará. Ostrog es un político y para él las cosas deben permanecer como están. No le importa y considera este estado de cosas como lo más natural. Todos los que tienen riquezas e influencias, y todos los que gozan de alguna felicidad acaban por considerarlo como la cosa más natural del mundo. El pueblo es su instrumento, y mediante su degradación viven para el placer. Pero usted que viene de una época mejor... usted es la esperanza del pueblo. Sólo usted...

Graham fijó los ojos en los de la joven y vio que brillaban con silenciosas lágrimas. Sintió una profunda emoción y por un momento olvidó la ciudad, la raza y las voces remotas, en la inmediata realidad de su belleza.

—¿Qué debo hacer? —preguntó sin apartar de ella la vista.

—Gobernar —respondió la joven inclinándose hacia él y hablando en voz baja—. Gobernar el mundo como nunca ha sido gobernado, para el bien y la felicidad del pueblo. Porque usted puede gobernarlo. El pueblo está inquieto en todos los confines del mundo y bastará una palabra suya para que todos reaccionen como un solo hombre. Incluso la clase media es desgraciada. Los que le rodean no le dicen lo que está sucediendo. El pueblo se niega a volver a sus trabajos penosos y a ser desarmado una vez más. Ostrog ha despertado en ellos algo mayor de lo que nunca pudo soñar: ha despertado la esperanza.

El corazón de Graham latía tumultuosamente, pero se esforzó para parecer juicioso y por aquilatar el valor de aquellos argumentos.

—No esperan más que una palabra de usted.

—¿Y después?

—Después podría usted hacer lo que quisiera... El mundo le pertenece.

Graham permaneció sentado y dejó de mirarla. Unos instantes después habló de nuevo:

—¿Son acaso sueño las palabras que me persiguen, las palabras «libertad» y «felicidad»? ¿Acaso podría un hombre, un solo hombre...?

Su voz tembló y se interrumpió bruscamente.

—No sólo un hombre, sino todos los hombres, si tuvieran un Jefe a quien

expresar los deseos de su corazón.

Graham movió la cabeza y durante unos minutos ambos guardaron silencio. Después él levantó la vista y su mirada tropezó con la de ella.

—Yo no tengo tanta fe —dijo—. Tampoco tengo su juventud. Estoy en manos de fuerzas poderosas que se burlan de mí. No, déjeme hablar. Quiero hacer el bien, y si no tengo fuerza para ello, para hacer el bien total, quiero hacer más bien que mal. No lograré llevar a cabo ningún milagro, pero he decidido gobernar. Sus palabras me han hecho despertar al fin. Tiene razón. Ostrog debe ocupar el lugar que le corresponde y yo aprenderé... Una cosa voy a prometerle, y es que la esclavitud de la Compañía Laboral no volverá a existir.

—¿Y usted gobernará?

—Sí. Siempre que... Con una condición.

—¿Cuál?

—Que usted me ayude.

—¿Yo? Soy casi una niña...

—Sí. ¿No se le ha ocurrido pensar que estoy completamente solo?

La joven se sobresaltó y durante unos segundos sus ojos expresaron una profunda compasión.

—¿Es necesario que me pregunte si estoy dispuesta a ayudarle?

Permaneció en pie delante de él, hermosa como una reina, y su entusiasmo y la grandeza de sus pensamientos los unió como un lazo tangible. Al mismo tiempo, tocarla, coger su mano, era algo que Graham no podía esperar.

—En ese caso, gobernaré —dijo lentamente—. Gobernaré... con usted.

Se hizo un silencio entre ambos cargado de tensión, y después se oyeron las campanadas del reloj al dar la hora. La joven no contestó y Graham se puso en pie.

—Ostrog me está esperando —dijo sin apartar la vista de la joven—. Cuando le haya hecho ciertas preguntas... Existen muchas cosas que ignoro. Es posible que vaya a comprobar con mis propios ojos todo cuanto usted me ha dicho, y cuando vuelva...

—Yo estaré al corriente de sus idas y venidas, y le esperaré en este mismo lugar.

Graham permaneció en pie sin dejar de mirarla.

—No me había equivocado —murmuró ella.

Graham esperó sus siguientes palabras, pero la muchacha no añadió nada más. Ambos se miraron interrogantes y al fin él giró sobre sus talones y se dirigió con paso firme hacia las Oficinas de los Ventiladores.

Capítulo XIX

EL PUNTO DE VISTA DE OSTROG

Graham encontró a Ostrog esperándole para informarle sobre los asuntos de aquel día. En ocasiones anteriores había dado su visto bueno a aquellos informes con la mayor rapidez posible, a fin de poder volar de nuevo cuanto antes, pero aquel día empezó a hacer preguntas, porque estaba dispuesto a coger las riendas del Gobierno inmediatamente. Ostrog le informó de un modo halagador y vago del desarrollo de los acontecimientos en el extranjero. En Berlín y París había habido disturbios que en ningún modo podían considerarse como una resistencia organizada, pero sí como conatos de insubordinación.

—Después de todos estos años —dijo Ostrog cuando Graham le sometió a un interrogatorio—, el populacho ha levantado de nuevo la cabeza. Para ser franco, ésa es la verdadera naturaleza de los disturbios.

Añadió, sin embargo, que el orden había sido restablecido en aquellas ciudades. Graham, actuando deliberadamente de juez a causa de las emociones que sentía, quiso saber si había habido lucha.

—Sí —repuso Ostrog—. Un poco y en ciertas zonas. Pero la división senegalesa de nuestra policía agrícola africana estaba preparada para cualquier eventualidad y también lo estaban los aeroplanos. Las Compañías Africanas Consolidadas tienen una policía perfectamente entrenada. Suponíamos que habría disturbios en las ciudades continentales y en América. Pero las cosas están tranquilas al otro lado del Océano, y por el momento han quedado satisfechos con la caída del Consejo.

—¿Por qué suponían que habría disturbios? —preguntó Graham bruscamente.

—Existe un gran descontento, un descontento social. —¿La Compañía Laboral?

—Está usted aprendiendo mucho —contestó Ostrog, sorprendido—. Sí, el descontento se debe principalmente a la Compañía Laboral, y a ella y al despertar de usted se debió principalmente la caída del Consejo. —Continúe.

Ostrog sonrió y se hizo más explícito.

—Teníamos que avivar ese descontento y hacer revivir las antiguas ideas acerca de una felicidad universal, de que todos los hombres podían ser iguales y felices, y compartir todas las comodidades que la vida puede ofrecer. Todas estas ideas han estado dormidas durante doscientos años. Teníamos que hacerlas revivir, aunque son imposibles, a fin de derrotar al Consejo. Y ahora...

—¿Y ahora?

—Nuestra revolución es un hecho, el Consejo ha caído y el pueblo a quien despertamos de su apatía se niega a calmarse. Apenas ha habido lucha, porque hicimos toda clase de promesas. Es extraordinario lo rápidamente que estas vagas

ideas humanitarias han revivido y se han extendido por el mundo. Nosotros, los que plantamos la semilla, no salimos de nuestro asombro. En París, como ya le he dicho, nos hemos visto obligados a recurrir a la ayuda del exterior.

—¿Y aquí?

—Aquí también hay crisis. Las multitudes no quieren volver al trabajo y hay una huelga general. La mitad de las fábricas están vacías y el pueblo se aglomera en las vías públicas. Hablan de un Gobierno popular, y muchos hombres vestidos de seda y de satén han sido insultados por la calle. Los que visten el uniforme azul, esperan muchas cosas de usted, pero, naturalmente, usted no debe preocuparse por nada. Hemos puesto en movimiento las máquinas parlantes para hacer propuestas a favor de la causa de la ley y el orden. Debemos mantenernos firmes. Eso es todo.

Graham reflexionó y buscó un medio de imponerse, pero cuando habló lo hizo con dificultad.

—¡Hasta el punto de traer a la ciudad a la policía negra! —exclamó.

—Son hombres muy útiles —dijo Ostrog—. Muy leales y desprovistos de ideas propias. Si el Consejo los hubiera utilizado como policía de la calle, los acontecimientos hubieran sido distintos. Por supuesto, no hay nada que temer; sólo motines y ligeros daños. Usted ya sabe volar y puede marchar a Capri si las cosas se ponen feas. Tenemos todas las fuerzas de nuestra parte. Los aeronautas constituyen una clase privilegiada y rica, y su sindicato es el más poderoso del mundo. La misma influencia tienen los ingenieros de los ventiladores. Somos dueños del aire, y el que es dueño del aire posee el dominio de la tierra. No tendremos que enfrentarnos con ninguna fuerza organizada. Carecen de jefe y no tienen más que los jefes ocasionales de la sociedad secreta que nosotros organizamos antes de su oportuno despertar. No son más que unos sentimentales y parlanchines amargamente celosos unos de otros. Ninguno de ellos es lo suficientemente hombre para ser la figura central. Naturalmente, pueden llevar a cabo un levantamiento desorganizado, y, para serle franco, es posible que ocurra. Pero eso no interrumpirá sus prácticas de aeronáutica. Los tiempos en que el pueblo podía alzarse en rebelión pertenecen al pasado.

—Sí, supongo que sí —dijo Graham pensativo—. Supongo que sí. Este mundo está lleno de sorpresas para mí. Antiguamente solíamos soñar con una maravillosa vida democrática, con una era en que todos los hombres serían iguales y felices.

Ostrog le miró con firmeza.

—El día de la democracia ha pasado —dijo—. Ha pasado para siempre. Ese día comenzó con los arqueros de Grecia y terminó cuando la infantería, cuando los hombres en masa dejaron de ganar las batallas del mundo, cuando costosos cañones, los grandes acorazados y los ferrocarriles estratégicos fueron los medios para conseguir el poder. La época actual es la época de la riqueza. La riqueza es el poder como nunca lo fue anteriormente, y domina la tierra, el mar y el cielo. Sólo los que consiguen el dominio de las riquezas pueden tener poder... Usted debe aceptar los hechos, y los hechos son éstos. En cuanto a las ideas de que el mundo pertenece al

pueblo y de que el pueblo puede gobernar... Ya en sus tiempos ese credo fue condenado. Hoy no tiene más que un creyente, un creyente múltiple y necio, el hombre del pueblo.

Graham no contestó inmediatamente y permaneció sumido en sombríos pensamientos.

—No —dijo Ostrog—. El día del hombre del pueblo ha pasado. En el campo abierto un hombre vale tanto como cualquier otro, o casi tanto. La primera aristocracia poseía una fuerza y una audacia muy precarias, y tenía que estar siempre en guardia. Había insurrecciones, duelos y motines. La primera aristocracia real, la primera aristocracia permanente, nació con castillos y armaduras, y desapareció con la aparición de los mosquetes y los arcos. Pero la nuestra es la segunda aristocracia, la verdadera. Los días de la pólvora y de la democracia no fueron más que un remolino en una corriente. El hombre individual no es hoy más que una unidad indefensa. Actualmente poseemos la gran maquinaria de la ciudad y una organización demasiado compleja para sus entendimientos.

—Sin embargo —dijo Graham—, hay algo que se resiste, algo que hay que mantener sujeto, algo que late y hace presión.

—Verá usted aún muchas cosas —repuso Ostrog con una forzada sonrisa con la que quería barrer estas preguntas difíciles—. Yo no he creado estas fuerzas para que lleven a cabo mi destrucción. Confíe en mí.

—Quisiera saber... —dijo Graham.

Ostrog lo contempló en silencio.

—¿Es acaso necesario que el mundo sea de este modo? —preguntó Graham sintiendo que ya no podía contener por un momento más las emociones que rebosaban de su corazón—. ¿Es necesario que sea así? ¿Han sido vanas todas nuestras esperanzas?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ostrog—. ¿A qué esperanza se refiere?

—Yo procedo de una época democrática, y de repente me he encontrado en medio de una tiranía de aristócratas de la cual usted es el tirano principal.

Graham movió la cabeza y Ostrog objetó:

—Contemple la cuestión con ecuanimidad. La vida siempre ha sido igual. Aristocracia, el predominio de los mejores, el sufrimiento y la extinción de los inútiles para la mejora del sistema.

—Pero la aristocracia... La gente que he conocido...

—¡Oh, no esos! —dijo Ostrog—. Ésos, en su mayoría, van a la muerte, al vicio y al placer. No tienen hijos y su clase pronto acabará por extinguirse. Es decir, si el mundo sigue su camino sin vacilaciones y sin volverse atrás. El método más conveniente para mejorar la raza, es seguir un camino fácil y poner en práctica una eutanasia conveniente para los buscadores del placer.

—Sí, una extinción muy agradable —respondió Graham.

Reflexionó durante unos instantes y prosiguió:

—Sin embargo... existe por otro lado el pueblo, la gran masa de gente pobre. ¿Se extinguirá también?

Esa masa no podrá extinguirse. Sufre y su sufrimiento es una fuerza que ni siquiera usted...

Ostrog se removió impaciente, y cuando habló lo hizo con menos serenidad que antes.

—No se preocupe por estas cosas —dijo—. Dentro de unos días todo estará resuelto. El pueblo es una inmensa bestia. ¿Qué importancia tiene que no llegue a extinguirse? Aunque así sea, puede ser domado y guiado a voluntad. No siento ninguna simpatía por el pueblo ni por la humanidad servil. ¿Oyó cómo cantaban y gritaban hace dos noches? Esa canción les fue enseñada, y si hubiera usted interpelado a cualquier hombre para preguntarle la razón de sus gritos, no hubiera sabido responderle. Ellos creen que le aclaman a usted y que son siervos suyos fieles y devotos. Entonces estaban dispuestos a terminar con el Consejo. Hoy están ya murmurando contra los que derrotaron al Consejo.

—No, no —replicó Graham—. Gritaban porque eran desgraciados, porque en su vida no había alegría ni dignidad y porque, tenían puesta en mí su esperanza.

—¿Y en qué consistía su esperanza? ¿En qué consiste su esperanza? ¿Qué derecho tienen a esperar? Trabajan mal y exigen la misma recompensa que aquellos que trabajan bien. ¿Cuál es la esperanza de la humanidad? Que algún día aparezca el Superhombre, que algún día el hombre inferior, el débil y el bruto, sea subyugado y eliminado. Si su eliminación total no es posible, que al menos sea subyugado. En el mundo para los inútiles, los estúpidos y los retrasados. Su deber es morir. La muerte es el único fin del fracaso. Ése es el camino por el cual la bestia se convirtió en hombre y por el que el hombre llega a cosas más altas.

Ostrog dio unos pasos por la habitación. Pareció reflexionar y se volvió hacia Graham.

—Puedo imaginarme perfectamente el efecto que nuestro mundo debe causar a un inglés de la época victoriana. Usted echa de menos todas las viejas formas del gobierno representativo. Sus espectros todavía persiguen al mundo con el recuerdo de sus elecciones, sus Parlamentos y demás infantilismos del siglo XVIII. Usted siente una instintiva repulsión hacia nuestras Ciudades de Placer. Debía haberseme ocurrido antes, pero he estado demasiado ocupado y esta idea no ha tenido cabida en mi cerebro. Pero ya aprenderá. El pueblo está corroído por la envidia y espera que usted cambie las cosas. En estos mismos momentos la muchedumbre clama en las calles exigiendo la destrucción de las Ciudades de Placer. Pero las Ciudades de Placer son los órganos excretorios del Estado, lugares atractivos que año tras año reúnen todo cuanto es débil y vicioso, todo cuanto está dominado por la lascivia y la pereza, todo cuanto de criminal hay en el mundo y acelera su destrucción. Acuden allí, allí pasan el tiempo y mueren sin haber tenido hijos. Todas las mujeres lascivas mueren sin haber tenido hijos, y de este modo la humanidad sale ganando. Si el pueblo no

estuviera loco, no envidiaría a los ricos su modo de morir. ¡Y usted quiere emancipar a los trabajadores sin cerebro y sin imaginación que hemos esclavizado para intentar que sus vidas vuelvan a ser felices y agradables! Ignora que han caído en la situación que les corresponde.

Sonrió con una sonrisa que irritó a Graham de un modo extraño y durante unos segundos guardó silencio.

—Ya cambiaré de opinión. Comprendo sus ideas porque durante mi niñez leí a Shelley y soñé con la libertad. No existe libertad que no sea la sabiduría y el dominio de uno mismo. La libertad está en nuestro interior, no fuera, y la libertad de cada hombre es algo que sólo a él le incumbe. Supongamos, lo que es imposible, que esta muchedumbre de necios vestidos de azul logren ponerse encima de nosotros. ¿Qué ocurriría? Que poco después caerían en las manos de otros dueños. Mientras haya borregos, la naturaleza seguirá creando bestias de presa. Significaría únicamente un retraso de unos cien años. El dominio del aristócrata es fatal y lógico. El fin será el Superhombre, a pesar de todas las locas protestas de la humanidad. Aunque se rebelen contra mí, aunque consigan darme muerte y dársela a mis semejantes, surgirán otros. Surgirán nuevos tiranos y el fin será el mismo.

—No estoy seguro —repuso Graham con testarudez.

Durante unos minutos mantuvo los ojos fijos en el suelo, y al fin habló:

—Deseo ver estas cosas por mí mismo —dijo asumiendo de pronto un tono dominante—. Solamente viéndolo podré comprender. ¡Debo comprender! Esto es lo que deseaba decirle, Ostrog. No deseo ser rey de una Ciudad de Placer. No es ése el reinado a que yo aspiro. Ya he concedido bastante tiempo a la aeronáutica y a todas las otras cosas. Ahora deseo saber cómo vive el pueblo, en qué consiste la vida del pobre. Entonces comprenderé mejor todo esto. Deseo conocer la existencia de la clase trabajadora, deseo saber cómo trabajan, cómo se casan, cómo tienen hijos, cómo mueren...

—Todo eso puede conocerlo por nuestras novelas realistas —sugirió Ostrog, repentinamente preocupado.

—Yo busco la realidad —dijo Graham—. No el realismo.

—Habrás dificultades... —repuso Ostrog reflexionando—. Quizás, al fin y al cabo...

—¿Qué?

—Yo no esperaba... Había pensado... Y sin embargo, quizá... ¿Dice usted que desea recorrer las vías de la ciudad y ver cómo vive la gente? Será necesario que vaya disfrazado. La ciudad está muy intranquila y los ánimos excitados. El descubrimiento de su presencia entre la gente podría producir un terrible tumulto. Sin embargo, este deseo suyo de entrar en la ciudad, esta idea... puede llevarse a cabo, si es que verdaderamente le interesa. Sus deseos, naturalmente, son órdenes. Usted es el Señor. Puede ir cuando lo desee. Asano le facilitará un disfraz adecuado para esta excursión y él le acompañará. Al fin y al cabo, no es mala idea.

—¿No desea consultarme sobre ningún punto? —preguntó Graham con repentina desconfianza.

—¡Oh, no! ¡No! Creo que puede confiarme sus asuntos, al menos por el momento —dijo Ostrog sonriendo—, aunque no estemos de acuerdo.

Graham le lanzó una mirada penetrante.

—¿No habrá derramamiento de sangre? —preguntó.

—Por supuesto, no.

—He estado pensando en esos negros. No creo que el pueblo tenga sentimientos hostiles hacia mí, y, después de todo, yo soy el Señor. No quiero que esos negros vengan a Londres. Quizá sean prejuicios arcaicos, pero mis ideas son muy fijas en lo que se refiere a las distinciones de raza. Ni siquiera en París...

Ostrog le contempló pensativo por debajo de sus pobladas cejas.

—No pensaba traer a los negros a Londres —dijo lentamente—. Pero si...

—No traerá usted negros armados a Londres, ocurra lo que ocurra —replicó Graham—. Por lo que a eso se refiere, estoy completamente decidido.

Después de un leve titubeo, Ostrog decidió no insistir y se inclinó respetuosamente ante él.

Capítulo XX

EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

Aquella noche, Graham, disfrazado para pasar desapercibido con el uniforme de un oficial de los Ventiladores de categoría inferior, y acompañado por Asano, con el uniforme azul de la Compañía Laboral, visitó la ciudad por la que había vagado cuando estaba sumida en el torbellino de la vida. A pesar de las crecientes fuerzas de la revolución, a pesar del descontento existente, los rumores de que la primera revuelta no había sido más que el preludio, el comercio seguía floreciendo con ímpetu y fuerza. Graham conocía ya en parte las dimensiones y las bases de la nueva era, pero no estaba preparado para las infinitas sorpresas que le proporcionaría una visión detallada ni para el torrente de colores e impresiones que corría junto a él.

Aquél era su primer contacto real con la humanidad de los últimos tiempos. Comprendió que todo lo que había ocurrido anteriormente, salvo las cosas sueltas que había podido ver en los teatros públicos y en los mercados, había tenido un importante factor de secreto, que había sido un movimiento llevado a cabo dentro de un marco político relativamente pequeño, y que todas sus experiencias previas habían girado inmediatamente alrededor de su propia situación. Pero aquí había una ciudad animada en las horas más vivas de la noche. En gran parte, ya el pueblo volvía a dedicarse a sus intereses propios, a reanudar su vida real y a seguir con las costumbres de la nueva época.

Graham y su acompañante salieron a una calle cuyos pavimentos móviles estaban abarrotados de uniformes azules. Toda aquella densidad de población no era más que una parte de una procesión. ¡Y qué extraño resultaba una procesión recorriendo sentada la ciudad! Los concurrentes llevaban carteles de una tela basta y colorada con grandes letras rojas. «No queremos el desarme», decían las pancartas, generalmente con letras escritas a brochazos y ortografía muy variable. «¿Por qué tenemos que entregar las armas?». «No queremos el desarme». «Nos negamos a entregar las armas». Bandera tras bandera pasaban ante él. Era toda una corriente de banderas, carteles y pancartas. Al final de la manifestación, se oía el himno de la revolución y una ruidosa banda tocaba extraños instrumentos.

—Deberían estar todos trabajando —dijo Asano—. No comen desde hace dos días, a no ser que hayan robado algo para llevarse a la boca.

Al poco rato. Asano dio un rodeo para evitar la masa de gente apretujada que contemplaba asombrada el paso de cadáveres trasladados del hospital al depósito. Era la cosecha de muertos, producto de la primera revolución.

Aquella noche, muy poca gente dormía y todo el mundo estaba en la calle. Graham se veía rodeado por una atmósfera excitada de masas humanas

continuamente cambiantes. Su mente se hallaba confusa y en tinieblas, debido al incesante tumulto y a los gritos y enigmáticos fragmentos de la lucha social que estaba comenzando a producirse. Por todas partes había pancartas y banderas con extraños y negros decorados. En ellas se exaltaba e intensificaba su popularidad. Por todos lados pudo oír retazos de aquel dialecto basto y crudo que utilizaban las clases iletradas. Esto es, aquella clase que en su intercambio corriente no utilizaba la cultura que daban los gramófonos. En todos lados se respiraba la misma atmósfera de negativa a entregar las armas, con un aroma de urgencia inmediata de la que no se había dado cuenta cuando estaba en el barrio de los ventiladores. Decidió que tan pronto como volviera tendría que discutir este asunto con Ostrog, pero no sólo este asunto, sino todos los que traía consigo y de una forma mucho más categórica de lo que lo había hecho hasta ahora. Durante toda aquella noche, en las horas del amanecer y a través de todo su recorrido por la ciudad, su atención se vio atraída por el espíritu reinante de inquietud y revolución. Tanto absorbió su atención, que dejó de advertir una infinidad de cosas extrañas que si no hubiera sido por ello no le hubieran pasado desapercibidas.

Aquella preocupación hizo que sus impresiones fueran fragmentarias, pero, sin embargo, entre tantas cosas que le eran extrañas y que le atraían, ningún tema, aunque le pudiera afectar personalmente, consiguió distraer su atención de lo que le preocupaba. A pesar de todo, hubo momentos en que se olvidó del tema del movimiento revolucionario, y como una cortina éste se corrió a un lado para dejarle ver algún nuevo aspecto de la época en que vivía.

Helen había logrado que su mente fuera como una máquina de hacer preguntas y que entre las muchas preguntas que se hacía hubiese un predominio de interrogantes sobre ella. Pero hubo momentos en que Helen quedó borrada de sus pensamientos conscientes. Hubo un momento, por ejemplo, en que se encontró con que estaban cruzando por el barrio religioso, ya que el fácil desplazamiento de uno a otro punto de la ciudad hacía que la existencia, en distintos sectores, de iglesias y lugares de oración, no fuese ya necesaria, pudiendo estar todas reunidas en un barrio. Iban atravesando este distrito, cuando hubo algo en la fachada de la iglesia de una de las sectas cristianas que le llamó profundamente la atención.

Estaban sentados en una de las vías superiores rápidas, y fue entonces cuando, al torcer una esquina, vio avanzar rápidamente hacia él lo que le llamara tanto la atención. Se trataba de un edificio cubierto de abajo arriba con una serie de inscripciones muy brillantes en blanco y azul. Los únicos espacios en donde no había inscripciones eran aquéllos en donde una pantalla transparente de cinematógrafo exhibía escenas realistas del Nuevo Testamento. Rodeando el edificio había un ancho festón negro para demostrar que aquella religión seguía la política del momento. Graham ya se había familiarizado con la escritura fonética, y fue lo que decían las inscripciones lo que le impresionó tanto que las consideró como una increíble blasfemia. Entre las menos ofensivas podía leerse: «La Salvación en el primer piso

torciendo a la derecha», «Apueste por el Hacedor», «Las conversiones más rápidas del hombre», «Expertos oradores», «Adelántese a los demás», «Lo que Cristo diría al Durmiente», «Únase a los santos modernos», «Sea un cristiano sin que esto dificulte sus actuales ocupaciones», «Esta noche los obispos más brillantes en el escaño, a precios corrientes» y «Bendiciones rápidas para hombres de negocios».

—Pero esto es desolador —dijo Graham a medida que pasaban por debajo de la inmensa mole que aullaba gritos de piedad mercantilizada.

—¿Qué es desolador? —preguntó su acompañante buscando en vano algo que se saliera de lo corriente en las inmensas superficies pintadas.

—Eso. No cabe duda de que la esencia de la religión es el respeto.

—¡Ah, eso! ¿Le extraña? —dijo Asano con el tono de alguien que hace un descubrimiento—. Bueno, sí, claro, supongo que sí le extrañará, pero en nuestros tiempos la competencia para llamar la atención es tan grande, que hay que hacerlo así, y además la gente no dispone de tiempo libre para atender a sus almas, como disponían antes. En los viejos tiempos tenían ustedes los días de fiesta muy tranquilos y los solían pasar en el campo aunque no sé dónde recuerdo haber leído algo sobre los domingos por la tarde, que...

—Pero eso —repuso Graham volviendo la vista hacia los anuncios en azul y blanco que se alejaban—, pero eso no es lo único...

—Hay muchos medios diferentes. Pero claro está que si una secta no se anuncia, no gana dinero. Actualmente la adoración ha cambiado. Hay sectas para clases privilegiadas que no tienen que hacer una propaganda tan llamativa. Usan un incienso caro, prestan una atención personal a sus feligreses, etcétera. Pero ésta que acabamos de pasar es muy popular y próspera. Paga al Consejo varias docenas de leones por ese edificio, es decir, se lo pagaba a usted.

Graham todavía tenía dificultades con el sistema monetario, y aquella mención de una docena de leones hizo que su atención se volviera a este tema. Un momento después los templos abarrotados de gente que no cesaba de gritar quedaron olvidados. Una frase captada le confirmó en su idea de que tanto el oro como la plata habían dejado de servir para acuñar o valorizar monedas, que el oro bruñido que había comenzado su reino entre los mercaderes de Fenicia, había sido al fin destronado. El cambio se había llevado a cabo gradualmente, pero con rapidez, y se debía a la extensión del sistema de cheques que ya en su vida anterior comenzaban a sustituir al oro en todas las grandes transacciones financieras. El tráfico de la ciudad, el sistema monetario utilizado en el mundo, se llevaba a cabo por medio de pequeños cheques de color marrón, verde o rosado para pequeñas cantidades, impresos con caracteres negros. Asano tenía varios, y en la primera oportunidad que se le ofreció adquirió los que le faltaban de la serie. No estaban impresos en papel frágil, sino en una materia semitransparente de flexibilidad sedosa. Cada uno de ellos reproducía un facsímil de la firma de Graham y aquél fue su primer contacto con las curvas de aquel autógrafo que tan familiar le resultara doscientos tres años antes.

Algunos incidentes intermedios no lograron causarle una impresión lo suficientemente viva para apartar de sus pensamientos la cuestión del desarme. Tuvo una visión borrosa de un templo teosofista que prometía MILAGROS con enormes letras de fuego, y después contempló el gran comedor de la avenida de Northumberland. Esto le interesó profundamente.

Gracias a la energía y a la previsión de Asano pudo contemplar aquel lugar desde una galería apartada, reservada para los servidores de las mesas. En todo el edificio se oía un rumor distante y confuso cuyo significado no logró comprender al principio, pero que le recordó cierta voz misteriosa y lejana que había escuchado cuando volvieron las luces en la noche de sus vagabundeos solitarios.

Ya estaba acostumbrado a los grandes espacios y las grandes muchedumbres, pero sin embargo este espectáculo le llamó la atención largo tiempo. Mientras contemplaba lo que ocurría inmediatamente debajo de él, y mientras hacía cien preguntas relativas a los detalles, comprendió el verdadero significado de aquella fiesta, a la que asistían millares de personas.

Constituyó una verdadera sorpresa para él descubrir que los pensamientos que debían de habersele ocurrido mucho antes no se habían albergado en su imaginación, hasta que algún detalle trivial que anteriormente le había parecido un misterio le daba de pronto la explicación de algo que se le había pasado por alto. Por ejemplo, no se le había ocurrido que la continuidad de la ciudad, la exclusión de los fenómenos meteorológicos y las enormes estancias y calles implicaban la desaparición de la vida privada, y que el típico hogar Victoriano, la pequeña celda de ladrillos que contenía una cocina y un fregadero, un salón y unos dormitorios, había desaparecido para siempre y no quedaba de él más que las ruinas que de vez en cuando había visto en el campo.

Entonces comprendió con claridad lo que desde el principio había sido evidente: que el hogar considerado como el centro de la vida no era ya una serie de habitaciones, sino un gigantesco hotel, un hotel con mil clases distintas de habitaciones, con millares de comedores, iglesias, teatros, mercados y lugares de reunión, una síntesis de empresas de la que él era dueño absoluto. La gente tenía sus habitaciones de dormir en lo que podría denominarse antecámaras, habitaciones que siempre eran higiénicas, aunque no fuesen muy confortables ni muy privadas. Por lo demás, vivían como había vivido mucha gente en los modernos grandes hoteles de los días Victorianos, comiendo, leyendo, pensando, jugando o conversando en los lugares públicos, yendo a trabajar en los barrios industriales de la ciudad o haciendo negocios en las oficinas de la zona comercial.

Se dio cuenta inmediatamente de la manera inevitable cómo este estado de cosas había surgido de la ciudad victoriana. La razón de ser fundamental de la Edad Moderna había sido siempre la economía de la cooperación. Lo que evitó principalmente la fusión de los diferentes hogares en su generación fue sencillamente la imperfecta civilización del pueblo, el orgullo, las pasiones y los prejuicios, las

envidias, las rivalidades y la violencia de las clases media y baja, que había hecho necesaria la completa separación de los hogares contiguos. Pero el cambio, el aplastamiento del pueblo, había hecho rápidos progresos desde entonces. En sus breves treinta años de vida anterior, Graham había conocido ya la costumbre de comer fuera de casa, y el café y el restaurante habían dado lugar a la abarrotada Tienda Aérea de Pan. Los clubs femeninos habían tenido su principio también entonces, y el inmenso desarrollo de salones de lecturas, lugares de reunión y bibliotecas había dado lugar a un aumento en la confianza social. Todas aquellas promesas habían logrado su completa realización. El hogar de puertas adentro y cerrado a los extraños, pertenecía ya al pasado.

Supo Graham que la gente que estaba contemplando pertenecía a la clase media baja, a la clase social inmediatamente superior a los trabajadores de uniforme azul, una clase tan acostumbrada en la época victoriana a comer con todas las precauciones del aislamiento, que sus miembros, cuando se veían obligados a hacer una comida en público, solían ocultar su turbación tras unos modales enormemente afectados. Sin embargo, los comensales alegres y vestidos de claro que se hallaban a sus pies, a pesar de su prisa y de su precipitación, obraban con una absoluta naturalidad y se hallaban perfectamente a sus anchas.

Advirtió un detalle significativo. La mesa, hasta donde abarcaba su vista, estaba absolutamente limpia y no había nada que recordara en lo más mínimo las migas que hubieran cubierto el mantel, las manchas de grasa, el vino derramado y los adornos fuera de lugar que hubiesen caracterizado una comida similar de la clase media de la época victoriana. También la mesa estaba puesta de un modo muy distinto. No había adornos, ni flores, ni mantel, y Graham supo que estaba hecha de una sustancia sólida con la contextura y la apariencia del damasco. Desde donde se hallaba él, notó que aquella sustancia adamascada estaba estampada con toda clase de anuncios comerciales.

En una especie de bandeja delante de cada comensal, había un complejo aparato de porcelana y metal. Había también un plato de porcelana blanca, y por medio de grifos para fluidos calientes y fríos, el comensal lo lavaba por sí mismo. Asimismo podía lavar su elegante cuchillo de metal blanco y el tenedor y la cuchara cada vez que lo consideraba necesario.

La sopa y el vino tinto, que era la bebida usual, manaban de unos grifos semejantes, y los demás platos avanzaban automáticamente en unas fuentes, adornadas con primor, por encima de la mesa, por unos raíles de plata. El comensal detenía los platos y se servía a discreción. Aparecían por una pequeña trampilla a un extremo de la mesa y desaparecían por el otro. Descubrió que los sentimientos democráticos en decadencia, el feo orgullo de almas mezquinas por el cual las personas de una misma categoría aborrecen servirse mutuamente, era muy fuerte entre aquella gente. Estaba tan absorto con este detalle, que hasta que se volvió para marcharse no se dio cuenta del enorme diorama cubierto de anuncios que se movía

majestuosamente por los muros superiores y proclamaba las excelencias del material que anunciaba.

Al salir de allí, Graham y sus acompañantes entraron en una nave gigantesca, y aquél logró al fin descubrir la causa del ruido que tanto le había intrigado. Se detuvieron en una taquilla en la que se hacían los pagos, y la atención de Graham fue atraída inmediatamente por un violento griterío, seguido de una voz pastosa: «El Señor duerme pacíficamente —vociferó aquella voz—. Goza de excelente salud y va a dedicar el resto de su vida a la aeronáutica. Dice que las mujeres son más bellas que nunca y nuestra asombrosa civilización le ha dejado atónito. Tiene completa confianza en el Jefe Ostrog. Ostrog va a ser su Primer Ministro, y está autorizado para destituir y nombrar funcionarios públicos. Todos los asuntos de importancia estarán en sus manos. ¡Todo estará en manos del Jefe Ostrog! Los consejeros estarán en la cárcel en lo alto del Edificio del Consejo».

Graham se detuvo al escuchar la primera frase y, levantando la vista, vio un altavoz del que surgían aquellas palabras. No cabía duda de que se trataba de la Máquina de la Inteligencia Central. Durante unos instantes pareció hacer acopio de oxígeno y se oyó claramente un latido rítmico que surgía de su cuerpo cilíndrico. Después produjo un sonido ronco, y comenzó de nuevo:

«En París reina la calma. La resistencia ha sido sofocada. La policía negra ha ocupado todos los puestos de importancia. Ha luchado con bravura cantando canciones escritas sobre sus antecesores por el poeta Kipling. Algunas veces los policías se desmandaron, torturaron y mutilaron a los heridos y capturaron a los insurrectos, tanto hombres como mujeres. Moraleja: ¡No rebelarse! ¡Ja, ja! Son buenos muchachos, y muy valientes. Que esto sirva de lección a los descontentos de esta ciudad, a todos los descontentos».

La voz cesó y entre la multitud se oyó un murmullo de desaprobación.

—¡Malditos negros!

Un hombre comenzó a pronunciar un discurso muy cerca de donde Graham se hallaba.

—¿Será el Señor el responsable de esto? ¿Será el Señor el responsable?

—¡La policía negra! —exclamó Graham—. ¿Qué es eso? No será...

Asano le cogió por el brazo y le advirtió con la mirada que no siguiera hablando. Inmediatamente un nuevo mecanismo comenzó a gritar de un modo ensordecedor.

«¡París está lleno de gritos! Los parisienses, exasperados por la policía negra, cometen algunos asesinatos, que dan lugar a terribles represalias. Los tiempos de los bárbaros han vuelto una vez más. ¡Sangre! ¡Sangre!».

La Máquina Parlante gritaba sin cesar, hacía descender el tono de voz al final de las frases y comenzaba de nuevo a describir escenas de horror y desorden haciendo toda clase de comentarios.

«¡Hay que mantener la ley y el orden!».

—Pero... —comenzó Graham.

—No haga preguntas aquí —recomendó Asano—. De lo contrario, se verá envuelto en una disputa.

—En ese caso, vámonos —repuso Graham—. Quiero ver con mis propios ojos lo que ocurre.

Mientras él y su acompañante se abrían paso por entre la apiñada muchedumbre, Graham se dio cuenta claramente de las proporciones de la estancia en que se hallaban. Entre grandes y pequeñas, debía de haber por allí cerca de un millar de máquinas parlantes, todas gritando y vociferando, y cada una de ellas rodeada de un grupo de personas, la mayoría de las cuales iban vestidas de azul. Había máquinas de todos los tamaños, desde pequeños mecanismos que emitían mecánicamente frases sarcásticas en los rincones, hasta los gigantescos aparatos de casi dos metros que primero llamaron la atención a Graham, pasando por toda una serie de medidas diversas.

El local estaba abarrotado de público a causa del vivo interés que la gente sentía por los acontecimientos que se desarrollaban en París. Resultaba evidente que la lucha había sido mucho más cruenta de lo que Ostrog le había dicho. Todas las máquinas hablaban de lo mismo, y las repeticiones de sus frases por el pueblo hacían que todo el lugar pareciera una inmensa colmena, en la que se murmuraban las mismas palabras: «Policías linchados», «Mujeres quemadas vivas», «¿Cómo permite el Señor que ocurran tales cosas...?».

—¿Es así cómo comienza el Señor su gobierno? —preguntó un individuo que se hallaba cerca de Graham.

¿Acaso era así cómo empezaba su gobierno? Durante mucho tiempo después de haber abandonado el local, los gritos, los silbidos y las voces de las máquinas le persiguieron: «¡Ja, ja...!».

«¿Es así cómo comienza el Señor su gobierno...?».

Cuando salieron a la calle se puso a interrogar a Asano sobre la naturaleza de la lucha que se había registrado en París.

—¿Qué significa el desarme? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué implican esas voces?

Asano se esforzó por asegurarle que todo marchaba bien.

—Pero ¿y la sangre que está corriendo en París?

—No se puede hacer una tortilla sin romper huevos —dijo Asano—. Se trata únicamente de la gente basta y ordinaria, y los desórdenes sólo se han producido en una parte de la ciudad. En el resto reina tranquilidad. Los trabajadores parisienses son los más indómitos del mundo, después de los nuestros.

—¿De cuáles? ¿De los londinenses?

—No, de los japoneses. Hay que tratarlos con mano dura.

—¿Pero qué es eso de que están quemando a las mujeres vivas?

—Son unos salvajes que querrían despojar a todo el mundo de sus bienes. Querrían entregar el mundo a las masas para que éstas gobernaran. Pero aquí no permitiremos esos desórdenes. Aquí no es necesaria la policía negra. Además, hemos tenido con ellos toda clase de consideraciones. Se trata de sus propios negros, negros

de habla francesa. Hay regimientos senegaleses, de Nigeria y de Tombuctú.

—¿Regimientos? —preguntó Graham—. Yo creí que no había más que uno...

—No —dijo Asano, dirigiéndole una rápida mirada—. Hay más de uno.

Graham experimentó una desagradable sensación de impotencia.

—Yo no creí... —comenzó a decir.

De pronto se detuvo.

Después de unos instantes se dedicó a pedir información sobre las máquinas parlantes. En su mayor parte, los que estaban en la sala iban vestidos pobremente, incluso con harapos, y Graham supo que en lo que se refería a las clases más prósperas, en todas las confortables mansiones de la ciudad había instaladas máquinas parlantes, que hablaban cuando se empujaba una palanca. El poseedor de la casa podía conectarla con los cables de los Sindicatos de Noticias que prefiriera. Cuando Graham se enteró de esto, preguntó la razón de que aquellas máquinas no hubieran sido colocadas en sus propias habitaciones, y Asano se le quedó mirando en silencio, pensando en la respuesta más adecuada que convendría darle:

—No se me había ocurrido —dijo—. Ostrog ha debido ordenar que se retiraran.

—¿De qué modo iba yo a enterarme de lo que está ocurriendo? —exclamó Graham.

—Es posible que pensara que serían una molestia para usted —dijo Asano.

—Deberán ser instaladas inmediatamente, a nuestra vuelta —repuso Graham con decisión.

Le resultó difícil hacerse a la idea de que aquel comedor y la sala de noticias no eran grandes locales centrales, sino que aquellos establecimientos se repetían innumerables veces en la ciudad. Una y otra vez, durante su expedición nocturna, sus oídos captaron por encima del tumulto de las calles el característico vocerío de los órganos publicitarios del Jefe Ostrog.

También por todas partes se encontraron Casas Cuna como aquélla en la que entró con Asano. Se llegaba a ella por un ascensor y a través de un puente de cristal que cruzaba el comedor y las calles, formando un ángulo ligeramente inclinado hacia arriba. Para entrar en la primera sección de aquel lugar tuvo que estampar su firma para garantizar que era persona solvente, e inmediatamente fueron atendidos por un hombre vestido con una túnica de color violeta y un broche de oro, que era la insignia de los médicos practicantes. Dedujo, por sus atenciones con él, que aquel hombre conocía su identidad, y procedió a hacerle preguntas sobre el lugar sin la menor reserva.

A ambos lados del pasillo, que estaba silencioso, alfombrado como para ahogar las pisadas, había unas puertas muy estrechas, y su tamaño y colocación recordaron a Graham las celdas de una prisión victoriana. Pero la parte superior de cada puerta estaba hecha de la misma sustancia transparente y verdosa que lo había rodeado en su despertar, y en el interior se veía, a media luz, un niño recién nacido, colocado en una especie de nido de algodón. Unos aparatos muy complicados regulaban la atmósfera,

y cuando se registraba la menor alteración en la temperatura o la humedad, hacían sonar un timbre que llegaba a la oficina central. Este sistema había sustituido casi por completo el aventurado método de criar a los niños del mundo antiguo. El médico llamó la atención de Graham hacia las amas encargadas de criar los pequeñuelos. Se trataba de figuras mecánicas provistas de brazos, hombros y pechos de forma asombrosamente realista, con articulaciones y tejidos parecidos a los humanos, pero debajo no tenían sino trípodes de latón, y en lugar de rostro llevaban un disco plano, en el que se anunciaban artículos de interés para las madres.

De todas las cosas extrañas con que Graham tropezó aquella noche, nada le chocó tanto como aquel lugar. El espectáculo de aquellas pequeñas criaturas rosadas, cuyos frágiles miembros se movían inciertos, abandonados, sin los brazos y el cariño de la madre, le resultó repugnante. Pero el doctor era de diferente opinión. Las estadísticas revelaban, sin el menor género de dudas, que en la época victoriana los meses más peligrosos de la vida eran los que transcurrían en los brazos de la madre y que entonces era cuando la mortalidad resultaba más elevada. Por otro lado, esta compañía, el Sindicato Internacional de Casas Cunas, no perdía ni siquiera el medio por ciento entre un millón de recién nacidos que se hallaban a su cargo. No obstante, los prejuicios de Graham eran demasiado fuertes y todas las cifras no bastaban para hacerle cambiar de criterio.

En uno de los muchos pasillos de la institución se tropezaron de pronto con un hombre y una mujer, con el inevitable uniforme azul, que miraban a través de la sustancia transparente y se reían histéricamente al contemplar la cabeza calva de su primogénito. Los ojos de Graham debieron de expresar con claridad lo que opinaba de ellos, ya que su alegría cesó de pronto y bajaron la vista. Este incidente acentuó su estimación del abismo que existía entre sus ideas y las costumbres de la nueva época. Pasó a las habitaciones de los mayorcitos y al jardín de infancia, sintiéndose perplejo y descorazonado. Descubrió que los espaciosos cuartos de jugar estaban vacíos. Al menos, los niños modernos todavía se pasaban las noches durmiendo. Mientras lo recorrían, el médico le señaló los juguetes, moderna concepción de los inventados por aquel sentimentalista inspirado, llamado Froebel. Había allí algunas enfermeras, pero abundaban más las máquinas que cantaban, bailaban y se mecían.

Graham no comprendía del todo ciertos puntos.

—¿Cómo es que hay tantos huérfanos? —preguntó asombrado.

Le explicaron que no se trataba de huérfanos.

Cuando abandonaron la institución, comenzó a hablar de lo horrible que le había parecido ver a los bebés metidos en incubadoras.

—¿Ha desaparecido la maternidad? —preguntó—. ¿Se trata acaso de una hipocresía...? Pero no, crea que era un instinto y esto me parece antinatural y abominable.

—Desde aquí iremos a las salas de baile —dijo Asano por toda respuesta—. Seguramente estarán llenas de gente, a pesar de la agitación política. Con la

excepción de una pequeña minoría, a las mujeres no les interesa la política. Allí encontrará usted a las madres, porque casi todas las mujeres jóvenes de Londres son madres. Está muy bien considerado tener un hijo, ya que eso constituye una prueba de animación. Pocos miembros de la clase media tienen más de uno, aunque entre los trabajadores de la Compañía Laboral ocurre todo lo contrario. En cuanto a la maternidad..., las mujeres todavía sienten un gran orgullo por sus hijos y vienen a verlos bastante a menudo.

—¿Entonces la población del mundo...?

—Está disminuyendo..., excepto entre las clases que pertenecen a la Compañía Laboral. Éstos son muy imprudentes...

De pronto el ambiente se llenó de ruidos y de música, y por un pasaje al que llegaron trazando un ángulo oblicuo, que se hallaba adornado por innumerables pilares cubiertos de amatistas, circulaba una alegre multitud, que reía y gritaba. Graham distinguió cabezas rizadas, frentes adornadas con coronas de flores y alegres semblantes que pasaban triunfales por la escena.

—Comprobará —dijo Asano con una débil sonrisa— que el mundo ha cambiado. Dentro de un momento podrá ver a las madres de la nueva era. Venga por aquí. Muy pronto lo veremos todo con detalles.

Ascendieron a cierta altura en un ascensor muy ligero y después se trasladaron a otro más lento. A medida que avanzaban, la música iba aumentando hasta que llegó a su cénit, y por entre el sonido de las notas, Graham pudo distinguir el rítmico rumor de innumerables pies que bailaban. Tuvieron que pagar una cantidad en una casilla y penetraron en una amplia galería que dominaba el salón de baile. Ante ellos tenían todo el encanto espectacular y melodioso de la estancia.

—Aquí están los padres y las madres de los niños que ha visto usted antes —dijo Asano.

La sala no estaba decorada con tanta riqueza como la del Atlas, pero era la más espléndida de tamaño que Graham había visto hasta entonces. Las maravillosas figuras de miembros muy blancos que sostenían las galerías le recordaron una vez más la magnificencia de la escultura. Parecían retorcerse en posturas encantadoras y sus rostros aparecían animados por la risa. El lugar de donde procedía la música que llenaba el local hallábase oculto y todo el suelo brillante se hallaba por completo cubierto de parejas que bailaban.

—Mírelas —dijo su pequeño servidor—. Aquí podrá ver cómo exhiben su maternidad.

La galería en que se encontraban se hallaba situada sobre la parte superior de un enorme biombo que separaba la sala de baile de una especie de vestíbulo exterior, que dejaba ver a través de grandes arcadas el incesante avance de la gente por las vías de la ciudad. En aquel vestíbulo exterior se hallaban apiñadas millares de personas vestidas con menos riqueza, en número casi tan grande como los que bailaban en el interior. En su mayoría iban vestidos con el uniforme azul de la Compañía Laboral,

que tan familiar le resultaba ya a Graham. Demasiado pobres para pagar lo exigido para poder entrar en el festival, eran, sin embargo, incapaces de alejarse de los sonos musicales de aquel lugar de seducción. Algunos de ellos se habían abierto incluso espacio y bailaban también agitando sus harapos al aire. Muchos gritaban mientras bailaban, haciendo bromas y extrañas alusiones que Graham no logró comprender. En un momento dado alguien comenzó a silbar la tonada del himno revolucionario, pero al parecer los demás le obligaron a callar inmediatamente. Aquel rincón estaba oscuro, y Graham no logró distinguir bien los objetos, por lo que volvió de nuevo al punto donde estaba al principio. Por encima de las cariátides, había bustos de mármol de personajes a quienes la nueva época consideraba grandes libertadores morales y pioneros, y cuyos nombres resultaban en su mayor parte extraños para Graham, aunque reconoció los de Grant Allen, Le Gallienne, Nietzsche, Shelley y Goodwin. Grandes guirnaldas negras rodeaban las inscripciones que cubrían la parte superior de la sala de baile, dando a entender elocuentemente que «El Festival del Despertar» seguía celebrándose.

—Miríadas de individuos se han tomado unas vacaciones o han dejado de trabajar a causa de ello, aparte de los obreros que se niegan a volver a su trabajo —dijo Asano—. Esta gente está siempre dispuesta a guardar las fiestas.

Graham se acercó a la barandilla y se inclinó sobre ella para contemplar mejor a los bailarines. Exceptuando dos o tres parejas remotas que hablaban en voz baja, él y su guía se hallaban solos en la galería. Una atmósfera de perfume y vitalidad ascendió hasta ellos. Tanto los hombres como las mujeres que bailaban, estaban vestidos con túnicas ligeras, con los brazos desnudos y el escote abierto, pues así lo permitía el calor acondicionado de la ciudad. El cabello de los hombres era una masa de rizos afeminados, llevaban la barbilla afeitada y las mejillas de muchos ostentaban un tono rosado. La mayoría de las mujeres eran muy bellas y todas estaban vestidas con estudiada coquetería. Al fijarse más cuidadosamente, Graham pudo ver caras estáticas, con los ojos medio cerrados por el placer.

—¿Qué clase de gente es ésta? —preguntó bruscamente.

—Trabajadores. Trabajadores distinguidos. Lo que ustedes denominarían burguesía. Los comerciantes independientes con negocios individuales han desaparecido hace muchos años, pero hay almacenistas, gerentes e ingenieros de mil clases. Esta noche es fiesta, y todos los salones de baile de la ciudad, así como los templos de adoración, están abarrotados.

—Pero..., ¿y las mujeres?

—Las mujeres lo mismo. Actualmente hay mil formas de trabajo para las mujeres; Usted debió conocer en sus tiempos los principios de la independencia financiera de las mujeres. Hoy son independientes en su mayoría. Casi todas las que usted ve, están casadas, más o menos casadas, porque hay innumerables formas de contrato entre hombres y mujeres. Esto les produce más dinero y les permite divertirse.

—Comprendo —repuso Graham contemplando los millares de rostros arbolados y los movimientos melodiosos y pensando aún en aquella pesadilla de miembros indefensos de color de rosa—. ¡Y estas mujeres son madres!

—En su mayor parte.

—Cuantas más cosas veo, más complejos me parecen los problemas. Esto, por ejemplo, es una sorpresa para mí. Y los sucesos de París han sido otra muy grande...

Guardó un breve silencio, y luego prosiguió:

—¡Estas mujeres son madres! Supongo que muy pronto me acostumbraré al modo moderno de contemplar las cosas. Yo estoy lleno de ideas anticuadas que ya no existen. En nuestros tiempos, la mujer debía no solamente concebir hijos, sino quererlos, consagrarse a ellos y educarlos. El niño debía a su madre todo cuanto hay de básico y esencial en la educación, tanto moral como intelectual. Algunos, naturalmente, vivían sin esta educación. Confieso que muchos se hallaban en este caso. Hoy es evidente que no necesitan estos cuidados, como no los necesitan las mariposas. Lo comprendo. Pero entonces teníamos un ideal: la figura de una mujer grave y paciente, silenciosa y serena, ama de casa, madre y engendradora de hombres, y amarla era una especie de culto...

Se detuvo bruscamente y repitió:

—Una especie de culto.

—Los ideales cambian —dijo el japonés—, lo mismo que cambian las necesidades.

Graham volvió sobresaltado a la realidad, y Asano repitió sus palabras.

—Naturalmente... Comprendo la razón de todo esto —dijo Graham—. Las restricciones, la sobriedad, los pensamientos serios, los actos generosos son necesidades de un estado bárbaro, de una vida de peligros. La seriedad es el tributo humano a la naturaleza indómita. Pero ahora el hombre ha conquistado la naturaleza, sus asuntos políticos están manejados por jefes que se ayudan, y la vida es alegre.

Contempló de nuevo a los bailarines y repitió:

—La vida es alegre.

—Hay también momentos tristes —replicó el pequeño servidor, pensativo.

—Toda esta gente parece muy joven. Si yo bajara parecería el más viejo. Sin embargo, en mis tiempos sería considerado de mediana edad.

—Son muy jóvenes. Hay muy pocos viejos en esta clase social en las ciudades.

—¿Cómo es eso?

—La vida de los viejos no es tan agradable como solía serlo, a no ser que sean ricos para poder permitirse el lujo de pagarse amantes y servidores. Además, existe una cosa llamada eutanasia.

—¡Ah! ¡La eutanasia! —dijo Graham—. ¿La muerte fácil?

—La muerte fácil. Ése es el último placer. La Compañía de la Eutanasia marcha muy bien. Los inscritos pagan la cantidad exigida, que es muy elevada, con mucha antelación, se van después a una ciudad de placer y vuelven empobrecidos y

cansados. Muy cansados.

—Tengo que esforzarme por comprender muchas cosas —dijo Graham, después de una pausa—, aunque comprendo que todo esto tiene su lógica. Nuestro despliegue de virtudes y de restricciones morales era la consecuencia del peligro y de la inseguridad. Ya en mis tiempos, los estoicos iban desapareciendo. Antiguamente el hombre se defendía contra el dolor. Ahora está ávido de placer. Ahí está la diferencia. La civilización ha privado a la gente de dolores y peligros... Es decir, a la gente rica, que es la única que ahora importa. He dormido doscientos años...

Permanecieron un minuto apoyados en la balaustrada siguiendo con la vista las complicadas evoluciones de la danza. La escena era, en realidad, vistosa.

—Juro ante Dios —dijo Graham de pronto— que preferiría ser un soldado herido y helado en la nieve antes que uno de esos necios pintados.

—Es posible que en la nieve —respondió Asano— pensara de modo distinto.

—Yo no estoy civilizado —dijo Graham, sin hacer caso de las palabras de su servidor—. Esto es lo malo. Yo soy primitivo, casi paleolítico. En el interior de esos seres se han cerrado y sellado las fuentes del miedo, la cólera y el dolor, y sus costumbres les convierten en alegres, confiados y encantadores. Debe usted tener paciencia con mis sorpresas y arcaicos malos humores. Dice usted que estos individuos son trabajadores. Y mientras ellos bailan, otros hombres luchan y mueren en París para conservar el mundo a fin de que éstos puedan bailar.

—También están muriendo hombres en Londres —dijo Asano, sonriendo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Dónde duerme toda esa gente? —preguntó Graham.

—Por todas partes, en departamentos superiores e inferiores. Toda la ciudad es una intrincada conejera.

—¿Y dónde trabajan? Éste es un aspecto de su... vida doméstica.

—Esta noche verá poco trabajo. La mitad de los trabajadores está luchando y la otra mitad está de vacaciones. Pero iremos a los lugares de trabajo, si así lo desea usted...

Graham siguió contemplando a los trabajadores durante algún tiempo, y de pronto se volvió hacia su servidor.

—Quiero ver a los trabajadores —dijo—. Aquí ya he visto bastante.

Asano lo condujo por la galería que atravesaba el salón de baile y pronto llegaron a un pasillo transversal, en el que se sentía una brisa más fresca y vivificante.

Asano miró a su alrededor mientras pasaban y se detuvo al final. Luego volvió al pasillo y se dirigió a Graham con una sonrisa.

—Aquí, Señor —murmuró—, hay algo que le resultará familiar, y, sin embargo..., pero no se lo diré. Venga y lo verá por sí mismo.

Lo condujo por un pasadizo cerrado en el que pronto la temperatura se hizo muy fría. La vibración de los sonidos hizo suponer acertadamente a Graham que se trataba de un puente. Llegaron después a una galería circular, protegida con cristales, y por

allí llegaron a una cámara circular que a Graham le resultó vagamente conocida, aunque no logró recordar cuándo había entrado en ella anteriormente. Allí distinguió una escalera, la primera escalera de mano que viera desde su despertar. Subieron por ella y llegaron a un lugar muy frío y oscuro, en el que descubrieron otra escalera casi vertical. Ascendieron sus escalones mientras Graham se sentía cada vez más perplejo.

Pero al llegar a lo alto comprendió de lo que se trataba y reconoció las barras metálicas a las que se asía. Se hallaba bajo la cúpula de la Catedral de San Pablo. La cúpula se elevaba ligeramente por encima del contorno general de la ciudad y brillaba bajo el resplandor de unas luces brillantes que la hacían resaltar en la oscuridad.

Miró por entre las barras y contempló el firmamento, comprobando que las constelaciones estelares no habían cambiado. Capela se alzaba al Oeste; Vega, ascendía, y los siete puntos brillantes de la Osa Mayor avanzaban lenta y majestuosamente hacia el Polo.

Contempló estas estrellas en trozos vacíos del firmamento. Por el Este y por el Sur los grandes cuerpos circulares de las ruedas de molino impedían la visión del cielo, de modo que el resplandor que rodeaba el edificio del Consejo quedaba oculto. Hacia el Sudoeste distinguió a Orión, como un pálido fantasma, por en medio de una tracería de hierros y armazones entrecruzados. Un poderoso rugido y el grito de una sirena que llegó hasta él desde las pistas de vuelo, advirtió al mundo que uno de los aeroplanos se disponía a volar. Graham contempló durante unos instantes la pista iluminada y fijó después la mirada en las constelaciones.

Durante un buen rato, absorto en su contemplación, permaneció en silencio.

—Esto —dijo al fin sonriendo en la oscuridad— es lo más extraño de todo... Estar en la cúpula de San Pablo y contemplar desde aquí una vez más las estrellas silenciosas y amigas.

Desde allí, Graham fue conducido por Asano a través de un laberinto de vías hasta las zonas de negocios y especulaciones, donde se amasaban y se perdían las grandes fortunas de la ciudad. Le produjo la impresión de que se trataba de una serie interminable de estancias abovedadas, rodeadas de palcos y galerías a las que se abrían miles de balcones. Todas las naves estaban atravesadas por una complicada multitud de puentes, raíles de motores aéreos, trapecios y cables. Y allí, más que en ninguna otra parte, se advertía una nota de vehemente vitalidad, de actividad incontrolada y presurosa. En todas partes se veían anuncios de toda clase de productos. El cerebro de Graham comenzó a girar a causa de aquel tumulto de luces y colores. Abundaban las máquinas parlantes que dejaban oír su voz sin cesar, llenando el aire de gritos y de palabras pronunciadas en una incomprensible jerga: «Cierra los ojos y resbala», «Arriba, Bonanza», «Los Galipas vienen y triunfan...».

A Graham le pareció que aquel local se hallaba lleno de gente sumida en la más profunda agitación, pero Asano le hizo saber que el lugar estaba relativamente vacío. La gran revolución política de los últimos días había reducido las transacciones a un mínimo sin precedentes. En una inmensa estancia había largas hileras de mesas de

ruleta, cada una de las cuales estaba rodeada por un grupo de personas excitadas y nerviosas; en otra, una gran confusión de mujeres pálidas y hombres congestionados compraban y vendían las acciones de una transacción completamente ficticia, que cada cinco minutos pagaba un dividendo del diez por ciento, y cancelaban cierta proporción de las acciones por medio de una rueda de lotería.

Estas actividades comerciales se llevaban a cabo con una energía que pronto se convirtió en violencia, y Graham, acercándose a un compacto grupo, descubrió en el centro a dos mercaderes sumidos en una violenta controversia sobre un punto delicado de la etiqueta de los negocios. Aún quedaba en la vida algo por que luchar. Más allá quedó profundamente sorprendido al enfrentarse con unos letreros brillantes, cuyas letras eran mucho mayores de tamaño que un hombre, y que repetían varias veces: «ASEGURAMOS AL PROPIETARIO. ASEGURAMOS AL PROPIETARIO».

—¿Quién es el propietario? —preguntó.

—Usted —contestó Asano.

—¿Pero qué es lo que me aseguran?

—¿No había seguros en sus tiempos?

Graham reflexionó.

—¿Seguros?

—Sí, seguros. Lo que aseguran es su vida. Docenas de personas están sacando pólizas y miríadas de leones se gastan en su nombre. Mucha gente compra también anualidades. Esto se hace con todas las personas de importancia.

Una gran muchedumbre se agitaba y hablaba sin cesar, y Graham vio una pantalla negra iluminada de pronto con letras más grandes aún, de brillante púrpura. «Anualidades sobre el Propietario: X 5 Pr. G.».

La gente se puso a silbar y a gritar al leer esto, y un gran número de individuos, con la respiración agitada y los ojos desorbitados, acudieron corriendo, gesticulando sin cesar. Junto a la puerta de salida se formó una terrible confusión.

Asano se sumió en rápidos cálculos.

—El diecisiete por ciento al año es la anualidad. No pagarían un porcentaje tan elevado si le vieran en este momento, Señor. Pero ellos lo ignoran. Las anualidades que se pagaban antes por usted eran una inversión segura, pero ahora se han convertido, naturalmente, en pura especulación. Ésta es, probablemente, una inversión a la desesperada y dudo que recuperen su dinero.

Los numerosos especuladores formaron un corro tan apretado, que durante algún tiempo Asano y Graham se vieron imposibilitados de moverse hacia delante o hacia atrás. Graham notó una elevada proporción de mujeres entre los especuladores y recordó una vez más la independencia económica del sexo débil. Parecían capaces de cuidarse de sí mismas y se movían abriéndose paso con los codos con destreza inigualable, como Graham pudo pronto comprobar a sus expensas. Una muchacha de cabello rizado, inmovilizada de momento por la presión, le miró con fijeza unos

instantes haciéndole pensar que le había reconocido. Después, dirigiéndose deliberadamente hacia él, le tocó el brazo con la mano como por accidente y le dio a entender, con una mirada tan antigua como los pueblos de Asiria y Caldea, que le había gustado. Pero en aquel momento un individuo de edad, con una poblada barba gris, que sudaba copiosamente, cegado a todas las cosas excepto a aquel letrado deslumbrador, se interpuso entre ellos para dirigirse anhelante hacia el seductor «X 5 Pr. G.».

—Quiero salir de aquí —dijo Graham a Asano—. No es esto lo que he venido a ver. Enséñeme a los trabajadores. Quiero ver a los que llevan uniforme azul. Estos necios parásitos...

De pronto se sintió solo entre aquella muchedumbre vociferadora, y su frase quedó sin terminar.

Capítulo XXI

EL SUBSUELO

Cuando lograron salir de aquel torbellino y se hallaron fuera de la zona comercial, se dirigieron, por las plataformas móviles, hacia una parte remota de la ciudad, donde había instaladas manufacturas de todos los artículos. Las plataformas cruzaron el Támesis dos veces y pasaron por un ancho viaducto a través de una de las grandes carreteras que salían de la ciudad hacia el Norte. En ambas ocasiones las impresiones de Graham fueron muy profundas. El río era como un resplandor arrugado y ancho, de profundas aguas negras, rodeado de edificios, que se desvanecía hasta sumirse en una negrura interrumpida por minúsculas luces. Una serie de negras barcas avanzaban por el agua, conducidas por hombres vestidos de azul. El camino era un túnel muy alto, ancho y largo, y por él discurrían máquinas de una sola rueda, silenciosa y rápidamente. También estas máquinas eran conducidas por obreros vestidos de azul. La suavidad con que se movían, el tamaño y la ligereza de las grandes ruedas neumáticas en proporción con el cuerpo de los vehículos, llamaron poderosamente la atención de Graham. Un carruaje muy estrecho y alto, con cilindros metálicos longitudinales y adornado con los esqueletos de muchos centenares de animales, le hizo detenerse asombrado, pero de pronto una curva se interpuso entre él y aquella extraña visión, impidiéndole seguir contemplándola.

Poco después abandonaron aquel camino, descendieron utilizando un ascensor y atravesaron un pasaje en declive entrando después en otro ascensor. Allí, el aspecto exterior de las cosas sufrió un gran cambio, y hasta los ornamentos arquitectónicos desaparecieron. Las luces disminuyeron en número y tamaño y los edificios se hicieron más macizos en proporción con los espacios vacíos, a medida que Graham y Asano fueron acercándose a la zona de las fábricas. Y en las fábricas de porcelana, en las fábricas de feldespato, en los hornos de los centros metalúrgicos, entre los lagos incandescentes de la eadhamite, hombres, mujeres y niños no llevaban otra cosa que el uniforme azul. Muchas de estas galerías extensas y polvorientas eran silenciosas avenidas de maquinaria. Filas interminables de hornos parados testificaban los desórdenes revolucionarios, pero dondequiera que se trabajara los obreros vestían siempre de azul y se movían con lentitud. Los únicos que no iban de azul eran los vigilantes de los lugares de trabajo y los agentes de la Policía Laboral, que iban vestidos de color naranja. En contraste con los rostros arrebolados de los bailarines que acababa de ver y con la agitación voluntaria en que se hallaba sumida la parte comercial de la ciudad, Graham se dio cuenta de las caras hoscas y contraídas, los músculos debilitados y los ojos cansados de la mayor parte de los trabajadores. Los que veía trabajando eran muy inferiores en fuerza física a los pocos vigilantes

vestidos con alegres coloridos que dirigían sus trabajos. Los fornidos labradores de los tiempos Victorianos habían seguido el camino del caballo de tiro y de todas las fuerzas vivientes. Habían sido extinguidos. La máquina había sustituido a los músculos del hombre. El trabajador moderno, hombre o mujer, era principalmente un cuidador y alimentador de la máquina, un criado o servidor, o un artista dirigido mecánicamente.

Las mujeres, en contraste con las que Graham había visto hacía poco, eran, en general, bastas y de pecho plano. Doscientos años de emancipación de las restricciones morales de la religión puritana, doscientos años de vida ciudadana, habían llevado a cabo su obra de eliminación de toda belleza femenina en las miríadas de mujeres que llevaban el uniforme azul. Ser física o mentalmente brillante, ser en algún modo atractiva o excepcional, había sido y era todavía una emancipación, un modo de escapar a las Ciudades de Placer con sus maravillas y delicias y, por fin, un modo de conseguir la eutanasia y la paz. Apenas podía pedirse que almas nutridas con un alimento espiritual tan mezquino se mantuvieran firmes contra todas estas cosas. En las ciudades recién nacidas de la vida anterior de Graham, la masa laboral había sido una diversa multitud que se conmovía con facilidad, por la tradición del honor personal y de una moral elevada. Ahora se trataba de una clase aparte, con una moral y unos atributos físicos propios, incluso con un dialecto propio.

Graham y su acompañante siguieron descendiendo cada vez más hacia los centros de trabajo, y por fin pasaron por debajo de una de las calles de vías móviles, vieron sus plataformas por encima de sus cabezas y a través de las rendijas llegaron hasta ellos algunos rayos de luz. Las fábricas que estaban paradas, carecían de iluminación, y a Graham le parecieron, con sus grandes naves pobladas de máquinas gigantescas, lugares tenebrosos. Incluso donde se trabajaba, la luz era mucho menos brillante que en las calles públicas.

Dejando atrás los lagos refulgentes de eadhamite, Graham llegó al lugar donde trabajaban los joyeros, y con grandes dificultades obtuvo permiso para entrar en aquellas galerías. Para lograrlo tuvo que estampar su firma.

Eran irnos locales inmensos, oscuros y muy fríos. En el primero de ellos, unos individuos hacían adornos de filigranas de oro. Cada hombre tenía un banquillo con una luz que daba sobre su cabeza. A Graham le produjo un efecto extraño contemplar una larga hilera de manchas luminosas, los ágiles dedos brillantemente iluminados moviéndose incesantemente y las numerosas caras, como rostros de fantasmas, sumidas en las sombras.

Cada uno de aquellos individuos hacía verdaderas obras maestras, pero sin ninguna fuerza en el modelado o en el dibujo, pues en su mayor parte eran variantes de un motivo geométrico. Aquellos trabajadores llevaban un uniforme blanco sin bolsillos ni mangas, se lo ponían al llegar al trabajo, pero por las noches se les desnudaba y eran registrados antes de abandonar los locales de la Compañía. No

obstante, el agente de la Policía Laboral que estaba allí de guardia le dijo que, a pesar de estas precauciones, se cometían robos con relativa frecuencia.

Llegaron después a una galería de mujeres ocupadas en cortar y preparar planchas de rubíes artificiales, y a continuación vieron hombres y mujeres trabajando con planchas de malla de cobre, que formaban la base de azulejos esmaltados. Muchos de estos trabajadores tenían los labios de una lívida blanca, efecto de una enfermedad producida por un esmalte púrpura especial que estaba de moda. Asano se excusó ante Graham por no haberle evitado este espectáculo, pero explicó la conveniencia de seguir este camino.

—Esto es lo que deseaba ver —dijo Graham esforzándose por reprimir un estremecimiento al contemplar un rostro horriblemente desfigurado que surgió de pronto de las sombras.

—Seguramente se debe a alguna imprudencia suya —dijo Asano.

Graham, visiblemente indignado, hizo unos comentarios.

—Pero, Señor, nosotros no podemos soportarlo sin ese esmalte púrpura —explicó Asano—. En sus tiempos no daban a estos detalles mucha importancia, pero hay que considerar que estaban dos siglos más cerca que nosotros de la barbarie.

Siguieron avanzando por una de las galerías inferiores de la fábrica y llegaron, por fin, a un puentecillo que pasaba por encima de un subterráneo. Mirando por encima del parapeto, Graham descubrió por debajo un descargadero rodeado de los arcos más grandes que viera hasta entonces. Tres barcazas cubiertas de polvo eran descargadas en aquel momento de grandes sacos de feldespato en polvo por un gran número de hombres que tosían sin cesar y cada uno de los cuales llevaba un carretón. El polvillo llenaba el local y prestaba un tono amarillo al resplandor de la luz eléctrica. Las sombras vagas de aquellos trabajadores se movían sin cesar y retrocedían al lado a los muros encalados. De vez en cuando, uno se detenía para toser.

Una gran pila de materiales de albañilería que surgía por entre las sombras, recordó a Graham la multitud de plataformas, galerías y ascensores que se elevaban piso sobre piso, entre él y el cielo. Los hombres trabajaban en silencio, vigilados por dos miembros de la Policía Laboral y sus pisadas producían un «ruido seco sobre el tablado» que recorrían sin parar en un sentido y en otro. Mientras contemplaba la escena, una voz oculta en la oscuridad se puso a cantar.

—¡Cállese! —gritó uno de los policías.

Pero la orden fue desobedecida, y primero uno y después todos los hombres manchados de blanco que trabajaban allí, se pusieron a cantar, retadores, el himno de la revolución. Las pisadas sobre las planchas de madera marcaban el compás de la canción. El policía que había ordenado silencio miró a su compañero y Graham vio que se encogía de hombros. No volvió a hacer ningún esfuerzo por obligar a aquellos hombres a callar.

De este modo avanzaron Graham y su servidor por entre las fábricas y lugares de

trabajo contemplando muchas escenas de dolor. Pero ¿por qué llenar de depresión el ánimo del lector? Para las naturalezas refinadas nuestro mundo actual es ya bastante deprimente y no hay necesidad de preocuparnos por las miserias futuras. De todos modos, nosotros no las sufriremos, aunque es posible que las conozcan nuestros hijos. En definitiva, ¿qué nos importa eso a nosotros?

Aquel paseo dejó a Graham una serie de impresiones desagradables y el recuerdo de grandes locales abarrotados y subterráneos sumidos en nubes de polvo, de máquinas desconocidas, de hilos que se elevaban hacia los telares, de maquinaria en movimiento continuo, de un sordo zumbido de tubos y correas, de unas naves subterráneas mal iluminadas y de panoramas ilimitados con unas luces tan diminutas como puntas de alfiler. Y aquí y allá, olor de curtidos, el vaho de una fábrica de cerveza y vapores nauseabundos sin precedentes. Por todas partes había columnas y arcadas más pesadas y macizas que las que Graham había visto hasta entonces y grandes titanes de enladrillado aplastados bajo el inmenso peso de aquel complejo mundo ciudadano, del mismo modo que aquellos millones de seres anémicos eran aplastados por su complejidad. Por todas partes, facciones pálidas, miembros esqueléticos, desfiguramientos y degradación.

Durante su largo y desagradable recorrido por aquellos lugares, Graham escuchó una y otra vez el himno de la revolución y en una ocasión vio una confusa lucha en un pasillo y supo que unos cuantos de aquellos esclavos habían cogido el pan que les pertenecía antes de terminar su trabajo. Graham ascendía de nuevo a la calle, cuando vio unos niños vestidos de azul que corrían por un pasillo transversal y pronto comprendió la razón de su pánico al advertir un grupo de miembros de la Policía Laboral, armados con porras, que se dirigían precipitadamente hacia un ignorado lugar de desorden. Después llegó hasta él el eco de un tumulto remoto. Pero, generalmente, aquellos trabajadores vivían un día y otro día sin esperanza. Toda la fuerza y el impulso que quedaba en la humanidad degradada, estaba aquella noche en las calles, llamando al Señor y reteniendo sus armas.

Graham y su servidor salieron de la ciudad subterránea y permanecieron unos instantes parpadeando, cegados por el resplandor de la luz que brillaba en las plataformas. En seguida llegó hasta sus oídos el eco remoto de los discursos de las máquinas de una de las Oficinas de la Inteligencia General, y de pronto aparecieron numerosos individuos corriendo desenfrenadamente y por las plataformas y las calles no se oyó más que gritos y llantos. Después apareció una mujer con la cara pálida de terror, seguida de otra que jadeaba y chillaba mientras corría.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —preguntó Graham, intrigado, porque no lograba entender bien el dialecto.

Después lo oyó en inglés y logró comprender lo que todo el mundo gritaba, lo que los hombres se repetían unos a otros, lo que las mujeres decían entre llantos, lo que pasaba como la primera brisa de una tormenta, lo que había envuelto a la ciudad en una ola de pánico.

—¡Ostrog ha traído a Londres a la Policía Negra! ¡La Policía Negra viene de Sudáfrica! ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra!

Asano se detuvo, pálido y asombrado. Titubeó, miró a Graham a los ojos y le dijo lo que ya sabía.

—Pero ¿cómo se han enterado? —añadió el japonés.

Graham oyó que alguien gritaba:

—¡Que pare el trabajo! ¡Que pare el trabajo!

Un jorobado ridículamente vestido de verde y oro, descendió saltando de plataforma en plataforma hacia él, gritando una y otra vez en inglés perfectamente inteligible:

—¡Esto es obra de Ostrog! ¡Es obra de Ostrog, el canalla! ¡Ha traicionado al Señor!

Su voz se había hecho ronca a fuerza de gritar y un hilo de baba caía sin cesar de su boca abierta y desfigurada. Relató a gritos los horrores que la Policía Negra había cometido en París y echó a correr otra vez vociferando:

—¡Ostrog, el canalla...!

Graham se detuvo unos instantes, con la ilusión vana de que todo aquello fuera un sueño. Levantó la vista, contempló los grandes edificios que se levantaban a ambos lados de la calle y que desaparecían por encima de las luces y la fijó después en las rugientes plataformas y en la multitud que corría y gritaba sin dejar de gesticular.

—¡El Señor ha sido traicionado! —repetían todos—. ¡El Señor ha sido traicionado...!

De pronto, la situación comenzó a tomar forma en su cerebro y comprendió la importancia de aquello. Su corazón empezó a latir atropelladamente.

—Ha llegado la hora —dijo—. Debía de haberlo supuesto. La hora ha llegado.

Se detuvo y reflexionó unos instantes.

—¿Qué debo hacer?

—Volver al edificio del Consejo —aconsejó Asano.

—¿Por qué no hablar al pueblo...? El pueblo está aquí.

—Perderá usted el tiempo. No creerán que el Durmiente es usted... En cambio se congregarán alrededor del edificio del Consejo, donde están sus jefes. Su fuerza está allí, con ellos.

—¿Y si esto no es más que un rumor?

—Desgraciadamente, parece cierto —dijo Asano.

—Conozcamos primero los hechos.

Asano se encogió de hombros.

—Debemos dirigirnos al edificio del Consejo —exclamó—. Allí es adonde irán ellos. Incluso ahora, es posible que sea demasiado tarde.

Graham contempló, vacilante, a Asano, y al fin se decidió a seguirle.

Subieron por las plataformas hasta alcanzar la más rápida y allí Asano interpeló a un trabajador. Las respuestas a sus preguntas le fueron dadas en aquel dialecto vulgar,

que Graham había oído ya tantas veces.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—No sabe mucho, pero me ha dicho que la Policía Negra hubiera llegado aquí antes que el pueblo se enterara, a no ser por una persona que trabajaba en las Oficinas de los Ventiladores. Parece que se trata de una mujer.

—¿De una mujer? ¿No sería...?

—Me dijo que había sido una mujer, pero que no sabía quién era. Por lo visto, salió del edificio del Consejo y comunicó la noticia a los hombres que trabajaban en las ruinas.

Y entonces llegó hasta Graham un nuevo grito, algo que convirtió aquella masa tumultuosa y desordenada en un ejército perfectamente disciplinado y que se repetía sin cesar, una y otra vez, a lo largo de la calle:

—¡A vuestras posiciones! ¡A vuestras posiciones! ¡Cada uno que saque sus armas! ¡Que cada hombre vaya a su posición...!

Capítulo XXII

EL COMBATE EN EL EDIFICIO DEL CONSEJO

Mientras Asano y Graham se precipitaban hacia las ruinas que rodeaban el edificio del Consejo vieron que por todas partes el griterío del pueblo había llegado a hacerse ensordecedor.

—¡A vuestras posiciones! ¡A vuestras posiciones...! Por todas partes, hombres y mujeres vestidos de azul surgían de sus ignorados trabajos subterráneos por las escalinatas que se abrían a la plataforma central. En cierto lugar, Graham vio un arsenal del Comité Revolucionario rodeado de un grupo de hombres que gritaban, y en otro, un par de hombres vestidos con el odiado uniforme amarillo de la Policía Laboral, que eran perseguidos por las masas y huían precipitadamente por la plataforma más veloz que avanzaba en dirección opuesta.

Las voces se convirtieron en un sonido continuo cuando se acercaron a la sede del Gobierno. Muchos de los gritos eran ininteligibles.

—¡Ostrog nos ha traicionado! —vociferó un individuo con voz ronca, una y otra vez.

Aquella frase no tardó en convertirse en una pesadilla para Graham. Aquel hombre permaneció al lado de Graham y Asano en la plataforma más rápida, sin dejar de gritar a la gente que avanzaba por las plataformas inferiores acercándose a ellos. Sus palabras sobre Ostrog se mezclaban con órdenes incomprensibles, hasta que al fin descendió dando saltos y desapareció.

Graham estaba aturdido por el estrépito. Sus planes eran vagos y sin ninguna precisión. Tuvo la visión de un lugar destacado desde el que podía arengar a la multitud, y otra de una entrevista cara a cara con Ostrog. La cólera lo consumía, sus músculos estaban en tensión, sus puños contraídos y sus labios apretados con fuerza.

Era imposible llegar al edificio del Consejo a través de las ruinas, pero Asano resolvió aquella dificultad conduciendo a Graham a la oficina central de Correos. Esta Oficina trabajaba oficialmente, pero los porteros vestidos de azul se movían de mala gana o se habían detenido para contemplar a través de los arcos de su galería, a los hombres que, profiriendo gritos, avanzaban en el exterior.

—¡Cada hombre a su posición! ¡Cada hombre a su posición!

Allí, por consejo de Asano, Graham reveló su identidad.

Llegaron al edificio del Consejo por un cable. En el breve intervalo desde la rendición de los consejeros hasta aquel momento, el aspecto de las ruinas había sufrido un cambio notable. Las cascadas de agua que brotaban de las fuentes reventadas se habían dominado y unos grandes tubos provisionales se entremezclaban por todo el sistema de vigas y cables. Éstos cubrían el firmamento por encima del

edificio del Consejo, y una serie de grúas y otras máquinas en continuo movimiento se alzaban a la izquierda de aquella mole blanca.

Las plataformas móviles de aquella zona habían sido restauradas y por una vez se movían bajo el cielo abierto. Éstas eran las plataformas que Graham había contemplado desde el balcón cuando despertó nueve días antes. La estancia donde había estado dormido se hallaba al otro lado, y en ella se amontonaban pilas uniformes de materiales de albañilería, destrozados o inservibles.

Era ya pleno día y el sol brillaba con fuerza. Las grandes cavernas de luz eléctrica alumbraban las plataformas abarrotadas de personas que saltaban de ellas y se reunían por encima de los destrozos y la confusión de las ruinas. El aire estaba lleno de sus gritos y la muchedumbre se dirigía en masa hacia el edificio central. Por lo general, aquella masa vociferante consistía en hormigueros informes, pero Graham notó que una burda disciplina se esforzaba por imponerse. Todas las voces pedían que se hiciera orden en aquel caos.

—¡A vuestras posiciones! ¡Cada hombre a su posición!

El cable los condujo a una estancia que Graham reconoció como la antecámara del vestíbulo del Atlas y cuya galería había recorrido unos días antes, acompañado de Howard, para comparecer ante el Consejo, una hora después de su despertar. Ahora todo aquello estaba desierto. No había más que dos funcionarios de los cables. Aquellos hombres quedaron atónitos al reconocer al Durmiente en el hombre que descendió del asiento de la vagoneta.

—¿Dónde está Helen Wotton?

Nadie lo sabía.

—¿Dónde está Ostrog? Tengo que ver a Ostrog inmediatamente. Me ha desobedecido. Vengo a quitarle el poder de las manos...

Sin esperar a Asano, atravesó la estancia, ascendió los escalones que había en el extremo más alejado, y descorriendo la cortina se encontró frente a la estatua del Atlas.

El vestíbulo estaba vacío. En él se habían operado grandes cambios desde que Graham lo había visto por primera vez, ya que sufrió violentos destrozos en los primeros combates de la revolución. Al lado derecho de la gigantesca figura, la mitad superior del muro había sido derribado y una plancha de la misma sustancia transparente que había rodeado a Graham al despertar, cubría el hueco. Aquello ahogaba, pero no lograba suprimir del todo, el rumor de los gritos de la multitud.

—¡Posiciones! ¡Posiciones! ¡Posiciones! —Parecían repetir los gritos.

Por aquel hueco, Graham distinguió las vigas y soportes de los andamiajes metálicos que subían y bajaban según la conveniencia de un gran número de trabajadores. Una máquina constructora, con largos brazos de metal pintado de rojo que cogían los bloques todavía blandos de pasta mineral y los colocaban hábilmente en su posición, prestaba una nota de color a aquel cuadro en el que predominaba el tono verde. Subidos sobre la máquina, había todavía un gran número de obreros que

estaban contemplando la multitud a sus pies. Permaneció unos instantes con la vista fija en todas aquellas cosas, y un momento después Asano lo alcanzó.

—Ostrog debe de estar en las oficinas de la parte de allá —le dijo.

El hombrecillo estaba lívido y sus ojos buscaron los de Graham.

No habían avanzado diez pasos cuando un pequeño panel que había a la izquierda del Atlas se enrolló como una persiana y Ostrog, acompañado de Lincoln y seguido de dos negros vestidos con uniformes amarillos y negros, apareció dispuesto a cruzar el rincón más remoto del vestíbulo hasta un segundo panel que también se había enrollado.

—¡Ostrog! —gritó Graham.

Al oír la voz del Señor, los componentes del grupo se volvieron asombrados.

Ostrog dijo algo a Lincoln y, separándose de él, avanzó unos pasos.

Graham fue el primero en hablar y lo hizo con voz firme y dictatorial.

—¿Qué es lo que dice la gente? —preguntó—. ¿Es cierto que ha hecho venir a los negros para dominar al pueblo?

—No es demasiado pronto —repuso Ostrog—. Me ha sido difícil dominarlos después del alzamiento. No les concedí importancia...

—¿De modo que esos negros infernales están en camino?

—Sí, están en camino. ¿Ha visto usted cómo está el pueblo?

—¡Y no me extraña! ¡No me extraña! Es lógico que esté así después de saber la noticia. Se ha tomado usted demasiadas libertades, Ostrog.

Ostrog guardó silencio. De pronto dio un paso hacia Graham.

—Los negros no deben venir a Londres —dijo Graham—. Yo mando aquí, y ordeno que no vengan.

Ostrog dirigió una mirada a Lincoln, que se acercó inmediatamente seguido de los dos servidores negros.

—¿Y por qué no? —preguntó Ostrog.

—Los hombres blancos deben ser regidos por hombres blancos. Además...

—Los negros no son más que un instrumento.

—Ésa no es la cuestión. Yo soy quien manda aquí, y quiero ser obedecido. Le repito que los negros no deben venir.

—El pueblo...

—Yo tengo fe en el pueblo.

—Porque usted es un anacronismo. Usted es un hombre surgido del pasado, un accidente. Es posible que sea el Dueño de medio mundo, pero no logrará asumir el mando. Es usted demasiado ignorante para ello.

Se detuvo y miró de nuevo a Lincoln.

—Sé perfectamente lo que usted piensa —prosiguió luego— y adivino lo que quiere hacer. No es demasiado tarde para hacerle una advertencia. Usted sueña con una igualdad humana, con un sistema socialista. Mantiene aún las ilusiones ya gastadas del siglo XIX y no quiere gobernar en esta época que está por encima de su

comprensión.

—¡Escuche! —replicó Graham—. ¿No lo oye? Es un sonido como el rumor del mar. No son muchas voces, sino una sola voz. ¿No comprende lo que significa?

—Nosotros les hemos enseñado todo lo que saben —dijo Ostrog.

—Es posible, pero ¿quieren enseñarles a olvidar? ¡Y basta ya! ¡Los negros no deben venir!

Hubo una pausa y Ostrog miró fijamente a Graham.

—Los negros vendrán —repuso.

—¡Lo prohíbo! —repitió Graham.

—Han salido ya para aquí.

—No permitiré que vengan...

—¿No? —gritó Ostrog—. Lamento seguir los métodos del Consejo... Por su bien no debe usted hacerse partidario del desorden. Y ahora que está aquí... Ha sido muy amable al venir...

Lincoln puso una mano sobre el hombro de Graham y éste comprendió bruscamente la enormidad de su error al acudir al edificio del Consejo. Se dirigió a las cortinas que separaban el vestíbulo de la antecámara, pero Asano le impidió avanzar. Segundos después, Lincoln había agarrado su túnica.

Se volvió violentamente y abofeteó a Lincoln, pero uno de los negros le sujetó por el cuello y por un brazo. Consiguió liberarse, aunque se le rompió la manga, pero resbaló hacia atrás en las manos del segundo negro. Entonces cayó pesadamente al suelo y pudo ver el distante techo del vestíbulo.

Gritó, se revolvió luchando furiosamente, agarró a uno de los negros por una pierna, le hizo caer de cabeza al suelo y se puso en pie.

Lincoln apareció entonces delante de él, y cayó de nuevo al suelo donde permaneció inmóvil al recibir un puñetazo en la mandíbula. Graham dio dos pasos y tropezó. El brazo de Ostrog le rodeó el cuello, se sintió empujado hacia atrás, cayó pesadamente y sus brazos golpearon el suelo. Después de unos cuantos esfuerzos violentos, cesó de debatirse y fijó la vista en la garganta palpitante de Ostrog.

—Es usted mi prisionero —jadeó éste con acento triunfal—. Ha sido usted un necio al volver.

Graham volvió la cabeza y distinguió, a través de la transparencia verde que cubría el hueco del muro, a los hombres que habían estado trabajando en las grúas, que hacían señas a la gente. ¡Habían contemplado toda la escena!

Ostrog siguió la dirección de su mirada y se sobresaltó. Gritó algo a Lincoln, pero éste permaneció inmóvil. Una bala se incrustó en las molduras pasando por encima del Atlas. Las dos láminas de sustancia transparente que habían sido colocadas para tapar el trozo desmoronado del muro se desgarraron, los bordes se tiñeron de oscuro, se curvaron, fueron enrollándose rápidamente y en unos segundos la Cámara del Consejo quedó a la intemperie. Una ráfaga de viento frío penetró entonces bruscamente en la estancia, trayendo consigo un sinnúmero de voces que llegaban de

las ruinas exteriores.

—¡Hay que salvar al Señor!

—¿Qué le están haciendo al Señor?

—¡Han traicionado al Señor!

Graham notó entonces que Ostrog había distraído de él su atención, que su puño no le oprimía ya con tanta fuerza y soltándose de un tirón logró ponerse de rodillas. En unos segundos había logrado quitárselo de encima y estaba apoyado sobre un pie agarrando con una mano la garganta de Ostrog, mientras éste le tiraba de la túnica de seda.

Pero entonces, desde el tablado, avanzaron hacia ellos varios hombres cuyas intenciones le engañaron. Creyó ver a alguien que avanzaba corriendo hacia las cortinas de la antecámara, y entonces Ostrog se apartó y los recién llegados se arrojaron sobre Graham. Completamente atónito, éste sintió que le apresaban. Aquellos individuos obedecían las órdenes de Ostrog.

Hasta que hubo sido arrastrado unos doce metros, no acabó de comprender que no se trataba de amigos, sino que aquellos hombres lo conducían al panel derribado de la pared.

Al darse cuenta del peligro se echó atrás, forcejeó por soltarse y pidió auxilio con toda la fuerza de sus pulmones. Esta vez, sus gritos recibieron respuesta.

Sintió que la presión que le hacían sobre el cuello se aflojaba y vio que por la esquina inferior del hueco aparecían primero una y después muchas figuras negras, dando gritos y gesticulando. A grandes saltos cayeron sobre la galería que había conducido a las habitaciones silenciosas y corrieron a lo largo de ella, tan cerca, que Graham pudo distinguir las armas que tenían en la mano. Después, oyó de nuevo los gritos de Ostrog y una vez más comenzó a debatirse con todas sus fuerzas esforzándose por contrarrestar la presión que ejercían sobre él para arrojarle por el agujero que se abría como un inmenso bostezo para recibirle.

—¡No pueden llegar! —jadeó Ostrog—. No osarán disparar... Todo va bien... Evitaremos que le salven.

A Graham le pareció que los forcejeos proseguían durante minutos interminables. Sus ropas estaban desgarradas por mil sitios, estaba cubierto de polvo y le habían pisoteado una mano. Logró distinguir perfectamente los gritos de sus partidarios y oyó unos disparos. Comprendió que había llegado al límite de sus fuerzas y que su salvaje resistencia era inútil. No llegaba ninguna ayuda, y poco a poco, irresistiblemente, aquella negra abertura se iba acercando más y más.

De pronto, sintió que sus esfuerzos no encontraban resistencia y logró ponerse en pie. Vio la cabeza gris de Ostrog en retirada y comprendió que nadie le sujetaba ya. Dio media vuelta y tropezó con un hombre vestido de negro. Una de las armas chasqueó junto a él, una oleada de humo le dio en plena cara y una hoja de acero relampagueó. La inmensa estancia vacía giró a su alrededor.

Instantes después vio como un hombre de uniforme azul apuñalaba a uno de los

servidores vestidos de negro y amarillo, a tres metros del lugar donde él se hallaba, y en seguida sintió que de nuevo le ponían las manos encima.

Tiraban de él en dos direcciones y le pareció que la muchedumbre gritaba con más fuerza que nunca. Se esforzó por comprender lo que decían, pero no lo logró. Alguien le tenía agarrado por una pierna y a pesar de sus esfuerzos sintió que le levantaban en vilo. Pero, de pronto, dándose cuenta de lo que ocurría, cesó en su resistencia. Se dejó llevar en hombros y vio cómo se alejaban del panel abierto. Diez mil gargantas lo aclamaban.

Vio un gran número de hombres vestidos de azul y negro que perseguían a los partidarios de Ostrog en retirada, sin dejar de disparar. Desde su altura, se dio cuenta de que atravesaba la inmensa estancia del Atlas y que era conducido a la plataforma más elevada que se hallaba en el centro del vestíbulo. El extremo más alejado estaba ya lleno de personas que corrían hacia él, mirándole y aclamándole.

Notó que estaba rodeado de una especie de guardia y que algunos hombres gritaban dando unas órdenes vagas. Muy cerca de él distinguió al hombre de bigote negro vestido de amarillo que había estado entre los que lo aclamaban en el teatro público y que ahora daba instrucciones a gritos. El vestíbulo estaba ya abarrotado de gente, la galería de metal estaba también totalmente cubierta por una muchedumbre que no cesaba de gritar, las cortinas del extremo habían sido desgarradas y la antecámara se veía asimismo llena de gente. Apenas pudo hacerse oír el hombre que tenía más cerca, porque las voces y el griterío ahogaban su voz.

—¿Dónde ha ido Ostrog? —preguntó.

El individuo a quien hizo la pregunta señaló por encima de las innumerables cabezas los paneles inferiores del muro opuesto a aquél donde estaba la abertura. Estaban abiertos y unos hombres armados, vestidos de azul con fajas negras, entraban por ellos y se perdían en las cámaras y pasajes del otro lado. Graham creyó oír disparos por encima del estrépito, pero antes de que pudiera aclarar sus ideas se vio conducido, trazando una curva por el enorme local, hasta una puerta que había debajo de la abertura.

Distinguió a varios hombres que se valían de una especie de látigos para evitar que la multitud lo ahogara, para abrirle camino entre los millares de personas que se apiñaban con el único objeto de verlo. Salió del vestíbulo y vio una pared blanca y desnuda que se elevaba ante él, coronada por el cielo azul. Le ayudaron a descender al suelo y alguien le guió sosteniéndole por un brazo. El hombre vestido de amarillo estaba aún a su lado. Le condujeron por una estrecha escalera de ladrillos y vio muy cerca los grandes edificios pintados de rojo, las grúas, las vigas y las máquinas de toda aquella masa constructora.

Al fin, llegó a lo alto de la escalera. Fue llevado por un camino cruzado por vías de metal y, de pronto, un vasto anfiteatro de ruinas apareció ante su vista.

—¡El Señor está de nuevo con nosotros...!

—¡El Señor...!

—¡El Señor...!

Estas exclamaciones se elevaron como una serie de olas por encima del lago de rostros, se rompieron contra las ruinas más distantes y volvieron hacia atrás en un tumulto de gritos.

—¡El Señor está de nuestra parte!

Graham notó que no estaba ya rodeado de gente, sino que se hallaba sobre una pequeña plataforma provisional hecha de un metal blanco, parte sin duda de la andamiada que rodeaba la mole del edificio del Consejo. Por encima de toda aquella extensión de ruinas se movía el pueblo sin dejar de gritar, y aquí y allá las banderas negras de las sociedades revolucionarias ondeaban formando algunos núcleos de organización, en medio de aquel caos. Por las empinadas escaleras de andamios que habían utilizado sus salvadores para alcanzar la abertura del muro de la Cámara del Atlas, subían pequeñas figuras negras agarrándose a columnas y salientes, esforzándose por obligar a la muchedumbre congestionada a ponerse en movimiento. Detrás de Graham, en un punto más elevado de los andamios, algunos hombres luchaban con los pliegues de una enorme bandera negra y, a través de la abertura del muro que se hallaba frente a él, distinguió a una muchedumbre apiñada y atenla a cuanto sucedía dentro del vestíbulo del Atlas. Las distantes pistas de vuelo que había al sur, se veían brillantes y claras, sin duda a causa de la excepcional transparencia del aire. Un aeropilo solitario se elevó desde la pista central, como para recibir a los aeroplanos que habían de llegar.

—¿Qué ha sido de Ostrog? —preguntó Graham.

Mientras hablaba, vio que todas las miradas se habían apartado de él y se habían vuelto hacia la cima del edificio del Consejo. También él volvió la vista hacia aquel punto, centro de la atención general, pero durante unos momentos no vio más que el extremo mellado y desigual de un muro, que se recortaba claramente contra el cielo. Después distinguió, en la sombra, el interior de una habitación y con un cierto sobresalto reconoció las decoraciones verdes y blancas de lo que había sido su prisión. Atravesando con precipitación aquella estancia hasta llegar al mismo borde del precipicio, vio una pequeña figura vestida de blanco seguida por otras dos, aún más diminutas, con uniformes amarillos y negros. Oyó que el hombre que estaba a su lado exclamaba: «¡Ostrog!», y se volvió para hacerle una pregunta. Pero no llegó a hacerla, porque se vio interrumpido por una exclamación sobresaltada lanzada por otro de sus acompañantes y por un dedo que apuntaba en una dirección. Fijó la mirada en el punto así indicado y distinguió al aeropilo que se estaba elevando en la pista de vuelo la última vez que había mirado hacia allá y que ahora avanzaba rápidamente hacia la escena del tumulto. Sus movimientos constituían todavía una novedad para él y concentró toda su atención en el aparato.

El aeropilo se fue acercando cada vez más, haciéndose mayor, hasta que por fin alcanzó el extremo de las ruinas y quedó ante la vista de la densa multitud que se hallaba dentro del recinto. Descendió en el espacio, se elevó de nuevo y pasó por

encima de las cabezas esquivando la mole del edificio del Consejo. Graham contempló aquel objeto transparente y el solitario aeronauta que miraba hacia abajo desde uno de sus costados, hasta que el aparato se perdió al otro lado de las ruinas.

Graham se puso a mirar después a Ostrog, que hacía señales con las manos mientras sus servidores se ocupaban en derribar uno de los muros laterales. Instantes después el aeropilo hizo de nuevo su aparición trazando una amplia curva y avanzando esta vez más despacio.

De pronto, el hombre vestido de amarillo gritó:

—¿Qué están haciendo? ¿Qué hace el pueblo? ¿Por qué permiten que Ostrog esté allí? ¿Por qué no le capturan? ¡Lo rescatarán...! ¡El aeropilo lo rescatará! ¡Ah!

Esta exclamación fue seguida de un gran griterío que surgió de las ruinas. El chasquido de las armas llegó a Graham a través de la distancia, y mirando hacia abajo distinguió un gran número de individuos con unos uniformes a rayas negras y amarillas corriendo por una de las galerías descubiertas que había debajo del promontorio en que se hallaba Ostrog. Mientras corrían dispararon a unos enemigos desconocidos y en seguida surgieron en su persecución varios grupos de individuos uniformados de azul. Aquellas minúsculas figuras que luchaban producían un extraño efecto. Parecían soldados de juguete que se movían mecánicamente. La casa abierta daba a la lucha entre muebles y pasillos un aspecto de irrealidad. Graham hallábase a unos doscientos cincuenta metros de distancia, y las ruinas inferiores a unos cincuenta. Los hombres de negro y amarillo llegaron a un arco abierto, volvieron sobre sus pasos e hicieron una descarga de disparos. Uno de sus perseguidores vestidos de azul, que había avanzado más que sus compañeros, abrió los brazos, se tambaleó hacia un lado, quedó suspendido al borde de las ruinas lo que a Graham le pareció unos segundos y cayó de cabeza al vacío. Graham vio cómo chocaba contra un saliente y salía despedido hecho un ovillo desapareciendo detrás de una grúa.

En aquel momento, una sombra se interpuso entre Graham y el sol. El Señor levantó la mirada y vio el cielo despejado, pero comprendió que el aeropilo había pasado. Ostrog había desaparecido. El hombre de amarillo, sudoroso y jadeante, gesticulaba haciendo muecas.

—¡Están aterrizando! —gritó—. ¡Están aterrizando! ¡Ordene al pueblo que disparen contra él! ¡Ordene que disparen contra él...!

Graham no logró comprenderlo. De todas partes se elevaron voces repitiendo estas enigmáticas palabras.

De pronto vio, por encima de las ruinas, la proa del aeropilo que se detuvo con una sacudida. Graham comprendió entonces con claridad que el aparato había aterrizado para que Ostrog pudiera escapar en él. Distinguió una bruma azul que se elevaba a sus pies y vio que el pueblo disparaba contra el motor.

Un individuo que se hallaba muy cerca de él prorrumpió en exclamaciones roncadas, y Graham vio que los rebeldes uniformados de azul habían llegado al arco que los del uniforme amarillo y negro dominaban minutos antes y que corrían en

avalancha por el pasaje abierto.

Y, de pronto, el aeropilo resbaló por el borde del edificio del Consejo y cayó. Cayó trazando un ángulo de cuarenta y cinco grados y Graham dio por hecho, como debieron darlo la mayoría de cuantos lo presenciaron, que era imposible que volviera a elevarse.

Cayó tan cerca de donde él se hallaba que Graham pudo distinguir a Ostrog agarrándose frenéticamente al asiento y vio con claridad al aeronauta que, con el semblante lívido, manipulaba con las palancas que servían para dominar al aparato. Hasta los oídos de Graham llegó el grito aterrado de innumerables gargantas.

Se asió a la barandilla y contuvo la respiración. Aquel segundo le pareció un siglo. La parte inferior del aeropilo pasó casi rozando los circunstantes que atronaron el espacio con sus gritos y se pisotearon unos a otros.

Y entonces el aparato se elevó.

Por un momento pareció como si le resultara imposible remontar el obstáculo del muro que se alzaba frente a Graham y después pareció como si no fuera capaz de rebasar la rueda de molino que giraba al otro lado.

Pero poco después rugía libre una vez más y seguía ascendiendo poco a poco por el cielo limpio de nubes.

El asombro que experimentó la muchedumbre en aquellos momentos dio paso a la cólera y a la exasperación cuando los partidarios del Señor comprendieron por fin que Ostrog se les había escapado de las manos. Empezando rápidamente la acción, reanudaron el tiroteo hasta que el continuo chasquido de los disparos se convirtió en un verdadero rugido, hasta que todo el recinto quedó sumido en una bruma azul muy espesa y el aire adquirió un olor intenso producido por el humo de las armas.

¡Demasiado tarde! El aeropilo fue haciéndose cada vez más pequeño, trazó algunas curvas y se dirigió hacia la pista de vuelo de la que se había elevado poco antes. Ostrog había huido.

Durante irnos instantes de las ruinas brotaron gritos de desconcierto, pero pronto la atención general quedó fija en Graham, que se hallaba encima de sus cabezas, en su tarima improvisada. Vio cómo las caras de aquellos miles de seres humanos se volvían hacia él y escuchó sus aclamaciones y gritos de triunfo. De la garganta de la calle surgió el himno de la revolución esparciéndose como una brisa por entre aquel océano de hombres.

El grupo que le rodeaba le felicitó calurosamente por haber logrado escapar y notó que el hombre vestido de amarillo estaba muy cerca de él, con los labios apretados y los ojos brillantes. Mientras tanto, la canción se elevaba, aumentando cada vez más de volumen...

Lentamente, Graham comenzó a darse cuenta de lo que todo aquello significaba para él y comprendió con toda claridad el cambio que se había operado en su situación. Ostrog, que había estado a su lado siempre que hubo necesidad de enfrentarse con la multitud, estaba muy lejos y era su enemigo. Nadie gobernaba ya

en su nombre. Todo el mundo, incluso los que estaban rodeándole, los jefes y organizadores, le miraban pendientes de sus primeras palabras, de sus primeros movimientos. Esperaban sus órdenes. Ahora era, en verdad, rey. Su papel de muñeco había terminado.

Se esforzó por adivinar qué era lo que el pueblo esperaba de él. Sus nervios y sus músculos estaban contraídos y su cerebro algo confuso, pero no sentía ni miedo ni cólera. La mano que le habían pisado le ardía y se sentía algo nervioso. No tenía miedo, y quería evitar que la gente pensara que lo tenía. En su vida anterior, muy a menudo se había sentido nervioso tomando parte en juegos de habilidad. Deseaba entrar en acción inmediatamente y sabía que no debía pensar demasiado en los detalles de la lucha, porque de lo contrario le paralizaría su complejidad. Allá lejos, aquellas formas azules y las pistas de vuelo significaban Ostrog. Contra Ostrog estaba luchando para ganar el mundo.

Capítulo XXIII

MIENTRAS LLEGABAN LOS AEROPLANOS

Durante unos momentos, el Dueño del Mundo no fue siquiera dueño de sus pensamientos. Hasta su voluntad parecía no pertenecerle, sus propios movimientos le sorprendieron y no fueron más que una parte de la confusión en que se hallaba sumido todo su ser. Aquello era concreto. Los aeroplanos llegarían pronto. Helen Wotton había prevenido al pueblo de su llegada y él era el Dueño del Mundo. Todos estos hechos luchaban por posesionarse de sus pensamientos. Surgían por encima de los locales abarrotados de gente, de los pasajes aéreos, de las habitaciones llenas de jefes que estudiaban la situación, de los salones cinematográficos, de las cabinas telefónicas y de las ventanas que daban a una legión de hombres en marcha. El individuo uniformado de amarillo y otros varios le estaban empujando o siguiendo con sumisión. Era difícil saberlo. Tal vez hicieran las dos cosas. Tal vez una fuerza ignorada les impulsaba a todos. Supo entonces que iba a hacer una proclama a los habitantes de la tierra y formuló en su mente frases grandilocuentes para expresar sus ideas. Muchas cosas ocurrieron y después se encontró solo con el hombre vestido de amarillo en la estancia donde había de pronunciar su discurso.

Aquella estancia estaba ocupada por los aparatos más modernos. En el centro había un óvalo brillante, iluminado por varias luces eléctricas que refulgían sobre él. El resto estaba sumido en sombras y las dobles puertas perfectamente ajustadas, por las que hizo su entrada desde el vestíbulo del Atlas, lo sumían todo en el silencio más absoluto. El golpe sordo de estas puertas al cerrarse, el brusco cesar del tumulto en el que había estado sumido durante muchas horas, el tremolante círculo de luz, los cuchicheos y los rápidos y silenciosos movimientos de unos individuos que se perfilaban vagamente en las sombras, produjeron un extraño efecto sobre el ánimo de Graham. Los gigantescos oídos de un mecanismo gramofónico esperaban recibir sus palabras, los ojos negros de grandes cámaras fotográficas esperaban sus primeros movimientos; más allá, varios cilindros y rodillos mecánicos brillaban y algo giraba produciendo un zumbido constante. Se dirigió al centro de la luz.

Lo que pensaba decir había adquirido forma en su mente, pero aquel silencio, aquella soledad, aquel brusco apartamiento de la muchedumbre que lo aclamaba, aquel silencioso auditorio de máquinas brillantes, le paralizaron de momento. No había contado con ello. Todas sus ideas se amontonaron. Le pareció que había caído de pronto en aquella habitación y que de pronto se sorprendía a sí mismo. Sintió que un brusco cambio se operaba en su interior y descubrió que tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias, que tenía miedo de aparecer demasiado teatral, que tenía miedo del sonido de su voz, que tenía miedo de su propio ingenio. Asombrado,

se volvió al hombre vestido de amarillo haciendo un ademán.

—He de esperar irnos momentos —dijo—. He de esperar. No creía que esto fuera así. Tengo que pensar lo que voy a decir.

Mientras titubeaba aún, llegó un mensajero profundamente agitado trayendo la noticia de que los primeros aeroplanos habían pasado sobre Arawan.

—¿Arawan? —murmuró Graham—. ¿Dónde está eso? Pero, en fin, sea como sea, el caso es que pronto estarán aquí. ¿Cuándo llegarán?

—Al anochecer.

—¡Santo Dios! Sólo nos quedan unas horas. ¿Qué noticias hay de las pistas de vuelo? —preguntó.

—Las fuerzas de las posiciones del sudoeste están preparadas.

—¡Preparadas!

Con un gesto de impaciencia, se volvió de nuevo hacia el círculo de lentes y murmuró para sus adentros:

—Supongo que tendré que hacer un discurso muy breve. Daría algo por saber lo que debo decir... ¡Aeroplanos en Arawan...! Deben de haber salido antes que los demás. Creo que... ¡Oh! ¿Qué importancia tiene que hable bien o que hable mal?

Había formulado algunas frases vagas dando forma a sus ideas democráticas cuando sintió que una duda le asaltaba. Sus creencias habían perdido toda su consistencia y ya no tenía ninguna fe en el valor de la democracia. La visión de una futilidad sumida en una oleada de destinos incomprensibles sustituyó aquella fe, y de pronto comprendió con perfecta claridad que aquella rebelión contra Ostrog era prematura y que estaba destinado al fracaso, que no había sido más que el impulso de una insuficiencia apasionada contra cosas inevitables. Pensó en los aeroplanos que se aproximaban como en el destino que venía a buscarlo y le asombró haber podido ver las cosas de otra manera. Se debatió interiormente en aquella emergencia final, pero por último arrojó a un lado sus dudas y resolvió seguir adelante a toda costa con el discurso comenzado. Pero a pesar de esta decisión no encontró las palabras necesarias. Mientras permanecía allí de pie, encogido, vacilante, sintiendo el impulso de excusarse públicamente por su ineptitud, llegó hasta él el eco de muchas voces acompañadas de pisadas que iban y venían.

—¡Espere! —gritó alguien.

La puerta se abrió y las voces prosiguieron.

—¡Ella viene!

Graham se volvió y las luces perdieron fuerza a sus ojos. Por la puerta entreabierta, Graham vio una esbelta figura que avanzaba a través de una espaciosa estancia. Su corazón se puso a latir desenfrenadamente. Era Helen Wotton. A su alrededor y a su espalda, la muchedumbre la aplaudía y el hombre vestido de amarillo apareció en el círculo de luz.

—Ésta es la mujer que nos informó de la acción de Ostrog —dijo.

La joven tenía el rostro arrebolado y su cabello negro caía abundantemente sobre

los hombros. Los pliegues de la suave túnica de seda que vestía se movían rítmicamente a medida que avanzaba.

Fue acercándose con lentitud, mientras el corazón de Graham latía atropelladamente. Todas sus dudas habían desaparecido. La sombra de la puerta cayó sobre ella y segundos después estuvo a su lado.

—¡No nos ha traicionado! —exclamó—. ¡Está con nosotros!

—¿Dónde ha estado? —preguntó Graham.

—En la oficina de las posiciones del sudoeste. Hasta hace diez minutos ignoraba que usted había vuelto. Fui allí en busca de los jefes para que ellos hablaran al pueblo.

—Volví apenas me enteré de lo que ocurría.

—Lo sé. ¡Sabía que no nos abandonaría! Y todo ha ocurrido como yo dije. Se han alzado... Todo el mundo se ha alzado en rebelión. El pueblo ha despertado de su letargo. ¡Gracias a Dios que no obré en vano! ¡Usted es el Señor todavía!

—Usted fue quien los avisó —murmuró Graham lentamente.

Entonces vio que, a pesar de la firmeza de sus ojos y de su porte, los labios de la joven temblaban y su respiración era agitada.

—Sí, yo los previne. Tuve noticia de la orden de Ostrog. Estaba aquí. Supe que los negros venían a Londres para apoderarse de usted y para dominar al pueblo. Usted sería su prisionero para siempre. Pero yo lo he evitado. Salí y advertí al pueblo y ahora usted es rey.

Graham fijó la vista en las lentes de las cámaras y en los altavoces y luego volvió a mirarla a ella.

—¡Ahora soy rey! —repitió pronunciando las palabras con lentitud, mientras el recuerdo de los aeroplanos que avanzaban hacia ellos cruzó por su mente.

Después preguntó:

—¿Y usted hizo eso? ¿Usted, la sobrina de Ostrog?

—Por usted —exclamó la joven—. ¡Por usted! Para que usted, a quien el mundo ha esperado durante tanto tiempo, no fuera despojado de lo que le pertenece.

Graham permaneció unos instantes en silencio, con los ojos fijos en la joven. Sus dudas se habían desvanecido por completo y recordó todo lo que había pensado decir. Se enfrentó de nuevo con las cámaras y la luz se intensificó. Pero antes de hablar, se volvió una vez más hacia la joven.

—Usted me ha salvado —dijo—. Usted me ha devuelto la fuerza. La batalla está empezando. Sólo Dios sabe lo que esta noche ocurrirá, pero sé que mi honor quedará a salvo.

Hizo una pausa y después se dirigió a las invisibles multitudes que le miraban a través de aquellos ojos grotescos. Al principio habló con lentitud:

—¡Hombres y mujeres de la nueva era, os habéis alzado para pelear por la raza...! La victoria no será fácil.

Se detuvo para buscar las palabras necesarias. Las ideas que habían llenado su

cerebro antes de la llegada de Helen Wotton, volvieron a su mente, pero transfiguradas sin sombras ya de ninguna clase.

—Esta noche es el principio —prosiguió—. La batalla que se aproxima, la batalla que se cierne sobre nosotros esta noche, no es más que el principio. Durante toda vuestra vida tendréis que luchar... No os preocupéis aunque yo caiga, aunque sea totalmente derribado.

Sus ideas eran demasiado vagas para traducirlas en palabras, se sumió en una serie de exhortaciones y de pronto le invadió una oleada de inspiración. Mucho de lo que dijo no era más que las frases humanitarias más conocidas y repetidas de una era muy remota, pero la convicción que las inspiraba las revistió de vitalidad. Habló de su vida anterior a las gentes de la nueva era, a la mujer que tenía a su lado.

—Vengo a vosotros del pasado —dijo— con el recuerdo de una época que esperaba. Mi época era una época de sueños, de comienzos, de nobles ilusiones. En todo el mundo habíamos suprimido la esclavitud, en todo el mundo habíamos predicado el deseo de que las guerras cesaran, de que todos los hombres y mujeres vivieran noblemente en libertad y en paz... Éstas eran nuestras esperanzas en los días del pasado. ¿Y qué ha sido de estas esperanzas? ¿Cómo es la humanidad después de doscientos años? Grandes ciudades, fuerzas poderosas, una grandeza colectiva muy por encima de nuestros sueños. No trabajábamos por conseguir esto, y esto es lo que conseguimos. ¿Pero cómo son las vidas pequeñas que forman esta vida inmensa y poderosa? ¿Cómo son las vidas de los humildes? Como han sido siempre. Dolor y trabajo, vidas destrozadas o incompletas, vidas tentadas por el poder, tentadas por la riqueza, vidas que se consumen en el derroche y la insensatez. Las viejas creencias se han marchitado y han cambiado. La nueva fe... ¿Existe una nueva fe?

Graham descubrió mientras hablaba que creía en cosas en las que siempre había deseado creer. Se agarró a la fe y habló sintiendo que su corazón rebosaba. Habló entrecortadamente y con frases truncadas, pero lo hizo poniendo en ello toda su alma y ayudado por la fe recién nacida que sentía en su interior. Habló de la grandeza de la abnegación, de su fe en una vida inmortal, de la humanidad en que vivimos, nos movemos y tenemos un lugar. Su voz se elevó y descendió, los aparatos dejaron oír grandes aplausos y sus amigos le contemplaron desde las sombras de la habitación. Durante aquellos momentos el recuerdo de sus invisibles oyentes sostuvo su sinceridad. Sintió que la inspiración le invadía y ya no dudó de sí mismo, no dudó de sus palabras. Todo estaba claro para él. Su elocuencia no volvió a debilitarse. Y por fin pronunció las frases con las que cerró su discurso.

—En este instante hago mi testamento —exclamó—. Todo cuanto es mío, lo lego al pueblo. Todo cuanto es mío, lo ofrezco en este instante al pueblo. Os lo doy todo a vosotros y yo mismo me doy por entero. Y sea cual sea la voluntad de Dios, viviré para vosotros o moriré.

Terminó con un ademán y se volvió hacia los presentes. Entonces sorprendió la luz de su exaltación reflejada en los ojos de la joven. Sus miradas se encontraron.

Helen Wotton estaba anegada en lágrimas de entusiasmo. Una fuerza interior pareció impulsarlos el uno hacia el otro. Se estrecharon las manos y permanecieron sumidos en un elocuente silencio.

—¡Lo sabía! —murmuró ella—. ¡Lo sabía!

Graham no pudo hablar, pero oprimió con fuerza la mano que tenía entre las suyas. En su cerebro bullían las más gigantescas pasiones.

El hombre vestido de amarillo estaba junto a ellos, pero ninguno de los dos había notado hasta entonces su presencia. Estaba diciendo que los hombres de las posiciones del sudoeste avanzaban.

—No creí que lo consiguieran tan pronto —exclamó—. Han hecho maravillas. Debe usted decirles unas palabras para animarlos.

Graham dejó caer la mano de Helen y lo miró distraído. Después, volviendo a la realidad, pensó en las pistas de vuelo.

—Sí —dijo—. Muy bien, muy bien.

Reflexionó sobre el mensaje que debía dirigir a aquellos valientes.

—Dícales: «¡Bravo, los del sudoeste!».

Volvió de nuevo los ojos a Helen Wotton mientras su semblante expresaba ideas contradictorias.

—Tenemos que apoderarnos de las pistas de vuelo —expuso—. Si no lo hacemos, traerán a los negros. A toda costa debemos impedirlo.

Mientras hablaba pensó que no era esto lo que pensaba decir antes de ser interrumpido. Vio en los ojos de ella reflejada la sorpresa. Pareció dispuesta a hablar, pero un timbre agudo ahogó su voz.

Graham pensó entonces que la joven esperaba que él condujera a aquellos hombres, que eso era lo que debía hacer. Bruscamente se ofreció a hacerlo, dirigiéndose al hombre vestido de amarillo, aunque sus palabras iban dirigidas a ella. Inmediatamente vio cómo sus ojos se animaban.

—Aquí no hago nada —dijo.

—¡Es imposible! —protestó el hombre de amarillo—. Será una lucha terrible... Su puesto está aquí.

Se puso a dar toda clase de explicaciones e indicó a Graham el lugar donde debía esperar. Varias veces insistió en que no había otra alternativa.

—Tenemos que saber dónde está —dijo—. En cualquier momento podemos necesitarle y conocer sus decisiones.

La habitación era un lujoso departamento con máquinas modernas y un espejo roto, que antes tenía comunicación con el nido de cuervo. A Graham le pareció natural que Helen le acompañara en la espera.

En su imaginación se había trazado la imagen de una dramática lucha, a juzgar por las multitudes que poblaban las ruinas. Pero delante de él no se alzaba el espectacular campo de batalla que se había imaginado y en vez de ello se hallaba recluso y en suspenso. Mientras avanzaba la tarde pudo por fin hacerse una idea del

combate que tenía lugar, inaudible e invisible, a cuatro millas de donde él se hallaba, más allá de la pista de Roehampton. Era una batalla extraña y sin precedentes, una batalla que era cien mil pequeñas batallas, una batalla en una esponja de calles y canales, llevada a cabo fuera del alcance de la luz del cielo, oculta del cielo, llevada a cabo bajo resplandores eléctricos, en una inmensa confusión y por una muchedumbre sin conocimientos de las armas, conducida principalmente por aclamaciones y gritos sin orden, multitudes embrutecidas por el trabajo manual y enervadas por la tradición de doscientos años de una seguridad servil, contra multitudes desmoralizadas por vidas de privilegio y de indulgencia sensual. Carecían de artillería y no conocían la diferencia entre esta fuerza y otras fuerzas. La única arma que poseían los dos bandos contendientes era la pequeña carabina verde, cuya secreta fabricación y repentina distribución en inmensas cantidades había sido uno de los puntos fuertes de Ostrog en su lucha contra el Consejo. Pocos tenían experiencia en su manejo, muchos no la habían descargado nunca y muchos otros llegaban al lugar del combate desprovistos de municiones. Nunca se conoció lucha semejante en la historia de las guerras. Era una batalla de aficionados, una espantosa batalla experimental, rebeldes armados contra rebeldes armados, rebeldes armados impulsados a avanzar por las palabras y la música de una canción, por la fuerza de su número, rebeldes que surgían en minadas incontables y que se dirigían a las calles más estrechas, a los ascensores vacíos a las galerías resbaladizas por la sangre derramada a las naves y pasadizos llenos de humo bajo las pistas de vuelo, para aprender allí cuando la retirada fuera imposible, los antiguos misterios de la guerra. Y arriba, exceptuando la presencia de unos cuantos tiradores apostados en los tejados y de unos cuantos hilos de vapor que se multiplicaron y oscurecieron al hacerse de noche, el día era de una serenidad purísima. Por lo visto, Ostrog no tenía bombas, y en las primeras fases de la lucha no tomaron parte los aeroplanos. Ni la nube más pequeña rompía la desierta transparencia del firmamento. Parecía como si se mantuviera vacío hasta que llegaran los aeroplanos.

Una y otra vez llegaban noticias del avance de estos aparatos, que iban acercándose más y más, primero de un puerto del Mediterráneo y luego de otro, hasta llegar al sur de Francia. Pero, a pesar de las urgentes preguntas de Graham, no pudieron decirle nada de las nuevas armas que Ostrog había fabricado y cuya existencia se conocía, ni tampoco llegaba ninguna información sobre el desarrollo de la lucha que tenía lugar en los alrededores de las pistas de vuelo. Sección tras sección de las Compañías Laborales se declaraban dispuestas ya a la lucha, se declaraban en marcha y desaparecían después en el laberinto de aquel combate. ¿Qué estaba ocurriendo? Ni siquiera los jefes de las posiciones lo sabían. A pesar de las puertas que se abrían y cerraban, a pesar de los presurosos mensajeros, de los timbres y del perpetuo chasquido de los aparatos de recepción, Graham se sentía aislado, extrañamente inactivo, inútil.

Su aislamiento le pareció a veces lo más extraño, lo más inesperado de cuanto

había ocurrido desde su despertar. Tenía un concepto de la actividad que sólo se conoce en los sueños. Un tumulto, una lucha sin cuartel entre él y Ostrog... ¡Y después esta apartada y diminuta habitación con sus altavoces, sus timbres, sus aparatos y su espejo roto!

Cuando la puerta se cerraba, se encontraban solos. Entonces les parecía que estaban aislados para siempre de la gigantesca tormenta en que el mundo exterior se hallaba envuelto, no pensaban más que en ellos dos, no recordaban otra cosa que no fueran sus dos vidas reunidas. Pero la puerta se abría de pronto y entraban unos mensajeros o un timbre agudo interrumpía su soledad. Entonces sentían como si es tuvieran en una casa bien edificada y brillantemente iluminada, y de súbito se abriera una ventana dejando entrar al huracán. La prisa y el tumulto, la fuerza y la vehemencia de la lucha se introducían en la habitación y les dejaba abrumados. Dejaban de ser personas para convertirse en meros espectadores, en meras impresiones de una tremenda convulsión. Hasta para ellos mismos se convertían en seres irreales, en miniaturas de personalidades, indescriptiblemente minúsculas. Las dos realidades antagónicas, las dos únicas realidades que el mundo contenía eran, en primer lugar, la ciudad que latía y rugía allá lejos en un espasmódico frenesí de autodefensa, y, en segundo lugar, los aeroplanos que avanzaban inexorablemente hacia ellos.

Al principio habían sentido una exaltada confianza y un gran orgullo los había poseído, un orgullo mutuo, por la grandeza de lo que tenían entre manos. Graham había entrado en la habitación lleno de elocuencia, saturado de la íntima convicción de su maravilloso destino. Pero, poco a poco, muy lentamente, su espíritu fue llenándose de inquietos presentimientos sobre la inminencia de la derrota. En una ocasión estuvieron solos durante un rato y entonces Graham cambió de tema, se hizo egoísta y habló del milagro de su sueño, de la otra vida, remota, pero detallada y precisa aún en su mente, como algo contemplado a través de unos gemelos de ópera invertidos. Habló de todos los deseos y de todos los errores que habían constituido su vida anterior. Helen habló poco, pero la emoción retratada en su semblante cambiaba según el tono de la voz de Graham, y éste sintió que, al fin, alguien le había comprendido. Había logrado una perfecta comprensión, y, satisfecho, se puso a hablar del sentido de la grandeza que ella le había hecho experimentar.

—Y a través de todo ello, por encima de todo ello, éste era mi destino —dijo—. Esta magnífica herencia, esta responsabilidad con la que nunca soñé.

Insensiblemente, su preocupación por el combate pasó a segundo término, y los dos se sumieron en ellos mismos. Graham empezó a interrogarla y ella le habló de los días anteriores a su despertar. Habló con brevedad, pero con gran emoción, de los sueños juveniles que habían dado una razón de ser a su vida, de las incrédulas sensaciones que en ella había producido el despertar tan esperado. Le explicó también una trágica circunstancia de su niñez que había entenebrecido su vida, que la había hecho sensible a la injusticia y que había abierto prematuramente su corazón a los

dolores más grandes del mundo. Durante un buen rato, la guerra que les rodeaba no fue para Graham más que un gran telón de fondo en el que resaltaban estas emociones personales.

Pero inmediatamente todo aquello quedó en segundo término. Llegaron unos mensajeros con la noticia de que una gran flota de aeroplanos avanzaba a gran velocidad sobre Avignon. Graham se dirigió a la lente de cristal que había a un rincón y comprobó por sí mismo que aquello era exacto. Penetró en la habitación contigua y consultó un mapa para medir las distancias entre Avignon, Arawan y Londres. Hizo unos cálculos rápidos y salió en seguida hacia el lugar donde estaban reunidos los jefes de las posiciones, para pedir noticias del combate que tenía lugar en las pistas de vuelo. Pero no encontró a nadie en la estancia, y después de unos minutos de indecisión volvió a la estancia donde Helen le estaba esperando.

Graham había cambiado de expresión. Pensó en aquellos momentos que posiblemente la lucha estaba ya más que mediada, que Ostrog era el más fuerte y que la llegada de los aeroplanos produciría en la ciudad un pánico tan grande que le dejaría indefenso. Una frase casual contenida en uno de los mensajes, le dio una idea de la realidad con que tendría que enfrentarse muy pronto. Cada uno de aquellos rugientes aparatos conducía mil negros, medio salvajes, para combatir en la lucha a muerte que tenía lugar en la ciudad. De pronto, su humanitario entusiasmo le abandonó. Sólo dos de los jefes estaban en su puesto cuando él hizo su reaparición. El vestíbulo del Atlas se hallaba vacío. A Graham le pareció advertir un cambio en la expresión de los servidores que aguardaban los pasillos y una sombría desilusión se adueñó de su corazón. Helen le miró con ansiedad cuando volvió a reunirse con ella.

—No hay noticias —dijo Graham con fingida indiferencia, en contestación a la pregunta reflejada en los ojos de la joven.

Pero después pensó que la franqueza era necesaria.

—Es decir, las noticias son malas. Estamos perdiendo. No ganamos terreno y los aeroplanos siguen acercándose.

Recorrió la habitación de parte a parte y volvió de nuevo al lado de Helen.

—A no ser que consigamos apoderarnos de esas pistas de vuelo en el plazo de una hora, ocurrirían cosas horribles. Seremos vencidos.

—¡No! —exclamó ella—. Tenemos la justicia... Tenemos al pueblo. ¡Dios está de nuestro lado!

—Ostrog tiene hombres disciplinados. Tiene planes ordenados. Allí fuera, ¿sabes?, he sentido que... Cuando me enteré de que los aeroplanos estaban ya mucho más cerca, sentí como si me hubiera enfrentado contra los designios del destino.

Helen no contestó durante algún tiempo.

—Hemos obrado bien —dijo al fin.

Graham la miró con la duda retratada en el semblante.

—Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos. ¿Pero acaso esto nos incumbe? ¿No habremos cometido un pecado antiguo, un pecado muy grande?

—¿Qué quieres decir?

—Estos negros son unos salvajes gobernados por la fuerza, utilizados por la fuerza. Llevan doscientos años dominados por los blancos. ¿No será acaso una lucha de razas? La raza pecó... la raza debe expiar.

—Pero los trabajadores, la pobre gente de Londres...

—Tendrán que expiar también el pecado... Contemplar ese castigo sin hacer nada es compartirlo.

Helen lo miró asombrada ante ese nuevo aspecto de la cuestión que a ella no se le había ocurrido.

Desde el exterior llegó hasta ellos el sonido de un timbre, ecos de pisadas y las palabras de un mensaje gramofónico. El hombre vestido de amarillo apareció en el umbral.

—¿Qué pasa? —preguntó Graham.

—Están ya en Vichy.

—¿Dónde están los hombres que debían hallarse en el vestíbulo del Atlas? —interrogó Graham bruscamente.

En aquel momento la máquina parlante habló de nuevo.

—Podemos ganar todavía —dijo el hombre de amarillo saliendo de la habitación—. Si conseguimos averiguar dónde ha ocultado Ostrog las armas. Todo depende de eso. Quizá...

Graham le siguió. Pero sólo había noticias del avance de los aeroplanos. Habían llegado ya a Orleans.

Graham volvió al lado de Helen.

—No hay noticias —dijo—. No hay noticias.

—¿Y no podemos hacer nada?

—¡Nada!

Recorrió la habitación, lleno de impaciencia, y de pronto su naturaleza colérica se impuso.

—¡Maldito sea este complejo mundo! —exclamó—. ¡Malditas sean todas las invenciones de los hombres! ¡Que un hombre pueda morir como un ratón en una trampa sin ver siquiera a su enemigo...! ¡Oh, si pudiera dar un solo golpe...!

Guardó silencio y en seguida se volvió hacia ella en un tono distinto.

—Estoy diciendo tonterías... Soy un salvaje.

Recorrió la habitación y se detuvo bruscamente.

—Después de todo, Londres y París no son más que dos ciudades. ¿Qué importa que Londres esté condenado y París destruido...? No se trata más que de dos accidentes.

Una vez más la necesidad de saber noticias le reclamó y salió a preguntar detalles. Volvió con expresión más grave y se sentó junto a ella.

—El fin debe de estar cerca —murmuró—. Parece que el pueblo ha luchado y han muerto decenas de miles de hombres. Las calles que rodean Roehampton deben de

parecer colmenas llenas de cadáveres. Y han muerto en vano. No llegaron a las pistas y los aeroplanos están cerca de París. Aunque ahora obtuviéramos una victoria, no podríamos hacer nada, no tendríamos tiempo de hacer nada antes de que cayeran sobre nosotros. Las armas que podrían habernos salvado se han perdido. ¡Perdido! ¡Piensa en el desorden que eso significa! ¡Piensa en la inutilidad de este tumulto en el que los promotores ni siquiera son capaces de encontrar las armas que hacen falta! ¡Oh, si pudiera tener un aeropilo... sólo uno! No tener un aeropilo es lo que me ha vencido. ¡La humanidad está vencida y nuestra causa perdida! ¡Mi reinado, mi estúpido reinado, no durará ni una sola noche! ¡Y yo habré sido el causante de la muerte de millares de ciudadanos...!

—Hubieran luchado de todas maneras.

—Lo dudo... He estado en medio de ellos...

—¡No! —exclamó Helen—. ¡Eso no...! Si somos derrotados... si tú mueres... Pero eso no puede suceder, es imposible que suceda, después de todos estos años.

—¡Ah! Nuestras intenciones eran buenas, pero ¿crees realmente que...?

—Aunque seas derrotado —prosiguió la joven—, habrás hablado... Tu palabra ha volado como el viento por todos los rincones del mundo, haciendo que la idea de libertad se convierta en una llama. ¿Qué importa que la llama tiemble? Nada puede cambiar las palabras pronunciadas. Tu mensaje habrá ido a donde debía ir...

—¿Con qué fin...? Es posible que sea como tú dices. ¿Recuerdas que cuando me dijiste esas cosas, ¡santo Dios, no hace más que unas horas!, te dije que no compartía tu fe? En fin, sea como sea, ahora ya no queda nada que hacer.

—¿Qué no compartes mi fe? ¿Qué quieres decir? ¿Te arrepientes?

—¡No! —dijo Graham atropelladamente—. Ante Dios, te aseguro que no...

Su voz se alteró.

—Pero... me parece que he sido indiscreto... Sabía muy poco. No comprendí bien la importancia...

Hizo una pausa, arrepentido de esta confesión.

—Pero hay algo que lo compensa todo. Te he conocido a ti. A través de este abismo de tiempo he venido a ti. Lo demás está hecho. Contigo, esto ha sido algo más... o algo menos...

Se interrumpió fijando los ojos en los de ella, y desde el exterior llegó la nueva de que los aeroplanos volaban por encima de Amiens.

Helen se llevó una mano a la garganta y sus labios palidieron. Miró fijamente el vacío como si contemplara una horrible posibilidad. De pronto, su expresión cambió.

—¡Yo he sido sincera! —exclamó—. ¿O acaso no lo he sido? Yo amaba al mundo y amaba la libertad. Detestaba la crueldad y la opresión... Sí, sólo eso es lo que me impulsó a obrar.

—Sí —murmuró Graham—. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Hemos enviado nuestro mensaje. Hemos señalado el principio... Pero ahora... Ahora que estamos en lo que seguramente será nuestra última hora, la última hora que

pasaremos juntos, ahora que hemos hecho estas grandes cosas...

Se detuvo. Ella permaneció en silencio, con enigmática expresión.

Durante unos segundos no oyeron el repentino clamor que llegaba desde el exterior, las pisadas que resonaban en todas direcciones ni los gritos. Pero en seguida Helen prestó atención.

—Es... —exclamó.

Se puso en pie de pronto, sin habla, incrédula, triunfante.

También Graham lo oyó. Unas voces metálicas gritaron:

—¡Victoria...! ¡Victoria...!

Sí. Era la palabra «¡Victoria!» la que pronunciaban y repetían millares de voces. Graham se puso en pie mientras en sus ojos brillaba la luz de una desesperada esperanza.

El hombre vestido de amarillo abrió bruscamente las cortinas y apareció ante ellos agitado y despeinado.

—¡Victoria! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Victoria!

¡El pueblo gana! ¡Los hombres de Ostrog se han hundido...!

—¿Victoria?

Helen se puso en pie. Su voz era ronca y débil.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Graham—. ¡Conteste! ¿Qué...?

—Les hemos arrojado de los subterráneos de Norwood. Streatham está ardiendo y Roehampton es nuestro. Y hemos capturado el aeropilo que había allí.

Durante unos instantes Graham y Helen permanecieron en silencio, y mientras sus corazones latían aceleradamente, se contemplaron. En un segundo, pasaron por la imaginación de Graham sus sueños de imperio, de reinado, con Helen a su lado. La idea refulgió y se desvaneció apenas nacida.

Sonó un timbre y un hombre de cabello canoso apareció muy excitado. Venía de la Oficina de los Jefes.

—¡Todo ha terminado! —exclamó—. ¿Qué importa que Roehampton sea nuestro? ¡Los aeroplanos han sido vistos en Boulogne!

—¡El Canal! —gritó el hombre vestido de amarillo.

Dejó de hablar mientras hacía rápidos cálculos.

—¡Media hora!

—Todavía tienen tres de las pistas de vuelo.

—¿Y las armas? —preguntó Graham.

—No podemos distribuirlas en media hora.

—¿Quiere decir esto que las han encontrado?

—¡Demasiado tarde! —contestó el viejo.

—¡Si pudiéramos detenerlos durante otra hora! —exclamó el hombre vestido de amarillo.

—Nada puede detenerles ya. Tienen casi cien aeroplanos en la primera flota.

—¿Otra hora? —preguntó Graham.

—¡Estar tan cerca! —exclamó el jefe de las posiciones—. ¡Ahora que hemos encontrado las armas! ¡Si pudiéramos conseguir que llegaran a los tejados...!

—¿Cuánto tiempo haría falta? —preguntó Graham de pronto.

—Una hora... por lo menos.

—¡Demasiado tarde! —gritó el jefe—. ¡Demasiado tarde!

—¿Es demasiado tarde? —dijo Graham—. Yo creo que... ¡Una hora!

De pronto, había pensado en una posibilidad. Se esforzó para conservar la calma, pero su rostro estaba pálido.

—Existe aún una salida. Hablaron de un aeropilo...

—En la pista de Roehampton, Señor.

—¿Destrozado?

—No. Está atravesado en la pista. Puede ponerse fácilmente sobre los raíles, pero no tenemos ningún aeronauta...

Graham miró a los dos hombres y después a Helen. Al fin, después de una larga pausa, preguntó:

—¿No tenemos aeronautas?

—Ninguno.

—Los aeroplanos son muy pesados —dijo, pensativo— comparados con los aeropilos.

Se volvió hacia Helen. Su decisión estaba tomada.

—Tengo que hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Ir a la pista de vuelo... Al aeropilo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy un aeronauta. Después de todo... los días que me reprochaste no se han perdido totalmente.

Se volvió hacia Helen. Su decisión estaba tomada.

—Que lo coloquen sobre los raíles.

El hombre titubeó.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Helen.

—Ese aeropilo es la única posibilidad que nos queda.

—¿Estás insinuando que...?

—¿Que voy a combatir en el aire? Sí, desde luego. Muchas veces he pensado que los aeroplanos son aparatos muy pesados. Un hombre decidido...

—Pero desde que el hombre comenzó a volar, nunca... —comenzó a decir el individuo del traje amarillo.

—No ha habido necesidad. Pero ahora ha llegado el momento. Dígales ahora que... haga llegar mi mensaje... que lo pongan sobre los raíles.

El viejo interrogó al otro individuo, afirmó con la cabeza y salió precipitadamente.

Helen dio un paso hacia Graham. Estaba muy pálida.

—Pero... ¿cómo es posible que luches tú solo? ¡Te matarán...!

—Es posible. Sin embargo, no luchar es perderlo todo...

Se interrumpió. No podía hablar más. Hizo un ademán como para rechazar la otra alternativa y los dos permanecieron contemplándose en silencio...

—Tienes razón —dijo ella al fin con voz baja—. Tienes razón. Si puede hacerse... debes ir.

Graham dio un paso hacia ella, pero la joven retrocedió irnos pasos.

—¡No! —exclamó—. No puedo soportarlo... Ve ahora.

Él extendió hacia la joven inútilmente sus manos y Helen apretó los puños.

—¡Vete! —exclamó—. ¡Vete ya!

Graham titubeó, pero comprendió lo que pensaba ella. Levantó las manos con un extraño gesto teatral. No tenía nada que decir y se apartó de su lado.

El hombre vestido de amarillo se dirigió a la puerta para dejarlos solos, pero Graham lo alcanzó y salió antes que él. A grandes pasos atravesó la estancia donde el jefe de las posiciones hablaba a gritos por teléfono ordenando que colocaran el aeropilo sobre los raíles.

El hombre vestido de amarillo contempló la inmóvil figura de Helen. Titubeó unos segundos y al fin salió detrás de Graham. Éste no se volvió ni una sola vez ni habló hasta que la cortina de la antecámara del gran vestíbulo cayó a su espalda. Entonces volvió la cabeza y dio varias órdenes concretas sin mover apenas sus labios descoloridos.

Capítulo XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos individuos vestidos con el uniforme azul pálido estaban apostados en el camino irregular que se extendía, de extremo a extremo, por el borde de la pista de Roehampton, sujetando firmemente sus carabinas y escudriñando las sombras de la pista llamada Wimbledon Park. De vez en cuando se hablaban en el inglés incompleto propio de su clase y condición. El fuego de los partidarios de Ostrog había ido cediendo poco a poco hasta cesar por completo, y desde hacía un buen rato se veían pocos enemigos. Pero los ecos de la lucha que se desarrollaba debajo de ellos en las galerías inferiores de la pista, llegaban a sus oídos ininterrumpidamente y podían oír perfectamente los disparos del bando popular. Uno de aquellos dos individuos explicaba al otro cómo había descubierto un enemigo debajo de dónde se hallaban, oculto detrás de una viga, cómo había disparado al azar y le había acertado.

—Todavía está allí —añadió—. ¿Ves aquel bulto? Sí, entre esas dos barras...

A unos cuantos metros detrás de ellos se hallaba el cadáver de un desconocido mirando al cielo, y su chaqueta azul estaba desgarrada por el centro del pecho, donde le había alcanzado la bala. Junto al cadáver, un hombre herido, con la pierna estirada, estaba sentado con rostro sin expresión y contemplaba los progresos de la lucha. A su espalda, atravesado en la pista, se alzaba, gigantesco, el acropilo capturado.

—No lo veo —dijo el otro individuo, provocador. El primero se puso a proferir juramentos y a hablar a gritos para dejar bien sentadas las cosas. De pronto, le interrumpió un gran alboroto que subía de las galerías inferiores.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó apoyándose en un brazo para poder ver bien lo que ocurría en la ranura central de la pista.

Numerosos individuos vestidos de azul subían por allí y se dirigían en línea hacia el aeropilo.

—¡No necesitamos a esos idiotas! —gruñó su amigo—. No hacen más que arremolinarse y dificultar la puntería. ¿Qué van a hacer?

—¡Calla! ¡Están diciendo algo a gritos!

Los dos se pusieron a escuchar. Los recién llegados se habían agrupado alrededor del aeropilo y tres jefes de posiciones, fácilmente identificables por sus túnicas negras, se encaramaron en el aparato y se pusieron de pie encima de él. Varios individuos se arrojaron sobre el furgón y comenzaron a manipular sus mandos. Uno de los que los observaban se puso de rodillas.

—Van a colocarlo en los raíles. Eso es lo que van a hacer.

Se puso en pie y su compañero le imitó.

—¿De qué sirve? —preguntó—. No tenemos aeronautas.

—De todas maneras, esto es lo que están haciendo.

Contempló su rifle, miró después el grupo que forcejeaba y de pronto dijo dirigiéndose al herido:

—Vigila esto, amigo.

Le entregó el arma y las municiones y echó a correr hacia el aeropilo. Durante un cuarto de hora, sudoroso y jadeante, no hizo otra cosa que empujar, gritar y tirar hasta que al fin consiguieron su objetivo y se mezcló con los demás profiriendo exclamaciones de triunfo. Ya sabía que el Señor, aunque no era más que un principiante en el arte de la aeronáutica, tenía intención de volar él solo en el aparato, que de un momento a otro llegaría para posesionarse de él y que no permitía que nadie más lo intentara.

—El que ha de correr el riesgo mayor, el que ha de llevar el peso más grande, es el rey —había dicho el Señor.

Y mientras aquel individuo lo aclamaba mezclado con los demás y mientras las gotas de sudor se deslizaban por su cara, oyó un estrépito atronador y hasta él llegaron las notas del himno de la revolución. A través de un claro entre la multitud, vio que por la ranura central seguía subiendo gente a la pista.

—¡Viene el Señor! —gritaban millares de voces—. ¡Viene el Señor!

El grupo fue haciéndose cada vez más denso, y él comenzó a acercarse a codazos hacia la ranura.

—¡Viene el Señor! ¡El Durmiente, el Señor! ¡Dios y el Señor! —repetían las voces.

De pronto, muy cerca de él aparecieron los uniformes negros de la guardia revolucionaria y por primera y última vez en su vida vio a Graham con toda claridad. Era un hombre muy alto, vestido con una túnica negra, un hombre de facciones decididas, con los ojos fijos ante él, un hombre que no tenía oídos, ni ojos, ni pensamientos para las cosas que le rodeaban... Hasta el fin de sus días, aquel hombre recordó la cara lívida de Graham cuando pasó por su lado. Unos instantes después había desaparecido y él intentaba abrirse paso por entre la densa multitud apiñada. Un muchacho que parecía muy excitado lo empujó mientras corría diciendo a gritos:

—¡Hagan sitio para el aeropilo...!

Los timbres comenzaron a funcionar a la vez y por todas partes resonó su clamor.

Con este ruido en los oídos, Graham se acercó al aeropilo y se adentró en la sombra producida por una de sus alas. Algunos de los individuos que lo rodeaban se ofrecieron para acompañarle, pero Graham rechazó sus ofertas con un ademán. Deseaba poder recordar cómo se ponía en marcha el motor. El timbre seguía sonando cada vez más alto y las pisadas de la gente en retirada resonaban sobre el suelo de la pista. El hombre del traje amarillo le ayudó a subir al aparato y se instaló en el puesto del aeronauta con movimientos lentos y deliberados. ¿Qué ocurría? Aquel individuo le señalaba dos acropilos que se elevaban en el firmamento. Más tarde se ocuparía de

ellos. Lo principal ahora era recordar lo que había que hacer para arrancar. Todo el mundo le gritaba haciéndole preguntas y advertencias. Le aturdían. Deseaba pensar en el aeropilo, recordar cada una de sus experiencias anteriores. Saludó a la gente que le aclamaba, vio descender al hombre vestido de amarillo y vio como todos se disponían a bajar por la derecha siguiendo sus indicaciones.

Permaneció inmóvil unos instantes contemplando las palancas, el volante que servía para dirigir el motor y todos los delicados instrumentos que tan poco conocía. Vio cerca un nivel que tenía la burbuja desnivelada hacia él. Perdió unos segundos en inclinar el motor hacia delante hasta que la burbuja quedó centrada en el tubo. Observó que la gente ya no gritaba, sino que todos contemplaban sus movimientos pausados. Una bala se estrelló contra un larguero metálico que había sobre su cabeza. ¿Quién había disparado? ¿Tenía el paso libre? Se puso de pie para averiguarlo y se sentó de nuevo.

Un segundo después la hélice estaba girando y el aparato avanzaba por los raíles. Asió el volante y lanzó el motor hacia atrás para levantar la proa. Fue entonces cuando oyó que la gente gritaba. Inmediatamente Graham se sintió agitado por las vibraciones del motor y las aclamaciones de la muchedumbre quedaron rápidamente atrás. Se precipitó hacia el silencio mientras el viento silbaba al pasar por el borde del parabrisas y el mundo se hundía rápidamente, alejándose.

Trop, trop, trop, trop, trop... Siguió ascendiendo. Intentó imaginarse a sí mismo libre de toda excitación, y se sintió sereno y tranquilo. Levantó aún más la parte delantera del aparato, abrió una válvula del ala izquierda e inició un giro ascendente. Miró hacia abajo y luego hacia arriba. Uno de los aeropilos de Ostrog iba a cruzarse con su trayectoria y maniobró para acercarse oblicuamente a él y pasar por debajo en un ángulo agudo. Los pequeños aeronautas que iban a bordo miraron hacia abajo para verle. ¿Qué iban a hacer? Su mente empezó a trabajar y vio que uno mantenía un arma apuntada y parecía dispuesto a disparar. ¿Qué creerían ellos que haría él? En un instante comprendió su táctica y adoptó una decisión. Se le había pasado ya su momentáneo letargo. Abrió dos válvulas más a la izquierda, dio una vuelta rápida y apuntando hacia el aparato enemigo se lanzó directamente contra él. El morro y el parabrisas le protegían de los disparos. Sus contrarios se inclinaron levemente como para evitarle. Graham elevó la proa aún más.

Trop, trop, trop... trop, trop... Apretó los dientes, su cara adoptó involuntariamente una mueca y golpeó el aeropilo. El impacto se produjo en la parte inferior del ala que tenía más próxima.

Muy lentamente el ala de su antagonista pareció ensancharse a medida que el ímpetu del golpe la hacia elevarse. La vio a todo lo ancho y luego se deslizó hacia abajo ocultándose de su vista.

Notó que la proa de su aparato se inclinaba hacia el suelo. Sus manos asieron con fuerza los mandos y de un golpe elevó el motor. Notó que el aeropilo se enderezaba y por un momento le pareció estar boca abajo. El aparato se bamboleó, vibró e inició

una caída en barrena. Hizo un esfuerzo gigantesco, se colgó de los mandos y poco a poco el aeropilo comenzó a enderezarse. Después de nivelado el aparato, empezó a ascender de nuevo, pero ya no a tanta velocidad. Contuvo la respiración unos segundos y lanzó una vez más todo el peso de su cuerpo sobre los mandos. El viento rugía en torno suyo. Un esfuerzo más y logró hacerse por completo con el aparato. Ya podía respirar. Por primera vez volvió la cabeza hacia atrás para ver lo que les había sucedido a sus enemigos. Se ocupó otra vez de los mandos y nuevamente trató de ver lo que ocurría a su espalda. Por un momento pensó que sus contrarios habían desaparecido totalmente, pero poco después vio que entre las dos pistas que se elevaban al este, había una especie de brecha profunda por la cual caía rápidamente y desaparecía uno de los aparatos.

Daba la sensación de una moneda cayendo por una ranura.

Al principio, no logró comprender lo que sucedía, pero pronto le invadió un júbilo feroz. Gritó con todas sus fuerzas, emitió un sonido inarticulado y prosiguió su ascensión, elevándose cada vez más.

Trop, trop, trop, trop... trop, trop, trop... ¿Dónde estaría el otro aeropilo? Tenía que destruirlo también. Escudriñando el cielo desierto, temió momentáneamente que el aparato se hubiera elevado por encima de él, hasta que lo vio aterrizar en la pista de Norwood. Su idea había sido disparar contra Graham, pero el riesgo de verse abordado a dos mil metros de altura en el aire rebasaba los índices de valor de aquella época. Se negaron a combatir.

Durante unos instantes Graham trazó círculos en el espacio y luego inició un picado rápido hacia la pista occidental. Trop, trop, trop, trop, trop, trop... El crepúsculo avanzaba rápidamente y el humo procedente de la pista de Streatham, antes tan denso y oscuro, se había convertido en una columna llameante y todas las curvas entrelazadas de las calles móviles, los tejados transparentes, las cúpulas y los abismos que se abrían entre los edificios, habían adquirido un suave tono blancuzco que les prestaba la luz eléctrica, todavía muy amortiguada por la luz natural. Las tres pistas útiles que tenían los partidarios de Ostrog, ya que la de Wimbledon Park estaba inutilizada debido al fuego de la de Roehampton, y la de Streatham se había convertido en un horno, estaban brillantemente iluminadas con luces de aterrizaje para guiar a los aeroplanos cuya llegada esperaban. Cuando pasó rápidamente por encima de la pista de Roehampton, pudo ver las oscuras masas de la gente que estaba sobre ella. Oyó aplausos y frenéticas aclamaciones y entre ellas el silbido de un proyectil que atravesaba el espacio procedente de la pista de Wimbledon Park. Voló por encima de las llanuras de Surrey hasta que sintió una ráfaga de viento procedente del Sudoeste. Levantó el ala tal como había aprendido a hacerlo y comenzó a ascender hacia el aire más fino de las alturas. Trop, trop, trop, trop, trop, trop...

Siguió elevándose al ritmo de aquella pulsación hasta que todo el panorama bajo sus pies adquirió un color azulado y los detalles se hicieron borrosos. Londres se extendió como un mapa lleno de luces, como si fuera la maqueta de una ciudad

situada en el borde del horizonte. El cielo, hacia el sudoeste, tenía un color zafiro por encima del límite de la tierra, y a medida que ascendía, Graham iba viendo cómo las estrellas se multiplicaban.

Y de pronto, hacia el sur, volando muy bajos y refulgiendo, se acercaban con rapidez dos pequeñas manchas de luz nebulosa, y luego otras dos más y detrás toda una pléyade de formas que se movían a gran velocidad. Poco después pudo contarlas y vio que en total eran veinticuatro. Había llegado la primera flota de aeroplanos. Más allá apareció un resplandor aún más intenso.

Dio media vuelta mirando fijamente a la flota que avanzaba volando en cuña. Parecía un gigantesco triángulo de inmensos aparatos fosforescentes, que se acercaban rápidamente. Calculó con rapidez su velocidad e hizo girar un volante pequeño que situó el motor delante de él. Oprimió una palanca y el esfuerzo latente cesó. Empezó a caer y cayó cada vez más de prisa. Apuntó hacia el vértice del triángulo y su velocidad de descenso aumentó hasta llegar un momento en que caía como una piedra. Le pareció que no había transcurrido un segundo antes de golpear el aeroplano que iba en cabeza de la formación.

Ningún hombre de aquella multitud negra vio cómo se les acercaba el aeroplano en forma de destino fatal. Ninguno entre todos ellos pensó en el halcón que descendía desde lo alto de los cielos. Los que no estaban inutilizados por el mareo se hallaban ocupados en contemplar la película de la ciudad que surgía de la bruma. Aquella rica y espléndida ciudad hacia la que el Señor había traído sus obedientes músculos. Habían oído hablar de París y sabían que iban a pasar un rato espléndido entre la pobre masa de los blancos. Y repentinamente, Graham cayó sobre ellos.

Había apuntado hacia el fuselaje del aeroplano, pero en el último momento lo pensó mejor y revolviendo rápidamente el aparato, dio un golpe en el borde del ala de estribor, con todo el peso del aeroplano. El impacto le echó para atrás. Su proa se deslizó a lo ancho de toda la extensión del ala, hacia el borde, y sintió cómo se precipitaba hacia él y le golpeaba la tela del ala. Hubo un momento en que fue incapaz de comprender lo que pasaba. Oyó como mil gargantas gritaban desesperadamente y se dio cuenta de que su aparato estaba balanceando en el borde de la gigantesca nave. Un momento después empezó a descender. Descendía, descendía... Miró por encima del hombro y vio como el fuselaje y la otra ala del aparato se tambaleaban. A través del costillar del aeroplano pudo distinguir rostros aterrorizados y manos que se agarraban frenéticas a barras y largueros. Pudo observar que se abrían ventanas en el costado intacto, a medida que el piloto trataba de enderezar el aparato. Más atrás, Graham vio como otro aparato se elevaba bruscamente para escapar de los extraños movimientos del que iba delante. La masa de aeroplanos pareció iniciar un movimiento ascendente y él sintió que su aeroplano había perforado limpiamente toda el ala y ahora estaba volando invertido y debajo del monstruoso ingenio.

No comprendió claramente que había chocado contra un ala lateral y que había

logrado deslizarse por en medio de ella, pero sí comprendió que ahora estaba volando libremente y haciendo un gran planeo que le aproximaba con rapidez hacia la tierra. ¿Qué había hecho? Tenía el corazón en la garganta y durante un momento fue incapaz de mover los mandos debido a que se le habían paralizado las manos. Forcejeó con las palancas para lanzar el motor hacia atrás y luchó unos segundos contra el peso de éste. Notó como el vuelo se hacía horizontal y el ruido del motor comenzaba nuevamente.

Miró hacia arriba y vio que dos aeroplanos planeaban muy en lo alto. Volvió la vista atrás, advirtió que toda la formación se dispersaba ascendiendo y abriéndose y pudo contemplar cómo el aeroplano que había atacado caía verticalmente sobre las ruedas de molino que giraban allá abajo.

Inclinó la popa y miró de nuevo, elevándose sin tener en cuenta la dirección, mientras contemplaba lo que ocurría. Vio cómo cedían los ventiladores, vio cómo el monstruo gigantesco chocaba contra el suelo, vio doblarse sus alas delanteras por el peso del descenso y, por fin, la mole entera dio varias vueltas y se estrelló quedando con las ruedas mirando al cielo. Trop, trop, trop... pausa... De pronto, del montón de chatarra surgió una delgada lengua de fuego. Graham se había distraído contemplando el resultado de su ataque, pero entonces distinguió otro de aquellos aparatos que se dirigía a través del espacio en línea recta hacia él y tuvo el tiempo justo para elevarse, evitando de este modo el ataque, si de ataque se trataba, de un segundo aeroplano. Éste rugía debajo de él. El aire que removía le hizo perder el equilibrio y durante unos segundos estuvo a punto de perder totalmente el control del aeroplano.

Una vez nivelado de nuevo, vio otros tres monstruos que avanzaban velozmente hacia él y comprendió la necesidad de volar por encima de ellos. Por todas partes estaba rodeado de aeroplanos, que giraban desordenadamente para escapar de él. Pasaban por encima de él, por debajo, por la derecha, por la izquierda... Desde el oeste llegó hasta él el ruido de un choque entre dos de ellos y vio cómo ambos caían envueltos en llamas. Mientras tanto, por el sur, avanzaba una nueva formación. Sin perder la serenidad, Graham siguió ascendiendo. Pronto tuvo a todos los aeroplanos debajo, pero no muy seguro de haber calculado bien la distancia que se hallaba de ellos, no intentó de momento una nueva arremetida. Minutos más tarde, sin embargo, cayó sobre su segunda víctima, y toda su carga de soldados negros lo vio avanzar. La enorme máquina se tambaleó cuando los hombres enloquecidos por el miedo se dirigieron a popa en busca de sus armas. El silbido de cien disparos atravesó el espacio, y en el grueso cristal del parabrisas que le protegía Graham vio dibujarse una estrella. El aeroplano disminuyó la velocidad y descendió para evitarlo, pero descendió demasiado. Graham advirtió en el momento preciso las aspas de molino de la colina de Bromley que se alzaban hacia él, hizo una maniobra y se elevó saliendo del peligro, mientras el aeroplano que había perseguido se estrelló contra ellas. Todas las voces que salían de su interior se fundieron en un solo grito. El gigante metálico

pareció haber quedado ileso unos segundos, porque se mantuvo vertical sobre la popa, pero inmediatamente estalló en mil pedazos. A través del espacio volaron astillas y trozos de metal y sus motores reventaron con estruendo. Una gran llamarada brotó entonces y se alzó hacia el cielo, cada vez más oscuro.

—¡Dos! —gritó Graham.

En aquel momento estalló en el suelo, debajo de él, una bomba lanzada desde arriba y una vez más volvió a ascender. Un intenso júbilo le poseía, junto con un gran deseo de acción. Sus dudas sobre lo que era justo, sobre lo que era humano y lo que la humanidad deseaba, se habían desvanecido para siempre. Era un hombre que combatía y a quien la comprobación de su fuerza hacía regocijarse. En todas direcciones huían los aeroplanos, ocupados únicamente en evitarlo, y los gritos de sus apretujados ocupantes llegaban a él de vez en cuando como ráfagas de viento. Eligió su tercera víctima, golpeó con demasiada precipitación y no logró más que hacerle perder el equilibrio. Pero aunque el aeroplano escapó de él, en su aturdimiento fue a estrellarse contra el muro de Londres. Huyendo del impacto, Graham voló tan bajo que pudo distinguir un agujero. Se elevó casi en vertical y pronto se encontró volando por encima del sur de Londres y descubrió que el espacio que lo rodeaba estaba desierto. A su derecha estallaban con gran estruendo una infinidad de cohetes de señales de los partidarios de Ostrog. Hacia el sur, se veían arder media docena de monstruos volantes, y por el este, el norte y el oeste, los aeroplanos huían de él velozmente. Se dirigían al este y al norte y avanzaban hacia el sur porque no podían detenerse en el aire, y en la confusión en que se hallaban sumidos, cualquier intento de cambiar de dirección hubiera dado por resultado desastrosas colisiones. Graham apenas logró comprender el alcance de lo que había hecho. Por todas partes retrocedían los aeroplanos. ¡Retrocedían! ¡Se hacían más y más pequeños! ¡Huían!

Pasó a unos doscientos pies por encima de la pista de Roehampton y vio que estaba llena de gente que le aclamaba con frenesí. Pero ¿por qué estaba también abarrotada la pista de Wimbledon Park y por qué también de allí surgían aclamaciones? El humo y las llamas que salían de la de Streatham, ocultaban las tres pistas más lejanas. Trazó una curva y se elevó para verlas y contemplar también la zona norte de la ciudad. En primer lugar, tras la cortina de humo, surgió la pista de Shooter's Hill, iluminada y en orden, con el aeroplano que había aterrizado y los negros que estaban desembarcando. Después surgió Blackheath y por último distinguió la de Norwood. En la de Blackheath no había ningún aeroplano, pero un aeropilo se hallaba sobre los raíles. La de Norwood estaba cubierta de diminutas figuras que corrían en oleadas de un lado para otro en terrible confusión. ¿Por qué? Bruscamente comprendió la razón. La inquebrantable defensa de las pistas de vuelo había sido vencida, el pueblo invadía, por fin, estos últimos baluartes de la usurpación de Ostrog. Y entonces, desde el extremo norte de la ciudad, llenándole de júbilo, llegó hasta sus oídos un sonido, una señal, una nota de triunfo, el ronco estampido de un cañón. Sus labios se entreabrieron y su corazón latió de emoción.

Exhaló un profundo suspiro.

—¡Están ganando! —gritó al cielo desierto—. ¡El pueblo gana!

El eco de un segundo cañonazo llegó a él como respuesta. Y entonces vio que el aeropilo que se hallaba sobre la pista de Blackheath se deslizaba por encima de los raíles. De pronto, elevó la proa y comenzó a ascender tomando la dirección del sur y alejándose de Graham.

Éste comprendió inmediatamente lo que aquello significaba. Tenía que ser necesariamente Ostrog, que huía. Profirió un grito y se precipitó en su persecución. Su enemigo había alcanzado ya la altura que deseaba y se movía con rapidez. Al oír aproximarse a Graham, se elevó ágilmente, y Graham se lanzó en línea recta sobre él.

De pronto, se convirtió para él en un mero objeto metálico, pasó por su lado como un meteoro y descendió bruscamente por la inercia de su inútil ataque.

Sintiendo que la ira le dominaba, hizo girar el motor y volvió atrás trazando círculos. Vio la máquina de Ostrog en picado delante de él y se lanzó directamente hacia ella, logró alcanzar una altura superior por el ímpetu de la subida y la ventaja de ser un solo pasajero y se dejó caer sobre su antagonista. ¡Se dejó caer y erró de nuevo el blanco! Al pasar junto al aparato, vio la cara del aeronauta, tranquila y en calma, y en la de Ostrog, reflejada una incommovible decisión. Miraba fijamente al sur y Graham comprendió lo urgente que para él era conseguir huir. Vio debajo las colinas de Croydon y elevándose bruscamente se situó de nuevo sobre su enemigo.

Miró por encima del hombro y le llamó la atención una cosa extraña. La pista del este, la de Shooter's Hill, pareció elevarse. Un resplandor que se convirtió inmediatamente en una forma gris de humo y polvo, se agitó por el aire.

De momento, aquel objeto permaneció inmóvil, pero inmediatamente comenzó a despedir trozos de metal en todas direcciones y del centro surgió una densa columna de humo. ¡El pueblo había volado la pista, con aeroplano y todo! Y entonces, tan repentinamente como había surgido el primero, surgió un segundo resplandor y una masa informe de la pista de Norwood. Mientras lo contemplaba, la onda de aire de la primera explosión le alcanzó, y se sintió zarandeado en todas direcciones.

Durante unos segundos el aeropilo descendió casi de canto, con el morro hacia abajo, y pareció titubear sobre si debía o no volcarse totalmente. Graham consiguió mantenerse sobre el parabrisas agarrado firmemente al volante que se balanceaba sobre su cabeza. Y entonces, en el intervalo de unos segundos, la onda de aire de la segunda explosión golpeó su aparato por un costado.

Se sorprendió a sí mismo agarrado a una de las piezas del aeropilo y sintió que el aire silbaba a su alrededor y hacia arriba. Le pareció hallarse inmóvil en medio del espacio y que sólo el viento se movía a su lado. Pero entonces se le ocurrió pensar que estaba cayendo hacia abajo. Sí, caía... No le era posible mirar al suelo.

Con increíble rapidez recordó en aquel momento todo cuanto había ocurrido desde su despertar, los días de duda, los días de paz y, por último, el tumultuoso descubrimiento de la calculada traición de Ostrog. Él moría, pero Londres se había

salvado. ¡Londres se había salvado!

Aquella idea le resultó absolutamente irreal. ¿Quién era él? ¿Por qué apretaba con tanta fuerza los puños? ¿Por qué no aflojaba los músculos? Innumerables sueños han terminado en una caída como ésta. En seguida despertaría...

Sus pensamientos se hicieron más veloces y se preguntó si volvería a ver a Helen alguna vez. Era injusto no volver a verla. ¡Esto tenía que ser un sueño! Sí... volvería a verla. Ella, al menos, era real. ¡Ella era real! Despertaría, y se reuniría con ella.

Aunque no podía mirar, de pronto comprendió que la tierra estaba muy cerca...